

*A Don
Jaime Sanja
Ortega.*

Enrique Terán

Francisco J. Montalvo

Historia de la Literatura

ENRIQUE TERÁN
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO



Quito, -1905

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA

desde su origen hasta el siglo XVIII

POR

FRANCISCO J. MONTALVO

FLAR
00077

| | |
|--|----------|
| BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR | |
| COLECCION GENERAL | |
| Nº 0187 | AÑO 1987 |
| PRECIO | DONACION |

| | |
|--|----------|
| BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR | |
| COLECCION GENERAL | |
| Nº 114099 | AÑO 2009 |
| PRECIO | DONACION |
| QUITO | |

IMPRESA DE LA SOCIEDAD "GUTENBERG"

Fecha #14.973 1905



ADVERTENCIA

HABIENDOME tocado servir, en dos distintas épocas, la cátedra de Literatura, la primera en el colegio de San Fernando de esta Capital y la segunda en el colegio Bolívar de la ciudad de Ambato, advertí la falta de un texto adecuado para el estudio de la historia de las Bellas Letras. La preciosa obra del abate Juan Andrés no podía satisfacer la necesidad, por lo extensa en puntos de poca ó ninguna importancia, y por deficiente en los que deben ser tratados con alguna extensión. Otras obras apenas contienen las historias parciales de la literatura de tales ó cuales pueblos; obras que de otro lado, por escasas entre nosotros, no pueden obtenerlas tantos como son los escolares que componen, en cada curso, esta numerosa clase.

LA estrechez del tiempo y la insuficiencia de mis facultades no me permitían pensar en el trabajo de un cursillo, siquiera rudimental, que pudiera suplir de algún modo la falta de un texto competentemente autorizado para el objeto. Mas, separado ya de la dirección de la cátedra y reducido á una vida solitaria, á causa de la persecución de que he sido víctima varias veces por mis opiniones políticas, me vino la tentación de ocuparme en el trabajo de este compendio, antes con el propósito de matar el tiempo y moderar la pesadumbre que abrumba en situaciones semejantes, que creído de que dicho trabajo pudiera, no digo llenar, pero ni aun suplir ligeramente la falta de un libro propio para el estudio de la historia de las Humanidades. Dediquéme, pues, á formar un extracto metódico de los diversos escritos que había leído sobre la materia; y continuando mi empeño en distintas épocas, ha llegado á dar este volumen en cuya publicación jamás habría pensado sin los consejos y exigencias de varios amigos, quienes de una manera casual habían llegado á leer mi manuscrito.

APARTE los defectos que reconozco en esta obrita, su utilidad me parece manifiesta. La historia de las Bellas Letras debe ser conocida de los jóvenes que á ellas se dedican, ya en cumplimiento de la ley reglamentaria de instrucción pública, ya á impulsos de la necesidad de ilustrar su inteligencia y formar su gusto con la lectura de los autores á quienes la historia presenta de modelos en los di-

versos géneros de las composiciones literarias, ya para huír de los defectos que han merecido la censura de los maestros en la materia.

No siendo dado á todos, y en especial á los jóvenes estudiantes, el conocimiento en extenso de la historia general de la Literatura, el presente compendio puede á lo menos suministrarles noticias acerca del estado de las Bellas Letras en las diversas épocas y naciones, de los hombres que han sobresalido en ellas, de las principales obras que han hecho y hacen hasta nuestros días la gloria de los pueblos de donde salieron y la de los siglos á los que pertenecieron. Este conocimiento es indispensable; pues el estudio de todo ramo del saber humano debe ir precedido del de la historia que nos da á conocer su origen, su marcha, el progreso que ha alcanzado, sus vicisitudes y los hombres que en cierto modo lo personifican.

AL formar este compendio me he aprovechado de cuanto los autores que me ha sido posible leer han escrito sobre el origen, marcha y progreso de las Letras en las diversas naciones y sobre la Literatura general, tomando lo que á mi juicio es más necesario que llegue á conocimiento de los jóvenes, tanto en la parte puramente histórica, como en la parte crítica. El abate Juan Andrés, Lamartine, Cormenin, Gil de Zárate, Cantú, Chateaubriand, Gregoire y varios otros son las fuentes de donde he tomado los materiales para esta obrita, siendo muy poco lo que de mi pro-

pio caudal ha entrado en ella; y, como lo advertirán los que llegaren á hojearla, literalmente he trasladado de dichos autores la mayor parte, habiendo reduciéndose mi trabajo á la selección de lo que me ha parecido más adoptable en cada una de las materias que debían tratarse, y ordenarlo conforme al plan y al método que me había propuesto. He debido dar á este compendio mayor importancia con los pensamientos textuales de los citados autores antes que exponerme al peligro de desfigurarlos ó cuando menos de echar á perder, en punto á gusto y estilo, el mérito de los originales. Y esta declaración me pondrá á cubierto de la tacha de plagario y comunicará al contenido de la obrita mayor autoridad que la que podría haber tenido reducida á extractos en estilo propio y salida de una pluma sin precedentes literarios.

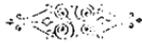
Como he dividido la historia en partes que correspondan respectivamente á cada uno de los siglos transcurridos, no era posible comprender en ella la del presente; porque habría quedado inconclusa, con falta de la relativa al último tercio, tan fecundo en obras de mérito sobresaliente que han dado y están dando á la Literatura un carácter original y propio del progreso alcanzado especialmente desde el segundo tercio. El tiempo por otra parte, no ha pronunciado su último juicio respecto de muchas de las producciones literarias del siglo XIX, y hay que esperar su fallo, que en esta materia es siempre el defi-

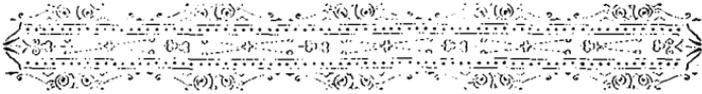
nitivo, para no exponerse á aventurar juicios que pudieran ser revocados por la posteridad.

LA instrucción de la juventud ha sido mi constante anhelo; á ella he consagrado mis fuerzas cuantas veces se me ha presentado la ocasión, ya en esta Capital, ya en la ciudad de mi nacimiento. A la juventud de mi patria dedico, por lo mismo, este corto trabajo; y satisfechos quedarán mis deseos, si llegare á serle de alguna utilidad.

Quito, Agosto 10 de 1886.

Francisco J. Montalvo





COMPENDIO

DE LA

Historia de la Literatura



CAPITULO PRIMERO

Origen de la Literatura

«La palabra literatura viene de la voz *littera* que significa letra. Las letras son los signos que, combinados de distintas maneras, forman las palabras con que se enuncian los pensamientos.

Los pensamientos contenidos en las palabras se encadenan según las reglas de la lógica interior y forman las frases ú oraciones de sentido completo.

Las frases, encadenándose y desarrollándose á su vez, presentan ideas, sentimientos é imágenes que comunican más fuertemente al que lee ó escucha el pensamiento ó la emoción del que habla ó escribe.

Este fenómeno mitad intelectual, mitad material de la traslación del pensamiento de uno al espíritu de otro, ó del pensamiento de uno solo al espíritu de to-

dos, era necesario en el plan divino para que pudiera el hombre comunicarse con el hombre y se formara la sociedad humana, que de otro modo no podría existir.

Es la Literatura la que opera este fenómeno de la trasmisión del alma, no sólo de un hombre á otro hombre, sino de un siglo á los siglos que le siguen: ella es la repercusión del sonido, del signo, de la palabra, del pensamiento hasta lo infinito: es el eco universal y eterno del mundo pensante.

Esta repercusión misteriosa del pensamiento se verifica por medio de las lenguas, las cuales no son sino sistemas de signos y de sonidos propios, como ya lo hemos dicho, para formar las palabras. Con las palabras de la primera lengua ha debido, pues, nacer la primera literatura del género humano, ó de otro modo, la expresión de la humanidad por la palabra; es decir, el solo lazo intelectual entre los hombres, esa sociedad intelectual de donde debía nacer y perpetuarse la Literatura.

Así la palabra Literatura, en su significación más general, comprende la religión, la moral, la filosofía, la legislación, la política, la historia, la ciencia, la elocuencia, la poesía; esto es, todo lo que santifica, todo lo que civiliza, todo lo que enseña, todo lo que gobierna, todo lo que perpetúa, todo lo que encanta al género humano».

La historia de la Literatura debía por consiguiente abrazar todos estos objetos; pero tenemos que reducirla, en este compendio, á sólo las producciones literarias del entendimiento humano en las diversas épocas y naciones, como que ellas son la medida exacta del saber y cultura de los hombres en todas las materias que abraza la Literatura.

Entrando, pues, á examinar la historia de toda la Literatura se presentan las vicisitudes de las Bellas Letras muy diferentes de las que han padecido las ciencias. Estas no aparecen más que en dos estados, ó de cultivo ó de abandono; elévanse entre los griegos á singular esplendor, yacen después olvidadas, y renaciendo con los esfuerzos de los árabes, las conducen los modernos hacia el más alto grado de perfección.

Las Bellas Letras cambian de estado constantemente, y en cada época, y en cada nación aparecen en diversos aspectos las producciones literarias. Los progresos hechos en un siglo son destruidos por los esfuerzos hechos en otro, y el camino seguido en un tiempo es abandonado en otro para tomar uno distinto.

No es posible por lo mismo determinar la época ni la nación en que las Bellas Letras han tenido su cuna. Madero habla de escritos y bibliotecas anteriores al diluvio, Hilschero forma una biblioteca adamítica, Reimano inventa una historia literaria antediluviana; mas ninguno puede comprobar sus asertos, conviniendo la mayor parte de los que se han dedicado á investigar la antigüedad, en que de los egipcios y de los indios han salido los primeros monumentos literarios que han dado estímulos y lecciones á los griegos y latinos, maestros y modelos de todos los pueblos que han cultivado las Letras desde los tiempos que nos son conocidos.

Apenas salieron los hebreos del Egipto Moisés y su hermana María entonaron un cántico, que muestra no haber estado la poesía en sus principios. De aquel tiempo se erce el libro de Job, tenido generalmente por un verdadero poema. La práctica de ilustrar varias materias con excelentes obras prevaleció entre los asiáticos y los pueblos vecinos cuando los griegos apenas conocían algunos escritos; y si en los dos ó tres siglos anteriores al XVIII había quien disputase esta gloria á los pueblos de origen indio y á los egipcios, los monumentos encontrados después no dejan duda de que los progresos en las Bellas Letras tocaron en dichos pueblos al mayor grado apetecible.

Viajeros ingleses y franceses han dado á luz en estos últimos años algunas obras indias traducidas, que han despertado el entusiasmo de los más insignes literatos y han afirmado la opinión de que la India poseía una literatura perfectamente adelantada, cuando las demás naciones, inclusa la Grecia, apenas empezaban á conocerla. Calidasa y Bavabuti, poetas dramáticos, han llegado á obtener en Europa una celebridad igual á la que los mejores poetas griegos



obtuvieron en los tiempos más felices de su nación y la conservan hasta nuestros días.

CAPITULO II

Literatura indiana

La India es, como hemos dicho, la primera nación que presentó al mundo su ciencia, obteniendo grande aprecio de los griegos eruditos. Muchas noticias de la instrucción de los indios nos han comunicado los conquistadores portugueses en sus *Relaciones*, los jesuítas en sus *Cartas edificantes*, Dow, en su *Historia del Indostán* y otros; pero el inglés *Hobwel* y el francés *Gentil* son los que con más asiduidad se han dedicado al estudio de la lengua en que estaban escritos esos libros que contienen sus doctrinas filosóficas y morales, sus conocimientos astronómicos, sus principios políticos y sus obras de poesía, y los han hecho conocer en Europa, enriqueciendo así la historia de la Literatura y llevándola hasta regiones y tiempos desconocidos.

«Los *Vedas*, libros sagrados de los indios son, el primer monumento de su literatura. Los *Vedas* son una colección de himnos consagrados á las divinidades simbólicas de ese tiempo primitivo, y según Mr. Barthelemy Saint-Hilaire, son el punto de partida de una literatura tan rica, tan extensa y quizá tan bella como la de los griegos.» Poemas épicos, dice el mismo escritor, sistemas filosóficos, teatro, matemáticas, gramática, derecho; el genio indio ha tocado todas las grandes direcciones de la inteligencia.

Los *Vedas* son cantos semejantes á los de los profetas y de David en la Biblia, con la diferencia de que éstos no son sino gritos líricos de entusiasmo, de adoración, de temor ó de amor á Jehovah, mientras que los himnos de los *Vedas* indios son también dogmas religiosos y tienen mayor enseñanza de virtud y de moral en sus estrofas. En sentido inverso del moderno materialismo, que hace nacer la inteligencia de las

sensaciones brutales de la materia, el espiritualismo ya refinado de los sabios de la India hace nacer de la inteligencia los fenómenos materiales.

La grandeza, la santidad, la divinidad del espíritu humano son los caracteres dominantes de la literatura sagrada indiana, así como la caridad, no la caridad con los hombres solamente, sino con toda la naturaleza, con todo lo que tiene vida, sensibilidad, dolor.

La poesía mística tiene por tema habitual el amor apasionado y extático del alma, por su Creador. Este amor se expresa por imágenes, como en el *Cántico de los cánticos*, pero con un candor de expresión á que el hebreo no ha podido llegar. Se conoce la desnudez inocente del hombre y de la mujer en la pureza sin mancha de otro Edén.

La literatura moral se compone de fórmulas y máximas que, en una forma breve y sentenciosa, encierran los preceptos morales más depurados. Tiene algo de semejante á los *Pensamientos de Pascal*; gran experiencia de la vida se manifiesta en estos resúmenes de la sabiduría de la India, sabiduría que tiene alguna vez en sus labios la sonrisa del anciano, pero jamás la ironía.

Las leyes se hallan escritas igualmente en lenguaje rítmico para favorecer el ejercicio de la memoria. Los diálogos explicativos del sentido de estas leyes y de los dogmas de la religión corresponden admirablemente á su objeto. Los más notables son *Las Secciones* y *El Canto del Señor*, poemas gigantescos de doscientos mil versos. No son obras de un solo hombre, parece que cada siglo ha colocado allí su piedra; son epopeyas medio divinas, medio humanas: las tradiciones populares, los misterios sacerdotales, las historias nacionales están refundidas en ellas y cantadas en una poesía ya heroica ya sagrada. Las fábulas celestes y las conquistas de los héroes están introducidas en episodios místicos ó romancescos que las hacen semejantes á una biblia poética.

La India tiene dos poemas épicos que probablemente no son producciones de un mismo autor. El Pueblo es quien parece haberse elevado á sí mismo, de siglo en siglo, estos prodigiosos monumentos, como

esos templos de Atenas y de Roma á los cuales cada generación añadía sus fachadas y sus columnas.

Estos dos grandes poemas son el *Mahabarata* y el *Ramanaya*. Lo mismo que la *Ilíada* y la *Odisea*, fueron primitivamente relaciones heroicas y sistemas religiosos reunidos, combinados y cantados por los últimos poetas, *El Ramanaya* es, sobre todo, un poema simbólico; en él se reconoce la fuente en que la mitología griega agotó alterándola, la fábula de Proserpina.

Kora, joven virgen y pura, hija de Damayata, es arrebatada á la madre, en la flor de su edad, por el Dios del abismo. El Dios la toma por esposa y la arrastra á un mundo subterráneo donde la convierte en reina de los muertos, y de donde cada año la vuelve al mundo, por un tiempo determinado, en la estación de la siega.

Sita la heroína de la epopeya, es la hija del surco de la tierra: en vez de nacer del mar, como la Venus griega, nace del surco bajo el arado que maneja el rey labrador, su padre.

Al rededor de esta fábula simbólica se agrupan y se suceden las relaciones épicas de la conquista de la India meridional y de la isla de Ceylán por los héroes de la India montañosa. El genio heroico y el genio sacerdotal se confunden allí, ya en las relaciones de las batallas, ya en los refinamientos espiritualistas de la moral y de la teología. Se conoce que son tradiciones guerreras, conservadas y transfiguradas por los sacerdotes.

La materia del *Mahabarata* es la guerra de dos grandes razas y de dos dinastías que se disputaron desde tiempo inmemorial la posesión de las llanuras de la India. En ninguna lengua hay un cuadro más grandioso que el de la ruina del partido vencido y de la carnicería cometida en la familia real. La escena de la lamentación de las mujeres y de los ancianos sobre los cadáveres de sus esposas y de sus hijos parece haberse escrito por un gigantesco antecesor de Esquilo.

Uno de los episodios más brillantes del poema es el de los amores de Nala y Damayanti. Los paisajes son un marco digno de este sublime cuadro; la pasión

se muestra allí en toda su fuerza, sin traspasar nunca los límites del pudor; y la justicia y la moral triunfan en el desenlace, ofreciendo lecciones de ternura y santificando la unión de los dos amantes.

El episodio de Brahamán infortunado es de lo más hermoso que la poesía puede en este género ofrecer al corazón. La lucha generosa entre los padres y los hijos, para rescatar cada uno la vida de los otros, tomando sobre sí el sacrificio de sangre que se exigía de la familia, es la más sublime, á la par que tierna lección de amor, de caridad infinita, de abnegación que puede presentarse al egoísmo de nuestros tiempos. Este pasaje instruye conmoviendo, despedazando el corazón.

En la poesía dramática nos ha dejado igualmente la India admirables monumentos de su cultura. Los indios hacen derivar esta poesía del mismo Brahamán, porque la consideran superior á toda depravación y dirigida por la naturaleza á un objeto moral. El héroe de sus dramas principales es un Dios, un Semi-Dios, un gran príncipe animado de tiernos y generosos afectos. Las pasiones mismas hablan en ellos un lenguaje digno; el amor evita las fórmulas de abyecta adoración, y no puede representarse otro amor que el legítimo.

No ha sido desde luego tan rico y abundante el teatro indio como el griego. Calidasa y Bavabuti apenas han dejado tres tragedias cada uno, y cuantas nos han quedado no pasan de sesenta; pero son de lo más selecto que puede haber en este género. El enredo es sencillo, los incidentes bien relacionados, la acción natural, la dicción elegante.

No pensaron esos grandes poetas en sostener la acción siempre á mucha altura, ni en presentar la naturaleza humana sólo por el lado heroico, como los franceses é italianos, sino que, á la manera de los españoles y los ingleses, mezclaron lo ameno con lo severo, lo gracioso con lo sombrío. El diálogo es en prosa cuando expresa pensamientos temperados; pero esta prosa tiene tanta armonía, tanta riqueza, tanta elegancia que podía servir de modelo para una bella expresión poética.

«Calidasa y Bavabuti son los dos grandes genios del teatro indio; el primero es melodioso, el segundo, por lo contrario, grandioso y apasionado. Calidasa es el Eurípides de la India, pero un Eurípides sobrio, casto, natural. Bavabuti puede llamarse su Esquilo con la energía y majestad de los poetas dramáticos de su raza.

Sacountala es la obra maestra de Calidasa. Este drama se ha tomado ó es un extracto del poema del mismo nombre. Douchamanta, gran príncipe, y Sacountala, de divina estirpe, son los protagonistas: su encuentro casual, sus amores, el abandono del esposo á la esposa y su reconocimiento después de algún tiempo, forman el argumento.

Rama es la principal obra de Bavabuti. Rama, Semi-Dios y rey, toma por esposa á la bella Sita: obligado por los clamores de su pueblo la separa de su lado; pero esta separación le trae en seguida el arrepentimiento y una tristeza profunda. A fin de distraerse, emprende un largo viaje, toca en un bosque donde Sita lloraba su abandono y donde existían igualmente los dos hijos gemelos que había dado á luz. Un combate acaecido entre estos dos niños y las gentes del Rey ocasiona el descubrimiento de la morada de la madre; ella se justifica, queda patente su inocencia, y el esposo enamorado la recoge y vuelve en triunfo á su capital.

Ya hemos dicho anticipadamente cuánto mérito tienen estas obras. Los mejores literatos franceses é ingleses de nuestros tiempos las ponen á nivel, y algunos en grado superior, á las más celebradas del teatro griego».

¿Pero qué causa ha influido para que una literatura tan rica, no sólo no haya permanecido en el grado en que la dejaron esos poetas primitivos, sino que haya bajado hasta el extremo de que nada puede agregarse en la historia á los monumentos de aquella edad remotísima? No podemos señalar una causa especial. La civilización de los pueblos tiene sus edades como el hombre, y causas que parecen indiferentes influyen más ó menos en su adelantamiento ó en su atraso; el estado á que descendieron Grecia y Ro-

ma es una prueba. La civilización es una viajera que abandona su morada cuando parecía haber fijado en ella su residencia perpetua; está es la condición de todas las cosas. Los pueblos que fueron bárbaros son hoy los maestros de los que fueron sus maestros; esos pueblos vendrán después á recibir lecciones de los que en la actualidad miramos como en la infancia.

Las sociedades, que no son más que reuniones de hombres, deben sufrir esa dura ley impuesta por la naturaleza al individuo. Nacer, crecer, morir, digan lo que quieran las utopias es la pena á que la creatura y el mundo están condenados por su Creador. Acatemos su voluntad.

CAPITULO III

Literatura de otros pueblos del Asia

EGIPCIOS—CALDEOS

“La China, cuya antigüedad se remonta á una época absolutamente desconocida, es uno de los pueblos que con más esmero cultivaron las ciencias y las Letras, cuando las regiones de Europa no habían salido aún de la barbarie. Este pueblo, desde que apareció, se presenta no como pueblo joven que nace á la civilización, las leyes y la Literatura, sino como pueblo ya maduro, consumado en experiencia y sabiduría.

La literatura de la China es casi enteramente política y legislativa; el gobierno constituye su literatura; las Letras y las leyes son una misma cosa, sus libros contienen su política. Pero como si el misterio del origen de tan gran pueblo no bastase para confundirnos, se añade á la admiración del mundo el misterio de un libro que parece tan antiguo como la raza misma que lo ha producido.

Los *Kings*, libros sagrados como los *Vedas* de la India, triple colección legislativa, literaria y poética contienen los dogmas, los ritos, las leyes, los cantos de un pueblo extinguido y renaciente. No hay libro profano y antiguo que haya pasado por más exámenes

que los *Kings*. El celo que en todos los tiempos se ha tenido por estos libros procede menos del interés que inspira su antigüedad, que del que excita la hermosura, la pureza, la santidad y utilidad de las doctrinas que contienen. He aquí lo que un sabio religioso chino, cristiano y compañero del célebre Jesuita Amyot, dice hablando de los *Kings*:

“Como ellos hacen también toda nuestra historia, es claro que deben contener los únicos pormenores para el conocimiento de las costumbres en una larga serie de siglos; pormenores tanto más interesantes, cuanto las piezas poéticas en que están descritos son más variadas y abrazan á toda la nación, desde el centro hasta el cayado”. “... El *Chi-Kings* contiene trescientas composiciones poéticas en todos los géneros y en todos los estilos, que no se prestan á una atrevida suposición, como los fragmentos de un historiador en que él sólo es el garante de los hechos que refiere. Por otra parte, la poesía es sumamente bella, sumamente armoniosa; el tono amable y á un mismo tiempo sublime de la antigüedad domina allí frecuentemente; y las pinturas de las costumbres son tan naturales y tan particularizadas, que bastan para dar testimonio de su autenticidad”.

Para juzgar bien de la literatura política de un pueblo, no es en su renacimiento, sino en su plena madurez donde debemos estudiarla. Es, por lo mismo, en los escritos del mayor de los literatos, del mayor de los filósofos y del mayor político de la China en los que debe buscarse y conocerse el estado de esta nación en los tiempos á que nos referimos. Este hombre superior es Confucio, genio universal en quien se resume toda la literatura antigua, toda la literatura moderna, toda la religión, la razón, la filosofía, la legislación, la política de un pasado sin fecha y de trescientos millones de hombres. Este hombre fué el Aristóteles, el Licurgo, el ministro, el pontífice casi de una cuarta parte de la humanidad: sus comentarios de los *Kings* son un curso, una lección continua de filosofía y de política al Emperador y á los ciudadanos.

A la cultura de la China y al tribunal de su historia somos deudores de los anales de aquella

nación, de casi cincuenta siglos á esta parte, anales en los que se encuentran reunidos todos los caracteres de la verdad. Fohí, el primer emperador de quien los historiadores traen la época de la verdadera y seguida historia chinesca, fué también un ingenio portentoso, de sabia y ejemplar política que promovió sobremanera en su reino el estudio de la astronomía.

En el siglo XXVI, antes de la Era cristiana, reinaba Hoangti, en cuyo imperio florecieron extraordinariamente las ciencias. A Hoangti se debe la institución de esos dos célebres tribunales de matemáticas y de historia, monumentos gloriosos de las Letras y honra del imperio chino. El astrónomo Yongtching compuso una esfera y dejó anotadas algunas observaciones astronómicas.

La poesía fué también bastante estimada de los chinos; no sólo se oían entre ellos himnos y canciones, tuvieron, además, poemas y dramas que, por desgracia, no se han transmitido á nosotros para juzgar de su mérito con seguridad.

Pero vemos en la China la misma singularidad que en la India respecto de la estancación de su literatura; y además de la causa asignada ya á este fenómeno, hay, en cuanto á la China; la de su aislamiento el cual la ha tenido incomunicada, y que no ha desaparecido sino en estos últimos tiempos en que se ha puesto en contacto con las naciones de Europa.

CALDEOS

A los caldeos fué deudora la Grecia de muchos conocimientos; la Caldea es quizá la única parte del Asia de cuya ciencia se presentaron desde el principio monumentos irrefragables. Tolomeo ha dejado memoria de muchas observaciones astronómicas de los caldeos, las que le sirvieron de fundamento para esas teorías sorprendentes, relativas al movimiento y giros de los planetas. Los soberbios edificios de que ebla Herodoto acreditan los progresos que habíane hecho también en las artes.

Zoroastro, Belo, Beroso y otros se ven citados á cada paso en los escritos antiguos, con el respeto que

se tributa á los maestros insignes. Pueblo en donde se asegura tuvo origen la navegaci3n, estaba en contacto con los dem3s pueblos, y este era el mejor medio para que adelantara en sus conocimientos.

PERSAS

La literatura de la Persia puede reputarse una misma con la de los caldeos, por haber estado ambos pueblos unidos en sus opiniones y en el imperio. Tenemos la Escritura sagrada de los persas en su famoso *Zend Avesta*, traducido cuidadosamente por Anquetil y celebrado con exageraci3n por los que quieren encontrarlo todo bueno en los libros de esas naciones antiguas. Pero hay quienes, con s3lidas razones, refutan la autenticidad de este libro crey3ndolo obra de la edad moderna; y las *Memorias* mismas de Anquetil, leídas en la Academia de las Inscripciones, contribuyen á sostener esta creencia.

EGIPCIOS

En toda la Africa s3lo el Egipto merece la atenci3n de los literatos, por haber sido, en cierto modo, la escuela de los griegos, y haber pasado hasta nosotros notables monumentos de su literatura. Thales, Pit3goras, Sol3n y otros fil3sofos griegos fueron al Egipto en busca de aquellos conocimientos que publicaban ya la celebridad de sus sacerdotes. La sabia pol3tica del Gobierno, la delicadeza en las artes, el gusto, la construcci3n de esos grandes canales testifican el poder y la cultura de aquel pueblo.

Laercio pretende que el egipcio Meri es el inventor de la geometr3a. La astronom3a fu3 cultivada con esmero en este pueblo; las numerosas observaciones que hab3an hecho acerca de los eclipses del sol y de la luna, prueban que los egipcios estuvieron instruidos en la teor3a del movimiento de los cuerpos celestes. La medicina y la teolog3a llegaron á adquirir tanto cr3dito entre los griegos; que muchos abrazaron sus principios. No les fu3 tampoco desconocida la escultura; y la arquitectura mereci3 entre ellos mayor estimaci3n que entre los dem3s pueblos del Asia: as3 lo demues-

tran esas grandes obras que han desafiado al tiempo y se han conservado para la admiración de los europeos.

«Pueblos en donde las ciencias y las Bellas Letras habían sido tan primorosamente cultivadas no podían haber dejado en olvido las artes. Todas las artes son literarias, porque tienen por objeto expresar pensamientos y comunicar sensaciones. En los pueblos religiosos, y generalmente en los que el desenvolvimiento individual se halla trabado por el estado social, la arquitectura es el arte dominante. Bien así como la escultura es el arte individual y filosófico, la arquitectura es un arte social y religioso. Allí donde el pueblo languidece bajo el despotismo del sacerdocio ó de la monarquía el genio de la nación basta siempre para producir esos monumentos de grandeza sólida que atestiguan el poder público, como entre los egipcios, los fenicios, los asirios, los persas. Esos edificios gigantescos, cuya grandeza imponente admira al espíritu y le vuelve sobre sí mismo lleno de misterioso temor, se parecen á las naciones dormidas bajo la presión de las religiones del Estado y del despotismo oriental; nada se separa del conjunto, la escultura comprimida no es allí más que lo accesorio, alguna vez colosal, de la arquitectura.

Este conjunto, sin embargo, no es un todo armónico; la desproporción es el carácter de una arquitectura á la cual la escultura corresponde por la monstruosidad, pero la incoherencia, el capricho de las partes desaparecen en el poder y grandeza de la masa; lo mismo que en los pueblos del Oriente, el genio individual es absorbido por el genio social.

En el Egipto, donde la tradición ha ejercido el imperio más tiránico, la arquitectura progresa como arte religioso y nacional; eleva esas montañas de piedra que llevan en sus flancos los sepulcros reales y que esparcen su tristeza en la monotonía del horizonte; ella construye enormes murallas y multiplica las columnas en series de pórticos interminables donde el pensamiento se pierde con la mirada. La idea de lo bello, producto de una concepción toda intelectual, no tiene nada de común con estas obras, producto de una imaginación sombría y supersticiosa. Pero el instinto de la grandeza, unido al respeto por la regla,

el culto del poder visible ó invisible se hacen sentir, como en todas las instituciones de este pueblo.

A la sombra de esta arquitectura gigantezca, solemnemente monótona, la escultura crece, pero en realidad no sale á luz. Encadenada por respeto á la tradición religiosa, consagrada á la tristeza por las costumbres y los usos de la vida egipcia, permanece herida de inmovilidad, como el espíritu humano mismo, cual un pontífice dedicado al culto de la muerte. Condenada á reproducir eternamente tipos invariables en los que la figura humana se degrada por extrañas asociaciones con formas grotescas, es la expresión de ese pueblo misterioso, grave y sometido que ve en la vida divina un modelo que imitar, á fin de participar él mismo, por la sumisión á una regla impuesta, de la inmutabilidad sagrada de las leyes del universo.

En Tiro y sus colonias, donde se desplegaba una civilización brillante, resultado de la industria y el comercio, el imperio de la religión es bastante poderoso para retener el arte debajo de su poder. Los templos son vastos y adornados; pero las imágenes de los dioses no son casi siempre más que la reunión incoherente de formas disparatadas. Las combinaciones más extrañas de la forma humana con figuras de animales y de monstruos imaginarios, parece haber sido buscadas por los fenicios para expresar la idea confusa de una Divinidad que no era más que la personificación oscura de las fuerzas de la naturaleza.

Estas representaciones de las que, á falta de otros monumentos, se encuentra la imagen en las monedas y piedras grabadas, contrastan con las formas elegantes que estos mismos hombres han sabido dar á sus vasos y con el refinamiento de su gusto en materia de lujo. Todo manifiesta claramente que distancia separa una civilización verdadera de una civilización material, y cómo el progreso del arte se liga esencialmente á un desarrollo filosófico ó religioso.

El arte asirio es el que se acerca más al arte griego. Lo que llama la atención en los edificios de Babilonia y de Nínive, aparte del carácter imponente que tienen de común con los monumentos egipcios, es la representación animada de la vida en las mura-

llas. Los bajos relieves asirios son superiores, en el punto de vista de lo plástico, á los bajos relieves egipcios. Las variadas escenas de guerra y de caza que representan, denuncian una vida nacional activa y brillante en la que el Rey juega el papel de una divinidad terrestre sentada sobre su carro exigiendo respeto y obediencia. El arte asirio es libre en su inexperiencia, y nada tiene de la rigidez de formas impuesta por las tradiciones religiosas; de ahí el encanto que produce al través de su rudeza. Empero si ha hallado la vida en su independencia, ha quedado lejos todavía de lo ideal. Estaba reservado al antropomorfismo griego dar con la belleza soberana en la unión estrecha de la naturaleza del hombre con la idea divina.

Los monumentos de la Persia darían lugar á observaciones análogas. Una magnificencia bárbara, un lujo intemperante de decoración caracterizan la arquitectura persa, mientras que la escultura ofrece una mezcla singular de rigidez y finura, de tristeza y alegría, emblema de un pueblo que envejece sin progresar: la mano se refina, los procedimientos del trabajo se perfeccionan; mas el espíritu queda dormido en sus mantillas; él no se despertará completamente sino en Grecia, entre los hijos de una raza privilegiada.»

El gusto de los egipcios por la música nos induce á creer que no fueron extraños á la poesía. Es cierto que de sus producciones literarias no podemos juzgar, porque no han pasado á nuestros tiempos. El estado político de las naciones europeas, en los siglos en que las otras partes del mundo empezaron á ser conocidas, ha impedido que la Literatura se enriqueciese con tantos monumentos que fueron consumidos por la ferocidad de la guerra, por la intolerancia de las religiones y por el egoísmo de las conquistas.

Entre tantos devastadores del mundo, como fueron los emperadores romanos, aparecía de cuando en cuando alguno que pensaba en rehabilitar la humanidad; pero sus esfuerzos para reunir los monumentos elaborados por el espíritu humano en millares de siglos, desaparecían al caer él mismo en manos de cuantos se hallaban dominados por la codicia y el de-

lirio de la destrucción. Tras de esa niebla impenetrable que forman la distancia y el tiempo, hay ó hubo seguramente riquezas perdidas para las Letras y hasta para la civilización. La existencia de tantos y tan grandes pueblos basta para persuadirnos de que fueron poseedores de una literatura; porque los grandes pueblos no pueden vivir mucho tiempo como hordas sin cultivo.

CAPITULO IV

Literatura hebrea

La literatura de los hebreos debía remontarse á la antigüedad de este pueblo, salido inmediatamente, por decirlo así, de las manos de Dios y contemporáneos de la *creación*. Debía ser, asimismo y por la misma razón, la literatura modelo; y aunque en algunos de sus géneros reconozcamos este carácter, no podemos afirmar otro tanto respecto de los demás. Si el hombre había degenerado de su perfección primitiva, no era mucho que sus obras participasen de su caída, y que donde no soplabá ya el espíritu del Señor, no apareciese tampoco lo ideal en los frutos de una inteligencia entregada sólo á sus esfuerzos.

Muchos no se contentan con hacer venir de Moisés, de Joseph, de Jacob y de Abrahán los conocimientos filosóficos de los hebreos, sino que los remontan á tiempos más antiguos, hasta Noé y hasta antes de Noé, y muchos sostienen que toda la sabiduría que brilló en la edad más floreciente de la Grecia fué comunicada por los hebreos.

En cuanto á lo primero, no puede en efecto asignarse fecha al origen de la literatura hebrea; su antigüedad está en la Biblia; y por lo que hace á su perfección é influencia en los otros pueblos, la misma Biblia es el mejor testimonio, tanto como la reputación de los sabios hebreos, aclamada por escritores de gran nota desde antes de la fundación del imperio de Oriente por los césares romanos.

Cuando éstos dominaban el mundo conocido gozaban los hebreos de la tolerancia romana hasta el punto de que, en la entrada de las legiones á Jerusalén, cubrieron la imagen del Emperador puesta en las banderas, para no ofender la susceptibilidad religiosa del pueblo. Los mismos gobernadores, instrumentos ciegos de los déspotas que oprimían las provincias, tuvieron algunas veces contemplación por los hijos de la Judea, y aun se dignaban consultar á sus sabios.

En las artes, el templo de Jerusalén, llamado la maravilla del mundo, fué el monumento gigantescó de la perfección á que habían llegado, monumento que por sí solo ha hecho incontestable cuanto valía el pueblo hebreo en esos siglos, en que otros apenas empezaban á formar su gusto.

Pero en donde se debe, no diremos estudiar, sino admirar la literatura de este pueblo, tan feliz como desgraciado, en sus libros, como que los libros son la muestra de toda la civilización, de toda la religión de un pueblo: los libros son las pirámides de los pensamientos del hombre; los libros sagrados, los templos intelectuales que parece se han levantado por sí mismos, sin el auxilio de los arquitectos de la tierra, para contener las ideas de la humanidad acerca de Dios.

«En esta época, dice el filósofo alemán Herder, en su *Historia de la poesía hebrea*, en esta época del mundo la poesía y la música estaban estrechamente unidas, y los poetas y los músicos eran casi siempre una misma cosa. Asoph y Hermón profetizaban, es decir, poetizaban haciendo vibrar las cuerdas de sus arpas.....»

Según la constitución teocrática de Moisés, la ley reinaba sola; fundada por la voluntad de Dios y sostenida por la voz unánime del pueblo, tenía su trono en el templo nacional. Los profetas eran, no sólo poetas inspirados, más también tribunos que enseñaban al pueblo, que le entusiasmaban con su palabra, que le arrastraban con su elocuencia. La lengua llena de imágenes, pero monótona como la soledad; era oratoria y elocuente como la libertad; era un árabe concentrado, lengua fuerte y breve que no exponía el pensamiento, sino que lo lanzaba al cielo y sobre los hombres.

En esta lengua están esos libros que contienen á un mismo tiempo la religión, la filosofía, la moral, la legislación, la política, la elocuencia, la historia, la poesía de los hebreos; pero la poesía en todos los géneros, el lirismo en su más sublime inspiración, la epopeya, el drama. De estos libros diremos lo que La—Harpe. «Cuando los poemas de Moisés, de David, de Isaías no nos hubieran sido dados sino como producciones puramente humanas, serían aún por su originalidad y antigüedad dignos de toda la atención de los hombres que piensan; y por las bellezas literarias que ostentan, de la admiración y estudio de cuantos poseen el sentimiento de lo bello».

El Génesis contiene la historia de ese pueblo, padre del género humano, separado después de su generación; conducido por la mano del Creador, alentado con paternas promesas, castigado por sus faltas; expiando el delito de su ingratitud con una larga cautividad; libertado después, perdonado, reincidiendo en su apostasía, mercediendo y sufriendo nuevos castigos. Esta historia continúa en los libros siguientes de la Biblia; pero desde el libro de *Josué* y del de *Los Jueces* hasta los de *Los Reyes* es la historia de los tiempos heroicos de los hebreos; empresas militares, batallas, sediciones, elevación y caídas de sus monarcas, todo se refiere en ese lenguaje conciso, enérgico, elevado que no es dado imitar á los historiadores profanos.

El Exodo, *El Deuteronomio*, todos los de *Los Reyes* comprenden la legislación en todos sus ramos, los preceptos morales y religiosos, los ritos, la administración, las leyes políticas y penales; es una enseñanza continua, un código de lecciones en toda materia.

Los libros de los profetas son los inimitables modelos de la oratoria; esos discursos, llenos de divina inspiración, debían tener la eficacia de la voz de Jehová, la influencia de la fe, el imperio de la verdad. Tribunos sagrados, los profetas reprendían al pueblo, le predecían sus desgracias, le maldecían, le excitaban á las alabanzas al Señor y al reconocimiento; confundían á los malos reyes con su censura: sus arengas son el oráculo de la divinidad.

En cuanto á la poesía, juzgaremos de su carácter analizando, si es posible analizar, el poema épico de los hebreos, personificado en la Biblia, y la poesía lírica en David, y convendremos, con muchos poetas de nuestros días, en que la Biblia es el único poema épico de la edad presente. He aquí comprobada esta proposición.

No se comprende cómo Mr. de Chateaubriand, que escribió un tan precioso libro acerca de las bellezas poéticas de la religión cristiana, se haya empeñado en sostener que el Cristianismo tiene multitud de poemas calificados como épicos, ya con las maravillas de los cantos árabes, como en el Tasso; ya con lo maravilloso mixto del Evangelio y del Olimpo, como en el Dante; ya con lo maravilloso de las secas alegorías, como en Voltaire, sin advertir que todos estos poemas no eran verdaderas epopeyas nacionales del mundo cristiano, cuando la Biblia era la única epopeya y Moisés el único Homero de los siglos y de los pueblos que datan desde la Biblia.

¿Cómo puede pretenderse, en efecto, que haya para los pueblos nacidos bajo la teología hebraica ó la cristiana poetas fantásticos que puedan luchar con esa poesía convertida en dogma y con ese maravilloso convertido en fe? La Biblia es un libro reputado por tan viejo como el mundo, escrito según los hebreos y los cristianos, con el dictado del Escritor cuyas palabras son astros, y cuyas páginas son firmamentos. Este libro refiere, en versículos, de los cuales cada uno es un verso que halla eco en otro verso, los pensamientos de Dios, la creación del mundo, en seis grandes jornadas, el nacimiento del primer hombre, su hástío solitario en el aislamiento de su sér, la formación nocturna de la mujer que sale como el más bello de los sueños, del corazón del hombre; refiere los amores de estas dos criaturas, completadas la una por la otra en esa primera unión y cuyos hijos formaron el género humano; sus delicias en un jardín casi celeste; el pastoril encanto bajo los sotos del Edén; la fraternidad con todos los animales; su libertad de penetrar el secreto de la ciencia divina; la falta, curiosidad ligera en la mujer, complacencia amorosa en el esposo; la tristeza después del pecado, primer aviso de

la conciencia; su cita ante el tribunal divino; las excusas del hombre, echando cobardemente el crimen sobre su cómplice; el silencio de la mujer que se confiesa culpada, con las primeras lágrimas derramadas en el mundo; la expulsión del Paraíso; la peregrinación en la tierra, vuelta rebelde; el nacimiento de sus hijos en el dolor; el trabajo en todas sus formas, primer suplicio de la humanidad; el primer homicidio, haciendo beber á la tierra la sangre del hombre vertida por la mano de un hermano; después, la multiplicación de la raza, pervertida en su origen; después, el diluvio cubriendo las cimas de las montañas; en seguida el arca salvando á un justo, á su familia y á los animales inocentes; luego la vida patriarcal en familiaridad con los espíritus intermediarios, llamados ángeles; después, un pueblo escogido de la simiente de Abrahán; episodios naturales y patéticos, como los de Rut, de Joseph y de Tobías; la cautividad amarga del Pueblo entre los egipcios; un legislador profeta, poeta, historiador inspirado en Moisés; anales llenos de guerras, de conquistas; política, libertad, servidumbre, lágrimas y sangre; profetas medio tribunos, medio líricos gobernando, agitando, subyugando á los hombres por la autoridad de su inspiración; grandezas y decadencias, desde Salomón hasta Herodes; después, la sujeción á los romanos; después, un Calvario donde el Dios Profeta sube sobre otro árbol de la ciencia á proclamar la abolición de la antigua ley y promulgar para el hombre, sin distinción de tribus, para judíos y paganos, una ley más dulce, la ley de su sangre; después, en fin, otro mundo, otro cielo para el universo entero.

Este es poema á un tiempo maravilloso, filosófico, popular que se apodera desde el principio de la imaginación. Poema inmenso que empieza por un idilio, en un cielo terrestre, que continúa en epitalamios, como en el *Cántico de los cánticos*; en odas y elegías, como en los salmos; en tragedia, con el holocausto de una víctima pura sobre el Gólgota. Así, toda la humanidad, caída, doliente, de rodillas, vacilante, muerta, resucitada, está contenida y representada en esta epopeya de las razas hebraicas, con la cual no puede compararse ninguna de las que el mun-

do ha aceptado hasta ahora, ni con ninguna de las que el genio pueda producir en adelante.

Pero el libro de Job, personifica, puede decirse, en la misma Biblia el drama, no sólo en germen, sino aun en su desenvolvimiento. *Job*, he aquí el más sublime monumento literario, no sólo del espíritu humano y de las lenguas escritas, no sólo de la filosofía y de la poesía, sino también del alma humana. Homero, los poetas indios, Virgilio, el Dante, Tasso, Camoens son fríos al lado de Job, de este león herido, en lucha con las angustias de la vida, de la muerte, de la duda; interrogando al mismo Dios y exigiéndole la justificación de su justicia ante la criatura. Qué poeta éste para quien no ha habido cosa mortal ó inmortal á la que no haya igualado!

¿Pero quién era Job? Nadie lo sabe á punto fijo.— Tal es la respuesta que ha dado Bossuet, La-Harpe, el Reverendo Lowth, en fin Mr. Cahen mismo, el último y el más hebraico de los traductores de la Biblia. Nadie es capaz de asegurar quien sea el autor de este poema sobrehumano; quizá, al principio, no formó parte de la Biblia, y fué quizá recogido después en el libro sagrado. El Dr. Lowth profesor de poesía sagrada en la Universidad de Oxford, refuta la opinión que atribuye á Moisés el libro de Job. Lo cierto es que no parece la voz de un hombre; es la voz de un tiempo, ese acento viene de lo más profundo de los siglos.

Si algún libro ha pintado, especialmente la poesía de la vejez, el desaliento, la amargura, la ironía, el reproche, la queja, la impiedad, el silencio, la prostración; después la resignación, el consuelo que anima por la piedad divina al espíritu abatido; es evidentemente este libro de Job, este diálogo consigo mismo, con sus amigos, con Dios.

Moisés era más bien hombre de estado, legislador, historiador; Job tiene la lengua del más grande poeta que haya jamás articulado la palabra humana; es la elocuencia y la poesía confundidas, indivisibles en todos los gritos del hombre. Job refiere, diserta, escucha; responde, se irrita; interpela, apostrofa, se enfada; canta, llora, se burla, implora, reflexiona; se juzga, se arrepiente, se calma y adora; se sostiene en

alas de su religioso entusiasmo, se sobrepone á sus agudos dolores; y del fondo de la desesperación, justifica á Dios contra sí mismo. Es el Prometeo de la palabra elevada al cielo en gritos y chorreando sangre bajo las garras del buitre que le roe el corazón. Es la víctima convertida en juez por la impersonalidad sublime de la razón, celebrando su propio suplicio y arrojando, como el Bruto de los romanos, las gotas de su sangre hacia el cielo, no como insulto, mas antes como libación, al Dios santo y justiciero.

Durante el diálogo con sus amigos le trasporta el furor, sube el delirio, cae en el ateísmo, blasfema; pero al punto, como para hacerse perdonar por Dios y por los hombres, cambia de nota y exhala el himno más inspirado y majestuoso que los labios humanos hayan jamás balbuceado al Todopoderoso. El poema, principiado por una narración, continuado como un drama, dialogado como una argumentación, cantado como un himno, lloroso como una elegía, vociferante como una blasfemia, se ilumina repentinamente por un rayo de luz sobrenatural, y concluye por la adoración, como debe concluir todo entre Dios y su criatura.

El libro de Job puede llamarse el drama único con el cual no admiten punto de comparación los de Sófocles y Eurípedes. ¿Dónde se encuentra en efecto esa terrible y sublime verdad de la situación del hombre que duda, y de Dios que aparece en sus obras, del hombre que murmura y de Dios que consuela, del hombre que se resigna y de Dios que perdona? ¿Hay una escena, un diálogo en el mundo comparables en majestad trágica, en interés personal, en patético universal á esta escena, á este diálogo entre el Creador y la criatura?

Pero si la escena y el drama exceden en interés á todas las escenas y á todos los dramas ¿qué diremos de las pasiones y en qué drama las hallaremos tan patéticas y tan patéticamente expresadas, desde las lágrimas hasta el furor?

En cuanto á la lengua que habla Dios, y en cuanto á la energía del pincel en las descripciones líricas que están sembradas en todo el drama, se hallan á la altura del Creador y de la creación. Así, la escena,

la pasión, el estilo, todo es sobrehumano, y sin embargo la filosofía excede aún á lo más admirable que se halla en él.

La poesía sagrada tiene un lugar preferente en todos los pueblos y en todos los tiempos. Los libros sagrados se componen, casi universalmente, de cantos, y los de los hebreos, sea cual fuere la materia de que traten, son un canto continuado; pero todo su lirismo está personificado con David, este cantor por excelencia. La lengua de Isaías estaba formada para los *Salmos*, y David era el único que debía cantar en ellos el poder de Dios, el amor á Dios, la confesión del hombre delincuente, la plegaria, la misericordia.

El poeta y la poesía son en los *Salmos* una misma cosa: el carácter de David consiste en presentar el alma de la humanidad en todas sus faces, en todos los sentimientos, en todos los lugares, en todos los tiempos. Los *Salmos* son el vocabulario universal de las alegrías y de los dolores del hombre; el poeta es más que poeta, es el inspirado de la humanidad pasada y de la humanidad futura: su libro es inmortal, porque en su libro está lo que se llama el alma de la poesía, ó si se quiere el Genio.

La primera oda ó salmo es un apóstrofe breve é incoherente, como el insulto del guerrero provocando á su enemigo. El poeta se dirige á los invasores del suelo sagrado, después á Jehová, después á Saúl. Hay pocos cantos de guerra, si los hay, más soberbios y más religiosos á un mismo tiempo: él debió resonar, desde la tienda de Saúl, en todo el ejército y hasta en el campo de los enemigos de Jehová. El pensamiento de Dios añade á este canto de guerra un carácter sobrenatural; las costumbres del pastor profeta están pintadas con terrible naturalidad en la imagen de las correas con que el labrador ata sus bueyes y del yugo arrojado desde lejos sobre la serviz de los toros.

El canto segundo es una elegía de su propia suerte; debe referirse al momento en que Saúl celoso de la popularidad de su protegido, intentó herirle con su propia lanza: es un sollozo del arpa del proscrito; pero luego se tranquiliza, toma un tono más dulce y

resignado, y concluye abandonándose á su confianza en Jehová.

Los salmos que siguen se refieren á las diversas situaciones de su vida, ya perseguido, ya en la tienda de Saúl, ya consolándole en sus raptos de despecho, ya reanimando su espíritu enfermo; en otros levanta la voz alabando al Señor por la protección que le dispensa, reconociendo su poder en las maravillas de la creación, y se postra y le adora.

Pero el verdadero *Te Deum* de David es el salmo que escribió y cantó después de las victorias que le dieron el trono de Israel. El desorden de los versos atestigua el desorden de su entusiasmo: la estrofa es precipitada como un grito inarticulado. En los últimos versículos canta los himnos del triunfo con una magnificencia de palabra igual á la magnificencia de las obras divinas que celebra. Las vicisitudes del alma del poeta siguen las vicisitudes del destino humano. En su vejez, proscrito de su palacio, errante en su propio reino, exhala sus quejas llegando hasta el desfallecimiento. Todo concluye por un coro de alabanzas á Dios: sublime final de una ópera de sesenta años, cantada en los *Salmos* por el pastor, el Rey, el anciano.

Tal es David, ó más bien, tal es el corazón humano con todas las notas con que Dios ha puesto sobre la tierra este instrumento de dolor, de lágrimas, de alegría, de desesperación.

No hay, por lo mismo, que admirar ese poder de repercusión del sonido del alma al través de los siglos, en todas las almas y en todas las edades. Hay en el corazón del poeta, del héroe ó del santo transportes de fuerza que rompen el sepulcro, el firmamento, el tiempo, y que van, como los círculos concéntricos del pedernal arrojado al mar, á morir en las últimas playas del lecho del Océano. Tal es la voz de este poeta que podemos llamarle el Bardo de Dios.

Después de una literatura que toda es alma y sentimiento, después de esa literatura la más perfecta de todas las literaturas, los hebreos de los siglos posteriores cultivaron igualmente las Letras haciéndose notables en las ciencias, sin despreciar por esto la poesía; pero viviendo en contacto con los árabes, su

literatura es tan semejante á la de éstos, que por la una puede juzgarse de la otra. No habían conocido más poesía que la de las *Escrituras*; el ejemplo y comercio de los árabes, sus maestros, les sirvieron de estímulo, y se dedicaron á formar una literatura propia, que es conocida con el nombre de rabínica.

Las bibliotecas que, con solcito cuidado, formaban y conservaban los rabinos contenían colecciones copiosísimas de poemas hebreos en diferentes materias. Es célebre el poeta Abén Hezra, cuyas composiciones fueron traducidas á otras lenguas. Rabí Joseph, Rabí Moises-ben-Chabib, Rabí Manuel adquirieron tal reputación, que sus obras fueron impresas y buscadas á pesar de la condenación que los jueces hebreos pronunciaron, suponiéndolas contrarias al espíritu de piedad que brillaba en los libros de los antiguos tiempos.

Zacuto, además de un poema del infierno, ha dejado un ensayo de poesía dramática en la comedia titulada *Fundamento del mundo*, cuyo argumento es la salida de Abrahán de Caldea. Se conserva un libro de las poesías de Efraín Luzzato, impreso en Londres el año de 1768. Figura allí una traducción de *La Primavera* de Metastasio; á su ejemplo Isaac Luzzato tradujo en versos hebreos la Oda *La Libertad á Nice*, lo cual prueba que la poesía hebrea en esta época no era tan limitada.

Pero en lo que más se han ejercitado los poetas rabinos es en los himnos á Dios, en los encomios á los príncipes, en la celebración de los hechos ilustres, en instrucciones morales y científicas y en los enigmas.

Apasionados al gusto oriental, el estilo que se esfuerzan en hacer predominar en sus escritos es hinchado: las antítesis, los juegos de palabras, las hipérbolos, las metáforas están prodigadas sin medida y hasta cierto punto con extravagancia. Pero el ejemplo de los europeos ha moderado mucho ese afán de imitación á los árabes, y la mayor parte de los poetas hebreos han adquirido la sencillez y naturalidad de que carecen las composiciones poéticas arábigas.

Es curioso notar que entre tantos poetas se distinguiesen los hebreos de España, especialmente los de



Cataluña. Esto manifiesta que la literatura naciente de este pueblo y la que estaba ya en progreso entre los árabes sus dominadores, influyó con más fuerza de la que podía esperarse.

Comparada, pues, la literatura de los primitivos hebreos con la de los que vivieron en los tiempos á que acabamos de referirnos, se nota diferencia tal como si se tratara de pueblos de distinto origen. La segunda está lejos de aquella fuerza y vehemencia, de aquella elevación y entusiasmo, de aquel ardor que dan un carácter original á la primera. Hemos visto el genio de la poesía lírica, de la epopeya y del drama ostentando todo su vuelo en la Biblia; hemos visto en la Biblia reunido cuanto de más interesante puede haber para un pueblo y cuanto de más enérgico puede tocar las fibras del corazón. Los profetas, los legisladores, los historiadores, los poetas hablaban y escribían con la inspiración de Dios; sus descendientes, agobiados por la situación, enervados por la servidumbre, desalentados por la persecución eran ya una raza degenerada, y si buenos para la ciencia, no tenían el corazón que responde á los grandes golpes: las Musas habían caído entre ellos de su trono.

CAPITULO V

Literatura griega

Así como no se puede fijar el origen de la Literatura en general, así no es posible determinar la época en que las Bellas Letras han nacido en la Grecia. Los historiadores se hallan generalmente convenidos en señalar el tiempo de la guerra de Troya como el principio de la literatura griega; pero no hay duda de que antes de este famoso acontecimiento tuvo la Grecia poetas célebres, que cabalmente se dejaron conocer con esta ocasión. Dos grandes empresas precedieron á la guerra de Troya, el viaje de los argonautas y la guerra de Tebas, en los cuales hubo acontecimientos que exaltaron la imaginación de los griegos adormecida hasta entonces.

El motivo de la guerra de Troya, la concurrencia de tantos célebres capitanes, la fama de los héroes que en ella tomaron parte, las riquezas del Asia, el esplendor de la Corte de Príamo, la duración de la guerra, el imaginado auxilio de los Dioses, divididos, como los hombres, en bandos, cada cual protegiendo al pueblo que observaba su culto, eran motivos capaces de despertar el entusiasmo y elevar el alma hasta las más sublimes inspiraciones.

Palamedes, uno de los campeones en esa lucha de gigantes, fué célebre por haberla escrito en caracteres dóricos. Corino compuso un poema respecto del mismo asunto; Sisifo escribió igualmente acerca de él, y Eliano hace mención de una pequeña *Iliada*, compuesta por Siagrío. Todo esto manifiesta que antes de Homero hubo ya muchos poetas; pues habían aparecido muchas obras no escasas de mérito.

Para cualquiera que lea con atención las principales obras literarias de las épocas que llamamos el nacimiento de las Letras, será evidente que esas obras ó esos fragmentos de obras que tenemos por principio, no son más que continuación ó renacimiento de literaturas cuyos monumentos no han pasado hasta nosotros.

Hay una niebla entre los tiempos como entre las distancias, la cual no nos permite ver más allá, pero se juzga con certidumbre. Así, no hay duda de que cuando una filosofía tan sabia y tan elocuente como la de Job se nos aparece con el libro que lleva su nombre en la Biblia, esta sabiduría, esta elocuencia, esta experiencia no han nacido sin antecesores, de la arena del desierto. Es, asimismo, evidente que cuando un poeta como Homero aparece con perfección divina del lenguaje, de ritmo, de gusto en los confines de una pretensa barbarie, es evidente decimos que Homero no ha salido de la nada, que no ha creado por sí solo su lengua poética, el canto maravillosamente cadencioso de sus versos; que no ha inventado por sí solo todo un cielo y todo un mundo, sino que tras de Job y tras de Homero ha habido sabiduría, poesía de que estos grandes poetas son el límite; literaturas fuera de nuestra vista, de las que la distancia no nos permite apreciar la extensión y profundidad. Nada

nace de la nada en este mundo, ni aun el Genio: cuando descubráis un gran monumento literario, estad seguros de que no está aislado, y de que tras de este monumento hay una literatura invisible á causa de la distancia.

Tomamos desde luego la historia de la literatura griega desde los tiempos de la guerra de Troya; porque fué este acontecimiento la ocasión de que salieran á luz tantos poetas y Homero el mayor de todos, Homero que fué el sol á quien precedieron todos esos astros de la literatura moderna, y que con sus portentosas obras fijó el *punto de partida* de la historia de las Bellas Letras y de la cultura del mundo europeo.

No es difícil determinar las causas del progreso literario en esta nación afortunada. El clima, cuya influencia en los talentos y en la imaginación es innegable; la libertad de que gozaban los griegos, que tanto reanima el espíritu y exalta la fantasía; la comunicación en que estaban con casi todos los pueblos conocidos entonces; la situación geográfica de la mayor parte de las ciudades que formaban la nación; las asambleas públicas, en las que todo ciudadano tenía el derecho de hablar y discutir acerca de los negocios públicos; tribuna inmensa de oratoria popular, escuela práctica de elocuencia deliberativa; los premios y honores concedidos á los que sobresalían en cualquier ramo de las Bellas Letras; el aprecio que de los literatos hacían los poderosos, y el respeto y consideración que les prestaba el pueblo; la afición al teatro y el esmero con que lo cultivan, convencidos de que el gusto, las bellas artes, las costumbres, la moral, el juicio mismo se formaban y mejoraban con esta enseñanza en acción, en que se interesan los ciudadanos con los ejemplos vivos de virtud, de heroísmo, de ridiculez; la publicidad de los estudios; el estímulo de ser tenidos por maestros del mundo; todo concurrió para que la Grecia haya sido la primera nación de las épocas conocidas que cultivó las Letras, y haya andado á pasos de gigante hasta recibir con justicia la honra de ser presentada como el modelo que habían de imitar los demás pueblos, sin excluir aun los que se precian de perfectamente cultos en la edad presente.

La literatura griega se presenta como el más bello espectáculo que puede ofrecerse al entendimiento humano. No hay ramo alguno que los griegos no hayan cultivado con aquel esmero, con aquel entusiasmo propio de las naturalezas creadas para los deleites del espíritu, para gozarse en el ejercicio de la inteligencia. La industria, las artes, las ciencias, la poesía, todo fué llevado casi á la perfección. La Grecia es, puede decirse, el único pueblo en donde se han ejercitado con el mejor éxito todas las facultades del hombre.

Los romanos, al principio, no fueron más que guerreros que vivían de los despojos de los pueblos que iban subyugando. Satisfechos con la gloria de sus conquistas, se alimentaban con el sudor de los que ataban al yugo de la gran República, y proveían á las necesidades del espíritu con la ciencia, con el genio de sus siervos. Los primeros monumentos que, para gloria de las artes, dejó el pueblo rey en sus edificios son obra de los griegos; las estatuas que decoran sus templos, son parte del botín que ostentaban en sus entradas triunfales, como fruto de sus victorias. Cuantas maravillas constituían el ornato y el orgullo de las ciudades griegas, pasaron al Capitolio, como para demostrar el homenaje que, por entonces, rendía la inteligencia á la fuerza, pero poniendo al mismo tiempo las bases de la conquista que luego iba á ser sobre la fuerza el poder de la inteligencia.

Roma llegó después á gran celebridad, no ya por su poder, sino por sus monumentos; pero era la Grecia trasplantada á Roma quien le dió esa celebridad, era el hombre de espíritu dominando al hombre de las legiones, era el genio que sentaba sus reales en el suelo á donde fué llevado en los carros que seguían la marcha de los triunfadores. Sí, la Grecia es la cuna de la literatura moderna, la Grecia fué la patria de los grandes genios, ella guardaba, como un depósito sagrado, ese tesoro inmenso de filosofía, de gusto, de poesía que vino á enriquecer el mundo literario, y que tanto ha influido en la civilización de las sociedades modernas.

Si examinamos la literatura griega en todos sus ramos, hallaremos en cada uno héroes que han mere-

cido casi la adoración de las generaciones siguientes. En la poesía, Homero basta para hacer la gloria de una nación y servir de modelo en todos los modos del bien hablar. Homero que como Job, como David, ha conservado su imperio hasta nuestros tiempos, y lo conservará hasta las últimas edades del mundo, es el límite de una literatura grande aunque desconocida, la perfección de la literatura de su tiempo, y el astro que iluminó todo ese campo que desde él tenían que recorrer cuantos le han seguido.

Han creído algunos que no existió Homero y que la *Iliada* y la *Odisea* sólo eran rapsodias ó fragmentos de poemas recogidos por cantores ambulantes que recorrían la Grecia y el Asia, improvisando ó recitando cantos populares. Esta opinión es el ateísmo del Genio y se refuta por sí misma. La unidad y perfección de las obras atestiguan la unidad del pesamiento y la habilidad de la mano del obrero. Es creencia generalmente recibida, la de que el tirano Pisistrato hizo buscar y recoger en cuerpos de obras los fragmentos de las poesías homéricas, diseminadas y confiadas á la memoria de los pueblos de la Hellenia y del Asia menor, durante los siglos de barbarie ó ignorancia en los que habían estado sumergidos estos admirables monumentos del espíritu. Sea como fuere, creemos que una lengua tan perfecta en construcción, en armonía, en prosodia, como es la lengua de la *Iliada*, no pudo ser escrita antes de la época en que Homero dictó ó cantó sus poemas á los pastores; á los marineros, á los guerreros de la Jonia. Una lengua no es la obra de un solo hombre ni de un solo día, es la obra de un pueblo y de una larga serie de siglos; y cuando una lengua, como la empleada por Homero, presenta al espíritu y al oído todas las maravillas de la lógica, de la gramática, del estilo, de los colores, de la sonoridad y del sentido que caracterizan la madurez de una civilización, hay que concluir que tal lengua no es la jergónsa grosera de los montañeses ni de los marineros de una península bárbara todavía.

Este padre, este rey de los poetas ha precedido con cerca de mil años al nacimiento de Cristo. Su cuna fué colocada al borde del mar encantado que separa el

Asia menor de la Grecia, al frente de Chío y del Archipiélago. Las altas montañas del Taurus que van á morir tras de Esmirna, el mar reluciente que cubre todas sus ensenadas, el cielo sereno que le sirve de bóveda; las cimas, las islas, las tibias brisas que soplan de todos los golfos, hacen de este bellísimo lugar el Edén de una imaginación poética. La isla flotante de Delos es la imagen de esta cuna de Homero flotando sobre las olas. Su historia no es tan oscura como se pretende; todos los escritores de estos lugares y de estos tiempos se acuerdan perfectamente en cuanto á las principales circunstancias de la vida del gran poeta. Los sueños no tienen jamás tal uniformidad ni concuerdan en sus quimeras.

Homero nació en Esmirna, á la orilla del pequeño río Meleo y á tiempo en que se celebraba, al aire libre, una gran fiesta en honor de los Dioses; su madre fué la joven huérfana Cristea; estaba predestinada á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiera querido poner un misterio en su nacimiento, á fin de acrecentar el prestigio al rededor de su cuna.

En este tiempo existía en Esmirna Femio que dirigía una escuela de canto. Llamábase canto entonces todo lo que habla, lo que pinta á la imaginación y al corazón; todo lo que canta en nosotros, el verso, la música, la lectura, la escritura, la gramática, la elocuencia. A este Femio fué, pues, Cristea á confiar la educación de su tierno hijo; y la inteligencia precoz del niño hacía presagiar no sé qué gloria para la casa á donde los Dioses le habían conducido; Femio tomó por esposa á la madre, y se convirtió en padre y maestro del pequeño Homero. Salido de la adolescencia, y habiendo perdido á sus padres, anduvo errante por el mundo enseñando á los niños; se embarcó y visitó todas las ciudades del Mediterráneo; volvió á su patria rico ya de celebridad, pero padeciendo en su alma y en su cuerpo; porque á la ceguera causada por una grave dolencia, se unía la falta de lo necesario para sostener la vida. Entonces, se dice, ciego y guiado por las niñas de los pueblos, buscaba el pan de puerta en puerta, y fué entonces también cuando dictó sus inmortales obras. Tal es la historia

de Homero, simple como la naturaleza, triste como la vida, que consiste en padecer y cantar: es el destino de los poetas.

Pero cuál fué la influencia de Homero en las costumbres como moralista y en la Literatura como poeta? La respuesta se halla en sus libros. Homero revela en ellos á los lectores agrestes de entonces un mundo superior, una inmortalidad, un juicio para las acciones del hombre después de la vida, una justicia sobrehumana, una expiación, una remuneración, un cielo, un infierno; todo alterado con fábulas y alegorías, desde luego, pero todo visible y transparente. Inspira la pasión por la gloria; da lecciones de patriotismo, de amistad, de piedad, de honor, de aversión á los vicios, de amor á las virtudes; demuestra la santidad de las leyes, la utilidad del trabajo, la belleza de las artes; por todas las páginas, en fin se encuentra la interpretación de las imágenes de la naturaleza, todas de un sentido moral, patente en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, sobre el mar, en el cielo; y todo esto en una lengua llena de tal música, de tal encanto, que cada pensamiento parece entrar en el alma por el oído, no sólo como una inteligencia, sino aun como una voluptuosidad.

Lo que un poeta hubiera hecho para un solo hombre, Homero lo hizo para todo un pueblo. Apenas la muerte hubo interrumpido sus cantos divinos cuando los homéridas, cantores ambulantes, con el oído y la memoria aún llenos de sus versos, se esparcieron por todas las islas y ciudades de la Grecia, llevando á competencia, cada uno, uno de los fragmentos mutilados de los poemas del vate, y recitándolos de generación en generación, en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, en los palacios, en las cabañas, en las escuelas; de suerte que una raza entera se volvió la edición viva é imperecedera de este libro universal de la primitiva Grecia.

En cuanto á su influencia en la Literatura, hemos dicho que Homero fué el límite de una gran literatura, y ahora añadimos que sus obras solas son toda una literatura.

La *Iliada* y la *Odisea*, estos gigantescos monumentos del genio, comprenden más lecciones, más historia, más poesía, más ciencia que muchas obras trabajadas particularmente sobre cada uno de estos ramos. La *Iliada* y la *Odisea*, primeros libros en que se halla la historia de los pueblos de la Grecia, al par de modelos en literatura, son la mejor enseñanza de lo que debe saberse en política, en el gobierno de las naciones, en la dirección del hogar doméstico, en la dirección de los afectos del corazón.

La *Iliada* canta el mayor acontecimiento en que tomaron parte los pueblos de la Grecia, la cólera de Aquiles desfogándose en una guerra de diez años hasta satisfacerse con la destrucción total de Troya. La *Odisea* narra, en versos inimitables, los viajes y aventuras de Ulises, errante por largo tiempo, después de su triunfo, en busca de su patria y de su hogar. La *Iliada* es el poema de la vida pública, la *Odisea* el de la doméstica; hay entre las dos tanta diferencia como la que hay entre el campo de batalla y los consejos de los príncipes y el hogar de la familia; la una celebra el heroísmo, la otra pone de manifiesto el corazón humano. Homero es más sublime en la *Iliada*, pero más interesante en la *Odisea*; en ambas es igual á sí mismo, es decir, superior á todo lo que se ha contado y referido antes de él.

La *Iliada* es un poema á la vez religioso, histórico, nacional, dramático y descriptivo; es el poema épico por excelencia, porque lo abraza todo, el cielo, la naturaleza, el hombre. Los cuadros más acabados, las imágenes más brillantes, las comparaciones más felices, las descripciones, todo es perfecto, todo admira, todo seduce; y expresado todo esto en un estilo y lenguaje que sólo son de Homero, en ese estilo que manifiesta el término de una rica literatura. En esta epopeya consagrada á la relación de combates y á la glorificación de los héroes nada falta al cuadro casi universal de la naturaleza animada é inanimada. Homero ha sabido ligar, por medio de episodios naturales, por golpes de vista dirigidos á un mismo tiempo en todas direcciones, el mundo moral, el mundo físico entero á ese rincón de las playas de Troya, donde se agita y va á decidirse la suerte de la

Troade y de la Grecia. La *Iliada* es el libro de los guerreros, de los pastores, de los marineros, de los filósofos, de los teólogos, de los historiadores y los artistas de su tiempo; de los hombres y de los dioses. Los paisajes, las cimas nevadas de los montes, las verdes colinas, los bosques, el mar; los caracteres, usos y costumbres de tantos pueblos reunidos; los combates, los navíos, los campos de batalla; las pasiones feroces, los afectos tiernos presentado todo en transparencia, con los colores más vivos y propios, con la verdad y naturalidad que distinguen á los verdaderos pintores.

La *Odisea* es la epopeya de la vida humana entera, sin acepción de condiciones; ó de rangos; desde el héroe hasta el pastor, desde la princesa hasta la humilde criada, desde el anciano hasta el niño encuentran allí su imagen. La *Odisea* no es sólo el mejor poema de paisaje que se conoce en todas las lenguas, es también el curso de moral más completo, más vivo y más familiar que haya sido cantado á los hombres desde el origen del mundo, y con las mismas dotes de estilo, con las mismas gracias de lengua, con la misma abundancia de poesía que las que enriquecen á la *Iliada*.

Hay quienes reprochan á Homero, como notables defectos, el carácter duro y feroz de muchos personajes de la *Iliada*, la imperfección de sus dioses, la intervención de éstos en las miserables querellas humanas; pero semejante censura supone que Homero no escribió ó no debió escribir en su tiempo ni para su tiempo. Tales defectos, si defectos pueden llamarse, deben atribuirse á la época en que vivió el poeta en la cual coloca los argumentos de sus poemas. Pintó la naturaleza, estuvo bajo la influencia de la teología gentilicia y los caracteres que presenta, y las acciones de sus dioses, conformes á la idea que se tenía de ellos, debieron ser los que aparecen en sus libros. Exigir, en una obra de este género, la representación de siglos que se hallaban á incommensurable distancia todavía es querer que no se pinte el presente, sino un lejano porvenir. Como obras humanas, las de Homero no están enteramente libres de faltas; pero debemos reconocer con Longino que todas ellas no son bastantes para quitar una exigua parte de su mé-

rito. Tantas cualidades reunidas, tanta perfección han merecido con justicia el elogio universal de los antiguos y los modernos. Poeta á quien la antigüedad ha elevado templos, llevando su respeto y veneración hasta la apoteosis, se halla colocado muy alto para que puedan alcanzarle los tiros de una crítica apasionada.

En el mismo tiempo vivía Esódo, quien por un camino diverso y con más delicado estilo adquirió no corta gloria, y se granjeó el aprecio de todos las hombres de letras: fué el primero que enriqueció la poesía con el poema didascálico, dando á la aridez de los preceptos el encanto que comunican las Musas, y haciendo, con el deleite del gusto, agradable el estudio de las ciencias. Florecieron igualmente Alceo, cuyo genio era más propio para las cosas grandes que para los chistes; Anacreonte que había nacido para cantar lo festivo y que ha dejado su nombre á uno de los géneros de poesía; Safo que supo dar á la pasión del amor todo ese fuego que á ella misma la hizo desgraciada; Safo que fué en sus cantos lo que Eloísa en sus apasionadas cartas, y que ha dejado su nombre á la posteridad, consumido en el volcán de su propio amor; y entre éstos, tantos otros que hacían de la nación un palenque de cantores, y de la poesía una divinidad, á la que en competencia se apresuraban á ofrecer el incienso de sus versos.

Píndaro, el príncipe de los poetas líricos, fué en esta edad del mundo lo que el lírico hebreo en la primitiva edad, sólo que la religión era el alma de los cantos del uno, cuando los acentos del otro se elevaban mezclando á los dioses con las pasiones del hombre; bien que con los acentos del corazón, con la poesía en el entusiasmo, en el delirio, en el vuelo más atrevido con que puede remontarse hasta regiones desconocidas. Habiendo recorrido toda la Grecia se fijó en Atenas donde consagró su lira á las fiestas públicas y privadas. Sobresalió en todos los géneros de la poesía lírica; mas, desgraciadamente no han pasado á la posteridad otros de sus innumerables cantos que los dedicados á la victoria. Estos son una combinación de la poesía gnómica con la dramática: la victoria, aun en los juegos públicos, es para el poeta.



E LA GULT

asunto en el cual mezcla con entusiasmo y elevación, que son el carácter de sus composiciones, la vida, la familia, la historia del vencedor. La teología, la moral, las costumbres del país le sirven para episodios que se enlazan maravillosamente con la victoria que canta y tienden á elevarla. Y tal poeta no fué el único en su genio; el Parnaso griego debía tener además el adorno de las gracias del bello sexo. Mirtide y Corina subieron las gradas de este templo, aventajaron á muchos poetas, igualaron tal vez á Píndaro, y se atrevieron á disputarle la corona que el entusiasmo público solía ofrecer á los genios extraordinarios.

La poesía dramática nació y creció en el suelo de la Grecia, sin maestros, sin modelos tal vez, ya que los dramas indios no han llegado á su conocimiento sino en tiempos muy posteriores. Esquilo fué el primero que dió á los griegos el espectáculo de las representaciones teatrales; Sófocles perfeccionó en mucho la obra de Esquilo, no solo en cuanto á la composición, sino además en el aparato material de la escena; vino en seguida Eurípides y dió al teatro griego la celebridad que ha conservado hasta en nuestros tiempos. Estos tres grandes maestros cultivaron la tragedia, y dejaron al teatro romano y á los de las naciones modernas esos modelos en cuya imitación han llegado á alcanzar tanta gloria los trágicos por excelencia, los trágicos franceses.

El arte dramático entre los griegos, bajo la influencia de su teogonía y sus preocupaciones, se hallaba desde luego separado del fundamento que constituye la belleza del drama, la verdad. La representación escénica ha de ser la de la naturaleza; presentar al hombre no como hombre, sino como una creación de la fantasía; presentarlo sometido al influjo de un poder ciego y fatal que le arrastra necesariamente, que le impide el uso libre de sus facultades morales é intelectuales; tomar por argumento una acción que ha de ir en todo caso á un término señalado é inevitable, conocido desde el principio de los espectadores, no es mostrar á la humanidad en su verdadero carácter, en su propia situación. El extravío de las pasiones, el encadenamiento de los sucesos pueden arrastrar cierto desenlace; pero la posibilidad de evi-

tarlo, la incertidumbre de que llegue ó no llegue á realizarse, la esperanza en la energía de la voluntad subyugada por lo pronto producen el interés, excitan la atención, conmueven el ánimo y tienen al espectador pendiente entre el deseo que favorece á un personaje y el temor de su desgracia. Lo que sucede en la vida real debe aparecer en la escena; si ha de desenvolverse, dado ya el fin anunciado por un oráculo fatal, si la desgracia de un hombre tiene que depender de la sentencia del Destino, ese hombre inspirará compasión; pero sus esfuerzos para evitar el golpe que le amenaza, sus actos meritorios, sus virtudes nada de interesante ofrecen y el fallo que le condena al infortunio, como efecto de la fatalidad, arranca protestas contra la injusticia; no sólo ésto, pervierte la idea que sobre tan sublime atributo de la Divinidad debe fortificarse en los espectadores.

Esquilo, Sófocles y Eurípides, sin esa esclavitud á las doctrinas erróneas de la teología gentílica, habrían sido no sólo los padres del teatro griego, más también los maestros, el modelo eterno para todos los poetas dramáticos de todas las edades del mundo. Todos tres conocieron cuales eran los atavíos que correspondían á la musa trágica, cual debía ser su forma en el estilo, en la sencillez de la expresión, en los golpes dramáticos. El Edipo, sin la sujeción á la idea predominante entonces respecto de la fatalidad que pesaba sobre el destino del hombre, habría sido el drama trágico por excelencia. Edipo obrando con su libre albedrío, habría interesado más, ora proviniese su desgracia de error, ora naciese de una mala pasión desenfadada, habría exaltado la compasión hasta el extremo, ó habría inspirado un terror saludable á los espectadores. El defecto del drama griego no estuvo, pues, en el poeta, estuvo en el tiempo. Mas defectuoso en este respecto era el drama clásico de los imitadores de los griegos. Cuanto á la forma no se esclavizaron estos á reglas invariables, antes se acercaron á lo natural; aquellos fueron, en su fanatismo por las reglas, á un extremo deplorable, preocupados de que la belleza en las producciones literarias estaba en mutilar á la naturaleza, separando artística y cuidadosamente cuanto hay en ella de ruin y miserable.

por la unión íntima del elemento material y perecedero con el espiritual que la ennoblece é inmortaliza. La emancipación del arte debía venir con el Cristianismo que presentó los dos verdaderos tipos en la humanidad, el espíritu y la materia; pero estaba reservado este progreso á tiempos más recientes, como haremos notar cuando toquemos á ellos.

Esquilo es reputado como el verdadero fundador del teatro griego, aunque sus dramas se resientan de los defectos inherentes á la infancia del arte. El recitado introducido en medio de la representación; la presencia de personajes extraños al acontecimiento que se representaba; la intervención de los coros que, en exposiciones aparte, presentaban la moralidad que debía aparecer patente del curso de la escena misma eran obstáculos para el poeta, invencibles entonces, supuesta la necesidad de medios supletorios para la inteligencia del asunto; no obstante fué un feliz principio del cual debía sacar el genio recursos para la mejora posterior. En efecto, Sófocles superó á Esquilo desde su aparición, habiendo obtenido el premio sobre él con su primera tragedia representada en Atenas. Sófocles adelantó en mucho el arte dramático, dió mayor extensión á las piezas teatrales, aumentó el número de personajes suprimiendo los recitadores y reduciendo los coros. Pintor de caracteres pone al hombre, por su libertad moral, en lucha con el destino, consiguiendo hacerle interesante aun cuando llegue á sucumbir. Su estilo es armonioso, elegante y poético; el diálogo, exacto y vigoroso. Se le atribuyen más de cien composiciones dramáticas; pero las conocidas, por haber pasado á la posteridad, son *Antígona*, *Electra*, *Edipo rey*, *Edipo en Colona*, *Ayax*, *Filóctetes*.

La tragedia fué primero un canto dedicado á los dioses; Esquilo introdujo el diálogo desde luego, pero el espíritu religioso animaba siempre las piezas dramáticas, y la idea del destino dominaba la acción, de manera que á pesar de lo accesorio el teatro quedaba junto al templo en todo caso. Mas vino Eurípides y reemplazó el poder del destino con el juego de las pasiones humanas; dió ensanche á los resortes que llevan naturalmente al desenlace é hizo conocer cuán

innecesarios eran los medios extraños empleados por sus antecesores. Tales novedades sublevaron la conciencia del público y levantaron una crítica mordaz, suponiendo que el poeta menospreciaba la religión oficial que entraba á la parte hasta en los entretenimientos profanos. Los poetas modernos le han vengado desde luego; Eurípides fué después antepuesto á Sófocles y ha merecido la gloria de que el gran Racine le manifieste su admiración tomando de él los argumentos para sus dramas con preferencia á los de los otros griegos. «Eurípides, dice Mr. Artaud, ha descubierto un mundo desconocido, el mundo del alma que ha sido la fuente de sus más brillantes triunfos. Aunque se encuentren en sus obras notables defectos, no se puede desconocer en él un gran pintor del corazón humano.» Sus dramas de mayor celebridad son *Andrómaca*, *Fedra* é *Ifigenia en Aulide*.

La comedia graciosa y festiva, pero no menos interesante que la tragedia, debe también á los griegos su existencia. Cratino, Epicarmo y otros ejercitaron en ella sus talentos; pero Aristófanes la civilizó, dirémoslo así, despojándola de las groserías que la afearon en su principio; y Menandro le dió su verdadero carácter adornándola con todas las gracias que le son propias, y presentándole con todas sus sales y natural decoro. Las comedias de Cecilio son celebradas hasta compararlas con las de Menandro; pero á Filemón se concede generalmente el mérito de haber perfeccionado la comedia nueva. En esta época fué, pues, el teatro el objeto del principal estudio de los griegos; bajo su potestad se encontraba la censura pública, el Gobierno mismo, los hombres más respetables, no estuvieron libres de sus golpes, tanto que el abuso provocó aun decretos para contener la mordacidad de algunos autores.

La mayor parte de las comedias de Aristófanes pertenece á la comedia antigua ó comedia política; ellas son una sátira acre y audaz contra los poderosos, contra el Gobierno y hasta contra hombres célebres en otros respectos. Celoso de la superioridad de Eurípides dirigió contra él sus golpes; y ni la virtud de Sócrates se vió libre de ellos, por suponerle representante de los sofistas. Habiendo semejante licen-

cia provocado medidas de represión, cayó la comedia antigua y el mismo Aristófanes abrió el camino á la nueva con su *Pluto*. Pero Menandro es de quien principia verdaderamente la comedia á la cual la historia literaria de la Grecia califica de nueva. Menandro dió á sus personajes las pasiones comunes á toda la especie humana y vislumbró en cierto modo el teatro moderno. Los poetas latinos, especialmente Plauto y Terencio, le imitaron en varias de sus composiciones, y de sus innumerables piezas apenas han quedado algunos fragmentos que ostentan el estilo ático más puro. Filemón fué en seguida quien perfeccionó la comedia nueva, tanto en el fondo, como en la forma; modificó el aparato escénico, destruyó las alusiones á los personajes del tiempo, atacó los vicios en general y se dedicó á la reforma de las costumbres, dando al teatro toda la festividad compatible con el decoro y la decencia. Si la Grecia no ha producido en este género monumentos, como en los demás de las *Bellas Letras*, dejó un basto campo á los dramáticos modernos para que lo cultiven y lleven la comedia á su perfección.

Poco tiempo después Arato y Nicandro, siguiendo el estilo de Esíodo, se distinguieron en la poesía didascálica. Treócrito, Mosco y Bión inventaron un nuevo género con sus idilios, y la vida y lenguaje sencillos de los pastores vinieron á ser el entretenimiento de los ingenios.

Calímaco adquirió gran fama por sus composiciones satíricas; mas en este género, invención también de los griegos, Luciano, que vivió en tiempo de los emperadores, fué el que convirtió la poesía en la más terrible arma contra los tiranos, contra los vicios de su tiempo y, lo que es sobremanera sensible, hasta contra los hombres que gozaban mercedamente la reputación de virtuosos. Las sátiras de Luciano, jocosas casi siempre, mordaces y sangrientas muchas veces, subieron hasta el Olimpo, y ni los dioses se escaparon de la burla con que el poeta socavó los cimientos de esa teogonía que había de caer poco más tarde con la introducción y el triunfo del Cristianismo.

Admira, ciertamente, el ver que los griegos hayan llevado casi á la perfección la poesía en todos

sus géneros, no habiendo las generaciones siguientes, en la extensión de tantos pueblos y en el transcurso de tantos siglos, podido hallar sino muy poco que añadir á la obra de sus maestros. La epopeya, el drama, poesía lírica, bucólica y didáctica, epigramas, todo fué conocido, todo fué cultivado por esa nación privilegiada del Genio. La Grecia fué la patria de las Musas.

Muy tarde conocieron los griegos el mérito de la elocuencia; pero en ella, como en la poesía, llegaron á ser el modelo de los demás pueblos. Solón no tuvo otro auxilio para establecer sus leyes en Atenas que su elocuencia. Pisistrato y Clistene debieron más á sus arengas que á su espada en la empresa de perturbar el orden de la República. Pero el que merece verdaderamente el título de orador es Pericles. Pericles supo unir de tal modo las gracias de la lengua á la fuerza de la elocuencia, que cuando con su dulzura deleitaba á Atenas, hacía temblar con su vehemencia á toda la Grecia. Los antiguos decían que la diosa de la persuasión estaba sentada sobre los libros de Pericles y que de su lengua salían rayos en vez de palabras. Así que, desde él debe tomarse la edad oratoria de la Grecia representada por esos diez famosos oradores llamados por Plutarco la *Década ática*.

Antifonte, Andócides, Lícias, Isócrates, Iseo, Esquines, Licurgo, Demóstenes, Ipérides y Dinarco, son los que componen esta *Década* tan nombrada, cuyas oraciones son otros tantos monumentos de una robusta elocuencia. En doce gruesos volúmenes se ven compiladas por Juan Jacobo Reische las arengas de los oradores griegos, volúmenes que son el mejor testimonio de cuanto la literatura griega ha dejado á la admiración de los siglos; pirámides que desafían al tiempo y que conservan para el género humano las obras del ingenio. Los más célebres de los que pertenecen á la *Década* son Lícias, Isócrates, Ipérides, Esquines, y más particularmente el inmortal Demóstenes, padre de la elocuencia griega.

Mas, para conocer cuánto se cultivó en Grecia el arte de la oratoria, basta observar que en tiempo de Demóstenes florecieron igualmente Calistrato, cuya singular facundia y los aplausos que mereció, sirvie-

ron de estímulo al mismo Demóstenes en el estudio de la elocuencia; Démades, á quien llamaban el invencible; Foción, calificado por Demóstenes de *espada tajante*, y varios otros de no menor importancia. La plaza pública era una tribuna abierta para todo ciudadano que quisiese hablar de los negocios comunes; las decisiones del pueblo eran el resultado de la influencia de la palabra, y los hombres buscaban celebridad, simpatías, honores haciendo predominar su opinión. Las enemistades, las venganzas, las más bajas pasiones hallaban, por otra parte, el medio de satisfacerse en el campo de las acusaciones; la multitud se moría á impulsos de la impresión arrancada por la palabra; y más de una vez los hombres justos, como Aristides, como Sócrates fueron condenados al ostracismo ó á la muerte.

Demóstenes había sido favorecido por la naturaleza con un talento especial para la oratoria, y supo cultivar ese talento, venciendo aun los defectos físicos de que adolecía. A la edad de diez y seis años defendió su propia causa contra los tutores que se habían apoderado de su fortuna, y obtuvo un ruidoso triunfo; sus arengas en defensa de los particulares revelaron ya el genio que había de brillar después. El juicio del gran Cicerón acerca de su rival en la elocuencia, es el mejor elogio que podemos presentar aquí. «Este príncipe de la elocuencia, dice, me dió perfectamente la idea de que yo tengo de ella; él tocó á ese grado de perfección que me imagino, y que no hallo sino en él. Su elocuencia era rápida, fuerte, sublime, y tanto más brillante, cuanto parece nacer sin arte del objeto mismo. A esta elocuencia viril, toda de realidad, unía una declamación vehemente y llena de expresión. Su genio sacaba aun nueva fuerza de su celo por la Patria, de su odio por los enemigos, y de su amor por la gloria y la libertad». La mejor edición de sus arengas es la de Francfort con la traducción latina de Wolfius. Toureil las ha traducido al francés con mucho vigor y fidelidad, añadiendo dos prefacios excelentes acerca del estado de la Grecia.

Con todo, vióse poco tiempo después elevada una especie de elocuencia académica, aunque no carecía de mérito. Dión Crisóstomo, Herodes Atico, Lon-

gino, componían arengas en un estilo formado con la lectura de Platón y de Demóstenes, imitando, su elegancia, pero apartándose de su sencillez. La materia no es la que se discutía en los grandes días de la República; cuestiones fútiles, asuntos sin importancia son el tema de una multitud de arengas, tanto que, de ochenta discursos de solo Dión muy pocos son los que se asemejan á los de los primeros oradores.

Si como acabamos de ver, la poesía y la oratoria merecieron en tan alto grado la atención de los griegos, no la mereció menos la historia. La historia, que es el cuadro fiel donde se retratan las vicisitudes, el carácter, la civilización de los pueblos, fué cultivada por el griego con tal esmero, que debía ser para la posteridad el libro en que se vieran sus glorias, su extenso saber y también su decadencia y caída. Literatos en el sentido más lato de la palabra, no podían dejar de ser historiadores. Las naciones tienen su vanidad como los hombres, y la satisfacción de los triunfos adquiridos se aumenta cuando son comunicados.

Pero la historia no es sólo una vanidad, más que esto es una necesidad. Siendo perfectible la raza humana, ha menester lecciones que le instruyan, y no hay instrucción, no hay escuela como la historia. El ejemplo de los grandes hechos estimula á su imitación; las virtudes se aprenden y los vicios se detestan al verlos referidos; se buscan las unas, se huye de los otros, no sólo guiados de la conciencia, sino aun más al contemplar los resultados que produjeron y que tan vivamente nos pinta la historia. Un pueblo sin historia no es pueblo, á lo menos no vive sino para sí y sólo para su tiempo, que ciertamente es un día en la vida de la humanidad.

Desde luego la historia es de todos los géneros de literatura el que más soporta la mediocridad del escritor, ya porque el interés está en los hechos antes que en el estilo, ya porque los acontecimientos que el historiador refiere tienen por sí mismos un atractivo de curiosidad que impide al lector fijarse en lo mediocre del estilo. La curiosidad lo perdona todo con tal que la historia sea referida. No obstante, para excitar vivamente el interés, para hacer fructífera la historia el historiador debe ser historiador verdadero,

esto es, debe hallarse dotado de esa variedad y superioridad de dones naturales y adquiridos necesarios para escribir una historia digna de este nombre.

El historiador ha de ser poeta para ser sensible, colorista elocuente; ha de ser filósofo para no limitarse á la superficie de los hechos solamente, sino además para profundizarlos, interrogarlos y sacar, por decirlo así el sentido oculto que contienen. Los acontecimientos bien vistos, bien comprendidos tienen su lenguaje inteligible que se llama experiencia, lección, moralidad, sabiduría, filosofía de las cosas. Es indispensable que el historiador comprenda este lenguaje de los acontecimientos para interpretarlos á los otros hombres.

El historiador ha de ser hombre honrado, esto es, probo de espíritu, sincero, verídico; porque si engaña ó disimula, ó inventa ó miente, no es más que el falsario de los hechos. Ha de ser moralista, sino de corazón, á lo menos de espíritu; porque si acaricia las perversidades de las que la historia está llena, si da siempre la razón á la fortuna, si exalta al vencedor culpable, si maltrata al vencido inocente, si pisa sobre las víctimas, si transige con las iniquidades ó las clases de los hombres poderosos, si añade la sanción de su propia inmoralidad y autoridad á los crímenes y vicios que entristecen los anales de los pueblos, el historiador no es juez sino cómplice abyecto é interesado de la fortuna que protege sin cesar á los violadores del derecho. Tal historiador corrompe la moralidad de su siglo más eficazmente que todos los crímenes; su absolución es peor que el mismo crimen, es el asesinato de la conciencia pública, único refugio que la fortuna triunfante deja aquí abajo á la virtud y á la justicia.

El historiador ha de ser hombre de estado; porque la historia es el repertorio de la política, y si no se entiende bien este buen gobierno de la vida aplicado en grande á la sociedad, escribirá á la ventura fábulas llenas de ignorancia de contrasentido y sin sentido. Es preciso que haya frecuentado los concejos, las asambleas, los negocios públicos; que haya observado el juego de las pasiones, de los intereses, de las ambiciones, de las intrigas, de los caracteres,

de las virtudes y de las perversidades que se agitan en las cortes, en los comicios, en los parlamentos, en la plaza pública: ninguno conoce á los hombres por teoría; para conocerlos, hay que tocarlos. El historiador que no haya vivido más que en las bibliotecas hará libros, pero jamás una historia.

Es necesario, en fin, que el historiador haya llegado á la vejez ó á lo menos á esa madurez de los años que da, con la sangre fría del pensamiento, el desinterés de la ambición, ese descanso estudivioso en el qual el escritor se encierra con la soledad de su alma para recoger antes de su muerte, los acontecimientos, los juicios, las experiencias, que quiere legar á la posteridad.

Los pueblos niños quieren relaciones maravillosas, pero sin crítica, como las de Herodoto; los pueblos supersticiosos, fábulas, como los libros teogónicos del Oriente; los bárbaros, martirologios, como los de los escandinavos; los caballerescos, aventuras; los corrompidos, crímenes políticos admirados y justificados; los artistas, arengas y reflexiones, como las de Tucídides; los envilecidos, obscenidades, como las de Suetonio. Los pueblos que tocan á la decadencia quieren retratos dibujados con rasgos de sangre, retroceso hacia la virtud antigua, lágrimas sobre la corrupción presente, una filosofía quejumbrosa y amarga que consterne y eleve el alma por el doloroso contraste entre el pasado y lo presente.

En la historia perfecta el historiador no es solamente analista, es ciudadano, moralista, político, poeta, pintor; es legislador, apologista, satírico, hombre de Estado, juez é institutor de las naciones; es Tácito en uno palabra. La historia escrita á lo Tácito es el gran poema de la verdad.

Cadmo fué el primero que hizo uso de la prosa para los escritos históricos. Los grandes hechos, la doctrina, las ciencias se escribieron en verso entre los griegos, hasta que se conoció la necesidad de romper las ligaduras del metro para dar ensanche á la palabra y al pensamiento. Cadmo introdujo, pues, una novedad que no tardó en ser adoptada; y desde entonces pudo la historia dar con escritores tan elocuentes y puros como los había tenido la oratoria.

Herodoto es llamado con razón el padre de la historia, por haber encontrado la dicción propia con que debía escribirse, y el estilo y lenguaje que la convienen. Tucídides y Jenofonte abrieron un nuevo campo en este ramo, y todos tres merecieron igual fama aunque siguieron caminos diversos. De Teopompo y Filisto hablan con gran elogio los antiguos, quienes leían sus historias al mismo tiempo que las de Herodoto, Tucídides y Jenofonte.

De Herodoto se ha dicho que es en la historia lo que Homero en la poesía y Demóstenes en la oratoria. Cuando fué leída su historia en los juegos olímpicos, el entusiasmo subió hasta el punto de que á cada uno de los nueve libros que la componen, se dió el nombre de cada una de las nueve Musas. Con todo, participa del defecto común á los historiadores de entonces, de mezclar las fábulas más extravagantes con los hechos. Tucídides debió su celebridad á la historia de la guerra del Peloponeso que la escribió en dialecto ático, como el más puro, más elegante y más enérgico. Demóstenes manifestaba tal predilección por esta obra, que la copió muchas veces. Testigo ocular de los hechos que refiere, merece mayor crédito que Herodoto que se fiaba sin examen de las memorias y narraciones muchas veces desautorizadas.

Jenofonte, inmortalizado antes de escribir sus obras por la célebre retirada de los diez mil en que tuvo la principal parte, escribió la historia de tan memorable empresa, la *Ciropedia* ó historia de Ciro el grande, la de la expedición de Ciro el joven y varias otras obras acerca de materias distintas. Si en las más de ellas se encuentran profunda filosofía, elegancia, exactitud histórica, no sucede lo mismo en la *Ciropedia*, que es más bien un poema, á la manera del *Telémaco*, distante de ofrecer la verdadera historia de aquel príncipe ó de su reino. Voltaire dice que Jenofonte ha hecho de la vida de Ciro un romance; pero aun cuando esta obra no pueda aceptarse como historia, su mérito por otros respectos la hace digna de ocupar un puesto distinguido entre las más notables que forman la literatura griega.

Polibio, aunque carecía de la elegancia y pulidez de estilo de los primeros, supo, no obstante, hacer

tan apreciable su historia, que los cinco libros que nos ha dejado llaman tal vez la atención de las personas doctas, más que las gracias de la lengua en los otros historiadores.

Diodoro Sículo, Dionicio de Alicarnaso y Dión Casio pueden considerarse como anticuarios que á fuerza de estudio, llegaron á esparcir alguna luz en las tinieblas de los tiempos remotos. Diógenes Laercio escribió «Las vidas de los filósofos» con estilo correcto y fácil; pero Plutarco se distinguió, entre los historiadores griegos, no sólo como narrador, más también por haber dado á la historia la importancia de una lección moral y enseñado, con la demostración de los efectos producidos por los hechos, y de las causas de los acontecimientos que refiere, las faltas que se deben evitar y la conducta que debe adoptarse en todas las situaciones de la vida. Plutarco es, sobre todo, un maestro de moral en sus escritos, un filósofo á quien respetó hasta el libertinaje de su tiempo. *Las vidas de los hombres ilustres* abrieron á la historia un nuevo rumbo, y la biografía pudo desde entonces formar un género histórico. El ejemplo fué seguido por muchos que enriquecieron la Literatura con nuevos escritos.

Plutarco es el Tácito de la Grecia: la imparcialidad, la verdad histórica, la crítica, el discernimiento manifiestan, en las *Vidas de los hombres ilustres*, que Plutarco había nacido para historiador. Testigo casi de los acontecimientos, estudiando á los hombres, sobreponiéndose á las preocupaciones del tiempo, narra los hechos y pinta á los personajes con los colores que les son propios. Los grandes hombres, aun los más recomendables por sus virtudes y acciones gloriosas no están libres de su censura cuando han llegado á merecerla. La justicia, á la que rendía fervoroso culto, la imparcialidad se ven manifiestas en su historia, aun cuando habla de los romanos enemigos de su patria. Si refiere cuánto la superstición de la época mezclada en los sucesos, cuida, á lo menos, en la mayor parte de los casos, de combatir esos errores y dar á los acontecimientos las causas naturales de que procedían.

En todas sus obras dá á conocer Plutarco su amor

á la verdad; pero la benevolencia, que fué otra de sus preciosas cualidades, no le permitía dar á sus censuras la vehemencia de Tácito, aunque no dejó de condenar cuánto se oponía á la virtud. Los hombres ilustres de Roma, al lado de los de la Grecia, elevados por sus hazañas y sus prendas, á la misma ó mayor altura que éstos, es obra que manifiesta con cuanta imparcialidad celebraba todo lo laudable donde quiera que se hallase, exento de toda pasión y sin otra mira que la de rendir culto á la justicia. Moralista por carácter, lo censurable cae siempre debajo de la jurisdicción de su pluma, siquiera se trate de los héroes que han merecido sus simpatías. En el paralelo entre Pericles y Fabio Máximo eleva al romano sobre el célebre griego que tuvo la gloria de dejar su nombre á un siglo. La dicción esencialmente ática, la sencillez, la claridad son dotes predominantes en sus escritos. El estilo histórico principió verdaderamente con Plutarco; y en este género la Grecia no debió quedar atrás, aunque llegase á ser excedida por Roma con Tácito.

En la geografía y la cronología, partes de la historia, ó como las llamaban los antiguos, ojos de la historia, tienen los griegos al famoso Estrabón á quien seguramente precedieron otros muchos, según se ve en la *Colección* de Juan Hudson. Los trabajos de Tolomeo y Pausanias nos han conservado los nombres de estos grandes sábios; pero Tolomeo merece particular mención, por haber prestado, con sus conocimientos astronómicos, un auxilio tan poderoso á la geografía y á la cronología. La obra *De emendatione temporum* de Escalígero y la *De doctrina temporum* de Petavio han sido, así como las de otros, las antorchas que han guiado á los modernos en los estudios de estas ciencias.

Hacía largo tiempo á que la poesía era la principal ocupación de los ingenios griegos, la naturaleza no se les había presentado sino en su aspecto risueño, la inspiración se despertaba con todas las impresiones; era un pueblo poeta: la filosofía, las ciencias exactas vinieron á reclamar su puesto, y llegaron á florecer y dar exquisitos frutos, como había sucedido con los estudios de puro gusto.

La filosofía griega está encarnada, por decirlo así, en algunos de esos hombres que la naturaleza da al mundo para que sean su honra y su gala, los demás sólo son cuerpos que reflejan la luz comunicada por esos astros de las ciencias. Platón, Aristóteles, Solón, Thales, Pitágoras, Sócrates, Plutarco, Zenón, Epigteto, son los esplendentes astros de la filosofía griega.

Sócrates fué el maestro de la filosofía espiritualista en la Grecia. Espíritu justo, apasionado de la verdad, por lo que ella es en sí, consumido de celo por ella interrumpía su trabajo para dar solución á las cuestiones que se le proponían; hablando siempre de las cosas divinas, sembrando el buen grano á todo viento, se le habría tenido por loco, sino hubiera sido un modelo de virtud y un oráculo de toda sabiduría. Nada escrito nos ha dejado Sócrates, enseñaba sus doctrinas en los diálogos con sus discípulos y en arengas dirigidas á la multitud. Estas doctrinas nos las han trasmitido sus discípulos, especialmente Platón, quien fué el eco vivo más maravilloso que la Providencia de la Grecia había preparado á un sabio como Sócrates.

La última conversación con sus discípulos al tiempo de su muerte es un verdadero poema en el cual se ve elevada más alto que nunca la filosofía humana por sólo el poder del razonamiento. Lo que sobre todo da su carácter y autoridad á esta filosofía es la conciencia, superior aun aquí, á la filosofía. Su fe no es más que probabilidad, conjeturas, verosimilitud, revelación del pensamiento; ningún prestigio, ningún prodigio impone esta fe á sí mismo ó á los otros, no llama en sus manifestaciones más que á la razón sinceramente interrogada, lógicamente respondida en sus conversaciones sobre las cosas divinas. Fundador del culto filosófico trataba de conciliar en lo posible lo que había de inocente en las antiguas supersticiones nacionales con lo que había de verdad absoluta en el nuevo dogma.

Jenofonte habla de Sócrates como de un filósofo á cuyos ojos las instituciones sociales y políticas no tenían más que una importancia secundaria; pues se empeñaban en mejorar á los hombres antes que en

constituirlos; para Sócrates la cuestión no eran las leyes sino los dioses. Predicó la unidad de Dios y á esta verdad subordinó todas las contenidas en su teología y la sostuvo con tanta fe, con tal entusiasmo, que la selló con el sacrificio de su vida.

Platón, llamado la abeja ática, por la dulzura de su estilo, y divino, por la pureza de sus doctrinas morales, fué un modelo en ambos puntos: sus escritos son los precursores del Evangelio, y en su *Hombre justo* retrató á Jesucristo, como si hubiera tenido la inspiración de los profetas hebreos. Las obras de Platón han sido el libro de consulta de los filósofos, de los políticos, de los moralistas; su influencia no ha disminuido en tan larga serie de siglos, como es la que ha corrido desde él hasta nosotros.

La filosofía es el pensamiento del corazón humano cuya literatura es la palabra; el pensamiento es el fondo del hombre, la literatura la forma. Ahora bien, la más luminosa y elocuente de estas filosofías en la forma es la de Platón, la filosofía de la razón pura iluminada por la imaginación aunque algunas veces desviada por ella.

Una de las colecciones de filosofía para todos los tiempos es la de *Los diálogos* de Platón, en los cuales este discípulo de Sócrates hace hablar al maestro, con una sabiduría sobrehumana y con elocuencia casi divina, sobre los puntos más elevados de filosofía y de teología natural. Estos *Diálogos* han sido la perpetua plática de la Grecia; ellos han preparado al espíritu humano para la metafísica de San Pablo y de la escuela filosófica de Alejandría; ellos han servido de comentario á los primeros concilios cristianos, han sido el crepúsculo de muchos dogmas, han alimentado la filosofía romana de Cicerón, han luchado en la edad media con la filosofía experimental de Aristóteles; oscurecidos un momento por la filosofía casi materialista de Loche, Helvecio, Diderot, han resucitado con mayor popularidad, há pocos años, con la traducción y los comentarios de Mr. Cousin, elocuente restaurador del platonismo en el siglo XIX.

Los *Diálogos* tienen sin embargo notables defectos que parecen inherentes al genio un poco verboso de la Grecia y al genio un tanto sofístico de Pla-

tón, pero defectos de forma antes que de fondo. Esta manera de discurrir entre dos ó tres interlocutores, si es adecuada para la enseñanza de los niños, impaciente á los hombres hechos quienes buscan las ideas cansándose de vanas palabras. La sutileza metafísica, por otra parte, puede probar ingenio y fecundidad, pero embrolla las cuestiones y embaraza la inteligencia de los lectores conduciéndola por senderos estrechos y tortuosos.

Pero entre los diálogos *El Phedón* contiene él sólo más verdadera filosofía espiritualista que todos los otros. La hora, la muerte, la gravedad del paso de esta vida á la otra que acosan á Sócrates y conmueven á Platón, no permiten ni al filósofo ni al discípulo perder el tiempo en argucias pueriles de una ociosa dialéctica. La relación en boca de Phedón tiene toda la poesía de la epopeya, todo lo patético del drama, toda la seriedad de una lección de filosofía; es el apogeo de la palabra humana sobre la tierra por el corazón; en la muerte por la anticipación del suplicio; en la inmortalidad, por el espíritu. Entre la vida y la eternidad se siente al hombre, si se mira á Sócrates: se siente á Dios, cuando se le escucha.

Otros de los libros célebres de Platón es *La República*, obra que si tiene, como todas las de este filósofo, reconocido mérito literario, en el fondo no es más que una utopía plagada, por otra parte, de esos errores á los cuales se expone el espíritu humano cuando quiere reorganizar las sociedades modelándolas á sueños irrealizables. Entre un político y un utopista hay la misma diferencia que entre el sueño y la realidad, el uno piensa, el otro toca las cosas. Revolver el universo moral, formar un mundo en la imaginación prescindiendo de los instintos, de los hábitos, de las necesidades, de la experiencia, es llevar la razón á desvíos capaces de trastornar el orden de la naturaleza, convirtiendo la sociedad en un caos donde la virtud no se diferencie del vicio; donde instituciones, leyes, formas de gobierno, todo esté fuera de lo posible, fuera de las circunstancias que determinan las legislaciones de los pueblos; porque la política no es absoluta como la filosofía, sino relativa y acomodada á la situación de la sociedad.

Aristóteles, que ha dejado su nombre á una escuela filosófica, mereció el título de maestro de los filósofos; su método fué un verdadero reinado, aunque, por la sujeción en que se coloca el pensamiento respecto de las fórmulas, ha llegado por fin á desecharse. La vasta ciencia de este filósofo sirvió en gran manera á los griegos que se aprovecharon de ella con sumo fruto. Solón como legislador; Thales y Pitágoras que pusieron las bases en la ciencia de los números; Sócrates que sistematizó el estudio de la Psicología y profesó la verdadera ciencia del alma, no han caído del trono á que desde su tiempo fueron elevados por su misma generación.

Aristóteles es uno de los grandes tipos del espíritu humano, el mayor talvez, si la precisión del espíritu hiciera parte de la perfección. Todo lo abrazó tan vasta inteligencia: política, lógica, física, retórica, moral, historia natural, etc., fué una *Enciclopedia* entera. Excepto la penetración y exactitud en las ideas no hay que buscar en él las perfecciones de forma de Platón, de Cicerón, de Homero, de Virgilio; Aristóteles, semejante al matemático de quien él mismo habla, no reconocía otro grado que la verdad. De todas las ciencias que ha tocado la más universal es la política, y al leer la de Aristóteles se cree leer la de los más refinados políticos de los tiempos modernos; sus ideas sobre la sociedad, sobre las formas de gobierno, al paso que demuestran la antigüedad de esta ciencia, manifiestan que en el fondo nada han tenido que descubrir los políticos de los siguientes siglos. La política de Aristóteles contiene todos los principios, todas las verdades de cuya aplicación se pretenden autores muchos que no han hecho más que seguir las huellas de ese hombre prodigioso. A excepción de esos dos errores, que no son tampoco suyos, sino de su tiempo, la esclavitud y el infanticidio de los niños enfermos, no hay una consideración falsa en todo el libro. Se puede asegurar sin lisonja que de todas las obras políticas la de Aristóteles debe mirarse como la más perfecta, borrados los capítulos que se refieren á los errores que acabamos de mencionar; escrita tres siglos y medio antes de Jesucristo, es, con todo, el manual del hombre de Estado

de todas las épocas. Esto prueba, por otra parte, que la verdad es eterna y que nada de nuevo hay debajo del cielo sino la mentira y el sofisma destinados á sostener todas las tiranías.

En poética como en otras ciencias, Aristóteles tiene el privilegio de haber sido el más antiguo en fecha y de haber quedado en algún respecto superior á los posteriores. Aristóteles fué quien primero pensó hacer de los principios de la poesía, en su conjunto y en sus diversos géneros, una teoría regular y sistemada; él ha hallado sin duda en Platón los gérmenes de esta doctrina y habrá tomado algo de su maestro. Antes de Aristóteles, hombres de espíritu habían emitido su juicio sobre las obras de los poetas: pero nadie había ensayado hacer de esos juicios un cuerpo de doctrina remontándose hasta los principios en que ellos se apoyan. Su obra ha quedado mutilada; mas con ella ha nacido la crítica literaria; esa que en el presente siglo cuenta con maestros que la posteridad tomará por modelos. Herder nota con razón que la filosofía de las artes debía haber nacido en la Grecia; porque siguiendo el movimiento libre de la naturaleza y las inspiraciones del gusto, los poetas y los artistas de este privilegiado país realizaban la teoría de lo bello antes que nadie hubiese fijado sus leyes.

La historia natural, la lógica, la sicología, todos sus otros tratados han servido de base para el desarrollo y la perfección de estas ciencias; descartando algunos errores, buscando el verdadero pensamiento de Platón y Sócrates sus maestros, esos tratados han venido á ser el catecismo de las edades posteriores, y el nombre del insigne filósofo, autoridad para todos los siglos.

Tantas escuelas de filosofía se abrieron en todas las ciudades griegas, que á poco se multiplicaron las sectas filosóficas. Centenares de filósofos se hicieron célebres por alguna particularidad, y se fué hasta el abuso en el estudio y ejercicio de esta ciencia, tanto que notables extravagancias llegaron á ser autorizadas por hombres célebres en otros respectos.

Las obras de Diógenes Laercio, de Plutarco, de Sixto Empírico y tantas historias de la filosofía, com-

puestas en la edad moderna, prueban cuánto los griegos se dedicaron á este importante ramo del saber humano.

La lógica, la moral, la física, la botánica, la historia natural, las matemáticas, cuentan, entre los griegos, los nombres más ilustres, respetados aun de los orgullosos críticos de nuestro tiempo. Los descubrimientos geométricos de Thales, Pitágoras y Platón han sido la base sobre la que los posteriores trabajos han levantado el edificio inmenso de la geometría. Las teorías de Thales acerca del círculo y los triángulos señalaron á Arquímedes la vía que llevó al templo de la inmortalidad.

Thales, fundador de la escuela jónica, rehusó los cargos públicos á los que su derecho de ciudadanía en Mileto le hacía acreedor y se consagró al estudio, exclusivamente; hizo en la astronomía, descubrimientos que sorprendieron á su época y que antes que á otro le dieron el sobrenombre de *sabio*. Fué el primero que llegó á predecir los eclipses; estudió el curso del sol y fijó las épocas en las que este astro entra en los trópicos; fué asimismo el primero en señalar la sucesión de las estaciones y la duración del año dando trescientos sesenta y cinco días, y treinta minutos á cada mes; resolvió varios problemas geométricos y fué autor de muchos apotegmas morales, entre ellos el famoso *Noscete ipsum* que resume toda una doctrina sobre la precipitación de los juicios del hombre cuando se trata de sus semejantes. La influencia de la escuela jónica en la filosofía y la moral es propiamente influencia de su fundador; las obras nacidas de esta célebre escuela para sostener sus doctrinas, son otras tantas riquezas de la literatura griega en el ramo de las ciencias exactas y en el de la filosofía propiamente dicha; el nombre de Thales, por lo mismo, es una celebridad que figura entre las de aquel tiempo.

A Platón se debe el principio del análisis geométrico; en su escuela está el origen de las secciones cónicas; La historia de las matemáticas de Eudemo y la de Montucla fueron publicadas antes que naciera Euclides ni existiera la escuela de Alejandría. No había salido aún á ilustrar al mundo el gran Arquímedes, cuya existencia sola basta para ser la gloria

de la Grecia, y ya se conocía la resolución de gran parte de los problemas geométricos.

Arquimedes fué discípulo de Euclides y en Egipto hizo sus principales estudios; se distinguió por sus descubrimientos deducidos, de las teorías que antes que otros redujo á la práctica. El encontró la cuadratura de la parábola, la relación entre el cilindro y la esfera inscrita, la teoría de las espirales, la refracción astronómica.

Sus inventos mecánicos, multiplicados con ocasión de la defensa de su patria en la guerra con los romanos, aumentaron su popularidad y le hicieron visible como un portento en las matemáticas. Las obras que de él se han conservado han servido de base para las que de esta ciencia se han publicado después.

En la medicina, Hipócrates y Galeno, Teofrasto y Dioscórides en la botánica; el divino Platón y Aristóteles en la jurisprudencia política y civil constituyen el justo orgullo de los griegos. Los estudios eclesiásticos fueron igualmente conocidos y perfeccionados entonces, aun cuando hayan nacido mucho después de la ruina del Imperio Ireneo, Justino, Orígenes y Clemente Alejandrino, los primeros en formar una ciencia de la exposición y pruebas de la religión cristiana, eran griegos; griegos fueron Egesipo y Eusebio, los primeros en escribir la historia eclesiástica; griegos igualmente, Atanacio, Basilio el Nacienseno y Crisóstomo, quienes honraron á la Iglesia; y griega es, por fin, la literatura eclesiástica de esa época; de modo que puede afirmarse que tanto ésta como la profana deben, no sólo su origen, sino aun su progreso, á aquella docta nación, madre ilustre de todas las naciones.

No menos feliz ha sido la Grecia en el cultivo de las bellas artes: la Italia, prodigio entre la naciones modernas en las bellas artes, no ha podido en algunas acercarse á la perfección á que llegaron en la Grecia. El Partenón, el templo de Apolo, son monumentos que atestiguan hasta donde puede ir el genio en la arquitectura. Pero en lo que sobresalieron los artistas griegos, de una manera prodigiosa, fué en la escultura; las obras de Fidias causaron tal ad-

miración á los romanos que la mayor parte del orgullo de sus triunfos hicieron consistir en adornarlos con ellas. La Minerva, el Júpiter Olímpico, la Venus de Médicis, el Apolo del Belvedere, el Laocoón, la Cabra Amaltea manifiestan el talento de los escultores griegos, al cual en vano se han esforzado en igualar los de los otros pueblos. El célebre anticuario Visconti sostiene que el arte estatuario había tocado á la perfección en el siglo de Pericles; y hay que confesarlo, en efecto, al ver que los inimitables modelos griegos han quedado siempre superiores en mucho á cuantas copias se han pretendido sacar de ellos.

Cuanto á la arquitectura, á los templos macisos y desproporcionados, á los santuarios misteriosos del Egipto y del Asia antigua, donde se ocultan ídolos extravagantes rodeados de colosos monstruos; á las iglesias en donde el Dios puro espíritu se cierne invisible debajo de las bóvedas elevadas, la Grecia opone moradas elegantes y risueñas, deslumbrantes de belleza y de luz, de sus dioses con figura humana, como opone, asimismo, su genio filosófico y moral al genio simbólico y religioso del antiguo Oriente y á los místicos vuelos del pensamiento cristiano.

Se puede decir de la escultura griega que ella domina y rige la arquitectura cuando en otras partes es dominada y regida por ésta. Aquí la arquitectura recibe la ley de lo bello, como la escultura. El principio de proporción que, cual la luz brilla en todas las obras del arte griego, y que da á la arquitectura un carácter de perfectibilidad, desconocido antes, parece sugerido al espíritu por la contemplación del cuerpo humano, esta obra maestra viva de conveniencia y armonía.

Es de la forma humana de donde parece tomada esta simetría que aleja la frialdad de nuestra arquitectura clásica moderna. Es á la forma humana, sin duda, más bien que á la naturaleza inanimada, á la que los arquitectos griegos han debido el pensamiento de sus curvas que corrégían por no sé qué de orgánico, la sequedad de las líneas geométricas. En su entusiasmo por la belleza de la figura humana, después de haberle arrebatado, tanto como es posible, la ondulación de sus líneas tan armoniosamente ba

lanceadas, han ido hasta revestir de colores sus edificios, á fin de imitar mejor á la naturaleza con una apariencia de vida. En Grecia las estatuas no han sido hechas para el adorno de los templos, más bien los templos se han edificado para morada de las estatuas.

Fidias aparecía en tiempo de Pericles como Rafael y Miguel Angel en el reinado de León X; hasta ellos se ha subido, después de ellos no se ha hecho más que descender. Hay alturas que no se franquean; el *Non plus ultra* se halla escrito en todo lo que es humano. Pero todo monumento de arquitectura calla á presencia del Partenón, este templo de los templos edificado por Ictino, ordenado por Pericles, decorado por Fidias; tipo único y exclusivo de lo bello en las artes de la arquitectura y escultura; especie de revelación divina de la belleza ideal recibida por un pueblo artista por excelencia y transmitida á la posteridad en trozos de mármol imperecederos y en esculturas que vivirán eternamente. Este monumento, tal como era, con el conjunto de su situación, de su base natural, de sus gradas con estatuas inimitables, de sus formas grandiosas; de su ejecución acabada en todos sus detalles, su materia, su color, este monumento sostiene durante siglos la admiración sin debilitarse. Cuando se ven sus majestuosos fragmentos mutilados por las bombas venecianas, por la explosión de la pólvora de Marosini, por el martillo de Teodoro, por los cañones de los turcos y de los griegos; sus columnas en trozos inmensos rodando en el pavimento, sus capiteles frascados, sus triglifos y sus estatuas llevadas por los agentes de Lord Elgín sobre los navíos ingleses, lo que ha quedado es bastante para conocer que es el más perfecto *poema escrito en piedra* sobre la superficie de la tierra. La antigüedad entera vive en ese monumento.

La escultura es la literatura palpable, literatura del tacto; ella no produce menos impresiones, sensaciones y pensamientos que la de la palabra; es la más natural y simple de las reproducciones de la naturaleza por la mano del hombre, y es probablemente por eso por lo que ha sido la primera de las artes inventadas por la especie humana. Fué un juego de niños al principio, un noco de barro pudo convertirse en

la figura de un hombre; más tarde, el niño ó el hombre, en el empeño de dar solidez é inmortalidad á la imagen formada de barro por sus dedos, ha tomado un trozo de mármol ó ha hecho correr un torrente de bronce líquido para perpetuar su pensamiento palpable, y el ensayo se ha convertido en arte divino, el más monumental de todas las artes después de la arquitectura.

Quién es, empero, el representante de este arte en la antigüedad? Fidias, la encarnación de la escultura, el creador de los mármoles, el revelador de lo bello en la piedra, el que ha puesto su parte en esas obras que han hecho eterna la celebridad de Atenas. Los nombres de Fidias, Policleto, Praxiteles forman la gloriosa trinidad que eleva la historia del arte en los primeros tiempos. En el Partenón, en ese grandioso bosque de estatuas no han quedado debajo de tantas ruinas más que las de Marte y de Venus medio destruídas por dos enormes fragmentos de corniza que han caído sobre sus cabezas; mas esas dos figuras valen por todas las perdidas debajo de los escombros del gran templo. Parece que se doblegan sus miembros con el peso que los abruma; se siente que el cincel de Fidias temblaba y ardía en sus manos cuando de ellas salían con vida estas sublimes figuras; se siente que el artista les infundía su aliento, su propia individualidad, su propia sangre en las formas, en las venas de los seres que creaba y que es una parte de su ser la que palpita en esos miembros prontos á moverse, en esos labios preparados para la palabra.

Muchas de las estatuas de mayor mérito que adornan la ciudad de los césares romanos son obra de los escultores griegos; con ellas transportaron los conquistadores, de Grecia á su patria, no sólo adorno para sus templos y plazas públicas, mas también el gusto y la afición á las artes que civilizan á los pueblos. El genio griego, comunicativo en todas sus obras, produjo en Italia esos milagros del arte que á lo menos en la pintura y la música, han puesto su nombre en escala superior á la que ocupa su maestro.

En cuanto á la pintura, la existencia de Apeles, llamado el divino, basta para considerar á la Grecia

como la de cuna donde salieron los mejores maestros. El famoso cuadro de *La calumnia* pintado á consecuencia de una falsa acusación que comprometió la vida de Apeles, fué el presagio de la *Venus* saliendo del mar, del retrato de Alejandro Magno, del de Antígono. Apeles fué colocado á la cabeza de todos los pintores antiguos. Protógenes también célebre pintor, decía que los rasgos del pincel de Apeles no podían confundirse con los de ningún otro. A una nación poeta las bellas artes no podían ser extrañas, aunque es cierto que en la pintura no pudo gloriarse de la abundancia de artistas como en la estatuaria ni guardar para sí la primacía, comparada con la Italia moderna.

Tal colección maravillosa de obras maestras es una literatura artística, digna de ese pueblo grande en la poesía, grande en las ciencias, como fué al principio grande en libertad y en la lucha que sostuvo para conservarla. Una literatura que había principiado con la *Ilíada* debía concluir con el Partenón y con el Júpiter olímpico.

CAPITULO VI

Literatura romana

Datos más seguros tenemos acerca del origen de la literatura romana. Nacida Roma en tiempos conocidos, elevada en su poder, caída de su grandeza casi á nuestra vista puede decirse, no es oscura, la historia de su marcha en el campo científico y literario, así como no lo es en el de sus progresos políticos y guerreros. Sus poetas, oradores y filósofos están en la memoria de todos los pueblos, como sus tiranos, sus buenos príncipes y sus afamados capitanes. Pueblo grande más que ningún otro pueblo por sus glorias militares y dominación universal, no ha podido menos que presentarse á los ojos de la posteridad atrayendo poderosamente sus miradas, como esos monumentos que se dejan ver aun al través de la oscuridad.

Pero la vida de los romanos por mucho tiempo

fué puramente militar. Durante cinco siglos, ocupados en continuas guerras, no aspiraron más que al honor de las armas, y á extender su dominación por donde quiera que había pueblos que conquistar. República pequeña al principio, llevó á cima sus empresas hasta imponer el yugo á naciones más poderosas: asentada después sobre las ruinas de Cartago y de Sagunto, no conoció límites su ambición; las legiones romanas penetraron aun en el territorio donde la raza de Alejandro Magno había dejado en cada hombre un héroe y en cada pueblo una potencia; pero no había cuidado de la cultura del espíritu, y las ciencias y las Letras fueron en tan largo período de tiempo extrañas á esos hombres cuya pasión eran las armas, y cuya importancia estaba ligada al triunfo en los combates.

A fines del siglo V fué, cuando los romanos, entrando á la Grecia Magna y á Sicilia, comenzaron á abrir los ojos y conocer que el hombre no debía vivir sólo de la riqueza material, sino también de la que proporciona al alma el cultivo de la inteligencia. Admirados de la sabiduría de los griegos, prendados de su gusto por los goces del espíritu, impresionados al leer y oír á sus poetas, advirtieron que los mejores despojos que podía ofrecer una conquista eran las ciencias y las Bellas Letras, y supieron desde entonces apoderarse de sus tesoros.

Livio Andrónico, Nevio, Ennio y otros muchos griegos trasladados á Roma, fueron los primeros que encendieron en el corazón de los conquistadores el amor á las letras, plantearon un teatro y dieron algunas piezas dramáticas, rústicas y desaliñadas, desde luego. Livio compuso, además, una obra en verso de la primera guerra púnica, la cual puede llamarse historia más bien que un poema; y Ennio, los anales de las empresas más memorables de los romanos. Este fué, con todo, un feliz principio; pues se abrieron escuelas, y los prisioneros y los esclavos se convirtieron en maestros, y las bellas artes se ostentaron en los soberbios monumentos que, ruinas hoy día, hacen admirar el poder y el gusto de la que fué señora del mundo. La poesía, la oratoria, las ciencias en general encontraron un nuevo campo: la Ro-

ma conquistadora vino á ser la ciudad de los poetas y de los oradores.

Plauto y Terencio fueron los que antes que todos merecieron el aprecio de los hombres cultos, y los únicos que en los posteriores tiempos se oyeron con agrado y con aplauso en los teatros. Desde éstos empieza, propiamente para nosotros, la literatura romana, puesto que sus obras son las primeras que pasaron á la posteridad, y han influido en el estado actual de las Letras.

Cerca de un siglo antes de la Era cristiana floreció Lucrecio, autor de un poema didascálico con el cual pudo ya entrar Roma en competencia con su maestro. Lucrecio es el primer poeta verdaderamente romano en punto al estilo y á la energía de los pensamientos; en estilo y sublimidad aventaja á los demás latinos, aunque es inferior en el arte de enlazar las bellezas y producir impresiones variadas, sin debilitarlas con inoportunas digresiones. Su obra de *Rerum natura* tiene el mérito de haber vencido las dificultades que la aridez de la materia opone para tratarla en verso y darle la elevación de la poesía.

Por el mismo tiempo Lucilio enriqueció la poesía con la sátira, género poco cultivado por los griegos y que, después llegó á tanta celebridad en Roma con las obras de Horacio, Percio y Juvenal. Catulo se formó un gran nombre con sus epigramas escritos en diferentes metros, en los cuales, aunque con gusto diferente, llegó á disputarle la palma al español Marcial. Apasionado de los griegos, y en particular de Safo, tradujo al idioma patrio las obras de esta poetisa y algunas composiciones de otros griegos, obteniendo de los romanos el título de docto, por haber trasladado á su lengua vulgar la erudición extranjera. Catulo tiene, además, el mérito de haber sido el primero que purificó la lengua latina de esas construcciones exóticas, de esa mezcla que introdujo en ella la imitación. No obstante, se encuentra en este escritor el gravísimo defecto de la falta de decencia y honestidad. Repugna ver en sus obras, mezclados con la elegancia de la expresión, afectos descaradamente impúdicos y palabras obscenas.

Horacio es el lírico de los romanos; en lo que

pertenece al buen gusto de escribir fué el maestro, no sólo de sus compatriotas, sino también de la posteridad. No es fácil hallar en ninguna lengua un poeta tan variado como Horacio; en él se encuentran la sombría taciturnidad de Simónides, el afán belicoso de Tirteo, la audacia y la elevación de Píndaro, la mordacidad de Arquiloco, la voluptuosidad de Anacreonte, la apasionada ternura de Safo, la fluidez de Ovidio, excediendo á todos en el ingenio unido á un purísimo gusto. Lástima que haya puesto su lira á los pies de la tiranía. «Fué un extravío del Genio», pero extravío constante y sin expiación.

La *Poética* es una de las obras que han hecho la celebridad de Horacio. Si bien el pensamiento de formar un código que comprendiese los preceptos que debe observar el poeta al dar forma á sus inspiraciones no es original en Horacio, lo es el de haberlo formado en versos capaces de propagar las reglas convirtiéndolas en proverbios literarios. La obra de Horacio, menos completa que la de Boileau, es preferible, sin embargo; aunque no se puede juzgar de una lengua muerta con seguridad, el estilo de Horacio parece, no sólo más elegante, sino también el más adecuado al objeto de que trata. Es una simple carta en verso escrita á sus amigos; y ese plan en el cual puede uno jugar á su agrado, le conviene admirablemente; la negligencia misma, á la que se abandona á voluntad, es otro adorno en la obra. Horacio no tiene la pretensión de instruir, recuerda en una carta confidencial ideas ya repetidas en conversaciones familiares. Los pisonos no habrían reconocido á su espiritual amigo bajo la autoridad del pedagogo. Empero, este resumen de las reglas deducidas de la naturaleza, á las cuales está sujeta la poesía en todas las lenguas y en todos sus géneros, es el código que con mayor autoridad ha pasado hasta nosotros y pasará á las edades posteriores. Si como poeta lírico ocupa Horacio el primer puesto entre los latinos, como poeta didáctico es el único; maestro en esta materia, no sólo para los romanos, ha extendido su autoridad á todo el mundo letrado.

La corona de la poesía elegíaca estaba dividida entre Tibulo, Propercio y Ovidio; pero Ovidio culti-

vó otros muchos géneros: sus *Heroidas*, las *Metamorfosis*, los *Fastos*, los *Amores* hacen de Ovidio un poeta original, y las bellezas que á cada paso se encuentran en sus escritos, hacen perdonar los defectos de que no estaba libre. Brillo, agudeza, ingenio son las principales dotes de Ovidio, es el autor á quien más fácilmente se entiende, por la naturalidad de los pensamientos y la propiedad de la expresión, no sabía limar sus escritos y carecía de la elegancia de Tibulo y de la dignidad de Propercio.

La paz de Augusto había ofrecido á los romanos algún descanso después de tantos siglos de combates. La paz lleva la imaginación á objetos que entretienen el ánimo saboreando su tranquilidad y dulzura, y produce los genios que hablan plácidamente al corazón. Virgilio, cándido, elegante, amigo del arte, era el poeta á propósito para estos tiempos. Conservando, como romano, entre el ruido de las armas, el genio de su origen, se había complacido siempre con los asuntos pastoriles; convenía, á la sazón, hacer que se abandonase el tumulto por las dulzuras campestres, convenía ennoblecer la agricultura y excitar á las legiones á cambiar las armas con el arado.

Las *Georgias* y las *Bucólicas*, obras maestras de gusto, de buen juicio y de estilo son uno de los monumentos más elegantes de la literatura latina. Ningún otro poeta conoció quizá mejor que Virgilio, los más finos artificios del estilo que manejó con portentosa variedad de voces é inagotable abundancia de rima: supo unir la cultura de la corte con la naturalidad y sencillez de los campos. Las *Georgias* y las *Bucólicas* nos presentan al poeta de la naturaleza, al poeta de los prados y los bosques, de los pastores, del amor puro y desinteresado. Distinto es Virgilio en la Eneida. ¡Ya se ve! Habían pasado los tiempos heroicos, y nacido Virgilio en época posterior á los poetas originales y á los imitadores, no podía escribir una epopeya original; pero sí, á fuerza de estudio y arte, presentamos una que, en su armonía, pusiera de acuerdo lo mejor que hasta entonces se había hecho en la literatura de su patria.

Virgilio tomó de Homero el asunto de la «Eneida», los héroes, la trabazón, los versos y la entona-

ción; reunió la *Iliada* y la *Odisea* y formó un poema de viajes y de guerras. No era nuevo dar significación italiana á la fábula de Ilión, y podía exponerse la trama poética al excepticismo filosófico, sin excitar la risa. Desde luego, á su delicadeza de sentimientos debió un género nuevo de bellezas, el de la alteración de las pinturas y el contraste de los cuadros. La manera de presentar la idea en imágenes que se presenten á los sentidos, para que sea más bien comprendida, es otra de las bellezas propias de este amabilísimo poeta. Virgilio resume su literatura; porque como hemos indicado, supo armonizar los elementos que encontró separados y que en cierto modo, se rechazaban entre sí.

El establecimiento de Eneas en Italia después de la destrucción de Troya era asunto propio para desplegar la pompa y bellezas de una epopeya. Los dioses que habían combatido por los hombres y con los hombres en la *Iliada*, continuaban su protección á sus favoritos; los héroes de la *Odisea* tienen su imagen en los de la *Eneida*; sólo que Virgilio supo modificar los caracteres amoldándolos á tiempos menos feroces. Cuadros, como el de la desesperación de Dido á la partida de Eneas, como el de la resolución de Anquises de no abandonar la ciudad envuelta en llamas, como el de la fuga de Eneas con su familia llevando en sus hombros á su anciano padre, sólo se hallan en la *Eneida*. El autor de las *Eylogos* y las *Geórgicas* ha llevado la ternura de su pluma hasta el poema heroico sin hacerle perder nada de la sublimidad que se admira en los versos de Homero.

El teatro fué muy poco cultivado en Roma. Hemos hecho mención de Livio y Ennio que ofrecieron al teatro unos ensayos de malísimo gusto y de Plauto y Terencio, cuyas comedias fueron apreciadas aun por los romanos cultos. Mas la tragedia no mereció la misma suerte. *El Treste* de Vario y *La Medea* de Ovidio son las únicas piezas de este género alabadas por Quintiliano; aunque los romanos gustaban de los entretenimientos teatrales, no tuvieron tragedias que en algo se asemejasen á las griegas, ni nos han dejado, cual monumento de su teatro, más que las diez conservadas con el nombre de Séneca.

Pero Séneca es casi una fecha para la reforma á la que, el andar del tiempo, había de llegar al drama. Séneca vislumbró en cierto modo el arte moderno; en la lucha que principiaba en Roma entre las dos religiones abrió el camino, desviándose del tipo rigurosamente clásico, para que las nuevas naciones rompiesen con el pasado y se apoderasen de los dos tipos que en constante pugna, pero siempre unidos andan en la naturaleza. Si bien faltan á los dramas de Séneca la propiedad del estilo y el pulimiento de la expresión, tiene el mérito de haber preparado el campo á los poetas que habían de llevar el arte á su propio terreno.

En tres períodos está dividida la historia de la elocuencia romana. En el primero se presentan aquellos antiguos oradores que, dejando el arte y la elegancia, cuidaban sólo del mérito de las pruebas y de la exposición. En tiempo de Cicerón se conservaban todavía, ciento cincuenta discursos de Catón el antiguo. Los Gracos brillaron después, tanto que Quintiliano los propone como modelo del lenguaje viril; pero Cayo es á juicio de Cicerón, el más ingenioso y elocuente de los escritores latinos. Lelio y Escipión adolecen de la aspereza del tiempo, así como los demás oradores de esa época en que era desconocido el refinamiento, y en que el poder de las pasiones dominaba en la tribuna y en el auditorio.

Como sucedió después de Pericles, entre los griegos, así se introdujo en la oratoria romana el artificio que no sólo medita lo que se ha de decir, sino también la manera de decirlo. Antes de aventurarse al juicio público se ejercitaban los jóvenes en las escuelas y en el Gimnasio y enriquecían la memoria, no sólo con los hechos históricos, sino además con los bellos giros de los poetas.

En el segundo período llegó la elocuencia á su madurez con Antonio y Craso. El primero poseía el arte de ocultar el artificio en sus discursos hasta el punto de parecer pronunciados sin premeditación alguna: el segundo, su rival en la tribuna, era un orador fecundo en gracias y agudezas exacto en la expresión y de elegancia natural. Escévola Costa y Sulpicio se distinguieron igualmente rivalizando entre

sí y aventajando á los demás que, en aquellos tiempos, invadieron el Foro, como que era una preparación para los puestos elevados.

La elocuencia llegó á su colmo en el tercer período cuando declinaba ya la República. César, Bruto, Mesala, Hortencio, Cicerón representan esta época, la más gloriosa de la Roma republicana en la oratoria; eran los últimos acentos de la elocuencia, pero grandes, elevados como los gritos de la desesperación; era el adiós que daba la libertad á su suelo sagrado. César que hubiera sido más grande sosteniéndola, empleó el poder de su palabra en desquiciarla, y provocó la ambición de las que habían de aprovecharse de su falta..... Pero dejemos al hombre y hablemos del orador.

La elocuencia de César fué arrebatadora. Lleno de ciencia para su tiempo, su palabra conmovía, no sólo por los afectos que despertaba en el auditorio, sino también por el convencimiento que sabía imprimir con la demostración de la utilidad que contenían sus proyectos; el Senado, el pueblo estaban sometidos á la influencia de sus discursos, é hizo más con ellos en favor de sus propias miras, que con los ejércitos de que dispuso.

Hortencio había nacido, como César y Cicerón para la elocuencia; disputó la palma á este último; habló en público á los diez y nueve años, y su arenga, según Tulio, alcanzó el sufragio universal. Su prodigiosa memoria, su facundia, su dicción escogida le hicieron árbitro de la tribuna; así como la fluidez, lo florido de su estilo, y la portentosa erudición de sus escritos hacían grata y buscada su lectura. El introdujo el método de dividir el discurso en varios puntos y concluirlo con un epílogo. No nos ha quedado ninguna de sus arengas; pero tenemos noticias de ellas por el juicio de los contemporáneos que nos lo han trasmitido con admiración por este orador.

No sucede lo mismo con Cicerón; su nombre y obras han pasado á la posteridad, y la posteridad conserva con respeto estos grandiosos monumentos de la literatura romana. Como orador, Cicerón fué el lujo, la joya de la gran República; su voz llenaba

los ámbitos del Foro, y se repercutía por todos los ángulos de la ciudad; era el eco de la elocuencia recogido con avidez en todas partes, el genio de la tribuna arrojando rayos de luz y enaltecendo la dignidad del Senado. Los negocios públicos se decidían según su opinión manifestada en sus discursos; los clientes que acudían á su protección, estaban seguros de ganar sus causas. Cuando hablaba contra Verres y Catilina sublevaba contra ellos todos los corazones; cuando lamentaba las desgracias de la Patria hacía brotar lágrimas de todos los ojos. En el estilo oratorio competía con Isócrates y Demóstenes, con Platón y Esquines en el dialogal; con Jenofonte y Aristóteles en el didáctico, y aventajaba á todos en el epistolar.

Los principales méritos de sus discursos son la claridad esparcida por todas partes, y el arte de conmover las pasiones. Formado en la escuela y con el estudio, no hay obstáculos para él; conoce todos los recursos para amplificar, acomodar, invertir las frases y las palabras, y las maneja como un maestro. Se le ha opuesto la tacha de excesivamente amplificador y demasiado florido; pero en su tiempo estaba refinado el oído de los romanos, la situación hacía necesarios todos los recursos, y el anhelo de triunfar en ese palenque en que se jugaban los grandes intereses de la Patria y de los ciudadanos, no sólo permitía, más aun aconsejaba, el uso de todos los medios que pudieran alcanzar el objeto propuesto.

Según Mr. de Lamartine Cicerón es el más grande hombre literario que haya existido entre los hombres de todas las razas humanas y de todos los siglos, si se exceptúa á Confucio. Unos han sido más poetas, otros tan elocuentes como él; unos tan políticos, otros tan filósofos, aquellos tan escritores como él; pero ninguno, sin exceptuar á Voltaire, ha sido en todos los ejercicios del pensamiento, de la palabra y de la pluma, tan vasto, tan diverso, tan elevado, tan universal, tan completo como Cicerón. Este es el nombre culminante de la literatura antigua; él resume en sí los dos mundos, el mundo griego y el mundo romano. Quien conozca bien las obras de Cicerón conocerá poco más ó menos todo lo que los hombres han

pensado, dicho y escrito de más justo y perfecto sobre el globo antes del Evangelio.

Ningún hombre reunió facultades tan diversas y poderosas como Cicerón: poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincia, moderador de la República, ídolo y víctima del pueblo; teólogo, jurisconsulto, orador supremo, hombre de bien sobre todo, escribía poemas, hacía tratados de retórica, defendía causas en el Foro, arengaba á los ciudadanos en la tribuna, discutía el gobierno en el Senado, mandaba ejércitos, filosofaba con los hombres de estudio, tenía escuela de literatura, no era la profesión la que forma al hombre, era el genio.

Cicerón se elevó en las causas políticas, únicas que vuelven histórico el nombre de un orador. Profundamente versado en los poetas, los filósofos y los oradores griegos se había propuesto á buen tiempo dar á la palabra en el discurso toda la solidez, la duración, la elegancia clásicas, la gracia, el aticismo en la palabra escrita. Su poderosa memoria le servía fielmente, pero nada le quitaba á la libertad que debe dejarse á la inspiración; su dicción, sin ser teatral, era modulada. El fué quien primero practicó, con tanta superioridad de naturaleza y estudio, esas reglas que le dejaron prontamente sin rival en Roma. Sus primeros discursos contra el procónsul Verres son un modelo de elocuencia acusadora. Es preciso leer estos discursos para formarse una idea de la invención, de la disposición, de lo patético, de la fecundidad en los argumentos de un acusador que quiere comunicar á los jueces su piedad por las víctimas, su cólera y hasta su furor contra el acusado.

Las *Tusculanas*, las *Instituciones retóricas*, sus obras filosóficas, el libro *De la Divinidad*, *La República* atestiguan lo universal de su talento y la perfección en cuanto puso su mano poderosa.

Con la caída de la República y la exaltación de Augusto al imperio debía caer esa tribuna política que tanta celebridad y tantas glorias había dado á la nación. Desde entonces dejó de oírse la voz de la libertad; habían quedado sólo los abogados, los acusadores, los que buscaban innoblemente los favores del tirano con la ruina de sus enemigos; casta degra-

dada que hizo descender la oratoria hasta el fango de las más bajas pasiones y le comunicó un estilo propio de esta situación y de tal carácter.

La historia tuvo entre los romanos más secuaces que los otros ramos de Literatura. Sus portentosos hechos, conquistas y milagrosas victorias llamaban la atención de los grandes ingenios para recomendarlos dignamente á la posteridad. No obstante, las historias que se habían escrito antes de que apareciera Tito Livio y los posteriores no fueron sino ensayos desposeídos de todo mérito, narraciones informes sin crítica ni filosofía, de estilo vulgar y de lenguaje incorrecto.

Pero desde Tito Livio se presenta una larga lista de escritores célebres en este género. Con una persuasión que tiene algo de inspirado narra Tito Livio, amplio y majestuoso, cual convenía al país en que se aunaba la elocuencia poética con la del Foro. En la uniforme belleza de su estilo evita todo arcaísmo de lenguaje y de pensamiento; su dicción es elevada siempre, tan claro, que nada deja indeciso en las ideas ni fatiga la atención; tan elegante, que siempre comunica nueva gracia al pensamiento, tan armonioso, que siempre difunde sobre la historia el atractivo de la poesía. Mas, en medio de tantas bellezas, sus caracteres son ideales de vicios y virtudes; aplaude lo que toma por virtud y nunca se irrita contra el vicio; jamás le agita la duda; refiere las fábulas de los tiempos primitivos sin acogerlas ni rechazarlas; va hasta la adulación en sus disculpas al Poder, y carece de valor aun para las observaciones que menos podían comprometerle. Por su modo de escribir era apto para la narración; mas por la falta de valor y por su indolencia, no lo era para la historia; ya que la historia es el juicio crítico de los hechos y las acciones, y la sana, pero severa censura del proceder de los pueblos y de los gobiernos.

Cayo Crispo Salustio, para pintar el estado lamentable de su tiempo, adoptó un estilo vigoroso.

Tal se ve en la *Guerra contra Jugurta*, en la *Conjuración de Catilina* y en la *Historia de la República romana*. Historiador popular no pierde ocasión de sacar á luz los defectos y escándalos de los

patricios; la sobriedad de los adornos, la brevedad, la eficacia de la palabra, la independencia que ostenta en sus retratos, todo hace más sensible la pérdida de los libros que debieron contener los acontecimientos del tiempo transcurrido entre esos dos grandes episodios de la vida de Roma. Haya sido en la práctica lo contrario de lo que aparece en sus escritos, hay que aceptarlos como lección y como homenaje rendido á la virtud. Hablamos del historiador, no del hombre, y como á historiador tenemos que admirarle. Con tino exquisito enlaza los efectos á sus causas, mostrando como Roma por sus vicios engendró un Catilina, y porque encontró en el mediano Jugurta un obstáculo tan duro como en el grande Anníbal.

Empero los recuerdos más insignes de aquel tiempo son los *Comentarios* de que Julio César, talvez la única historia verdaderamente original de los romanos. César más bien informado que otro alguno de los vicios y las fuerzas de su época y de su país, refirió grandísimas cosas en muy corto espacio; su natural sencillez, su límpida concisión, que no emplea sino las palabras precisas, eran para los más sabios contemporáneos las cualidades eminentes de sus escritos, cualidades que no han tenido imitación ni entre los modernos.

La calma que forma la grandeza de la historia griega jamás se encuentra en los romanos ansiosos de pasión política; pero se deben excepcionar de esta falta los *Comentarios* de César. El autor piensa y siente cuanto dice, y por eso no se encuentra en él la oscilación de formas que en los otros latinos descubre lo que han tomado de otros. Con vasta instrucción para su tiempo no cayó en esas debilidades en que la superstición romana hacía incurrir hasta á los historiadores. No podemos juzgar de su imparcialidad, en cuanto á los hechos que á él se refieren, con todo, menester es creerlos cuando no han excitado la duda de sus contemporáneos.

En esta misma época florecieron Cornelio Népo-te, que escribió una historia universal en tres libros, otras de que han quedado apenas algunos fragmentos y las *Vidas* de Catón y Atico. Florecieron tam-

bién Trogo Pompeyo, autor de las *Historias Filipicas*, Pompeyo, Polión, Plinio y otros muchos de mérito más ó menos disputado, y de los cuales poco ha quedado para la posteridad.

En tiempos muy posteriores, y cuando el despotismo de los sucesores de Augusto había llegado al extremo de embrutecer á los romanos con el peso de la servidumbre, apareció Cornelio Tácito, á quien justamente dieron el título de príncipe de la historia. Espectador del contraste que ofrecía la conducta de los buenos y malos príncipes, testigo de las agonías de la nación, habiendo pasado su juventud en el torbellino de las guerras civiles, habiendo respirado bajo el cetro de Vespaciano y Tito, y temblado en silencio bajo el de Domiciano, pudo, reinando Nerva, exhalar su indignación en páginas meditadas largamente, templadas por la desgracia, coloreadas por la sublime tristeza que acompaña á todo lo que es fuerte y grandioso.

En su edad madura escribió la Vida de Agrícola, su suegro, elevando la biografía á la dignidad de la historia; en seguida publicó la descripción de la Germania donde pintó las costumbres de aquellos pueblos; es obra de pocas páginas, pero modelo eterno del arte de expresar muchas cosas en pocas palabras. Escribió después la *Historia de Roma* en treinta libros, desde Nerón hasta Nerva; y en seguida describió, en forma de anales, las atrocidades de los cuatro primeros sucesores de Augusto. A pesar del celo con que se procuró recoger y multiplicar los ejemplares de sus obras, se ha perdido la mayor parte de ellas, tanto que de sus historias sólo han quedado cuatro libros y el principio del quinto, y de los *Anales*, sólo seis con muchos vacíos.

Tácito, antes que otro alguno, hizo descender la historia á cuadros interiores y de costumbres. No olvidándose nunca del papel que desempeñaba, tributó homenaje á la virtud, aunque la viese abatida, tronó contra el delito, aunque estuviese triunfante: cuanto se presenta á sus ojos lo juzga imparcialmente, sometiéndolo á la reflexión y á la crítica. De corazón bien formado, verídico cual ninguno, amó apasionadamente la libertad, y no hubo temor que le impidie-

ra indignarse contra el despotismo, y presentar sus hechos con los colores convenientes: era un sacerdote el que ejercía, desde su altar anatematizó á los tiranos, dejándolos cubiertos de infamia y entregados á la execración de todas las generaciones. Cuando Tácito nos ofrece la pintura de las atrocidades y liviandades de los emperadores, cuando describe la indigna docilidad del Senado á la brutal indiferencia del pueblo, nos hace estremecer; pero no nos refiere el arte con que Augusto puso freno á la altivez de los romanos, ni explica las causas por qué esos fieros republicanos llegaron al extremo de la servidumbre. Grave falta es ésta: mas se la perdona fácilmente á vista de tantas buenas cualidades. El estilo es propio suyo; ora rápido, ora majestoso; sencillo en su grandeza, sublime algunas veces, siempre original, conciso cuando es necesario, sin expresiones floridas, sin lujo de imágenes; cada frase instruye, cada palabra tiene un sentido.

Para la época del mundo en la que vivimos, Tácito es evidentemente el Homero, el Platón, el Cicerón de la historia. Una de sus páginas retrata todo un período de años, una de sus pinturas resucita toda una vida. Roma entera, con sus grandezas y sus bajezas, con su libertad y su servidumbre, con sus noblezas y sus abyecciones, con sus virtudes y sus crímenes está reasumida en la pluma de este solo hombre. El ha visto, sentido, sondeado, pasado todo; él ha pintado, amado, odiado, concluído todo. Su historia es el mundo romano, ó más bien el mundo humano de su tiempo. Así, quien ha leído á Tácito ha comprendido el mundo. Tácito es el Newton de la historia; ha escudriñado la máquina humana desde la primera hasta la última rueda; ha montado y desmontado en el mecanismo de los imperios y puesto desnudos los restos que hacen mover la sublime ó deplorable humanidad. Tácito es el compendiador de la obra de Dios; no escribe, anota; pero cada nota abre un horizonte sin límites al pensamiento. Las inteligencias lentas ó débiles no pueden comprenderle; él escribe para sus iguales, es el historiador de los hombres de Estado, de los filósofos, de los sabios, de los poetas; como á Bossuet, le es cene-

sario un auditorio de los reyes de la inteligencia.

Siguieron después Suetonio, compilador de hechos, frío archivista de los césares á quienes quería agradar; Veleyo Patérculo, más bajo aún que el anterior; Valerio Máximo, Fustino Floro, Quinto Curcio y otros muchos, de los cuales la mayor parte son cronistas de los emperadores ó recogedores de hechos y anécdotas en compilaciones, á las que han pretendido dar el nombre de historias.

El genio de los romanos parecía más adecuado para los estudios serios, y por eso causa admiración el ver abandonado el de las ciencias, apenas llegaron á gustar de éstas algunos esclarecidos ingenios. Cicerón habla de Sexto Pompeyo que escribió de Geometría, y de C. Gallo cuyos conocimientos astronómicos alcanzaron á predecir los eclipses. Varrón fué célebre matemático, pero, entre todos, se distinguió Julio César por su inteligencia en las ciencias y particularmente en la astronomía.

La filosofía que se cultivaba en Roma era toda de la Grecia. Catón, Bruto, Varrón estudiaban los filósofos griegos, con el mismo ardor con que estudiaba la oratoria; Lucrecio, poeta filósofo, buscaba en Epicuro la inspiración, y Marco Aurelio aprendía y llevaba al trono la filosofía de los griegos. Solamente Séneca y Plinio pueden reputarse filósofos romanos; pues aunque el primero adoptó en mucho las doctrinas de la escuela estoica, sus escritos respiran en todo un aire de originalidad que no se encuentra en los otros; y en cuanto á Plinio, su *Historia natural* es un monumento precioso que honra la literatura de aquel tiempo.

Séneca es un filósofo de la escuela estoica, pero con gran libertad de espíritu; no obra por adhesión á la secta ni como hombre teórico; mezclado en los asuntos del mundo, escribió para formar las costumbres y moralizar á los hombres. Su moral es religiosa, sublime, animada por el principio de la caridad y teniendo, por lo mismo, muchos puntos de contacto con el cristianismo. Las obras de este filósofo contribuyen en gran parte á darnos á conocer el estado de los espíritus en aquella época de transición; sus escritos abundan en pensamientos grandes

é imágenes atrevidas; pero abundan asimismo en defectos; pródigo de antítesis, de juegos de palabras, de hipérboles llega á fastidiar al lector y oscurecer las ideas. Muchas son las obras que de él nos han quedado sobre diversas materias científicas y literarias y que son otros tantos adornos de la literatura romana.

La jurisprudencia fué la ciencia de los romanos; los nobles aunaban su estudio con el de la milicia; la celebridad se buscaba en el Foro como en las armas. Sexto Papirio aparece como el único jurisconsulto de los primeros tiempos, según se colige de la compilación de las leyes reales que lleva su nombre. *Jus papirianum*. Pero el estudio de las leyes, la jurisprudencia interpretativa y consultiva, la verdadera profesión legal nació en los tiempos de la República; entonces se dedicaron los doctos á formar comentarios y glosas de las leyes, á dar consejos y respuestas á los clientes; se abrieron escuelas donde se enseñaba el derecho y se formaban hombres de gran reputación, cuyo juicio se consulta aun en nuestros días. Los nombres de los dos Catones, de Mucio Escevola, de Aquilio Gallo, de Servio Sulpicio ilustran los fastos de aquella época.

Mas en los días del Imperio fué cuando la jurisprudencia subió á su más grande esplendor. Antistio Labeón y Atteyo Capitón formaron dos sectas, cada una de las cuales contaba en su seno esclarecidos juristas; así que en la universal decadencia á que las Letras llegaron entonces; fué la jurisprudencia la que sostuvo la dignidad de la nación. Papiriano, Paulo, Modestino y otros, no sólo la elevaron, sino que conservaron aun la pureza de la lengua y la nobleza de estilo de los felices tiempos.

En la elocuencia didascálica tuvieron los romanos maestros sobresalientes, émulos de los griegos, y superiores quizá. Prescindiendo de los escritores antiguos y desconocidos hasta cierto punto, por haber desaparecido sus obras, encontramos á Varrón, el más erudito de aquel tiempo: algunos fragmentos han quedado de los muchos libros que escribió acerca de la lengua latina, y se conocen tres libros de la agricultura y los tratados filosóficos. Cicerón que

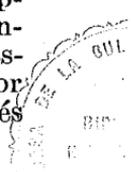
había abrazado todos los ramos de la elocuencia, no podía quedar inferior en el didascálico; sus libros filosóficos y retóricos no pueden leerse sin deleite, ni se puede dejar de admirar en ellos ese conjunto de cualidades de estilo que le ha dado el nombre de *Maestro de Universo*.

Celso, hombre enciclopédico, dirigió su atención á las cosas rústicas y militares, al derecho civil, á la medicina y á otras materias; á todo aplicó los adornos de su limado estilo y mereció ser colocado entre los escritores del siglo de oro de la literatura romana:

Séneca y Plinio, como escritores didascálicos, no ceden la palma á Celso; pero si el primero hubiera sabido expresar sus pensamientos sublimes, y sentar sus profundas sentencias con la majestad, orden y método de Cicerón; y si el segundo no hubiera ocultado las bellezas de su estilo con esa oscuridad; efecto de una consición exagerada, nada habrían tenido que pedir á los príncipes de la elocuencia.

Los escritos de Quintiliano adolecen, desde luego, de aquella dureza y falta de fluidez que reinaba en los escritores de su tiempo; pero puede llamarse el escritor más romano. La abundancia y perfección de doctrinas, la exactitud y utilidad de los preceptos, la fuerza de las razones y el método y orden maravillosos en la exposición y en el plan han hecho de él un maestro, cuya autoridad ha pasado á nuestros tiempos y es acatada por los más insignes literatos. Sus *instituciones oratorias* están recibidas como el código más perfecto de las leyes del buen gusto y de la sana elocuencia, habiendo servido y sirviendo todavía de modelo á cuantos, después de él, han tratado la misma materia.

Dedicado durante largos años á la enseñanza de la juventud, unió la teoría á la práctica y abogó en el Foro con la reputación de gran orador. *Las Instituciones oratorias* no es sólo un tratado de retórica completo, es además un plan de estudios para el orador, desde los primeros rudimentos hasta los preceptos de la más sublime elocuencia. La natural abundancia de ideas en Quintiliano agrada más que la desnuda elegancia de Celso y Columela. Como escritor didascálico es el primero entre los romanos después



de Cicerón; siguiendo los preceptos de éste, dió ese catecismo de bien hablar que no había de ser aventajado sino mucho después, en la poética, por el inimitable Boileau. Un libro de esta clase era ya necesario cuando la elocuencia empezaba á decaer por la corrupción del gusto y por los defectos que los oradores, pretendiendo ser originales, llevaban al Foro y á la tribuna.

Las bellas artes fueron cultivadas con poca fortuna, durante la república. El panteón de Agripa es el monumento más notable de la arquitectura romana; y aun en tiempo de Augusto iba corrompiéndose ya con mezclas extrañas. Cuantas obras de mérito adornaron los edificios eran despojos de la Grecia, ya en mármoles, ya en bronce, ya en pinturas, y estas mismas eran mutiladas con el fin de servir á la locura ó á la vanidad de los emperadores. Calígula derribaba las cabezas de los dioses para colocar la suya, é hizo cortar de los cuadros la cara de Júpiter para remplazarla con la de Augusto.

El coliseo es otro monumento notabilísimo entre las antigüedades romanas. Ocupaba una extensión inmensa y estaba poblado de estatuas; destruído casi en su mitad mil años después por Güicardo, sirvió de cantera para muchos edificios: éste y la columna de Trajano son las obras maestras del genio arquitectónico y escultural de los romanos; en las espirales de bajo relieve se contaban hasta dos mil quinientas figuras de dos pies de altura que representaban las dos expediciones de Trajano contra los Dacios.

El puente de Ancona, el de Mérida y otros vestigios de monumentos encontrados en las provincias manifiestan cuanto puede el arte unido al poder y á la riqueza. En esas obras gigantescas hay, desde luego, que admirar más el poder que el genio, y con todo son monumentos de una gran civilización. Cuantas maravillas de arte se encuentran sepultadas; nos lo dicen las que, de tiempo en tiempo se desentieran de las ruinas de Pompeya, y de entre los edificios destruídos de la misma Roma.

CAPITULO VII

Decadencia de la Literatura griega y de la romana.

Habiendo llegado la Literatura en la Grecia y en Roma á la perfección posible, atenta la época en que vivieron esas dos grandes naciones, empezó á decaer, como sucede con todas las cosas pertenecientes á la humanidad, y que están sometidas á la eterna ley de lo finito. Se han buscado y discutido con escrúpulo las causas de la decadencia literaria de aquellos dos pueblos; sin negar nosotros la influencia de las causas especiales, de las que luego hablaremos, encontramos que las producciones del entendimiento humano, la cultura del espíritu, el gusto, el genio tienen su tiempo y sus edades.

La naturaleza, á una con la historia, desmiente esa loca teoría de la perfectibilidad indefinida de la humanidad. ¿Qué testimonio nos da en efecto la historia de una permanencia y acrecentamiento indefinidos de luces, de virtudes, de civilización, de felicidad sobre la tierra? ¿Cuál es la raza que no ha seguido el curso regular de nacimiento, crecimiento, declinación y muerte, condiciones naturales de esos conjuntos de hombres, como del mismo hombre sometido á estos cuatro fenómenos de la vida nacer, crecer, envejecer y morir?

El globo no es más que un osario inmenso de civilizaciones sepultadas. La historia, que es el repertorio de la vida y de la muerte de esas civilizaciones, nos la presenta por todas partes naciendo, progresando, decayendo y pereciendo, con los cultos, las leyes, las costumbres, las lenguas; no hay una sola, una sola que haya escapado de esta vicisitud orgánica de la humanidad. Las razas, á su paso, nos han dejado, ora en sus libros, ora en sus monumentos arruinados ahora, los vestigios de su ciencia y de su fuerza. No hay razón para prejulgar mejor de nuestro destino que del destino de esas grandes existencias eclipsadas antes de nosotros: nosotros no pensamos con más energía que Job, no soñamos más elevadamente que Platón, no cantamos más divinamente que Homero, no

hablamos con más elocuencia que Cicerón, no moralizamos más razonablemente que Confucio, ni resumimos nuestra sabiduría en proverbios más sustanciales que los de Salomón. Tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tenemos los mismos órganos; y la misma lucha establecida en nosotros por la naturaleza entre la razón, que es el instinto del alma, y las pasiones, que son el instinto de la materia, rompe siempre en nosotros como en ellos el equilibrio sin cesar alterado por el mal, sin cesar restablecido por el bien.

Si juzgamos fijando nuestra consideración en los libros, monumentos del pensamiento de los pueblos, veremos en los que nos han dejado la India y la China el brillante testimonio de que la China y la India tuvieron su civilización que cayó cuando los pueblos posteriores habían adquirido la suya. La Literatura ha tenido su apogeo, su siglo de oro en todas partes, y en todas partes ha bajado después para emigrar á otros pueblos. La luz que alumbró á Grecia y Roma debió debilitarse, debió, llegado el tiempo, iluminar otros horizontes. El eterno esfuerzo del arte moderno es el deremontarse á los tipos de la belleza personificada en la arquitectura, en la escultura, en la pintura de los pueblos antiguos. El Partenón, Fidias, los bronces, las estatuas, las medallas, los vasos etruscos son los modelos que se copian: Sófocles y Eurípides se reproducen en los teatros modernos; el aliento de Homero y de Virgilio sopla en los poemas del Dante y del Tasso. Quiere decir que la Grecia y Roma subieron hasta donde pudieron, hasta donde debieron subir, y que su descenso fué la obra de la obediencia á las leyes de la naturaleza.

Vemos alguna raza humana, sumida en la ignorancia y la barbarie, salir de ellas repentinamente para remontarse á la luz, á la civilización, á la virtud, al poder; llegar, más ó menos laboriosamente, á la perfección relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religión superior; quedar en este punto culminante más ó menos largo tiempo antes de caer; desplomarse después, por la enfermedad irremediable de nuestra naturaleza; deteriorarse, corromperse, morir, desaparecer, no dejando sino un nombre y

algunos monumentos como señales de su existencia.

Pero no es menos cierto que en la obra de este progreso relativo de una nación ó de una sociedad; esta sociedad ó esta nación no sea real y santamente servida, secundada, asistida, glorificada por el sacrificio de los hombres superiores y de los hombres secundarios. El pensamiento de uno solo es el aliento de una multitud, la virtud de uno solo santifica una muchedumbre, la sangre de un solo rescata á una raza, el más glorioso ó el más humilde sacrificio salva ó engrandece á todo un siglo. La sociedad humana vive de la adhesión de sus miembros al bien general: era menester que el hombre tuviese el instinto de la utilidad de sus sacrificios, para que se resignase á ellos; sus contemporáneos los aprovechan inmediatamente, y la posteridad los recibe después.

No obstante lo dicho, estamos lejos de negar la influencia de las causas especiales é inmediatas en la decadencia del gusto, de la civilización de los griegos y romanos; ó más bien dicho, reconocemos en esas causas precursoras de su decaimiento, las que, más tarde obraron en él siempre, porque son los medios puestos al servicio de la naturaleza.

Han creído algunos que las Bellas Letras decayeron entre los griegos después del imperio de Alejandro; pero en época muy posterior hallamos todavía autores de gran reputación y obras magistrales. Cicerón afirma que Demetrio Falereo fué el primero que, con su estudiada dulzura y afectadas expresiones, debilitó la oración y corrompió la belleza varonil de la elocuencia griega. Cicerón no tuvo presente que, aun pasando por alto á los sofistas, esa afeminación y afectada suavidad se notan ya en los escritos anteriores á Demetrio Falereo desde Isócrates, y que después de éste fué adquiriendo la elocuencia nuevo vigor y fuerza con Esquines y Demóstenes.

Para investigar mejor las causas que influyeron en la decadencia de la literatura griega, es preciso reflexionar que aunque los poetas y los historiadores hayan empezado á escribir en las regiones del Asia, y aunque la retórica, como arte, haya nacido en Sicilia, la verdadera elocuencia tuvo su trono en Ate-

nas, y todos los famosos oradores, los elocuentes filósofos, ó nacieron ó se criaron en aquella ciudad afortunada; el estado de la Literatura en toda la Grecia debía pues depender del estado en que se encontrase en Atenas. Con la caída del imperio de Alejandro comenzó Atenas á sufrir el yugo de príncipes extranjeros, los negocios públicos dejaron de ser estímulo para los oradores; desaparecieron con la libertad política las ocasiones y el interés que promovían el entusiasmo por el estudio; y la Literatura, en todos sus ramos, debió participar, como en realidad participó, de tan notable alteración de la vida civil. La conquistista llevó á Grecia costumbres, leyes, lengua, vicios y, sobre todo, la servidumbre que enerva todas las fuerzas, apaga los talentos, ofusca y corrompe el genio.

La cultura de los griegos influyó poderosamente, es cierto, en sus conquistadores, se civilizaron los romanos, la Grecia no dejó por lo pronto de ser el templo de las Musas; pero andando el tiempo, tantas causas de corrupción moral corrompieron igualmente el espíritu y el entendimiento. La tiranía necesitó delatores y acusadores, y encontró quienes profanasen la tribuna de Demóstenes y Esquines, profanando al mismo tiempo la lengua y el arte. La tiranía tuvo necesidad de adulación é incienso, y el Genio arrastró sus alas en ese fango, por buscar garantías al principio, por atesorar riquezas después. La tiranía necesitó destruir y destruir; buscó su apoyo en la abyección, y la altivez griega se doblegó y con ella, la poesía y hasta la ciencia.

A estos motivos de corrupción se agregaban otros: las sectas filosóficas desvirtuaron los estudios, introdujeron el refinamiento, y desterraron la naturalidad y energía; cuidaban más de la colocación de las palabras que de las ideas; buscando lo rotundo y sonoro en los períodos despojaron al estilo de aquella majestad inapreciable, dote de los escritores antiguos. Turbas de sofistas abrieron escuelas por todas partes, y acostumbraron á los jóvenes á la declamación, haciendo consistir en ella y en las sutilezas todo el arte de bien hablar. Gorgias, Trisímaco y Polo fueron los más notables, especialmente el primero, tanto que,

para censurar el estilo amanerado y lleno de adornos, se le daba el nombre de *estilo gorriano*.

Por evitar este extremo cayeron después los griegos en el opuesto. Hegesias, padre de la nueva escuela, es señalado por Cicerón y Quintiliano como el verdadero corruptor de la elocuencia griega y como el tipo del abandono de toda buena cualidad en los escritos. No obstante, unos pocos lograron conservar todavía la elegancia ática por algún tiempo. Carneades, en medio de ese corrompimiento tan general, mereció excesivos elogios de Cicerón, y sorprendió á los más doctos romanos con su elocuencia; pero fueron los últimos destellos de esa luz que había hecho de la Grecia el primero de los pueblos, y que le había granjeado la gloria de ser llamada *maestra* de las naciones modernas.

Es cosa bien notable que los más célebres poetas que sucedieron á Virgilio, se hayan separado de su estilo, siguiendo una misma vía y hayan caído en los mismos defectos de fastidiosa redundancia, hinchazón y afectación pueril. Ya hemos dicho que las escuelas retóricas pervirtieron el original gusto griego. Quinto el Calabro, Nonno, Coluto pretendieron imitar á Homero y Virgilio; mas no merecieron sino censura y desprecio, y su atrevimiento recibió el merecido castigo. Aun cuando, por otra parte, se hubiera encontrado en aquellos últimos tiempos un poeta con las condiciones de los dos padres de la epopeya, había pasado la edad heroica, y además la naturaleza no repite esos grandes milagros.

En cuanto á la poesía dramática, la misma perfección alcanzada por Sófocles y Eurípides debió quizás retraer á otros ingenios de seguir la senda por la cual esos maestros habían llegado hasta la inmortalidad. Algunos intentaron abrirse un nuevo camino variando el fondo de los dramas, á lo menos como lo comprendieron los antiguos; y tomando sus argumentos en las costumbres, introdujeron la sátira en el teatro, y abusaron de esta arma terrible hasta el extremo de hacer odiosa una institución que instruye deleitando; y que es la mejor escuela de moral y de costumbres para los pueblos. No pudiendo llegar á la altura de los primeros, em-

pezaron por afeminar el estilo y quitarle aquella energía que exige la majestad trágica. Agatón, Carcino, Diógenes representan el mal gusto de esta época.

Los actores contribuyeron no poco á la decadencia del teatro. El esmero con que se estudiaba la declamación, el escrupuloso cuidado en la recitación, todo llegó á ser de los actores los personajes más estimables. Una vez apoderados de la escena, decidieron de la suerte de los compositores, escogiendo ó desechando sin discernimiento, guiados de la pasión las más veces, las piezas que se les presentaban. Los autorcillos, faltos de todo mérito, buscaban en la amistad de los actores la buena acogida de sus pobres ensayos dramáticos, y hacían posponer las obras que tanto honraron el teatro de los primeros tiempos.

Pero los que completaron la ruina de la tragedia fueron los cómicos. En el afán de competir con los maestros del tetaro, y no pudiendo siquiera imitarlos, inventaron las parodias de las tragedias de más mérito, y de aquí nació la mofa ó burla contra los trágicos más estimados. Aristófanés, que tiene ciertamente el mérito de la invención de la comedia, incurrió en el delito de contribuir á la caída de la parte más noble del teatro, exponiendo al escarnio público los respetables nombres de Esquilo y Eurípides. En las *Tesmoforias*, en *Los Caballeros*, en *Las Avispas* se ven harto maltratados muchos poetas trágicos; pues los cómicos, en el anhelo de reinar solos en el teatro, no perdían ocasión de presentar á la risa del pueblo á sus competidores. Tal concurso de causas debió influir en la completa decadencia de la tragedia, así como no debía escapar tampoco de ella la comedia al correr del tiempo.

La poesía en los demás géneros, tuvo que sufrir la misma suerte. La sociedad griega se descomponía; se adulteraba la lengua con las lenguas de tantos pueblos, se alteraban las costumbres, se habían hundido las instituciones; el pueblo soberano en las ciencias y las Bellas Letras desapareció dejando sólo sus glorias y nombre para la historia, y sus modelos para los progresos del mundo que iba á reemplazarle.

Las causas generales que hemos señalado para la decadencia de la literatura griega, tuvieron influjo

más directo y más pronto en la ruina de la literatura romana. En Grecia no fué tan instantáneo y general el corrompimiento del gusto como en Roma; ya se ve, aquellas causas obraron más inmediata y poderosamente en la última. Las guerras civiles, exterminadoras de suyo, eligieron sus víctimas entre los hombres más conspicuos de la nación. Catón buscaba un refugio en el suicidio; Cicerón moría á manos de un triunviro; Séneca bajaba al sepulcro dejando el ejemplo de sus virtudes con su vida arrancada por su propio discípulo; Horacio renegaba de la Musa que había sido su inspiración más sublime, y escarbaba el cieno de la adulación con la misma pluma que había inmortalizado su nombre. Los jóvenes corrían en tropel á la tribuna, no para llamar al pueblo á los combates, no para armarlo contra Catilina en defensa de la Patria, no para defender la inocencia amenazada, no para arrancar al cadalso una víctima, sino para ofrecer víctimas al Poder, para entregar al verdugo los varones más célebres de la época, para quemar incienso en los altares de la tiranía, para buscar fama y riquezas en el oficio de acusadores, en la funesta industria de victimarios. A la literatura del genio, del corazón, de las luces, había sucedido la literatura del terror, los cantos del sepulcro, las elegías de la muerte, las odas del cadalso.

Fuera de este trastorno general, se encuentran causas especiales que, como en la Grecia, determinaron en Roma la caída de su literatura. Mecenas, por la afectación de su estilo, por el enredo de la composición, por su languidez y debilidad es reprendido por el mismo Augusto y censurado por Séneca. Asinio Polión ostentaba ya un estilo áspero y falto de armonía; y Casio Severo fué mirado como el verdadero corruptor de la elocuencia.

Había dejado ésta su propio teatro, el del foro, y había pasado á las escuelas; allí se aprendía la declamación, el arte de emplear sutilezas, el de hacer uso de sofismas, en una palabra, el arte de no ser oradores. Los retóricos formaron una secta, por decirlo así, y buscando la novedad, se apartaron hasta del buen sentido. Se desterraron el nervio, la majestad, de Cicerón, se hizo burla de la ele-

gancia de Hortencio, los oradores se convirtieron en rúbulas despreciables, y las composiciones poéticas no fueron sino una prosa rimada, insubstancial y sin alma.

Poco tuvo que perder el teatro, ya que nunca había llegado y aproximádose siquiera á la altura que entre los griegos. Era consiguiente que los mímicos, los farsantes impidieran sus progresos y lo hicieran digno de recibir al peor de los tiranos como autor y como actor. Teatro donde un Nerón recibía los aplausos de la multitud, no podía encontrar puesto en la literatura de ningún pueblo.

La invasión de los bárbaros setentrionales completó esta obra de destrucción. Perdida la nacionalidad, corrompido el idioma, pesando ya sobre la gran nación el yugo que ella había impuesto durante siglos á los demás pueblos, era imposible que diera un paso más en el campo de las Letras; su literatura debió quedar en sus anales para crear, para impulsar las literaturas que iban á salir de sus ruinas. Un mundo nuevo debía aprovechar de tan precioso tesoro, nacionalidades nuevas debían enriquecerse con sus despojos.

El tipo primitivo de lo bello se debilitaba con la introducción del Cristianismo, otro tipo más perfecto, espiritual, más conforme con la naturaleza del hombre, el Evangelio en una palabra, hacía sus conquistas y preparaba el terreno que habían de cultivar los pueblos nuevos, nacidos de los escombros de los pueblos decrépitos. Moría una sociedad materialista, con su teogonía; una sociedad espiritualista era preciso que recogiera el fruto, y lo sazonara con la pureza de la nueva religión. Sófocles debía nacer purificado en Racine, Virgilio debía reproducirse evangelizado en el Dante.

Si la literatura griega tan rica, tan antigua, de influencia tan decisiva en el gusto hasta de las feroces legiones romanas había caído, no era de extrañar que cayera la de Roma, fundada en la primera y en ese tipo sensual tomado de la religión del paganismo. Esos grandes monumentos literarios sobrevivían, es cierto, y era necesario que sobrevivieran; porque fueron milagros del Genio, porque

en ellos el hombre se sobrepuso á las flaquezas de su creencia, porque los conformó á la naturaleza. Pero si una religión pura, santa, toda de caridad ofrecía una fuente tan pura como ella misma, distinguiendo en el hombre esas dos substancias opuestas en su esencia, y obrando no obstante de concierto; si separaba lo que toca á los sentidos de lo que pertenece al espíritu; si mostraba á Dios como es y presentaba á los dioses gentiles como habían sido; esa fuente debía producir una literatura conforme á tan sublime tipo, una literatura que diera á la materia lo que es de la materia, y al espíritu lo que le conviene, y debía sobreponerse á todas las literaturas que no habían reconocido tan fecundo tipo de bellezas.

CAPITULO VIII

Literatura Eclesiástica

En la decadencia de la literatura antigua debemos al Cristianismo un nuevo género, desconocido hasta entonces y que después llegó á sobreponerse á la literatura profana. La religión gentilica no había subido á la altura de una ciencia; los filósofos contemplaban la naturaleza de los dioses apoyándose en la neumatología, como nuestros metafísicos raciocinan acerca de Dios y los espíritus; la teogonía se dejaba á los poetas; los dioses y los hombres, en comercio familiar, eran el objeto de los poemas y se cantaban sus hechos realzando sus pasiones y defectos. Los antiguos no conocieron una teología, ni tuvieron una ciencia de su religión, ni jamás hicieron como los indios, un estudio de sus dogmas y misterios. La misma religión cristiana no se propagó al principio sino por medio de la predicación y el sufrimiento; las exhortaciones de los apóstoles y sus discípulos, el recíproco ejemplo de los primeros fieles, la influencia de esa caridad sublime, ejercitada hasta con sus perseguidores, fueron extendiéndola rápidamente. La persecución promovida por los emperadores gentiles, las calumnias de que eran

objeto los cristianos y su doctrina, las infundadas acusaciones que se llevaban contra ellos ante los magistrados hicieron conocer la necesidad de la defensa, y dieron origen á las *apologías*.

Al principio del siglo II Cuadrato y Aristides presentaron, los primeros al emperador Adriano las apologías del Cristianismo; S. Justino mártir después, Atemágoras y Tertuliano publicaron sus elocuentes y vigorosas defensas, y Orígenes compuso contra Celso esos doctos libros que tanta fama le dieron entre los PP. de la Iglesia y los mismos gentiles. Las herejías y errores de los cristianos dieron luego materia á los verdaderos fieles, celosos de la integridad de los dogmas y de la pureza de la religión, para muchos escritos. S. Ireneo defendió valerosamente, á mediados del siglo II, la verdad católica; Tertuliano, en sus acreditadas obras, combatió todas las doctrinas falsas: y célebre Orígenes; con sus *Comentarios* á la Escritura Sagrada, presentó la fe depurada de todos los errores. El ejemplo de estos grandes hombres fué seguido por otros muchos, y las *apologías* aparecieron por todas partes ostentando un estilo correcto, lleno de nervio, y elegante hasta cierto punto.

Entre éstos se hizo notable S. Clemente Alejandro. Instruído en la filosofía de Platón, con clara doctrina, elocuentemente explicada, emprende en su *Exhortación á los gentiles*, la tarea de probar que en todos los siglos la unidad de Dios había sido reconocida por los filósofos y los poetas; opone la idea del progreso á la estabilidad en que se refugiaba el paganismo, y en sus *Stromatas* manifiesta conocimientos muy variados en historia, en lógica y en filosofía.

Con el nombre de Dionicio Areopajita salieron á luz algunas obras que sin fundamento se adjudican al siglo V; pues se ven citadas ya por Orígenes. Instruído éste en la filosofía oriental, la presenta transformada con el dogma cristiano, y sus famosos libros de la *Jerarquía* y de los *Divinos nombres* explican al hombre, en cuanto es posible, la generación del Verbo y de las ideas.

Orígenes ocupa el primer lugar entre los filó-

sofos cristianos; pues ilustró las Sagradas Escrituras, separando las apócrifas de las verdaderas. Pero la más provechosa de sus obras es la mencionada ya, escrita contra Celso.

Así como la Escuela alejandrina había tratado de absorber al Cristianismo en su filosofía universal, así Orígenes pretendió acomodar el platonismo á la religión cristiana; mas á fuerza de ser profundo se extravió en sus principios, llegando á ofrecer á los arrianos las armas con las que después combatieron tan esforzadamente.

Como desde el reinado de Constantino empezó la Iglesia á mejorar de situación, la literatura eclesiástica adelantaba con la libertad. La tribuna sagrada se elevó con el ardor elocuente de los obispos; las homilias se hacían oír en todos los templos, los escritores sostenían las doctrinas del Evangelio en estilo lleno de unción. La biografía se ofreció como una nueva fuente. Las vidas de los mártires, poemas de los sacrificios sublimes del hombre en obsequio de sus creencias, son la historia escrita con las lágrimas de los primeros tiempos del Cristianismo; poemas llenos de esa naturalidad con que se refieren los hechos, la abnegación, el valor superhumano de tantas víctimas que agregaron su sangre á la que sirvió para el rescate del mundo.

No tardaron los eruditos cristianos en dedicarse á la historia. Ejesipo, el primero, escribió una historia eclesiástica y compuso cinco libros ó comentarios de obras importantísimas. Eusebio de Cesárea escribió otra desde el origen del Cristianismo hasta el concilio de Nicea, ó más bien dicho, una colección de memorias contemporáneas, unidas y ordenadas con método y discernimiento y expuestas con franqueza y sencillez.

Las cuestiones acerca de la pascua, del bautismo y otras materias de disciplina dieron también asunto para muchos escritos. La Iglesia tuvo ya escuelas privadas para la enseñanza de las ciencias divinas y humanas, siendo la más célebre de todas la de Alejandría que llegó á gozar de gran reputación.

Pero estos siglos apenas pueden reputarse como un crepúsculo de la literatura eclesiástica que

apareció esplendorosa en el siglo IV. Este mereció llamarse el siglo de oro de la Iglesia entre esos primeros siglos. Arnobio y Lactancio, con sus elegantes escritos, llenos de doctrina y elocuencia, dieron ruidosos triunfos á la religión y á las Letras, y Eusebio Cesareense bastó él sólo para la gloria de aquel tiempo. *La Preparación evangélica*, el libro contra Hierocles y varias otras obras le colocan en lugar muy distinguido; sus diez libros de la *Historia del Cronicon*, de la vida de Constantino, y *La Vida de los mártires de Palestina* le granjearon el título de *Padre* de la historia eclesiástica.

Afirmada después la Iglesia en basas más sólidas y libre de la obstinada persecución de los gobiernos, empezó á elevarse, ostentando entre las filas de sus defensores, otra larga lista de Padres que, á su ciencia en materias teológicas, unían las gracias de la elocuencia y del estilo. Sus combates no tenían que darse ya contra los paganos, sino contra los herejes, enemigos más temibles, por cuanto minaban los dogmas en su base, y porque perteneciendo á la misma comunión, sus doctrinas tenían más prestigio, especialmente para los que no habían entrado aun en el gremio de la Iglesia.

El más impertérrito campeón de cuantos se presentaron en defensa de la Iglesia fué el célebre S. Atanacio. En este grande hombre, cuya palabra contribuyó quizá más eficazmente al triunfo del cristianismo que el poder de Constantino, podía decirse que estaba resumida la más pura doctrina. La persecución de que fué víctima no debilitó su ardor ni sus fuerzas; con su elocuencia defendía su persona ante los concilios y los magistrados; con su elocuencia pulverizaba los errores de los enemigos de la fe; con su palabra sostenía la verdad vacilante, en esos sínodos donde los arrianos prevalecían por el número.

Vinieron después S. Ilario, llamado el Ródano, Victoriano, Optato Milevitano, S. Epifanio y otros muchos que ocuparon la mitad de aquel siglo, distinguiéndose especialmente S. Basilio, los dos Gregorios, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín y S. Crisóstomo.

S. Jerónimo, por su representación social, por las vicisitudes de su vida, por su severidad consigo mismo, llamó la atención pública. Este Padre de la Iglesia es como el lazo que une á los orientales con los occidentales. Hijo de padres ilustres y educado en Roma, adquirió la cultura y la corrupción de aquella gran ciudad. Convertido al Cristianismo, concentró en sí aquel ardor poderoso que antes empleaba en satisfacer sus pasiones; ordenado de presbítero en Antioquía, pasó después de algún tiempo á Constantinopla, donde ya en edad avanzada se hizo discípulo de San Gregorio Nacianceno; trasladó al latín obras importantes y se ocupó en la revisión de la Biblia. Humilde en presencia de Dios, severo en presencia de los hombres, tronaba contra los vicios, no perdonando ni á esos ministros indignos de la religión, que deshonraban el santuario y apuraban la corrupción del siglo con sus perniciosos ejemplos. Es, sin duda, después de Orígenes, el Padre más eminente; conociendo el griego, el latín, el hebreo y las costumbres orientales, pudo penetrar el sentido literal de las Escrituras Santas, por lo cual es su comentador y su más puro traductor.

Los concilios, que entonces pudieron reunirse con mayor frecuencia, y el estudio y formación del derecho canónico son otras fuentes que enriquecieron la literatura eclesiástica. La elocuencia del púlpito, popular enteramente, pasó al seno de los concilios, transformándose en académica.

Al pueblo de los fieles había que hablarle de sus intereses eternos, dirigirle por el buen camino, separarle de las sendas del pecado; no había controversia con este pueblo, el corazón estaba dispuesto y la razón sometida. En los concilios había que combatir los errores, se discutía acerca de puntos disciplinares, y la elocuencia tenía que tomar otros medios. Los preceptos, conservados sólo por la tradición y explicados en la predicación, se colectaron en códigos, y estos códigos formaron los cuerpos del derecho eclesiástico; su estudio creó juriconsultos, glossadores, comentadores, historiadores, y formó una parte importantísima de la literatura de la Iglesia.

A tantos elogios que, por este aspecto, merece

el siglo IV hay que añadir el que le pertenece por haber convertido las Musas al Cristianismo y haber dado á la poesía el lenguaje de la religión. El español Juvencio fué el primero que pisó este nuevo campo, bebió en fuentes que ninguno había probado todavía y recibió la inspiración de afectos que nada tienen de carnal y mundano. Prudencio, siguiendo las huellas de su compatriota, elevó más la poesía eclesiástica, y San Gregorio no fué menos respetado como orador que como poeta. Entre sus obras se cuentan ciento cincuenta y ocho poemas que pueden calificarse de odas, muchos epigramas y la tragedia *Cristo padeciendo*, mezquina muestra, desde luego, de su talento dramático.

Sinecio, orador y poeta, escribe con elegancia, tocando á veces en lo sublime, y sabe adornar las materias más abstractas con rasgos poéticos, con pasajes de la historia y la Mitología. En *El Egipcio* retrata la condición del imperio romano bajo la alegoría de Osiris y Tifón. Sus cartas familiares son tan instructivas como agradables; sus himnos yámbicos ofrecen un modelo de idealismo en el cual mezcla la contemplación con imágenes platónicas.

San Efrén es el Virgilio de la Iglesia de este siglo. En su *Confesión* describe su vida, ó mejor dicho, la manera con que pasó desde la duda hasta la certidumbre católica. La unción y la sencillez son las dotes características de su estilo; es rico en imágenes, tomadas en su mayor parte de la vida campestre. Cantó á María en acentos que no supo emplear ni San Bernardo mismo; sus himnos han quedado, como la salmondia de David, para entonarse diariamente por los cristianos de la Mesopotamia. Eudoxia y Falconia Proba cantaron igualmente á Jesucristo, tomando frases de Homero y de Virgilio. Octaviano Porfirio obtuvo perdón del emperador Constantino, mediante el ofrecimiento de numerosas canciones místicas.

Quando se dió paz á la Iglesia, fué ordenado el canto por las ciudades de Dámaso, de Ambrosio y de Gregorio: esta nueva poesía lírica extendió sus alas y se elevó cada vez á mayor altura. Algunos himnos que se cantan en la Iglesia figuran al lado de las más

bellas odas de los clásicos, no por la elegante pureza del lenguaje; más aún por la profundidad del sentimiento y por su vigor poético. Otros poetas cristianos no hicieron más que imitar á los clásicos en descripciones, narraciones panégyricos; iguales á ellos en la forma como en el estilo, apenas tenían la diferencia de haber sustituido á los argumentos antiguos la Escritura y la vida de los santos. Era un elemento exótico para una base nueva; pero de él se valieron también algunas veces para presentar poéticamente al Cristianismo, aunque no consiguieron hacer nada grande y original.

El siglo de Teodosio debió, con todo, sufrir la misma suerte que todas las épocas dichosas que le precedieron. Al concluir este siglo empezó á decaer la literatura sagrada, y aun cuando después de extinguidas las gloriosas lumbreras de los Crisóstomos y Agustines se vió centellar de cuando en cuando los rayos que despidieron los Cirilos, Teodoretos y Leones; no pudo felicitarse ya la Iglesia del esplendor de su literatura.

A principios del siglo VI florecieron Casiodoro y Boccio, quienes cuidaron no sólo de cultivar las Letras por sí mismos, sino también de promover su estudio en los demás, pero nada pudieron sus esfuerzos; el contagio del mal gusto se había extendido y arraigado, y la situación política de los pueblos era otro motivo de perversión para las Letras. Así nada pudieron ni el celo de San Gregorio el Grande, ni las fatigas de Isidoro en España, ni los laudables trabajos del venerable Beda en Inglaterra. La división del Imperio que interrumpió el comercio entre griegos y latinos, y el abandono de la lengua griega que, al andar del tiempo, llegó á ser enteramente desconocida en Occidente, todo contribuyó á precipitar la caída de la Literatura.

Las irrupciones de los bárbaros ocasionaron la corrupción de la lengua latina con la mezcla de ideomas exóticos é incultos, la guerra, la desolación, los estragos y crueldades ocupaban demasiado los ánimos para que pudieran dedicarse al cultivo de las Letras. Los legos, ocupados en el ejercicio de las armas ó en la reparación de los males que producía

su furor, abandonaban á los eclesiásticos el cuidado de las ciencias; de modo que todo el saber de aquellos desgraciados tiempos se había refugiado en los claustros, y este mismo saber estaba reducido generalmente á la disciplina interior de la Iglesia y al canto eclesiástico. La formación del Imperio, los celos, antipatías y rivalidades de razas opuestas en carácter y costumbres, la ignorancia de las más de ellas no podían menos que destruir el reinado de la inteligencia y causar la ruina de toda literatura.

Fueron siglos de completa oscuridad los que siguieron al de que acabamos de hablar, y los eclesiásticos contribuyeron más eficazmente á retardar el renacimiento de las Letras. Ignorantes en su mayor parte, pero tenidos como sabios por los legos más ignorantes aún, prohibían toda lectura, todo estudio. Hubo concilio que prohibió á los obispos la lectura de Virgilio, y hubo Papa que redujo toda la sabiduría humana al conocimiento del canto eclesiástico y al ritual. Las bibliotecas, que contenían tesoros de ciencia y de gusto, fueron reducidas á cenizas, el fuego consumió lo que habían respetado la guerra y los bárbaros; la autoridad episcopal se empleaba en impedir que se escarbasen esas cenizas para que no fuera exhumado algún monumento de los antiguos tiempos. El mundo debió quedar y quedó en tinieblas. Fué preciso el transcurso de diez siglos para que volviera la inteligencia á ponerse en ejercicio.

CAPITULO IX

Literatura arábica

La Arabia, península oscura del Asia, país bárbaro y centro de la ignorancia, dió acogida á las abandonadas Letras y sirvió de asilo á la cultura vilmente desterrada de toda la Europa. Poco antes de la introducción del Mahometismo era desconocida para todos los árabes hasta el alfabeto; el mismo Mahoma era hombre enteramente iletrado, y aun cerró la en-

trada al estudio de las ciencias, temeroso de que dañasen su doctrina y perjudicasen su influencia. Los primeros califas estuvieron muy lejos del aprecio que por las Letras llegó á tener después la nación entera. No había para los musulmanes otro libro que el Alcorán, ni pensaban más que en propagar con las armas el imperio de su religión.

Alí IV, califa después de Mahóma, fué el primero que dió acogida á las Letras en la nación; y cuando el poder pasó á la familia de los Omiaditas, se rompieron las barreras que por tan largo tiempo habían impedido su entrada. Dilatándose después el imperio hasta el Africa y Europa, se pensó en unir la gloria literaria al esplendor de las armas, y en el reinado de los Abbassidas se propagó ya el estudio de las ciencias, y empezó á formarse el gusto. Abu-Jafar, conocido con el nombre de Almanzor, gustaba en extremo de la Literatura, estaba instruído en las leyes y estudiaba ardorosamente la filosofía. Arun-Al-Barchid que manifestaba particular estimación á los literatos, puso gran empeño en inspirar á sus súbditos el gusto por las Bellas Letras. Con este fin mandó traducir á su idioma muchos libros griegos, estableció escuelas adjuntas á los templos que hacía levantar, embelleció á Bagdad y dió el saludable ejemplo que siguieron sus sucesores.

Pero el más ardiente protector de las Letras, el verdadero padre de la literatura arábiga fué Almamón hijo de Baschid. Este Augusto de los árabes se propuso promover el estudio de las Letras en todos los géneros; en todo empleó el ardor más puro y desinteresado, y se valió de los medios más eficaces para conseguirlo. Convirtió su capital en un emporio de ciencias; allí sólo se trataba de estudios; sus privados eran literatos, sus ministros se ocupaban en el adelantamiento literario de la nación; su corte se componía de los hombres más doctos, á los cuales recompensaba con liberalidad; imponía á las provincias un tributo de los libros que poseían; mandaba á sus agentes á recoger de todas partes cuantas riquezas literarias pudieran servir al engrandecimiento de la Arabia. Estudiaba Almamón la filosofía, el derecho y con mayor entusiasmo las matemáticas; mandó tradu-

cir los libros de los matemáticos griegos más famosos, y promovió la gigantesca empresa de medir el globo terrestre.

Con un príncipe de tal carácter, con tan decidido protector de las luces, en poco tiempo llegó la Arabia á ser culta y erudita, todas las ciudades tuvieron escuelas, colegios y academias. Cufa y Basora se hicieron célebres por sus academias, en las cuales se presentaban diariamente discursos en prosa y verso. Las bibliotecas de Fez y Larache han servido para enriquecer nuestros códices, y han suministrado muchas noticias útiles y curiosas y gran copia de materiales para la literatura moderna.

Pero en donde florecieron más las ciencias y donde se fijó, por decirlo así, el reinado de las Letras entre los árabes, fué en España, Córdoba, Granada, Sevilla y las otras ciudades principales de la península estaban provistas de escuelas, colegios, academias y bibliotecas; famosa fué la academia de Granada, famoso su colegio, que tuvo por director al célebre Murciano Schamseddin. La librería de Metuahel—Al—Attah proporcionó numerosos códices al Escorial. Alhaken, fundador de la academia de Córdoba, añadió más de seiscientos volúmenes á la biblioteca de esta ciudad. Setenta librerías públicas permanecían abiertas en España para el uso del pueblo.

La abundancia de letrados que entonces produjo España ofreció vasto campo á los eruditos y escritores para la formación de esas bibliotecas arábigo-españolas, de que los historiadores y poetas modernos supieron aprovecharse en los tiempos que siguieron. Desde el siglo IX empezó á brillar la luz de la literatura arábica, y su esplendor se conservó vivo por seis siglos.

Para formar alguna idea de la cultura de los árabes será bien que recorramos los géneros de Literatura que cultivaron; y principiando por la gramática, observaremos con el docto Schanseddin Alan-sareo que aunque antes no habían hecho uso los árabes de las reglas gramaticales, difundido el Mahometismo en otras naciones, el emperador Alí Abu Thaleb mandó codificar las reglas é hizo formar gra

máticas que se estudiaban con afán. A los primeros escritores de gramática se agregaron Absa, Maimonides y otros muchos; así que en poco tiempo se difundió el gusto por el estudio de la lengua que fué ilustrada con nuevos métodos y comentarios, con poemas y exposiciones de los poemas. Entre tan célebres autores merece particular mención Malek que en el siglo XII compuso varias obras acerca de la pureza de la lengua, de su construcción, prosodia y mecanismo, habiendo merecido el título de *Príncipe de los gramáticos árabes*. Ben-Haian dió á luz más de quinientos libros filosóficos; y tan larga es la lista de gramáticos, que en este ramo excede en mucho á los escritores griegos.

La lengua arábiga fué además enriquecida con muchos y abundantísimos diccionarios. Desde el primer siglo de la Egira hubo un *lexicon* que se atribuye á Kaniel de Basora; el diccionario de Alfiruzabadi constaba de sesenta volúmenes, y se publicaron otros particulares, circunscritos á determinados objetos. Hubo diccionarios de ciencias, de artes, de los nombres de los animales, de los de las plantas y muchos acerca de la correspondencia de las voces arábicas con las griegas, latinas, hebraicas y españolas.

Con razón se glorían los árabes de tener hombres famosos, no sólo en la práctica de la retórica, sino también en la teoría. Antes de difundido el Mahometismo no conocieron el arte de hablar; el que se veía en el caso de dirigir algún razonamiento al pueblo se servía sólo del magisterio de la naturaleza; pues carecía de cuantos medios ofrece el arte. El Alcorán contiene algunos pensamientos elevados, pero dispersos é inconexos. En los escritos poco posteriores á Mahoma se ven conceptos sutiles y alambicados; hay talvez elegancia en las frases, pero no el orden y método que dan fuerza á la oración. Con todo, al andar de poco tiempo; el progreso fué notable y el adelantamiento que obtuvieron en un ramo lo consiguieron en todos. El estado en que se hallaban los griegos les ofreció cuanto necesitaban; en breve tuvieron instituciones retóricas, como *La Antorcha* de Althai, el *Método de escribir* de Abu-Mahomad, *El Prado florido* de Assiutheo. Pero el

más célebre escritor didascálico de retórica es el persiano Aleskaki, á quien se dió el nombre de Quintiliano árabe; publicó excelentes obras, siendo la más notable la que intituló *Llave de las ciencias*. Está dividida en tres partes: la primera trata de los preceptos gramaticales, la segunda del arte oratoria y la tercera de la poética. Los preceptos son claros y precisos, el método adecuado, y el estilo nada tiene que pedir á los griegos en un libro de este género.

Una nación que tanto había cuidado de las leyes de la elocuencia, natural era que haya cuidado de ponerlas en ejercicio; se sabe que un Malek fué orador de tanta energía, que arrastraba el ánimo de su auditorio cuantas veces hablaba en público. Es asimismo, celebrado Schoraiph como maestro en unir la facundia oratoria á la delicadeza poética. Pero, entre todos los oradores árabes, sobresale el famoso Alhariri tenido por el Cicerón árabe: además de muchos discursos de conocido mérito, compuso unas oraciones académicas, juzgadas por Golio como dignas de ser presentadas en una academia europea.

Los árabes no descuidaron tampoco el cultivo de la elocuencia sagrada. En la biblioteca del Escorial se encuentran muchos sermones sueltos y colecciones en forma de sermonarios. Los *Khotbah* ó sermones empiezan por la acción de gracias ó protesta de la fe; luego ruega el predicador por la salud del Rey y del reino, pide la venia al Soberano, si se halla presente, y llama su atención á la divina palabra; propone el asunto del discurso; lo prueba con textos del Alcorán, con la autoridad de los doctores y con ejemplos, y concluye con la exhortación al Pueblo.

La poesía fué el primer estudio y el único á que se dieron los árabes durante mucho tiempo; su predilección por las Musas ha dado entre ellos tantos poetas, que es difícil citarlos siquiera. En los tiempos de Mahoma, Zohair compuso ya en su alabanza un poema que se conserva en el Escorial. Tuvieron su Pléyade, como los griegos, compuesta de siete poetas de los más antiguos. En el reinado de los Abbassidas floreció Alkalid-Ahmad que sujetó la poesía á leyes ciertas y estables. A principios del siglo X de la Era cristiana apareció el príncipe de la poesía arábi-

ga, Almonotabbi, natural de Cufa y educado en Damasco, poeta cuya celebridad quedó aun después de extinguida en España la raza musulmana. Ferduci escribió la guerra de tres reyes persas contra el de Tartaria, y, entre otros, un poema en elogio de Mahomet, aunque muy distante del mérito épico de cuantos poemas se han escrito en este género.

Ferduci tuvo no obstante, la suerte de casi todos los poetas; fué perseguido y proscrito; pero por cuantas partes iba huyendo de su antiguo protector, encontrada en la espléndida acogida de los pueblos y de los príncipes, la compensación de sus dolores y el tributo rendido á su inteligencia. Sus obras han merecido la honra de ser traducidas al inglés, francés y alemán.

Al poema heroico de los árabes pertenecen las odas, á las cuales fueron muy aficionados. Mahomad -Ben-Assaker escribió el *Arte de componer odas*, y formó un catálogo de los poetas líricos, en el cual figuran muchas poetisas. La primera, Valadata, de singular talento poético, fué llamada la Safo arábica, así como María Alfaisuli fué comparada con la Corina griega.

Uno de sus más famosos poetas nacionales es Antar, guerrero y pastor: retrató al vivo las costumbres de su pueblo, y sus cantos andan todavía en boca de sus compatriotas. El poema de Antar es la poesía nacional del árabe errante, el libro santo de su imaginación enardecida. Antar canta sus aventuras con la verdad y el sentimiento de un hombre que habla de sí mismo, sujetándose á la realidad. Sus obras han sido refundidas muchas veces, y quizá la última reforma se hizo en tiempo de Raschid.

Las bibliotecas poéticas, los diccionarios poéticos, las colecciones, las historias de la poesía y de los poetas prueban el entusiasmo con que los árabes cultivaban la poesía. Su lengua animada y pintoresca, su imaginación viva y fecunda, y el fuego de las pasiones los arrastraban á la poesía, á la cual su rico idioma ofrece rimas en abundancia; su prosa misma es poética, más poética quizá que sus versos. El descubrimiento de un poeta era una fiesta para la tribu y en honor para la nación.



En el género didascálico se encuentran *El arte gramático* de Ben-Malek, dos poemas del célebre ciego Abulola, *La doctrina de los tiempos* de Algiamdemo y varios otros que sería prolijo enumerar. De igual modo se encuentran muchos poemas llamados morales; pero en lo que merecen ser comparados á los griegos es en las composiciones de sentencias y proverbios. Erprenio y Golio han dejado para la posteridad una colección de estas composiciones, dignas del mayor elogio por su verdad, precisión, exactitud y fuerza. Casiri trae algunas tomadas de un Códice del Escorial, intitulado *Preceptos de sabiduría*, escrito en prosa y verso: las sentencias están escritas con naturalidad y elegancia y las comparaciones son tan claras como exactas, y no tienen hipérboles ni figuras que son el defecto de la poesía arábica. Los apólogos son también poesías morales aunque de diverso género; muy conformes al gusto de los árabes, como de origen oriental, se encuentran en casi todas las colecciones de importancia.

La sátira es más semejante á los yambos de los griegos que á la sátira de los romanos; se compone de invectivas acres, personales más bien que de censura de los vicios. En la *Antología arábica* de Seultens se leen los versos de Korait-Ibn-Onaiph contra sus nacionales, llenos de la hiel licambea que hacía tan amargos los yambos griegos; y los versos de Ferdusi contra el rey. Malamud exceden á los de Arquiloco en acritud y desenfreno.

En el género erótico es incalculable el número de composiciones producidas por los poetas árabes. No podemos desde luego citar entre estos poetas Anacreontes, Tibulos ni Petrarcas; pero son muy apreciados los versos de Seifoddula, los de Hafez y, sobre todo, los que contiene la *Hamasa* de Abutaman, dignos de figurar entre las mejores composiciones griegas: todos éstos apenas conservan un pequeño vestigio del estilo oriental, y se acercan ya al gusto de los buenos tiempos. Es laudable la reprobación común á que era condenada toda composición licenciosa; la religión y la honestidad eran objeto del celo más ardiente; rara vez se atrevió alguno á profanarlas con su pluma.

El teatro fué desconocido en este pueblo de poetas, sin que podamos hallar la razón por que no simpatizó con el drama, á pesar de que no careció de noticias acerca del teatro griego; con todo, produjo muchas composiciones dialogales, no sólo en los escritos didácticos, sino aun en los de pura imaginación.

En cuanto al mérito de la poesía arábica, no podemos seguir la opinión del docto Casiri, que iguala los poetas árabes á los griegos y latinos, ni la de Jones que pretende colocar las poesías de aquellos al lado de las de Homero y Virgilio; pero tampoco es aceptable el juicio de otros que quisieran despojarla de todo mérito. Es necesario tener en cuenta lo que el original pierde al trasladarlo á otro idioma, y cuan difícil es apreciar la naturaleza ó el verdadero carácter de un escrito que se lee por los que no poseen la lengua. La poesía arábica adolece desde luego de ese gusto oriental que todo lo abulta y exagera, las figuras, las imágenes se amontonan con exceso, y dan al estilo ese tinte que llega hasta á desfigurar los afectos. En las composiciones de poca importancia que no exigen un tono elevado se encuentran la gracia, el chiste, propios de su carácter; pero en las serias se apartaron los árabes de la naturaleza, y trataron de suplir con el arte cuanto debió ser obra del genio. Este es sin duda el motivo porque la Arabia no produjo una Epopeya ni adivinó el drama; quedó por lo mismo inferior á los demás pueblos; pues la gloria de una literatura se personifica, digámoslo así, en estos monumentos de su inspiración. Pero los árabes no dejaron de ser grandes; formaron el pueblo culto cuando el mundo estaba en tinieblas; conservaron lo que la antigüedad había dejado como la preciosa herencia de las generaciones siguientes, y abrieron el camino por donde la Europa moderna había de llegar al punto en que la encontramos.

Pensar hacer una numeración individual de los historiadores árabes sería empresa poco menos que imposible. Los autores de la historia universal, en el tomo XV de esta obra, mencionan los historiados

res árabes de que se han valido para aclarar las noticias relativas á Mahoma; y después de citar más de treinta, concluyen diciendo..... "Y otros muchos de quienes sería cosa enfadosa hacer una simple numeración". Pasando después á la historia de los califas traen una larga lista de escritores con cuyas noticias enriquecieron su obra. Alfabari, Abulzeda y otros escribieron historias universales desde el principio del mundo hasta su tiempo. Innumerables anales, crónicas é historias particulares de reinos, provincias, ciudades se hallan en sus bibliotecas; vidas de hombres ilustres, leyendas, historias literarias ó de su literatura, todo fué objeto de sus estudios y trabajos históricos. Sin el odio de los españoles, sin la preocupación y supersticioso celo de los cristianos después de la expulsión de los moriscos, habríamos tenido noticias exactas y más abundantes acerca de este célebre pueblo en todas sus situaciones, de su ciencia, artes, industria, de sus progresos en la Literatura. El fanatismo, que destruyó los más insignes monumentos de la antigüedad, envolvió en sus ruinas muchas preciosidades que hubieran servido á nuestros siglos.

La fantasía de los árabes era adecuada para toda obra de imaginación, y en especial los romances fueron de su gusto y carácter, por decirlo así, tanto que generalmente á ellos se atribuye su origen. El filósofo Jofail, acomodándose al genio de su nación, no juzgó impropio de la gravedad filosófica exponerla de una manera sublime en un romance cuyo argumento es el siguiente. Hay, hijo de Jozhdan, abandonado desde su niñez en una isla desierta, fué criado por una cabra. Llegado á la edad de la razón, á fuerza de meditaciones, adquirió tales conocimientos acerca de la naturaleza de Dios, cuales apenas se encuentran en los libros de los filósofos más profundos. Filósofo de las selvas, frente á frente con la desnuda naturaleza, estudió en ella, como en el mejor libro, esa teología que demuestra á Dios en sus obras mejor que los metafísicos en sus argumentos.

Eduardo Pocok juzgó este romance digno de

ser presentado á la Europa literaria, lo tradujo al latín y lo ilustró con un magnífico preámbulo. Otros ingleses lo han traducido á su propia lengua, así como lo han hecho los eruditos de otras naciones. Leibnitz, después de confesar cuanto le agradaba su lectura, no ha vacilado en decir que los árabes llegaron á pensar de Dios tan sublimemente como los mismos cristianos.

En medio del estudio y ejercicio de las Bellas Letras, no descuidó este laborioso pueblo el cultivo de las ciencias. Es cierto, no obstante, que la filosofía arábiga se redujo más especialmente al conocimiento de los libros de Aristóteles, y que muchas veces se falsearon sus textos en extrañas interpretaciones. La física aunque oscurecida con las sutilezas de los escolásticos árabes, recibió muchas luces de los viajeros naturalistas. Abu-Olhman y varios otros escribieron acerca de los animales con bastante exactitud; Abu-Rihan fué un filósofo docto y escribió muchas obras estimadas por sus compatriotas: su tratado *Del conocimiento de las piedras preciosas*, que se conserva en la biblioteca del Escorial, costó al autor no menos que cuarenta años de viajes, estudio y observaciones. El estudio que Al-Rasi, Hali-Abbas y Avicenna, entre otros médicos, hicieron de las plantas ha indemnizado superabundantemente el corto daño que pudieron causar á la botánica las inexactas traducciones de Dioscórides y otros griegos, hechas por algunos árabes. ¿Quién no admira la paciente constancia del famoso Ibnu-El-Beithar en sus largos y penosos viajes emprendidos con el objeto de aumentar sus vastos conocimientos en los tres reinos de la naturaleza? Sus libros *De las virtudes de las yerbas*, *De las piedras y metales* y *De los animales* son monumentos insignes de la ciencia arábiga en botánica, medicina é historia natural.

Entre todas las naciones civilizadas no había una que poseyera un código de agricultura como el de los árabes de España. A la perfección de esta obra utilísima contribuyeron muchos hombres entendidos en la física, en la química y en la agricultura, siendo el principal de ellos Ben-Ahmad de

Sevilla, que floreció en el siglo VI de la Egira.

La inteligencia de los árabes en las matemáticas es un poderoso argumento contra los que les suponen nada conocedores de la física. Cardano, juez competente en el asunto, cuenta al matemático Alkindi como uno de los doce ingenios más sublimes que habían venido al mundo hasta su tiempo, y da á Moamad-Ben-Musa por inventor de la resolución de las ecuaciones de segundo grado. Walis atribuye á los árabes la invención de la álgebra, el erudito Odoardo Bernard recomienda encarecidamente los conocimientos astronómicos de los orientales. La serenidad del cielo, la exactitud y magnitud de los instrumentos de que se servían, el copioso número de observadores y escritores en este ramo, la protección concedida por tantos y tan poderosos príncipes no podían menos que elevar á un alto grado los progresos astronómicos de esta nación. El padre Labbi aseguraba que muchas bibliotecas poseían un cuerpo de astronomía que formaron varios profesores de mérito por mandato del príncipe Almamón, y Bernard refiere que sólo la biblioteca de Oxford conservaba más de cuatrocientos manuscritos arábigos acerca de la astronomía. Albatemo fué llamado el Tolomeo árabe por sus correcciones al maestro griego, por las luces que comunicó á la ciencia y por sus descubrimientos. Arsahel compuso *Las tablas toledanas* é inventó algunos métodos superiores á los usados por Ipparco y Tolomeo. Lo que últimamente puedé decirse en elogio de los astrónomos árabes es que la historia de la astronomía conserva muchos de sus nombres, y teniendo entendido que el celo y la preocupación apenas ha dejado inscribir los de aquéllos cuyos descubrimientos se han reputado como bases de teorías nuevas.

La medicina fué reputada siempre como una ciencia de los árabes. En tiempo de Rachid se tenía ya grande aprecio por ella. No mucho tiempo después Abí-Osbaja escribió las *vidas* de más de trescientos médicos; Ebn^{te}Al-Kofri publicó una historia completa de la medicina de su nación: los escritos arábigos fueron consultados, durante mu-

chos años, en las escuelas europeas. Freind, poco aficionado á los árabes, asegura que á ellos se debe la aplicación de la química á la medicina. El *Método de curar* de Abulcasi contiene importantes noticias acerca del diagnóstico y de la cirugía; la farmacia de Avenzoar dió luces para los métodos de preparar los medicamentos; Razis, Avicena y Averroes descubrieron enfermedades ocultas á la observación de los anteriores y medicamentos desconocidos; y muchos otros han contribuído á elevar la medicina dejando abierta una espaciosa senda á los médicos modernos.

El excesivo respeto que se tributaba al Alcorán inclinó siempre á los musulmanes á su estudio. El Alcorán es el código de su religión y de sus leyes; de su exámen debió pues nacer su teología y su legislación civil; los hombres eminentes debían consagrarse á explicarlo, á comentarlo, á dilucidar cuantas cuestiones nacían de su interpretación. Desde los primeros tiempos vemos en efecto, á los príncipes dedicados al estudio de las leyes religiosas y civiles bajo la dirección de sus sabios: se escribieron libros de teología, y el celo religioso produjo multitud de sectas que se personificaban en la doctrina de algunos de sus doctores y se disputaban la honra de verdaderos hijos de Mahoma. Las leyes civiles se redujeron á sistema, se formaron códigos especiales, y fueron establecidas numerosas escuelas donde se enseñaba el derecho y se formaba una jurisprudencia particular. Al establecerse las reinos arábigos en España tuvieron ya su legislación regularizada, su disciplina legal, su política; fueron naciones formadas, y esto quiere decir que trajeron los árabes á Europa una literatura que progresó rápidamente, y que ofreció á la literatura del renacimiento el tributo que dejan todas las generaciones que pasan á las generaciones que les siguen.

Al-Safeise fué el primero que redujo á sistema la jurisprudencia; su libro "De los fundamentos del Musulmanismo" comprende todo el derecho civil y canónico de los mahometanos. En la biblioteca del Escorial se conservaban hasta el siglo XVII

muchos libros ascéticos, colecciones de reglas monásticas y escritos místicos de toda clase. *La biblioteca oriental* de Herbeto no contiene página en que no se hable el nombre de alguno de esos famosos teólogos y juristas que tanto ilustraron el derecho y la teología de los musulmanes: instituciones, tratados, sumas, métodos, con todo explicaron y comentaron sus leyes, doctrinas y tradiciones; y en estos ramos fué una literatura propia, porque nada pudieron tomar de la Grecia ni de otros pueblos, á excepción del dogma de la unidad de Dios y de sus esenciales atributos.

CAPITULO X

Estado de la Literatura en los siglos de la Edad Media

Hemos visto cómo la Literatura, habiendo llegado en Grecia y Roma á una perfección relativa posible, atenta la época en que florecieron estos dos grandes pueblos, decayó hasta perderse en el caos de que las invasiones bárbaras y los acontecimientos sucesivos produjeron, no dejando, á lo menos desde el siglo VI, sino cortos destellos de inteligencia, encerrados en los claustros y en algún rincón de ese mundo que se había trastornado, al choque de las armas, de los intereses, de las lenguas, de las costumbres y de las religiones. Hemos visto cómo los abusos y las divisiones de los cristianos, llamados á regenerar la especie humana, arrastraron igualmente á la ruina esa literatura de la Iglesia, que nació con los Cuadratos y los Aristides, y se elevó con los Cirilos, Anastacios, Orígenes; y que en este trastorno universal, en esta inacción del pensamiento, sólo el pueblo árabe consiguió mantener é impulsar el estudio de las Letras. Los siglos que siguieron son llamados los siglos de la ignorancia y de la oscuridad. Multiplicadas las nacionalidades sobre los escombros de la gran unidad romana, era preciso un lazo que las uniera, á lo me-

nos en el pensamiento y en el espíritu, para que renaciera la Literatura, que es el alma de las naciones.

Cuando una religión se viene abajo, en la parte del mundo en que ha dominado, todo se viene abajo con ella. El más arraigado de los edificios humanos en el suelo es un altar; para destruirlo es necesario un temblor de tierra que haga desaparecer todo entre su polvo.

Tal fué el advenimiento del Cristianismo en el imperio romano. Las Letras perecieron y desaparecieron por nueve siglos en el choque de las dos religiones. Las tinieblas se esparcieron sobre la inteligencia, mientras que una nueva moral y una nueva teología se apoderaban de las opiniones y razones. Constantino puso á disposición de los cristianos la masa de su imperio para pulverizar el pasado. Los monumentos, los templos, los oráculos, las bibliotecas quedaron sepultados bajo los escombros, fueron las Vísperas sicilianas para el paganismo.

Necedad es negar hoy día esa reacción exterminadora contra todos los monumentos edificados ó escritos de la antigüedad literaria; ella se muestra por todas partes no sólo en las ruinas de Efeso, de Delfos, de Atenas, de Alejandría, sino aun en los escritos de los primeros cristianos y en las actas de los concilios. Tirabosqui en su *Historia de la literatura italiana*, cita el decreto del concilio de Cartago que prohibió á los obispos la lectura de los libros anteriores al Cristianismo, y aquel pasaje de S. Jerónimo que reprende amargamente á los que en lugar de leer la Biblia y el Evangelio, leían á Virgilio. Sabida es la suerte de la biblioteca de Alejandría, consumida en un incendio que duró seis meses, de orden del patriarca Teófilo, quien nada dejó que hacer al infiel Omar. El historiador contemporáneo Orosio escribe y deplora la destrucción de estos tesoros de la memoria humana. El Papa León X, este restaurador tan platónico y tierno de las obras del espíritu humano, dice que "Ha sabido de boca de Chalcondyle, hombre muy instruido en todo lo concerniente á la Grecia, que los sacerdotes habían influido en los emperadores de

Oriente para obligarles á quemar las obras de muchos poetas griegos; es así como han desaparecido las comedias de Menandro, las poesías líricas de Safo, Corina y Alceo”.

A excepción de los estudios teológicos y morales, á excepción de la elocuencia sagrada que debatía las cuestiones de ortodoxia ó de cisma entre las diferentes sectas nacidas del Cristianismo, las que se apoderaban poco á poco de una parte del Oriente y de todo el Occidente, la inteligencia humana, durante estos siglos de caos y elaboración, permaneció encerrada entre las murallas de los templos y los monasterios. Exceptuadas la Arabia, Bagdad y España bajo los califas, ningún destello de las Letras y las ciencias iluminó el mundo cristiano hasta Constantino. Este grande hombre hizo para todo el Occidente lo que los Médicis hicieron más tarde para Italia; dispuso excavaciones en las cenizas del pasado, recogió los monumentos esparcidos, restituyó las lenguas muertas, evocó, por medio de su liberal protección á los estudios, el genio de la antigüedad para despertar el genio del porvenir. Un crepúsculo iluminó en este tiempo esa larga noche; pero á excepción de la jurisprudencia, esta primera necesidad de las sociedades civiles que se fundan, ninguna obra notable salió de esa segunda infancia de las Letras.

Hay una cuestión acaloradamente debatida, la cual no ha llegado á resolverse sino en nuestro siglo. ¿Tan densas fueron las tinieblas de la Edad Media, tan completa la ignorancia, que nada han producido tantos siglos para el espíritu humano; y las ciencias, las Bellas Letras nada deben á las generaciones que se sucedieron desde el siglo VII hasta el siglo XV? No negamos que ha habido sobrada exageración en los reproches dirigidos casi universalmente á la Edad Media, no se la ha estudiado en su verdadero punto, ya por la falta de documentos, ya por los errores de escuela y los errores sociales, vueltos sistemáticos, por hombres doctos y de opinión autorizada.

Los literatos, contemplando el caos producido por los acontecimientos, no podían sacar ninguna idea

exacta ni quisieron dedicarse al examen prolijo que la historia exige para presentar las cosas con su verdadero carácter; obraban, además, las preocupaciones y los espíritus se dejaban alucinar muy fácilmente. El Cardenal Baronio fué el primero que redactó con gran inteligencia y valor á toda prueba *Los Anales de la Iglesia*, que entonces eran los del mundo, y se aprovechó de los documentos del Vaticano, muchos de los cuales llegó á publicar. Hombres de severidad irreprochable se empeñaron después en sacar á luz y poner á la espectación pública cuanto malo y bueno, nocivo y provechoso tienen esos siglos que se habían mirado con el horror y la repugnancia con que se mira un cadáver.

Del estudio de esos trabajos se saca en limpio, que en medio de la confusión y el desorden de lo que se llama tinieblas, no se ve nada que sea exclusivo y estrecho; se ven al principio razas de esclavos y amos; después, razas de conquistadores y vencidos, de señores y siervos, de propietarios y colonos; primero el derecho de conquista, luego la dominación territorial, después la libertad del Municipio; todo ésto desunido y siempre en lucha. Mientras la opinión y la fuerza salvaje de los conquistadores propagaban la guerra, la opresión y las venganzas, el Cristianismo predicaba una doctrina de paz, de igualdad, de caridad. Si dirigimos la atención á los dominadores, no los hallamos árbitros de las naciones subyugadas, como fueron los romanos, lo que hallamos es un continuo antagonismo; antagonismo, primero, entre las familias de los vencedores; después, entre éstas y los vencidos; luego, entre municipio y municipio, sin que dejara tampoco de aparecer el Pueblo en ese vaivén, en esa oposición que sufre, pero que impone y que busca la ocasión.

Expiró la Edad Media, mas encontróse la Europa dividida en hombres libres y esclavos, en ricos y pobres; el trabajo voluntario reemplazó al trabajo forzado, la asociación á las corporaciones y á los privilegios legales; las propiedades desembarazadas de las trabas de casta y de tribu; la clientela sustituyéndose á la esclavitud, empezando las instituciones políticas, fundamento de las sociedades modernas. Carlomag-

no, Alfredo de Inglaterra, S. Esteban de Ungría, S. Luis de Francia, fueron legisladores: Inglaterra escribió entonces su famosa *Carta*; las repúblicas comerciantes de Italia y de Provenza redactaron el Código marítimo; el estado llano penetró en la Monarquía; el heroísmo nacía de la beneficencia; la mujer subía de la abyección al altar. Mucho faltaba desde luego, mucho de malo se encontraba también; pero de esa falta, de esos defectos no puede racionalmente deducirse la barbarie absoluta. La Edad Media no ha dejado monumentos para la Literatura; pero ha preparado el campo preparando los orígenes de las reformas sociales. Las literaturas no aparecen instantáneamente; los famosos monumentos del Genio, las obras maestras del espíritu humano vienen de época en época, después de grandes acontecimientos; en esos largos períodos de somnolencia, en esas agitaciones de la ignorancia, se prepara y germina lo que después asombra al mundo. Homero nace después de la guerra de Troya, Dante sigue á la Edad Media.

Hemos insinuado ya que Carlomagno puso todo su anhelo en el restablecimiento de las Letras; pero ese mismo anhelo no se dirigía á otro fin que al servicio de la Iglesia. De ahí es que las escuelas y el estudio estaban reducidos al canto eclesiástico y al idioma latino. Arduino se contentaba con dar lecciones de escritura y de canto; Alcuino, el más docto y erudito en sentir de sus contemporáneos, no fué al fin otra cosa que un teólogo mediano y un dialéctico sutil.

En tal estado se hallaban los conocimientos entre los europeos cuando empezaron á esparcirse en las escuelas los libros arábigos, llenos también de la sutileza escolástica, pero contraídos á materias de fondo. Los españoles se dedicaron de tal modo al estudio de esos libros, que á la mitad del siglo IX Alvaro Cordovés se lamentaba de la barbarie de sus compatriotas.

El filósofo conocido en estos tiempos es Gerberto, que llegó á ser Silvestre II. Frecuentó las escuelas españolas donde adquirió los conocimientos que llevó á la silla pontificia, y que tanto le valieron para la decidida protección que prestó á las Letras. El ejemplo de Gerberto fué seguido por muchos; cuantos entonces lograron alguna reputación de letrados,

la adquirieron en las escuelas de España, en las que tanto se apreciaba la ciencia de los árabes.

Los trovadores, entre tanto, introducían el gusto por la poesía. Los acontecimientos políticos y el genio caballeresco de los pueblos de entonces, estimulaban la imaginación; el amor, el heroísmo, la historia, todo se cantaba por los trovadores. Las Cruzadas fueron el objeto de relaciones maravillosas; las *Cortes de amor* ofrecían coronas á los cantores. Los trovadores se esparcieron en todas las naciones nuevas; y la armonía, la soltura de los versos cautivaban desde luego, aunque nada ofreciesen en el fondo: eran esfuerzos de la imaginación, era el oído que se halagaba, pero era siempre un paso que había de ser seguido de otros. Y en efecto, á las canciones, á los sonetos siguieron los romances, esas narraciones de aventuras, de hechos portentosos; esas historias donde se mezclaba la verdad con la mentira, pero que á título de narraciones eran buscadas y leídas con avidez. Mucho debe el *Renacimiento* á estas que parecen frivolidades. Se organizaban las lenguas, se perfeccionaba la rima, se preparaba, en una palabra, la lengua en que los verdaderos genios habían de encantar bien pronto al género humano.

Los poetas provenzales avanzaron en esta senda con más rapidez; poseyendo ya una lengua, estimulados por los árabes y por los primeros trovadores; ricos, puede decirse para ese tiempo, de objetos de inspiración, llegaron á merecer todas las consideraciones de los potentados, del Pueblo, de las damas; su gusto fué contagioso, la poesía campeaba en los palacios, en el hogar, en las ciudades y en las aldeas: salida de Provenza, llegó á extenderse por toda Europa. Italia la acogió, sobre todo, y dejó el latín para cantar en su propia lengua, en esa lengua hecha para la poesía, en esa lengua del sentimiento, en esa lengua que, sólo ella posee el secreto de tocar cuantas cuerdas puede tener el corazón humano en todos sus transportes.

Introducida la filosofía platónica, Gemisto Platon descortió el velo que ocultaba sus misterios. Hasta entonces Platón había sido un griego elocuente y fecundo, pero no un filósofo cuyas doctrinas de-

bían seguirse; Aristóteles mantenía su trono, y fué Cosme de Médicis el primero que se atrevió á echarle abajo con la ayuda de Gemisto. Fundó en Florencia una academia que llegó á competir con todas las juntas aristotélicas: de esta academia nació el empeño de buscar el sentido filosófico de las obras de Platón; se examinaron los libros griegos, y las sutilezas escolásticas quedaron de propiedad de los claustros y de los entendimientos superficiales.

Los griegos que pasaron á Europa después de la toma de Constantinopla encontraron, en casi todas las nuevas naciones, prevaleciendo ya los buenos estudios, tanto en filosofía, como en los ramos de la amena literatura: se estudiaban las lenguas y se buscaban los textos originales griegos y latinos para tomar las doctrinas en sus propias fuentes. Los concilios, los papas, los obispos dejaron ya de oponer el veto al examen de las cuestiones que interesaban á la humanidad, y empeñaban á los eclesiásticos en el estudio serio de la literatura sagrada. Los concilios de Ferrara y Basilea fueron el campo en que las Iglesias de Oriente y Occidente disputaron la preeminencia de sus doctrinas; los hombres que las representaban tenían que fiar el triunfo al saber y á la elocuencia, y tales fueron las armas con las que se luchó entonces.

La fortuna preparaba, á la terminación de la Edad Media, esos grandes acontecimientos que habían de cambiar la faz del mundo, renovar las instituciones europeas y acelerar la perfección de las obras del espíritu humano. La caída del imperio griego, sino fué el origen de la literatura moderna, la sirvió á lo menos de mucho facilitando la inteligencia de la lengua de Homero y de Eurípides. La invención de la imprenta fué el acontecimiento magno de aquellos tiempos, y el que ha tenido una influencia más decisiva en el adelantamiento de las Letras; sin los signos que dan estabilidad á las ideas, los conocimientos humanos hubieran sido insubsistentes, y las ideas habrían perecido con el hombre. La escritura había venido desde luego en auxilio de la inteligencia; pero cuántas dificultades no ofrecía la multiplicación de los libros, cuánta imperfección no había en esas co-

pias fiadas á la ignorancia de los copiadores. La imprenta nos hace herederos inmediatos del saber de las generaciones que nos han precedido, y podemos legar á nuestra vez la sabiduría de nuestro tiempo á las generaciones que nos seguirán. La imprenta ha creado, ha enriquecido la Literatura hasta el grado en que la tenemos; sus tesoros no serán ya perdidos por la humanidad futura, como se han perdido para nosotros los de aquellos siglos de los cuales no nos ha quedado ni la memoria. La Literatura, el mundo deben al inmortal Gutenberg lo que son y le deberán después lo que llegarán á ser.

Después que hacia mediados del siglo XV se dió la primera muestra de esta maravillosa invención en la célebre biblia maguntina, no nejaron de ocuparse las prensas en las ediciones de cuantos libros importantes había entonces, ni quedó en toda Europa una sóla nación que no se apresurase á adoptarla. La novedad, el deseo del saber, la rivalidad de gloria que empezaba á despertarse, todo estimulaba ya á la lectura, fácil por la abundancia de escritos, y al alcance, por lo mismo, aun de las personas menos acomodadas.

Para colmo de gloria y felicidad, á fines de este mismo siglo, los portugueses doblaron el Cabo de Buena Esperanza y descubrían las Indias orientales; y el inmortal Colón, abriéndose paso por el Océano y tomando una vía desconocida, hacía al viejo mundo el presente de un mundo nuevo cuya existencia ni se había sospechado hasta entonces. La América virgen, con sus riquezas, con sus selvas inmensas, con su cielo sereno, con su clima privilegiado, con su raza joven entraba á la participación de la vida general, tomaba su asiento en el gran hogar de la familia humana, y se preparaba á elaborar el contingente que trae ya á la literatura del siglo.

El descubrimiento de la América y de las Indias, poniendo á la vista de los europeos, nuevos hombres, nuevas tierras, nuevos mares, un nuevo cielo, dió origen á nuevas ideas; produjo una revolución en la geografía, en la física, en la náutica, en la historia natural; hizo vislumbrar ya los errores de las teorías cosmográficas, y ofreció poderoso auxilio para la investigación de cuestiones que se habían tenido como

irresolubles. Renació por todas partes el espíritu de progreso y de perfectibilidad que Dios ha dado al hombre para que utilice sus facultades en su propio provecho, para que goce en sus afecciones, para la glorificación de su Creador.

Era una renovación, por una parte, por otra, aparecían los grandes elementos con que había de formarse una literatura para enriquecer la literatura universal: pueblos con nacionalidad propia, carácter y genio propios, aspiraban á una civilización propia, y se apoderaban de cuanto el siglo de transición ofrecía para elevar el ingenio elevando las ciencias y las Bellas Letras: se despertaba el espíritu de vanidad; el patriotismo reconocía un suelo con límites determinados, y el patriotismo y una útil emulación debían producir milagros en esos pueblos que acaban de salir de razas degeneradas, de la opresión de conquistadores bárbaros, y de la tutela de las sectas.

En tantos siglos de inacción para el espíritu humano habían permanecido sepultadas las literaturas que hicieron la gloria de los grandes pueblos antiguos; venía el tiempo en que debían alzarse las losas que las cubrían, y en esos sepulcros en que el genio antiguo guardaba sus tesoros, debía el genio moderno hallar cuanto era preciso para subir, sino más alto, á lo menos tan alto como él.

CAPITULO XI

El Renacimiento de las Letras

Aun cuando los árabes no tuvieron otro mérito que el de haber sido depositarios de las ciencias abandonadas en Europa y el de habérmolas trasmitido después generosamente, merecían de los literatos modernos demostraciones de reconocimiento. La Europa, dada á las sofisterías dialécticas, como hemos visto en el capítulo precedente, no hubiera conocido á Hipócrates, Dioscórides, Euclides, Tolomeo, á no haberlos presentado los sarracenos. No contentos con

ofrecer á los europeos el tesoro adquirido de la sabiduría griega, les regalaron también todas las riquezas científicas que con sus fatigas y estudio habían sabido acopiar en tantos siglos. De aquí resultó que los escritos arábigos no sólo renovaron el gusto por la lectura de los griegos, sino que siguieron, durante mucho tiempo, fomentando la curiosidad de los estudiosos, avivando sus deseos de saber y excitando á la investigación de las verdades útiles. El paso más atrevido, intentado en la astronomía después de Tolomeo, fué la empresa de las *Tablas alfonsinas*, empresa comenzada y llevada á cabo en España, la que más directamente participó de los conocimientos de los árabes.

Alfonso X rey de Castilla, quien mereció el nombre de *sabio*, quizo cultivar por sí todos los ramos de la Literatura, y se dedicó á proteger su estudio con real munificencia. Estudió la astronomía bajo la dirección de Aben Raghel y Alchibizio, árabes toledanos; llegó á adquirir conocimientos exactos acerca del movimiento de los astros y resolvió corregir cuantos errores se habían cometido hasta entonces, formando al efecto las célebres tablas astronómicas que llevan su nombre, empresa en la cual no perdonó medio alguno que conceptuase necesario para el acierto. *El Tesoro de Alfonso* es otra obra que acredita cuan adelante de los de su siglo iba este monarca aun en la bella literatura y cuánto contribuyó al renacimiento de las Letras como maestro y como Jefe de un pueblo.

Las luces de los árabes sirvieron igualmente á los que, lejos de la península española, se dedicaban á buscar conocimientos. Ruggero Bacón formó época en la historia de la Literatura, no sólo por su vasta instrucción científica, sino además por haber procurado comunicarla á otros en un tiempo en que poco afán se mostraba por adquirirla. Conocedor de las lenguas griega y árabe devoró cuantos libros de ambas naciones pudo haber á las manos. Naturalista, astrónomo, químico excelente, Bacón fué un prodigio para su tiempo, y ha sido un maestro para la posteridad.

Pero no fué este grande hombre el único que comunicó á los europeos luces sobre las ciencias,

que se hallaban entonces como depositadas entre los árabes; la fama de Vitellón le viene de la claridad y orden á que redujo la doctrina de Alhazén sobre la óptica. Leonardo de Pisa, después de su penoso viaje á la Africa, trajo á Italia el álgebra arábica y las cifras árabes que tanto facilitaron el cálculo. Arnaldo de Villanova, Raimundo Lulio, el afamado Gilberto y otros muchos no hicieron, durante largo tiempo, más que trasladar á sus libros y comentar las doctrinas de los escritos arábigos sobre medicina, química y otros ramos de la física. Huet, en la censura de la filosofía de Cartesio, da á entender que éste tomó de los dialécticos árabes aquel principio fecundo en opiniones nuevas *Quidquid potest cogitari potest esse*; y el docto Baifly en su *Historia de la astronomía moderna*, no teme afirmar que el árabe Alpetragio sirvió de guía á Heppler en el importantísimo descubrimiento de las órbitas elípticas de los planetas. En otras materias los escritores europeos han tomado asimismo mucho de los árabes. Santo Tomás no dejó de consultar los libros musulmanes para sus disquisiciones filosóficas; gran parte de las cuestiones de teología moral, de esas que tanto ruido hicieron en las escuelas cristianas, se habían debatido antes en las musulmanas. Alsaphei había reducido á sistema la jurisprudencia canónica de los musulmanes dos siglos antes de que los cristianos tuviesen un cuerpo regular de derecho canónico. En España, á mediados del siglo IX. los Estamentos de Aragón promulgaron el *Fuero de Sobrarbe*; en el X daba Don Sancho el código que fué confirmado en el siguiente por Don Fernando el Magno. En 1068 los condes de Barcelona promulgaron los *Usos de Barcelona*. Varios otros reinos de la península tuvieron sus *Estatutos* antes que las demás naciones de Europa; y no es aventurada la opinión de que ese empeño de los españoles en formar su legislación fué debido á su vecindad con los árabes quienes tanto aprecio habían manifestado por los estudios legales.

Pero la influencia de la instrucción de los árabes en el renacimiento de las Letras se hace sentir además con la de sus maravillosas invenciones, las

que tan decididamente han contribuido al progreso de los siglos posteriores. Examinada prolijamente la antigüedad del descubrimiento del papel se ha reconocido al fin que entre las obras de éstos es donde se encuentran los más antiguos documentos escritos en papel común. El que los árabes hayan aprovechado de la invención del papel de seda atribuida á los chinos y á los egipcios no rebaja el mérito de haberla aplicado al algodón, materia más apta para propagar los escritos, como se propagaron en efecto, de una manera prodigiosa en todas las regiones europeas, contribuyendo poderosamente á facilitar el estudio de todos los ramos del saber humano y á acelerar el progreso de las Letras en los pueblos á los cuales el Renacimiento comunicaba ya notable celebridad. El perfeccionamiento de la brújula, aun cuando este instrumento no haya sido una invención arábiga, no se les puede disputar. De escritos antiquísimos consta que los árabes la usaban, no sólo para la navegación, sino aun en sus viajes por el desierto, en tiempos en que apenas era conocido de los navegantes egipcios. El empleo de la péndola como medida del tiempo, los observatorios astronómicos y los colegios establecidos en grande escala dan á ese pueblo letrado el mérito de haber tenido gran parte en el Renacimiento de las Letras en las naciones europeas. Reprensible injusticia sería negarle hoy lo que las indagaciones más diligentes han llegado á demostrar y lo que los escritores más próximos á la vida de ese pueblo no han podido negarle, á pesar de considerarlo enemigo por la conquista y la diferencia de religión.

La formación de las lenguas vulgares, tan lenta al principio, pero que seguía adelante en los más de los pueblos á estímulos de la necesidad de poseer cada una idioma propio, sustituido al latín, corrompido completamente por las lenguas toscas de los bárbaros conquistadores del vasto imperio romano, aceleró por su parte el Renacimiento. Los trovadores, los poetas provenzales sobre todo, dejando el idioma común hicieron uso del provenzal que se extendía por todas partes é iba adoptándose mediante la protección de los príncipes y el gusto general.

por las canciones y romances, géneros de poesía propios de aquellos tiempos y que contribuyeron á regularizar las nuevas lenguas preparando el campo de donde había de salir la nueva literatura. Los grandes poetas italianos Dante, el Petrarca, Bocaccio no quedaron extraños á la influencia de la poesía provenzal, de modo que no se le puede despojar del mérito de haber tenido gran parte en la mejora del gusto y en los progresos de la literatura moderna.

Los siglos anteriores al XVI, desde el XIII, fueron una lenta preparación para el Renacimiento de las Letras. Ingenios que despedían algunos rayos de luz en medio de tinieblas, sucesos que despertaban la atención pública, pueblos que tenían voluntad para ser grandes, los elementos necesarios para la formación de una nueva era se iban acumulando poco á poco: uno de los nuevos pueblos debía merecer en esta gran tarea la gloria de la primacía, este pueblo fué Italia.

De todas las naciones que han cultivado las Letras antes ó después del Cristianismo, la Italia moderna es ciertamente la que ha traído el más soberbio contingente de genio á la familia humana. Dante, Petrarca, el Tasso, Ariosto, Maquiavelo, Miguel Angel, Rafael, los Médicis y toda su corte; tres poemas épicos en tres siglos; una letanía de nombres y de obras secundarias, y no obstante imperecederos, dignos de ser grabados en la columna de bronce que deberá elevarse á la gloria intelectual de la Europa pensadora, son el inmortal testimonio de la prodigiosa fecundidad de Italia. El cielo, el mar, los ríos, la raza, las lenguas, las religiones, las grandezas y los reveces del destino; el pasado casi fabuloso, la juventud eterna de esa sangre italiana, una nobleza de pueblo. Rey en el último labrador de sus campos ó en el último pastor de sus montañas; una rivalidad de ciudades capitales que han concentrado, á su turno, en sí, la actividad, el genio, la poesía, las artes de la patria común aspirando al reinado intelectual de una tercera Italia; he ahí la explicación de esa superioridad indeleble del espíritu humano más allá de los Alpes.

Es curioso ver lo que fué tal pueblo en su lite-

ratura viril, en el momento en que dió, él primero, al mundo la señal del Renacimiento de las Letras, después de tantos siglos de oscuridad. Hemos hablado algo de la primera *ballucencia* de este renacimiento y lo hacemos datar, como todas las grandes cosas, de su primer grande hombre—el Dante. En el siglo XIII asomaba ya un rayo de luz del centro de las tinieblas; el género humano maduraba sordamente no sé qué fruto desconocido, y era en Italia donde debía asomar.

Los papas, los emperadores de Alemania, las tiranías provinciales, las repúblicas y las anarquías municipales se disputaban esta herencia conquistada y reconquistada de los romanos y de los bárbaros. Los vaivenes políticos de Italia, desde el siglo IV al siglo XIV, y las divisiones después de la muerte de Federico terminaron por reducirse á dos grandes partidos, el de los güelfos y el de los gibelinos, de los cuales el uno favorecía con sus votos y sus armas la dominación de los papas, y el otro, se adhería á los emperadores de Alemania por odio á esa dominación.

Florenca, capital de la antigua Etruria, después Toscana, era el foco más animado de las contiendas de esos dos grandes partidos. Esta república, fundada con la industria y no con las armas, prosperaba, á pesar de sus disenciones intestinas, por el solo poder de la libertad. Era evidentemente allí donde la Italia literaria y poética debía principiar, porque el espíritu humano busca por instinto las tierras libres para ocultar, como el águila, sus huevos á la tiranía. Había además en la sangre toscana, originaria de la vieja sangre etrusca, una savia no agotada aún de su genio artístico y literario. La civilización elegante y casi fabulosa de la Etruria había sido aniquilada por la soldadesca de los primeros romanos; pero esa civilización de la cual sólo se sabe algo por sus obras, había dejado en sus vasos, en sus dibujos, en sus monumentos ciclópeos, testimonios de un gran vigor de espíritu y de una gran perfección manual. Esta raza, en el comercio; en la política, en la guerra había manifestado siempre facultades innatas que se ostentaban en

individualidades colosales. Dante, Maquiavelo, Mirabeau, Bonaparte pertenecieron á familias etruscas. La Toscana, esta Atenas de la Italia, estaba pues naturalmente predestinada á dar una lengua y una literatura á la confederación de las ciudades italianas que, sobre aquel terreno antiguo, trataban de reconstruir el edificio del espíritu moderno. Dos cosas eran necesarias para esto: una lengua y un hombre.

La lengua latina había caído con el Imperio; y de sus restos, mezclados con los dialectos vulgares de las provincias romanas y de la Galia meridional, se había formado otra lengua usual, imperfecta, flojante, lengua de convención, incapaz de grabar los pensamientos en esa forma sólida, conveniente y uniforme, la sola con la cual pueden construirse monumentos de estilo. Un latín corrompido era el idioma de la Iglesia, de la historia, de la legislación; el italiano era la lengua del pueblo. Las clases elevadas de la sociedad hablaban ambas lenguas; pero el latín perdía á cada instante y se perfeccionaba la lengua usual: no le faltaba más que ser adoptada por algún espíritu superior y ser escrita en una gran obra para substituirse fácil y triunfalmente á la latinidad póstuma del mundo romano gobernado por los papas. Todo esto por lo que hace á la lengua.

Por lo que hace al hombre de genio había uno capaz de obrar esa gran revolución del Renacimiento de las Letras en Italia después de Carlomagno. Este hombre era Santo Tomás de Aquino. Si este genio universal hubiera podido emanciparse de la teología eclesiástica y del latín corrompido, habría dado á Italia, mucho antes del Dante otro Dante en el todo superior. Hay que reconocer en este precursor de los filósofos y de los políticos modernos un espíritu digno de platicar anticipadamente y á la distancia con Maquiavelos, con Montesquieu, con Juan Jacobo Rousseau. Las ideas tienen, así como la tierra germinaciones de plantas precoces y extranjerías que florecen en el invierno: Santo Tomás fué uno de esos fenómenos de vegetación anticipada.

Las obras dejadas por este filósofo infatigable formaron las bibliotecas de los monasterios y de las

universidades del tiempo, y algunas merecen ser exhumadas cual monumentos de vigor y fecundidad del pensamiento. *La Suma Teológica* es, sobre todas, de fama popular; primer ensayo de un sistema de teología completo, abraza la moral general, la particular y cuantos conocimientos acerca de la materia había entonces entre los cristianos y los árabes. Maimonides, Averroes, Platón, Aristóteles son citados con frecuencia, á una con los Santos Padres. Su política es republicana; pues que no da á la ley otro origen que la voluntad del Pueblo, ni otro destino que el bien general. La deposición de un Gobierno tiránico es, á sus ojos, el ejercicio de un derecho; pues la legitimidad no tiene más sagrado que la obediencia á los mandatos del Pueblo, y esa legitimidad desaparece desde que no se toma la ley por basa de las acciones gubernativas. La forma es cosa indiferente en sus doctrinas políticas; con tal que nazca de su fuente natural, un príncipe, una junta, un representante cualquiera de la nación la gobernaría á título legítimo. Y estos dogmas profesaba y enseñaba Santo Tomás cuando se hacía bajar del cielo las monarquías, cuando la usurpación del mando se encubría con el derecho divino, y cuando los pontífices romanos se arrogaban el poder de dar y quitar soberanos á los pueblos, en nombre de Dios.

Nueve años antes de la muerte de Santo Tomás existía en Florencia el Dante, hacia mediados del siglo XIII. Espíritu del mismo orden, pero además con el dón que eleva el pensamiento hasta la poesía. Dedicado oportunamente á las lecciones de Brumetto Latini, especie de Quintiliano toscano que profesaba la gramática y la retórica en Florencia y en Bolonia, fué alimentado con la leche acre de la teología escolástica. Este alimento no le hizo perder el gusto de las Letras profanas; aprendió el francés y estudió el italiano vulgar en los sonetos y en las canciones de algunos poetas toscanos que comenzaban á regularizar y á pulir este idioma naciente, como preparándolo para alguno más grande que ellos. Todos cantaban el amor, esta inspiración eterna del corazón. El amor fué también el primer canto de este niño, en cuya alma la pasión ideal había nacido antes

de la edad en que nacen las pasiones terrestres.

Sus versos, hasta la edad de más de treinta años no anunciaban al poeta soberano que en la edad madura había de aparecer en él. Arrastrado por los acontecimientos políticos tomó parte en las luchas de los partidos; fué proscrito, anduvo errante, envejeció en tierras extrañas, y su corazón llegó á agriarse por los padecimientos y por la ingratitude de su patria. En este tiempo maduraban dos cosas inmortales en su frente calva, la gloria y la venganza. No era ya el poeta insustancial é ingenioso de la juventud; era el poeta teológico, político y *meneciano* de la edad avanzada; entonces oyó la voz de su genio sufcada hasta allí por el ruido de la tierra, y comenzó á escribir su gran poema, ese triple canto de los tres mundos invisibles al cual llamó *Divina Comedia*.

La revolución que produjo *La Divina Comedia* en el gusto universal, puede concebirse contemplando la grandeza de la obra; se leía con avidez tan maravilloso poema, se lo copiaba por todas partes, se lo comentaba en abultados volúmenes, y se erigían escuelas públicas para gozar de todas sus riquezas. La poesía vulgar tomó nuevo aspecto, la lengua italiana ganó en vigor y se adornó con nuevas gracias. Este monumento de estilo debía, como dijimos antes, fijar esa lengua flotante y colocarla sobre la vetusta lengua de la Iglesia. Era el modelo, la norma para los hombres letrados, para los poetas que debían seguir al gran poeta y elevar su patria á la altura á que se ha elevado.

Pero su obra maestra, la *Divina Comedia*, no es una epopeya en el sentido riguroso de esta palabra. La epopeya es la relación cantada de un hecho heroico; supuesto el hecho, es indispensable por consiguiente un personaje principal; la relación debe tener su principio, medio y fin; supone la unidad, la trabazón de los incidentes concurriendo á un sólo objeto. En la *Divina Comedia* falta esta unidad, episodios que no se relacionan los unos con los otros, donde se desvanece y se rompe el interés del lector á la aparición de los nuevos personajes, componen este triple poema del infierno, el purgatorio y el cielo, en el cual se descubren claras alusiones á los grandes hombres italianos; pero poema que ha quedado como un monumento impere-

cedero del espíritu humano, monumento que revela un poderoso genio de expresión en una lengua titánica. El estilo no ha sido en efecto ni antes ni después del Dante, ni en verso, ni en prosa, elevado á mayor vuelo escultural, á más brillante color pintoresco, á más enérgica concisión que en esos inimitables versos de la *Divina Comedia*. La Italia debe con justicia gloriarse de haber producido ese gigante de la poesía que, arrojando atrás la grosera jergonza toscana, ha formado la divina lengua de la Etruria.

Otro portento que produjo Florencia, ciudad donde todo renacía en el siglo XIV, fué el Petrarca. Hay pocos grandes hombres de esos conmovedores del mundo, respecto de los cuales se haya escrito tanto como de este hombre secuestrado, solitario, absorto en su piedad, en su amor, en sus versos: para los unos él es poesía, para los otros historia, para éstos amor, para aquéllos política; es preciso decir la verdadera expresión—«su vida es el romance de una grande alma.» La poesía en lengua italiana era del gusto dominante de esa sociedad refinada, disipada, cuya corrupción iba hasta los palacios de los papas. El Petrarca, muy joven aún, excedía ya á todos los poetas de su tiempo en la oda y el soneto, dos formas recientes de la poesía, pero su ambición de gloria era inmensa, su modestia estaba inquieta; necesitaba un ideal para elevar su alma, y este ideal encontró en Laura.

Desde el día en que vió á Laura, el alma del Petrarca no fué más que un canto de entusiasmo, de deseo, de amor, de sentimientos consagrados á esta visión. La publicidad del culto que ofrecía á su amada no tenía nada de reprehensible en aquella época; era además un culto, es decir la castidad de la intención; tal amor divinizado por tales versos, como los del Petrarca, era la gloria, no la afrenta para una familia. Retirado después á su soledad, habiendo agotado todas las formas en la deificación de su amor, escribió esas tres inmortales canciones llamadas por los italianos *las tres gracias de su lengua* á causa de su perfección. Fué entonces también cuando escribió su poema épico de las victorias de Escipión el Africano.

Si tanto lustre dió al idioma vulgar, no le fué desconocido el latín, lengua en que escribió muchos versos irreprochables por el estilo y pureza de la dicción. Tal influencia ejercieron en toda Italia las composiciones del poeta, que mereció ser coronado en el Capitolio. A la noticia de su muerte se conmovieron todas las ciudades de la Italia occidental, como sucede á la caída de un monumento sagrado del espíritu humano.

¿Qué hubo en este joven levita, al principio, qué hubo en el poeta de la edad madura después, qué hubo en sus versos capaz de perpetuar su sonido al través de los siglos? Hubo una alma poderosa, sonora, melodiosa y profundamente tocada; una alma que vive en cada uno de sus recuerdos, que canta en cada uno de sus versos; que llora, espera, ruega en cada una de las notas de ese teclado de las almas elevadas. Petrarca fué el encanto de su época, su poesía hiz^o más para la Literatura que muchos siglos de escuela y de preceptos. La Edad Media llegaba á su fin, la luz abría un claro en las tinieblas; el Petrarca y Dante eran misioneros de la civilización, eran los obreros de la Literatura que había de elevarse hasta donde puede subir el ingenio humano.

El *Cancionero* del Petrarca fué por otro estilo y, con otras cuerdas, el monumento que al lado de *La Divina Comedia* debía precipitar el Renacimiento de las Letras. Faltaba un hombre con todo, y aun cuando no se hubiera notado esta falta, otro hombre vino á poner su contingente en la grandiosa obra: este hombre fué Bocaccio.

Bocaccio, amigo por instinto de almas del Petrarca, discípulo suyo el más querido, bebió de los labios de su maestro la leche del buen gusto y el estilo de la reforma, y siguió á la muerte de éste la tarea gloriosa de sus dos grandes predecesores. Tenía todo el espíritu y toda la jovialidad que faltaban al Petrarca, su *Decameron*, obra de su juventud, civilizaba, dirémosle así, la poesía vulgar y desatinada de la sociedad que se llamaba culta; sus cartas al Petrarca son un modelo de estilo y de afectos tiernos; transfirió á la prosa el brío y la vivacidad de la poesía y dió á su principal

obra el encanto de la lengua en sus fantásticas narraciones.

Después de tales hombres, después de tales obras, Italia no pudo quedar estacionaria ni la Europa podía ser indiferente al movimiento que la nación de los grandes cantores imprimía á las Letras. Los libros griegos y latinos se estudiaban, atento el aprecio que Dante, Petrarca y Bocaccio hicieron de ellos; las canciones y trovas se relegaban al olvido, la enseñanza de las lenguas griega y latina despertaba el entusiasmo de los italianos por los antiguos maestros del buen gusto, y ese entusiasmo se comunicaba á las demás regiones de Europa donde, traducidas una y otra vez, se admiraban ya las obras italianas.

Pero para conocer más distintamente el origen del Renacimiento literario, conviene reflexionar que si bien toda la Italia mereció esta gloria, la mereció muy particularmente. Toscana, Dante, el Petrarca, Bocaccio son toscanos; toscanos son los Villanis, Colusio, Salutati, Francisco Bruni y otros promovedores del verdadero gusto; la Toscana fué la primera donde se purificó la lengua; en Toscana principió el estudio de los clásicos de la antigüedad; Guido Aretino, el padre de la música moderna, fué toscano, así como fué Cimalene, el Dante de la pintura.

Después de Toscana no merecen menos honrosa mención en la historia de la Literatura. Bolonia, Padua, Verona y otras ciudades italianas, por la parte que tuvieron en el Renacimiento de las Letras. En Bolonia principió el estudio del derecho civil y del canónico; la concurrencia de profesores y alumnos á las escuelas de aquella ciudad le dieron fama en poco tiempo. No era menor la celebridad de Padua, donde igualmente eran cultivadas las Letras con anhelo recomendable. Los famosos médicos Albano y Mondini fueron de Padua, y en ella se hicieron asimismo célebres Albertino y Lovato. Verona produjo á Reinaldo de Villafranca, Nápoles tuvo á su rey Roberto, el más literato de los de su tiempo; Mantua se enorgullecía con los Gonzagas, y no había ciudad que no diese un hombre ilustre para esa larga lista de los promovedores de los estudios literarios.

Tan laudable ardor de los pueblos italianos no sólo se conservó vivo, más aun creció de día en día. Juan de Ravena, Guarino, Victorino de Feltré y otros muchos escritores del siglo XV contribuyeron á propagar el buen gusto en toda Europa; sus escuelas eran reuniones de distinguidos literatos; de ellas salió un torrente de escritores griegos y latinos que fecundó los campos aún no bien cultivados de la Literatura. Hombres amantes de la civilización recorrían las ciudades griegas recogiendo escritos antiguos, esos repertorios de la antigua Literatura, y enriqueciendo con ellos á la Europa ávida de saber y celosa por igualarse á las naciones que desde el polvo de sus ruinas la servían de maestros, renovando así sus pasadas glorias. Los príncipes y grandes Señores de Italia se disputaban la honra de proveer á sus capitales de cuanto pudiese contribuir á su engrandecimiento: libros en todos los ramos de ciencias y de poesía, estatuas, lienzos, inscripciones, todo se acumulaba con esmerada solicitud: era un concurso de los monumentos del espíritu antiguo sirviendo al renacimiento del espíritu nuevo.

Tal era el estado de la Literatura cuando, tomada Constantinopla por los turcos á mediados del siglo XV, y extinguido del todo el imperio de Oriente, pasaron muchos griegos á Italia buscando un asilo, á ejemplo de sus compatriotas que antes habían encontrado en ella decidida protección. La abundancia de tan célebres maestros hizo más familiar y común la erudición griega, tanto en Italia, como en las otras naciones europeas á donde se trasladaron igualmente los fugitivos griegos.

Alemania aprovechó de la vecindad de Italia para tomar parte en ese esfuerzo de espíritu que regeneraba los pueblos. El Petrarca fué tan estimado en esta nación como en su patria; el Emperador, los obispos, los personajes más distinguidos tenían á gloria respetar la sabiduría y el mérito literario de este grande hombre. Poco después, los alemanes amantes del saber buscaron en Padua la instrucción que habían descuidado antes, y tuvieron su Versel, su Rodolfo Agrícola, su Tritemio y tantos otros que dieron impulso al estudio, y elevaron las letras alemanas.

La prodigiosa diversidad de las razas que compusieron la nacionalidad francesa fué sin duda un obstáculo para que esta nación no entrara sino más tarde que las otras en esa competencia de gusto literario que sirvió para adelantar *El Renacimiento*. Se hablaban distintas lenguas, y de todas ellas, mal comprendidas, se había formado una lengua semibárbara que no podía aún servir de forma lógica y de vehículo para un pensamiento literario; los predicadores hablaban latín, los poetas un italiano imperfecto ó langüedociano. Donde no hay lengua no puede haber literatura; Francia tenía que formar primero su idioma, y debía concurrir la última á la obra del *Renacimiento*, para ser la primera en los siglos siguientes. Con todo, la Corte papal establecida en una ciudad francesa, la residencia del Emperador griego en París, á principios del siglo XV, la concurrencia de griegos é italianos, los sucesos consiguientes á las luchas con el Imperio preparaban lentamente á la Francia para que personificase en cierto modo el esplendor del siglo de Luis XIV.

España, aunque más distante de Italia, conservaba con ella más estrecho comercio literario. La Universidad de Bolonia tuvo desde el principio en su seno crecido número de españoles ilustres. San Raimundo de Peñafort, los dos Bernardos Compostelanos, García y otros esparcían desde sus cátedras las luces por toda Europa. A principios del siglo XV Juan Morlás se hizo admirar como insigne anticuario en sus diez libros de *Los Paralipómenos de España*. La poesía castellana se sustituía á la provenzal, se formaba la lengua y con ella, una literatura nacional, sin que por otra parte las lenguas doctas dejasen de ser estudiadas. La corte de Juan II acogía con honores distinguidos á los poetas: Juan de Mena comunicaba á la poesía vulgar una nobleza desconocida hasta entonces y la adornaba con traducciones de algunos cantos de Homero; el docto Fernández de Córdoba, García de Meneses, el eruditísimo Nebrija merecieron ser admirados en Italia; era una falange de celebridades que levantaba su patria á la altura de los pueblos italianos, rivalizando en esfuerzos literarios y recogiendo los frutos con que debían concurrir á la

ofrenda común ofrecida á la renaciente gloria del espíritu humano.

Inglaterra participó igualmente del benéfico influjo de la sabiduría italiana. A principios del siglo XV Crisolaa y Poggo, griego el úno é italiano el ótro, llevaron á Inglaterra los copiosos conocimientos que habían adquirido y los difundieron, despertando en los nacionales el deseo de ilustrarse hasta el punto de pasar muchos á otras naciones con el objeto de satisfacerlo. La poesía inglesa debe mucho al monge Juan de Lygelate; príncipe de los poetas ingleses de su tiempo; él contribuyó á elevar la lengua y la poesía de su patria, como lo hizo igualmente el célebre Guillermo Gray.

Tan general llegó á ser en Europa la afición al estudio de las ciencias y de las Bellas Letras, que dejando las canciones, los romances, las poesías de pasatiempo, se buscaba un nuevo gusto y se adelantaba en la senda trazada por los grandes italianos de los dos siglos anteriores; estaban casi formadas las lenguas nuevas, ilustres ingenios se habían ofrecido como los modelos dignos de imitación. Se había hecho, pues, lo más, y faltaba sólo que, recibido el impulso, desplegase el Genio sus alas; habían renacido las Letras, la literatura de los siglos siguientes tenía un magnífico pedestal; *La Divina Comedia*, *El Cancionero*, *El Decameron* eran por sí mismos toda una literatura; la Europa debía aspirar á lo universal, y sus pueblos debían satisfacer esa noble aspiración. Los italianos tienen el derecho de glorificarse por haber producido los titanes de la poesía, y haber levantado el genio adormecido en Europa durante tantos millares de años.

Una nación que ha producido, por la mano del Tasso, un poema menos irreprochable que la Eneida; una nación que ha producido, por la mano de Ariosto, el más inmortal capricho de genio en el *Orlando furioso*; una nación que ha producido á Galileo y Maquiavelo, á Rafael y Miguel Angel, tiene el derecho de reclamar para sí gran parte de las glorias de esa literatura universal que hasta nuestro siglo va subiendo con milagros de genio. El Renacimiento de las Letras es, sin duda, el milagro de esa Italia tan

largo tiempo desgraciada, pero fecunda todavía por esa sangre generosa, herencia de los primeros héroes, legado de los divinos bardos.

CAPITULO XII

Siglo XVI

El siglo XVI merece particular mención entre los siglos anteriores al nuestro, por ser el en que empezó el presente sistema europeo. Rechazados los moriscos de todo el territorio español, y reunidos en una sola cabeza las coronas de los varios reinos que componían la nación, pasaron éstas á la casa de Austria. Carlos V disponía de todas las fuerzas de España, de los ejércitos del Imperio y de Flandes; era un gran poder que empleó útilmente, dando instituciones sólidas y unificando, en cierto modo, esos sistemas nacidos de la variedad de caracteres de los diversos pueblos que se habían, en tan larga serie de siglos, apropiado de Europa, y de parte de la Asia. Francisco I libertó el cetro de Francia de la sujeción en que lo tenía el poder de los grandes señores. Las doctrinas de Lutero y el cisma de Inglaterra introdujeron una gran división en la Europa eclesiástica; el Concilio de Trento reformó la disciplina y mejoró la policía de la Iglesia; el descubrimiento de América no hizo en el continente europeo todo el ruido de un grande acontecimiento, sino cuando estaba muy avanzado el siglo XVI; las sangrientas guerras entre el Emperador y Francisco I cambiaron el sistema militar conocido hasta entonces. La ciencia del gobierno tomó un nuevo camino, y la política, localizada en las ciudades y en los pequeños principados, se aplicó ya á una administración vasta y general desarrollada en un inmenso territorio. La Europa se presentó al fin con una organización, y de ahí nació ese sistema de contrapeso y equilibrio que mejorado de día en día, ha producido las instituciones que han llegado á ser el patrimonio de los pueblos.

Por este aspecto el siglo XVI es ya un gran siglo para la historia de la civilización. La Bella Literatura, cuya aurora había asomado en los siglos precedentes, debió adelantar en su camino y adelantó en efecto, cuanto era posible en una época de transición. El descubrimiento de tantas y tantas preciosas reliquias de la antigüedad; el genio de Rafael, de Miguel Angel y de Paladio que aumentaba la gloria de las artes, renovaron los días más felices de la Grecia: entonces se conoció el precio del estudio de las lenguas y el mérito de la elegancia en los escritos; la poesía, la erudición, las ciencias llegaron á ser la parte más noble de la educación. No se pueden recordar los nombres de Ariosto, del Tasso, Guarini, Copérnico, San Agustín, Melchor Cano sin que se despierte en nosotros un sentimiento de admiración por tan dichosos tiempos.

Y con todo, hay filósofos que llaman aquel siglo el siglo del paralogismo, pretendiendo que el entendimiento se encontraba aprisionado y que todo el estudio estaba reducido á la memoria sin que tomara parte la razón. Para apreciar en lo justo esta censura, hagamos un examen rápido de los progresos de este siglo, en los diversos ramos literarios, por las naciones que los cultivaron.

Al mencionar la literatura del siglo XVI se presenta desde luego la poesía formando el principal deleite de los literatos de aquel tiempo; era cultivada, no sólo en el idioma vulgar, sino además en el griego y latino. Fué general entonces en la Europa culta el estudio de ambos idiomas, y no se omitía esfuerzo alguno para adquirir su conocimiento; entre los franceses, sólo Mureto lo consiguió, y eso no muy aventajadamente. El español Villegas dió á su patria el honor de poseer un poeta latino en nada inferior á los italianos que hablaban aquella lengua; y el polaco Simonide mereció extraordinarios elogios por la facilidad con que la manejaba, y por la pureza con que la escribía. Italia, entre mnchísimos poetas latinos, cuenta á Sannázaro, Pontano, Fracastoro, Castiglione, Navajero, Vida y Flamínio, nombres famosos en la literatura italiana, ya por el mérito intrínseco de sus composiciones, ya por la perfección que dieron á

la lengua en que los romanos habían dejado tan insignes monumentos de su saber y gusto.

Nada de exagerado tienen los elogios prodigados á la formación de la Literatura en aquel tiempo: el conocimiento de las lenguas antiguas, la elegancia en los escritos, la erudición, el estudio de las ciencias sagradas y profanas, el progreso de las artes, todo hace ver cuán merecido fué el dictado del *Siglo de oro de la literatura moderna* dado al XVI. La protección que los artistas y los poetas recibían de los príncipes de Italia estimulaba al Genio y daba lugar al nacimiento de esas obras que han alcanzado la inmortalidad. El papa León X tenía su corte de poetas; en medio de las multiplicadas ocupaciones de su vasto ministerio, las Letras fueron su cuidado predilecto, tanto que llegó á dar su nombre al siglo. Dejando aparte á los Médicis, quienes desde el anterior habían obtenido el título de padres de las ciencias, los Gonzagas fijaron, por decirlo así, en todas las ciudades de su residencia, el trono de las Musas. Los príncipes de Este dieron tanta celebridad á Ferrara, habiéndola convertido en la residencia de todos los grandes hombres conocidos entonces en todos los ramos de las Letras. Las obras de Patrizi, bajo la protección del duque Alfonso, abrieron el paso á la nueva filosofía; Zeiglero, bajo la del cardenal Hipólito, dió impulso á los estudios astronómicos; el libro de Celio Calcagnini sobre el movimiento de la tierra fué el arrojó de aquellos tiempos y preparó la revolución que llegó luego á trastornar la doctrina conocida del movimiento de los astros. El esplendor de la poesía Vulgar es debido al empeño de los príncipes de Este. El arte dramático es ferrarés, puede decirse. En Ferrara comenzó en efecto á tomar alguna forma el teatro moderno con la representación de las comedias antiguas y de las de Ariosto. El drama pastoril nació en Ferrara con *El sacrificio* de Baccari y fué perfeccionado con la *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini. La sátira es toda de Ariosto; los poemas heroicos aparecieron en Ferrara, y el *Orlando* y la *Jerusalén* bastan por sí solas para la celebridad de esa capital y para la gloria de sus príncipes. Después de los tiempos de Augusto no

había llegado á escribirse la lengua latina con mayor fuerza y más elegancia que en los de que hablamos; y en cuanto á las vulgares, Italia y España llevaron las suyas á un grado de perfección que nada talvez ha podido añadirse á los trabajos de los escritores de aquel siglo.

Pero en lo que más sobresalió Italia en el siglo de que hablamos, fué en la poesía vulgar; pues en muchos de sus géneros fué llevada casi á la perfección; pocas obras se han dado á luz posteriormente que hayan merecido aventajar á lo menos á los poemas heroicos que se publicaron hasta entonces. La luz que habían dejado Dante y el Petrarca iluminaba todavía el horizonte de Italia; nuevos astros debían venir luego á sostener su intensidad y á levantar hasta los Cielos la gloria de ese pueblo de cantores.

A fines del siglo XV nació Luis Ariosto en Reggio, pero no llegaron á lucir sus altas facultades sino en el siglo XVI. Protegido por los príncipes de Este fué el mejor adorno de la corte de Ferrara; se buscaba la conversación de Ariosto como un deleite, se le respetaba como á un maestro y se le ensalzaba como al Genio de la poesía nacional. El Cardenal Bembo, en su decisión por la antigüedad, interesaba al poeta á escribir en latín, lengua que poseía como un romano de los mejores tiempos; pero él quizo dar nombradía á su patria prefiriendo el idioma vulgar: «Quiero ser el primer poeta de los italianos y no el segundo de los latinos,» contestó á su protector y sublimó la lengua de sus dos grandes predecesores, dándonos en ella el inmortal *Orlando*.

Muchos géneros de poesía cultivó Ariosto; sus primeras composiciones fueron sátiras, escribió después canciones y dió también al teatro naciente algunas comedias, aunque incapaces de figurar entre las del siglo siguiente. *El Orlando furioso* es la obra maestra de Ariosto: las costumbres de la Edad Media, los romances y los libros de *caballería*, de los cuales se había atestado á toda Europa, le inspiraron probablemente su gran poema, llenó de los hechos que multiplicaba el heroísmo de los caballeros y cantaban las crónicas de entonces.

«El Orlando furioso,» por más que sea un poema en el cual abundan bellezas de todo género, no puede colocarse entre los épicos. Como á «La Divina Comedia,» faltan al «Orlando» las principales condiciones; el héroe principal aparece desde luego, de cuando en cuando, en todo el poema; pero ni es el móvil de la acción ni el centro á que concurren los incidentes, por relacionados que se hallen entre sí. Multitud de episodios, sucediéndose de uno en otro, componen esos cuarenta y seis cantos que ostentan la vena inagotable del poeta.

El principal defecto de «El Orlando» está en lo excesivamente fantástico de las aventuras, en lo inverosímil de los acontecimientos, en tanta parte como se da á la magia y á lo maravilloso. La época en que fué escrito, la preocupación reinante, la lectura de novelas y romances en que todo era exagerado llevaron sin duda la imaginación de Ariosto á ese extremo reprehensible. Pero mirada su obra por el aspecto de las bellezas literarias que contiene, hasta han llegado á desconocerse sus defectos. El carácter de los personajes, sostenido en todas las situaciones; la estrecha relación de los episodios; el aire confidencial con que el poeta cautiva al lector y lo conduce de uno en otro suceso, de uno á otro lugar; el estilo, sobre todo, hacen de su obra un monumento literario digno de colocarse entre los mejores de la edad antigua. La naturalidad, la fluidez y armonía de los versos, la propiedad y fuerza de las expresiones, la copia de elocuencia, el colorido de las pinturas, la exactitud de las descripciones son dotes que elevan á Ariosto al rango de los primeros poetas italianos. Después del Dante fué el primero que contribuyó á fijar la lengua, escribiendo en ella, con preferencia al latín, la obra que había de pasar á la posteridad inmortalizando á su autor.

Es cierto también que para una composición de tono tan elevado, el uso de algunas expresiones vulgares, triviales talvez, y la demasiada claridad con que presenta objetos y escenas que ofenden el pudor y la decencia, son lunares que la afean, pero, como hemos dicho antes, esos lunares se perdonan al poeta en gracia de tantas bellezas.

La pequeña ciudad de Sorrento, en el reino de Nápoles, fué la cuna de Torcuato Tasso, este otro prodigio del siglo décimo sexto. Desde muy niño dió á conocer el Tasso los dones poéticos con que le había favorecido la naturaleza; se asegura que á la edad de siete años componía versos; envuelto en una condena de muerte que alcanzó á su padre, se vió proscrito á la edad de nueve años, y anduvo errante, de asilo en asilo, padeciendo desde entonces los rigores de la persecución que más tarde hizo el tormento de su vida. A la edad de diez y siete años escribió su poema de *Renaud*, precursor de *La Jerusalén libertada*. Joven aún mereció exquisitas consideraciones en la corte de Carlos IX; la estimación de los extranjeros le indemnizó un tanto del odio de sus compatriotas; su genio le había dado renombre, y este renombre fué, durante algún tiempo, el escudo que le defendió contra la apasionada persecución de sus poderosos enemigos. La envidia luchó con la gloria del poeta; pero esa gloria no era una concesión, era el triunfo de superioridad, y aunque tarde, se afirmó con la corona de laurel que en el Capitolio solía ofrecerse como el mayor de los honores concedidos al Genio.

La Jerusalén libertada, obra que fué la más preciosa joya de la corona poética del Tasso, ha sido el objeto de juicios diversos y contradictorios; epopeya igual á la *Eneida* para unos, poema romancesco, como *El Orlando*, para otros, tuvo dividida la opinión de los mismos italianos; pero la posteridad, si bien no ha llegado á colocarla entre los poemas épicos de Homero y de Virgilio, ha reconocido en la *Jerusalén libertada* el mérito que falta al poema de Ariosto: la unidad en el plan. La acción que canta el poeta es grande por sí misma. Libertar á la ciudad santa del poder de los infieles, era empresa digna para reunir tantos héroes y llevar á cabo hechos gloriosos que merecían ser immortalizados por una pluma como la del poeta de Sorrento. El plan desarrollado conforme á la acción elegida, enlazadas todas sus partes con naturalidad; la presencia de Godofredo, personaje principal en todos los acontecimientos; episodios introducidos sin violencia, caracteres bien sostenidos, son prendas que realzan las bellezas poéticas de la obra

y dan al conjunto el mérito que se echa menos en tantas composiciones de este género.

La elocuencia se muestra grave y seria en los consejos, tierna y sensible en la pintura de los afectos, risueña en la de los placeres, exacta y amena en las descripciones, pulida y elegante por todas partes. El Tasso ha tomado varios pasajes de Homero y de Virgilio, ha buscado modelos en los personajes de la *Ilíada* y la *Eneida*; pero ha sabido apropiarse á los suyos, con arte, las cualidades de aquellos y dar á sus episodios cierta novedad é interés que no hace reprehensible la imitación.

En el uso de lo maravilloso no es tan pródigo como Ariosto, ni las escenas eróticas están representadas con la desnudez que se censura en *El Orlando*. Defectos no faltan á *La Jerusalén libertada*, como á toda obra humana; pero son lunares disculpables á la vista de tantas bellezas. Este magnífico poema no tuvo en su principio la boga que adquirió después; los partidarios de Ariosto publicaron censuras apasionadas y pusieron su ahinco en colocar al Tasso en lugar inferior al de su protegido; mas la fama pública se sobrepuso á la pasión y la Europa entera concedió al nuevo poeta esa gloria que en todas partes conquista el Genio y asegura la inmortalidad de sus obras.

No puede hacerse un paralelo entre *El Orlando furioso* y *La Jerusalén libertada*, siendo como son, obras de distinto carácter; la primera es un capricho del genio, la segunda, la relación de un hecho histórico; por eso se nota más libertad, más fantasía en la una, más seriedad, más orden, más unidad en la otra; la una se resiente de las preocupaciones dominantes de la época, de la influencia que ejercía la lectura de romances y novelas atestadas de extravagancias; la otra conserva hasta cierto punto la majestad y decoro de un poema de tono elevado. Cada una de ellas tiene su mérito y la última, sobresaliente en nuestro concepto y capaz por sí sola para hacer la gloria de la Italia y conservarse como un monumento de la literatura de aquella época.

La Italia ganaba de día en día en riquezas literarias; las del siglo XVI eran monumentos colosales que levantaban su fama, tan alto, como la de la Gre-

cia, había sido levantada en sus felices tiempos. Y al lado de esos monumentos llamaba también la atención la *Aminta*, poema pastoril que despierta los dulces afectos y proporciona un solaz en medio de la agitación en que hacen amarga la vida los sacudimientos del espíritu. La *Aminta* del Tasso y *El Pastor fido* de Guarini son en su género otros dos adornos de este siglo, y tienen el mérito inestimable de haber encaminado el drama á su verdadero objeto y haber dado nacimiento al gusto dramático, en tiempos en que el teatro no era más que el espectáculo de farsas y de insípidos diálogos.

El florentino Maquiavelo fué otra de las grandes figuras de este siglo. Poeta, historiador, político, habría representado el papel de un romano, si desgraciadamente no hubiera llevado la corrupción á sus máximas de gobierno, y no hubiera glorificado la ambición sacrificando los sentimientos de libertad que manifestó en sus primeros escritos. Sus obras poéticas, como *El Asno de oro*, *Belphegas*, algunos poemas cortos históricos y otros morales, son frutos emponzoñados de su juventud relajada; no carece de imaginación, ni de facilidad; pero la licencia va en ellos hasta la impudicia. Sus obras en prosa fueron muchas; dió al teatro algunas comedias, más aceptables en ese tiempo que las de otros poetas cómicos. En los *Discursos* acerca de la primera *Década* de Tito Livio se mostró celoso partidario de la libertad; pero el *Tratado del Príncipe*, que compuso en su vejez, encierra toda la corrupción que en materias políticas puede encontrarse en el más perverso de los tiranos. Santifica el crimen, profesa la doctrina impía de que el éxito justifica los medios, y hace ostentación del más descarado cinismo en sus consejos á los ambiciosos. La tiranía no ha necesitado de consejos desde luego; ¡pero cuántas veces la influencia de tan pernicioso escritor habrá tenido parte en las calamidades de los pueblos! Mas, prescindiendo de esta consideración, Maquiavelo representa en el siglo XVI un gran papel y su nombre tiene que ocupar un distinguido puesto en la historia de la Literatura.

En la poesía lírica Angelo de Constanza Cassa y algún otro siguieron la vía del Petrarca, aunque ma-

nifestando su impotencia de acercarse al gran maestro, y demostrando que, después de él, no podía producir Italia otro milagro en la poesía lírica. En la historia adquirió bastante celebridad Maffei, y en la cronología obtuvo Escaligero el título de maestro, no disputado en ningún tiempo. Entre los anticuarios figuran muchos del siglo XVI, consultados hasta el presente, con el interés que inspira el convencimiento de hallar en ellos la verdad depurada de todas las preocupaciones y fábulas tan comunes y repetadas entonces, no sólo por el vulgo, sino hasta por los que se creían letrados.

Portugal concurría por su parte á la ilustración de este siglo con un magnífico contingente. *Los Lusíadas* aparecieron cuando el genio italiano llamaba la atención de Europa con sus inmortales producciones. Con imaginación ardiente y espíritu caballeresco, Camoens debía ser el cantor de una de las mayores empresas llevadas á cabo por sus compatriotas. El descubrimiento de las Indias orientales era por su naturaleza un acontecimiento gigantesco y de infinita influencia para el mundo conocido; necesitaba un Homero, y Camoens fué el Homero de los portugueses. Aunque muy lejos *Los Lusíadas* de igualarse á la «*Ilíada*,» es otro de los monumentos de la literatura de su siglo.

Camoens vivió, no sólo bajo el peso de la miseria, más antes agoviado por la persecución y la ingratitude del Gobierno. Su obra, salvada de un naufragio junto con la vida, no fué apreciada debidamente cuando salió á luz; pero á poco se hicieron de ella exagerados elogios, se multiplicaron las traducciones, y el nombre de Camoens ocupó el puesto que en vida fué negado al que lo llevaba.

Los Lusíadas no serán, si se quiere, más que la relación de un poeta viajero, la historia del descubrimiento de las Indias orientales por los portugueses; pero esta relación, esta historia se halla adornada de ficciones atrevidas, escrita en el estilo más brillante y poético, y ostentando por todas partes las gracias del genio. Es en favor de estas bellezas por lo que se ha perdonado á Camoens los defectos de su obra. La poca trabazón de sus partes, la mezcla de lo ridículo

con lo bello, la más monstruosa todavía de los dioses del paganismo con el verdadero Dios y los santos de la religión cristiana, esas pinturas poco decentes que ofenden al pudor, son manchas notabilísimas en un poema cuyo carácter exige la observancia de todas las reglas seguidas escrupulosamente por los grandes maestros. La falta de unidad por otra parte y las repetidas alusiones á la mitología y á la historia, dan al poema cierto sabor pedantesco que desdice del objeto y rebajan su mérito.

Macías, Sáa de Miranda, Baeros y algunos otros ingenios cultivaron las Bellas Letras en diversos géneros, llamando la atención del mundo ilustrado y dando robustez á la literatura patria, muy engrandecida ya con el poema de su primer poeta.

Inglaterra, bajo la influencia ya de la reforma religiosa, adelantaba en luces y gusto literario siguiendo el impulso dado al siglo anterior por escritores católicos y protestantes. La política y la filosofía habían invadido la Literatura; ésta se volvió rígida y razonadora con Knox y Buchanán. Enrique VIII, antes defensor del catolicismo y adversario de Lutero, alentó la literatura protestante después de haber abrazado fervientemente la reforma; Surrey y Tomás More pertenecen á su tiempo. El primero separó la poesía inglesa de las formas de la Edad Media y concluyó por encerrarla en el cuadro italiano con sus sonetos á la manera del Petrarca; el segundo la sostuvo con sus escritos en latín y en inglés y principió esa nueva serie de los poetas modernos de su patria. Empero Spencer es de quien data la verdadera poesía moderna inglesa. *La Reina de las Hadas*, su obra más popular y conocida es una alegoría en la cual figuran las doce virtudes morales privadas con alusiones demasiado transparentes á la reina Isabel y á las dos religiones en lucha. Su poesía es abundante y original; y aunque no dió á luz una obra maestra, de esas que sirven de modelo, abrió el campo á los poetas ingleses que tenían aún sometido el genio á la esclavitud de las formas de la Edad Media. El último siglo del Renacimiento había dado en Inglaterra autores de nota; en éste aparecieron, como precursores de Shakespeare, á más de los nombrados ya, muchos

que colocaron la nación en vía de elevar el siglo sirviendo de cortejo al gran genio que iba á colmar de gloria á su patria y á dar á la Literatura una forma adecuada á la sociedad moderna. Se empezaba á buscar lo real aun en las ficciones; la Literatura, reflejo de la sociedad, debía personificarse en el drama y dramático iba á ser cuanto apareciese en cualquier forma.

España en relaciones íntimas con Italia, interesada como ella en el estudio de la antigüedad, y con el auxilio que le habían dejado los árabes, cultivó las Letras con éxito feliz cuando las demás naciones de Europa apenas empezaban á recibir las luces que esparcía el *Renacimiento*. Aprisionado el Genio con las trabas de una versificación rutinera no principió á levantar su vuelo sino con Boscán, que se atrevió á introducir una verdadera revolución en la poesía española con el verso endecasílabo, tomado de los poetas italianos. Boscán encontró, pues, el lenguaje de las Musas, y muy luego debían seguirle en el mismo camino todos esos poetas de primer orden, dignos de nombrarse á una con los Petrarcas y los Tassos.

Garcilaso de la Vega fué el primero de aquellos genios privilegiados. Cuanto había en España antes de él queda reducido á nada á vista de sus obras. Fué el primero que dió á la poesía española esos acentos tan dulces, tan tiernos como los de Virgilio. Pocas son las composiciones que pudo dar á luz en su agitada y tempestuosa vida; pero en todas manifestó gran sensibilidad, ternura, gusto exquisito, así como una versificación pura, armoniosa y elegante. De carácter apasible y dulce, mostró especial afición á la poesía pastoril, en la cual ostenta todas las gracias que dieron la corona al poeta latino. Menos feliz en sus canciones, abandona en ellas la naturalidad y sencillez, y se contagia de la sutil metafísica de los poetas del siglo XV. Con todo el desprecio que los espíritus prevenidos muestran por las obras del siglo XVI, las poesías de Garcilazo se leen hoy con el gusto con que puede leerse á los mejores poetas modernos.

El impulso dado por Garcilazo fué comunicativo, y el siglo XVI llegó á ser para España fecundo en escritores de todo género, tanto que con razón se le ha llamado el siglo de oro de la literatura española.

Fray Luis de León, Francisco de la Torre y Hurtado de Mendoza siguieron á Garcilaso en tan noble tarea. Ya célebre el primero por su profundo saber, aumentó esa celebridad con sus composiciones poéticas. Todo es natural en él, desprecia el arte y se abandona á su inspiración casi siempre religiosa. En sus odas se eleva á la altura de Horacio y en las composiciones de género apasible nada tiene que pedir á Garcilaso de la Vega.

El segundo es igualmente el poeta de la ternura y de la sensibilidad; al leer sus versos se suspira con la tórtola á la cual hace gemir, se entristece uno con la soledad que pinta, se conmueve con los afectos que despierta. Después de los furoros de la guerra, tan largo tiempo sostenida en los dominios de España, el ánimo buscaba descanso y las Musas se refugiaban en el seno de la naturaleza campestre. La civilización busca la calma después de la tempestad; á los siglos de las rudas conmociones debía seguir el siglo literario para los pueblos que habían vivido con las armas en la mano.

La fama del tercero que hemos mencionado fué eclipsada después por sus escritos en prosa; no obstante Hurtado de Mendoza desempeñó con felicidad varias de sus obras poéticas, especialmente sus epístolas, en las cuales manifiesta un profundo conocimiento de los hombres y una filosofía conforme con el carácter de este género de escritos.

Hasta aquí la escuela de Boscán y Garcilaso había descuidado los adornos del lenguaje y entregádose más á las emociones del sentimiento. Fernando de Herrera fué el jefe de una nueva escuela; dejó el camino de sus antecesores; inventó nuevos giros, expresiones atrevidas, locuciones armoniosas y se esforzó en imitar la pompa de los griegos. Si bien tales innovaciones hicieron perder á la poesía en naturalidad, dieron á su lenguaje la elasticidad posible, haciéndola apta para toda clase de formas y elevándola á la altura de los sentimientos heroicos.

Al frente de todos los poetas que siguieron á Herrera merecen colocarse los Argensolas; tenían ambos las más felices disposiciones para la poesía; mas no se elevaron como los que hemos nombrado hasta aquí;

puros, elegantes, con una versificación fácil, carecían no obstante de calor y movimiento; tenían más juicio que imaginación. Por sus sátiras obtuvieron el renombre de *Horacios*; y si no igualaron al poeta latino, ejercieron gran influencia para contener el mal gusto que principiaba á introducirse, y de cuyo contagio se mantuvieron libres.

Al mismo tiempo pertenece Bernardo de Balbuena, hombre que reunió las más aventajadas dotes poéticas, y que tanto abusó de ellas. Su principal obra es *El Bernardo*, poema que está lejos de colocarse al lado de los que produjo Italia en aquel siglo, y que por sus infinitos defectos no merece el nombre de poema épico. En las églogas se acerca alguna vez Balbuena á Garcilaso, y en los demás géneros manifestó la abundancia de poesía de que estaba dotado, así como las faltas que su abuso le hacía cometer á cada paso.

Jáuregui y Villegas son otros escritores que adornan el Parnaso español de esta época, y no mencionamos infinitos otros cuya medianía pasó oculta tras el brillo que arrojaban esos astros de la literatura castellana.

Entre tantos poetas que publicaron poemas heroicos en aquellos tiempos, sólo Don Alonso de Ercilla y Zúñiga ha merecido que su *Araucana* pase á la posteridad, aceptada por muchos críticos como una epopeya. Ercilla escribió los sucesos de la conquista en que tomó parte; su intención quizá fué la de escribir una historia en verso; pero las galas con que supo adornarla, la hermosura de los versos, lo brillante de los caracteres, la fuerza y vigor de las pinturas le han dado tanto mérito, que es grande y justa la reputación de que goza, no sólo entre los que hablan la lengua de Ercilla, más aún en todo el mundo literario. Los héroes de la *Araucana* son simpáticos por su arrojo y por su adhesión á la causa de su libertad é independencia; quizá éste es otro motivo de la popularidad del poema; mas, sea como fuere, es uno de los monumentos de la literatura española y una joya en la del siglo que vamos examinando.

Ercilla es verdaderamente original en su *Araucana*. Los personajes, así españoles como americanos, se hallan pintados, no al modelo de los de Homero y

Virgilio; los héroes de las selvas conservan la originalidad de su carácter y ostentan esas cualidades de guerreros y patriotas que no siempre distinguen á los hombres de los pueblos civilizados. En punto á hechos heroicos, allá se van con las hazañas de griegos y troyanos; tocante al arte de la guerra, Lautaro es un discípulo de Ulises, así como en prudencia y alcances el anciano Colocolo nada tiene que pedir al viejo Néstor; la elocuencia sencilla pero arrebatadora, las altas miras, los vastos planes de Caupolicán hacen de este jefe de las tribus salvajes un protagonista digno de cualquier gran poema europeo. La constancia de los conquistadores, su arrojo para las empresas de mayor peligro, su serenidad en los más apurados lances interesan á pesar del objeto de la guerra. Episodios tiernos y patéticos únos, espantosos y terribles ótros, nada falta en este magnífico poema para que pueda ocupar un puesto distinguido en la historia de la Literatura. Y todo esto expresado en esa lengua de los mejores poetas españoles, en ese estilo propio de los tiempos más felices de la España literaria. No faltan lunares á *La Araucana*, verdad; el poeta es á veces demasiado prolijo en la narración, decae otras el tono en los más elevados pasajes, se ven empleadas con frecuencia expresiones vulgares; pero son defectos que desaparecen al considerar el conjunto. *La Araucana* es y será tenida siempre como un gran monumento del Parnaso español, como una de las preciosísimas joyas que adornan la corona poética del siglo XVI.

Los últimos años del siglo fueron igualmente fecundos para España en poetas cuyos nombres rivalizan con los primeros; mas como su influencia se hizo sentir especialmente en el primer tercio del siglo siguiente en que vivieron, en justicia debemos referirlos á este siglo, al tratar del cual hablaremos de ellos.

Si en algunos ramos no puede el siglo XVI presentar esos escritores que son la admiración hasta del presente siglo; no deja de estar engalanado con inteligencias superiores. En la historia, á más de Maquiavelo y de Maffei, tenemos á Mariana, quien, si á su vigor y fuerza, hubiera unido más pureza y cultura en el estilo, habría merecido el principado entre

los historiadores. Su *Historia General de España* es obra que se ha buscado con avidez, y cuyas ediciones se han multiplicado al infinito. Dejando el carácter de cronista, que habían tomado todos los historiadores españoles, supo dar á su obra la importancia de una verdadera historia, presentando los hechos con el enlace necesario, y usando ya de la crítica y el discernimiento indispensables en este género de escritos para no confundir la realidad con las ficciones.

Melo, Mendoza y Moncada, antes de Mariana, aunque en cuadros limitados y particulares, dieron á conocer que los españoles no estaban desprovistos de las dotes que demanda el papel de historiador; y tienen el mérito de que su estilo rebosa ya de la majestad y elegancia cuya falta se advierte en Mariana. Bartolomé de Argensola agregó á su título de poeta el de historiador, perteneciendo á la misma escuela de Avila y Coloma.

Pero el que, entre tantos, ha obtenido la palma es Don Antonio de Solís. Si no tan puro como Melo ni tan grave como Mendoza, es más brillante que los dos. *La Historia de la Conquista de México*, escrita desde luego con más imaginación que lo que conviene á una obra de esta clase, es un libro que en cualquier tiempo habría labrado la reputación del autor, no sólo por sus bellezas literarias, más también por la influencia política que ejerció en el viejo mundo.

Grande es el número de los que en España se dedicaron por aquel tiempo á escribir la historia; pero ya por su objeto, que se reduce á hechos determinados ó á crónicas mezquinas, ya mirado su desempeño, creemos innecesario nombrarlos, contentándonos con haber hablado de los principales para que se juzgue del mérito literario del siglo XVI.

La historia dejó de ser la crónica desordenada de hechos inverosímiles y novelescos; y aunque participando todavía de los resabios de la antigua credulidad y del espíritu de partido, empezó á manifestarse con la seriedad que le corresponde, á presentar bien pintados los caracteres y á ser la narración fidedigna de los acontecimientos que habían influído en la suerte de los pueblos. A la historia deben referirse también los estudios de los anticuarios como enderezados á

buscar en ella la verdad; y en esta parte fué más feliz el siglo XVI que en el estilo de la exposición. Entonces aparecieron Fulvio Buddeo, Antonio Agustín, Chacón y los más de esos anticuarios tan eruditos, cuyas obras han suministrado á los historiadores de los siguientes siglos datos seguros para presentarnos la antigüedad depurada ya de las ficciones que la habían convertido en una fábula intolerable. La cronología empezó á ser ilustrada con los escritos de Escalígero y la geografía adelantó con los trabajos de Mescator y de Ortelio. Natural era que llegados los conocimientos á semejante altura el espíritu filosófico penetrase en todos los ramos del saber humano, aplicándose hasta á la jurisprudencia y á la teología para desterrar de ellas las sutilezas con las que se hallaban oscurecidas las leyes y buscar las fuentes genuinas de donde deben tomarse las verdades que componen la ciencia de la religión. Las exactas traducciones de los matemáticos griegos contribuyeron sobre manera al adelantamiento de las matemáticas no menos que algunos descubrimientos importantes que han servido de base para cuantos han llevado posteriormente esta ciencia á la altura en que la vemos. No había en aquel tiempo Newtones, Laibnitz ni Bernoullis, pero hallamos muy extendidos los términos de la álgebra en las obras de Tartaglia, Cardamo, Bombeli y admiramos á un Vieta á cuyas especulaciones analíticas deben tanto aquella ciencia y el cálculo diferencial.

A este siglo debe, por otra parte, referirse el renacimiento del teatro en su verdadero sentido. Se pueden citar desde luego algunas muestras en los siglos precedentes, tanto en Italia, como en España; pero tales muestras no pasan de farsas informes, indignas de llamar la atención de la historia é incapaces de dar nada para la Literatura. Torres Naharro acometió el primero la empresa de sacar el teatro de tan rudos principios; sus comedias fueron representadas en Italia antes que en España, patria del poeta, y aunque naturalmente estaban plagadas de los defectos propios de la infancia del teatro, fué sin embargo un impulso de que otros ingenios se aprovecharon, sin gran éxito es cierto, hasta Lope de Rueda que puede considerarse como padre del teatro español, atentas.

las grandes mejoras que le dió, tanto en lo material, como en las composiciones que empezaron á oirse en la escena. Con todo, algunos años transcurrieron sin que entre tantos poetas dramáticos conociese ninguno el secreto de elevar el teatro á su verdadera altura. Era indispensable para esto un genio, y este genio apareció con Lope de Vega.

La poesía popular, la erudita y los libros de *caballería* andaban separados; debían reunirse y refundirse en un solo caudal para formar el del teatro, y la gloria de haberlo conseguido cupo á Lope de Vega. Comprendió la necesidad del espíritu nacional, hizo un todo de partes que, no sólo estaban diseminadas, sino que se rechazaban en cierto modo, y creó el drama español. Para allegar elementos tan separados, para introducir la novedad de un choque con las preocupaciones, con la rutina, con el omnímodo poder eclesiástico, enemigo encarnizado del teatro, era necesario que Lope de Vega fuera lo que fué—un portento de la naturaleza. El cielo había reunido en este hombre extraordinario el genio de muchos poetas juntos, el don de la invención, una fecundidad prodigiosa, cuantas facultades poéticas, en fin, pueden hacer la celebridad del mejor de los poetas.

Lope de Vega, por sí solo, causó en la Literatura una revolución que debiera haber sido la obra de muchos siglos, creando la poesía dramática, sin dejar de enriquecer las Letras con sus producciones en los otros géneros, no sólo de poesía, sino de prosa. Fénix de los ingenios le llamó su siglo, y apenas hubo escritor que más popularidad haya obtenido. Se resiste uno á creer que de una sola pluma haya salido el prodigioso número de obras que llevan su nombre, y sin embargo es la verdad. Cuánto hizo para su patria, cuánto hizo para las Letras en general puede conocerse observando que desde él la poesía española tomó un carácter singularmente nacional, y que la Literatura ganó un género de escritos que ha sido desde entonces una de sus más apreciables riquezas.

Con palpable injusticia se ha calificado al siglo XVI como destituido del espíritu filosófico y pensador, que es el origen y el móvil de los progresos en las ciencias. En los escritos de los poetas se encuen-

tra ya una filosofía propia de estos escritos; las historias no carecen de ella, las obras didácticas y los diálogos la manifiestan no escasamente; y en cuanto á las ciencias, un siglo que produjo á Copérnico, á Galileo, á Tícon en la astronomía; á García de Orta y al padre Acosta en la historia natural; á Corradó Gásner en la botánica, á Vesalio en la medicina y otros muchos en todos los ramos, no merece el calificativo que le ha dado la presunción de los modernos.

A Vives no puede disputársele el espíritu filosófico con que pintó los defectos de entonces, y con que descubrió el origen de la corrupción en las doctrinas de las escuelas. Su libro *De corruptis disciplinis* fué un portento de erudición y buen juicio, como lo fué después el *Organo* de Baccón.

La teoría del movimiento de la tierra, sujeta ya á leyes fijas por el gran Copérnico, es bastante para la celebridad de aquel siglo: esa teoría vino á hacer ley en el sistema planetario, y abrió el campo para todos los descubrimientos astronómicos posteriores, para la manifestación de todas las verdades que en esta materia posee la generación actual. Si Colón descubrió un nuevo mundo en la tierra, Copérnico descubrió el mundo de los astros, y dió á los hombres la explicación natural de las leyes del firmamento, leyes tan ignoradas entonces, que la sorpresa, apoyada en la superstición, hizo un error de una verdad divina, llevando la tiranía hasta anatematizar lo que bien pronto había de ser una evidencia.

Consagrado largo tiempo Copérnico al estudio de las matemáticas y especialmente al de la astronomía, después de publicados varios opúsculos sobre diferentes ramos de las primeras, dió á luz su inmortal obra *De Orbium celestium revolutionibus*. Habiendo estudiado profundamente los sistemas astronómicos de los egipcios, griegos y latinos reconoció que la tierra, á más de su movimiento de rotación, tenía á un mismo tiempo otro al rededor del sol; mas no se atrevió á publicar su descubrimiento hasta que, alentado por el obispo de Kulm, dió á luz ese libro el cual es una demostración más bien que una teoría del movimiento doble de los planetas sirviendo el sol de centro en este nuevo sistema. La ignorancia y la

mala inteligencia del sagrado texto hicieron condenar posteriormente el libro; pero al siglo XVI pertenece el descubrimiento del verdadero sistema planetario explicado más extensamente después por Galileo, sistema con el que han llegado á fijarse con precisión las leyes que rigen los fenómenos celestes.

Al mismo siglo pertenece el célebre Tico Brae quien dió la construcción y empleo de los instrumentos astronómicos una perfección desconocida hasta entonces; compuso la primera tabla de las refracciones y dió un catálogo de las estrellas, superior á los conocidos. La corrección gregoriana fué el fruto de las luces de aquel siglo. El estudio de la historia natural y de la botánica se llevó adelante con tal éxito que apenas quedó algún ramo de la naturaleza libre de las investigaciones de los que se dedicaron á su examen. A la obras de Gesner se debe el conocimiento de la naturaleza en casi todas sus partes, siendo éstas las que han servido de guía á los naturalistas modernos para que se hubiera rasgado completamente el velo que durante tantos siglos había cubierto sus misterios.

La jurisprudencia había permanecido hasta entonces en un verdadero caos. La ignorancia del idioma latino, la sutileza dialéctica habían alterado el sentido del derecho romano en términos que las interpretaciones necesitaban de interpretaciones. Alciato fué el primero que la restituyó á su primitiva dignidad; y Antonio Agustín, con su famosa obra de *Emendationum, et opinionum juris civilis*, cambió el semblante de esta ciencia y abrió el camino que siguió Cuyacio para volverle la pureza de los tiempos del Imperio.

Las obras de Lutero, si por una parte fueron gravemente dañosas á la Iglesia y á la fe del Cristianismo, despertaron por otra la necesidad del estudio de las ciencias sagradas y del derecho eclesiástico, que no menos que la jurisprudencia civil habían permanecido en las tinieblas. La crítica y el buen gusto, fomentados con la lectura de los antiguos libros, depuraron las doctrinas de todo elemento extraño, y de todas esas citas y opiniones contrarias al verdadero texto de las Santas Escrituras. Casi todas las ediciones de los ejemplares orientales, las versiones griegas y

aun las de la Vulgata fueron el fruto de los trabajos de aquella edad, así como todos esos comentarios que eruditos eminentes dieron á luz para contener el torrente de las interpretaciones arbitrarias que los nuevos sectarios derramaban por todas partes.

La crítica y el buen gusto, fomentados con la lectura de los buenos libros y con el conocimiento de la antigüedad, no toleraban ya aquel desordenado conjunto de citas, falsas únas é inoportunas ótras, que habían alterado completamente el derecho canónico. El decreto de Graciano, fuente de la jurisprudencia eclesiástica, se hallaba plagado de los defectos inherentes al tiempo en el que fué formado y era necesario pensar en su corrección; una numerosa junta de cardenales y jurisconsultos se dedicó á ella y de sus trabajos salió la edición del *Cuerpo del Derecho* perfeccionada últimamente por Antonio Agustín. El conocimiento de las lenguas orientales, cultivadas entonces con esmero estimuló á los escritores católicos y protestantes á traducir los códigos sagrados, alterados en su texto por las versiones en lenguas extranjeras. Fruto de aquel tiempo fueron los excelentes comentarios con los que se ilustran las Sagradas Letras buscando en los escritos de los antiguos Padres y en las decisiones de los concilios su verdadera inteligencia. Victoria, por su parte, se dedicó á purgar la teología de las inútiles cuestiones en que se hallaba envuelta, y Melchor Cano allanó, con su famoso libro de los *Lugares teológicos*, el camino á cuantos quisieron entrar en ese espacioso campo con el decoro correspondiente.

Pero entre tantas obras teológicas que fueron el lujo de la Literatura eclesiástica de aquel tiempo la que mereció los mayores elogios, fué la de *Controversias* de Belarmino, obra cuyo mérito no ha llegado á disputarle ninguna de las dadas á luz posteriormente sobre la materia. La historia eclesiástica tomó asimismo entonces su verdadero carácter. Las Vidas de los santos, en las cuales se veía más bien una excesiva credulidad que la verdad histórica, se compilaron en el *Martirologio* de Baronio expurgadas de las exageraciones y fábulas que habían provocado la burla de los adversarios de la Iglesia y fomentado la supersti-

ción de las personas crédulas. No se conocía un verdadero cuerpo de historia ó una historia eclesiástica completa, los herejes fueron antes que los católicos quienes llevaron á cabo esta empresa recogiendo metódicamente los hechos pertenecientes á la Iglesia católica y dando una historia ordenada de las variaciones de la doctrina, de la depravación de las costumbres y de la relajación de la disciplina. La famosa obra *Centuri Mandeburgensis*, escrita con sobrada libertad, excitó el celo de varones doctos para combatirla; pero el gran Baronio fué quien consiguió desprestigiarla y contener sus perniciosos efectos con los *Anales Eclesiásticos*, obra en la que una inmensa compilación de documentos antiguos, una copiosa erudición, un juicio recto y severa crítica manifiestan el excesivo trabajo, el detenido y profundo estudio y el talento que le han grangeado á este insigne analista el nombre de *Padre de la historia eclesiástica*.

La libertad de conciencia y del pensamiento fué una novedad proclamada por Lutero, novedad que abrió al espíritu humano un vasto campo para la discusión y produjo para la Literatura tantas obras inmortales, no sólo en las ciencias sagradas, sino además en cuantas la razón puede buscar y presentar la verdad, triunfando de las preocupaciones y emancipándose del *velo* con que intereses mal entendidos y un equivocado celo la tenían aprisionada. Sin esta ocasión Melchor Cano y el famoso Belarmino habrían quedado quizás en la oscuridad, y la Teología no habría tenido sus grandes monumentos como las otras ciencias, ni la literatura eclesiástica se hubiera ilustrado con los nombres de Valencia, Vázquez, Soto y Maldonado.

España es la que en el siglo XVI tuvo mayor abundancia de escritores ascéticos; pero entre todos el que debe ocupar una página preferente en la historia es el Padre Fray Luis de Granada, no tanto por el crecido número de obras que acredita su fecundidad en este género, cuanto por su mérito literario. Su estilo varía según el tono de las obras; ya se eleva, ya se abate; pero la claridad y la sencillez son dotes que no desaparecen. En la elocuencia sagrada fué tenido como el primero en aquel tiempo, primacía.

merecida, ciertamente, pues sus sermones se leen todavía con agrado y sirven de modelo muchas veces. Fray Luis de Granada hizo tanto para la lengua castellana, que cuanto ella ha conservado de puro, castizo y elegante debe á ese escritor, consultado aun en nuestros días en materia de lenguaje, con el mismo respeto que Cervantes y Saavedra. Fray Luis de Granada fué para la lengua española lo que el Dante para la italiana y lo que Boileau para la francesa.

De no menos celebridad como escritores ascéticos son Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús. Como orador está colocado el primero en la misma línea que Fray Luis de Granada; ambos recordaban á San Ambrosio y á San Juan Crisóstomo y anunciaban á Bossuet; ambos hicieron para las virtudes cristianas más que los severos moralistas; para la fe, más que los anatemas y los rigores de la autoridad, y para las Bellas Letras, más que esa multitud de preceptistas que buscan en las reglas lo que falta á la ignorancia.

Santa Teresa de Jesús mujer admirable, tanto por su virtud, como por su genio, es otra de las glorias de la España literaria. Todos sus escritos son ascéticos; no es posible encontrar una alma más ardiente, ni un corazón más apasionado. Su estilo castizo, propio y sencillo tiene, además, una dulzura encantadora, siendo á veces tan sublime como la inspiración de sus arrebatados éxtasis. Ha visto el semblante de Dios y lo presenta á sus lectores con abrasadas palabras, facilita el camino de la perfección, porque lo allana con la virtud, y la virtud es para ella el amor á Dios. Mujer toda caridad, llora con los que lloran, padece con los que padecen, ruega á Dios por todos y pide para todos; y esto en un lenguaje como es preciso emplearlo hablando con el Padre de los hombres, con el Dios de las misericordias: dulzura, sollozos del alma, lágrimas de amor son la lengua de la oración, el estilo de la criatura en sus preces al Creador.

Otros muchos poetas y prosistas ilustraron los últimos años de este siglo; pero sus principales obras aparecieron en el siguiente, al cual de derecho debe corresponder la gloria de sus nombres. El principio del siglo XVII fué señalado con los monumentos engendrados por el siglo XVI; con todo, hablando

como hablamos de la literatura de cada siglo, dejemos á cada uno cuanto en justicia le pertenece.

Si tan abundante fué el siglo XVI en riquezas poéticas y científicas, no lo fué menos en monumentos de las bellas artes. Rafael, el Homero de la pintura, es un coloso que jamás se ocultará á la vista de las generaciones que le han seguido; sus cuadros, famosos en todos tiempos, han sido los modelos que los más célebres pintores no se han desdeñado de copiar; su escuela ha hecho época y cuenta con gran número de discípulos célebres los más.

Miguel Angel, Leonardo de Vinci, el Ticiano son nombres que elevan la gloria de la Italia y la de su siglo como los de sus mejores poetas. La naturaleza se había complacido en prodigar á esta nación afortunada el genio de la poesía y de las bellas artes. La pintura, la música, el canto tienen á Italia por patria. La *Transfiguración*, las Vírgenes, el Juicio final son para la pintura lo que la *Divina Comedia* para la poesía y para la Literatura, libros en que se lee el pensamiento de los artistas y se descubren los toques de una inspiración sublime.

En la arquitectura son célebres los nombres de Fontana, S. Michel, Lescot, Coussin Paladio. Paladio ostentó su genio de artista cuando la Europa aun estaba sepultada entre las últimas sombras de la barbarie gótica y vivía contenta con admirar los monumentos de la antigüedad. Su libro póstumo—*Antigüedades de la antigua Roma*, su *Tratado de la Arquitectura* han sido admirados y buscados como los códigos perfectos del verdadero gusto. Entre los muchos edificios dirigidos por este célebre arquitecto, el teatro de Vicencio, llamado *Degli Olimpici*, acreditada la excelencia de su talento artístico.

Pero el genio de la escultura italiana está encarnado en Miguel Angel, este Esquilo del mármol, como se le ha llamado. Su estatua de Moisés es la estatua de la Biblia entera, el judaismo personificado. La sabiduría y el terror divinos descienden de su frente, de todos los pelos de esa barba, de todos los pliegues de ese vestido sobre el alma del espectador. Mas allí no está sino la mitad del genio de Miguel Angel, la grandeza; la otra mitad, la belleza, está en Floren-

cia. Dante no tiene en sus personajes semejantes fisonomías, semejantes actitudes, semejantes melancolías; Miguel Angel, en sus bronceos y en sus mármoles, se ostenta poeta como Dante en sus versos. La Biblia había hecho, por mano de Miguel Angel, la estatua de Moisés; el cristianismo bíblico de la Edad Media había hecho, por mano de Miguel Angel los dibujos del juicio final; la libertad cívica había labrado, por mano de Miguel Angel, las tumbas de la Edad Media.

Después de un Leonardo de Vinci, de un Ticiano, de un Rafael, constelación brillante en ese cielo de las artes de Italia, debía aparecer Miguel Angel para completar el esplendor de una época de la literatura artística que, como en Grecia, no ha vuelto ni volverá hasta que la naturaleza vuelva á obrar otros milagros. Hay para las artes épocas orgánicas y son aquellas en las que una civilización nueva sale de la barbarie; estas son las edades de oro de la historia. No se sabe si para la escultura volverá el siglo de Pericles ni para la pintura el de León X. La civilización más adelantada no sabría reemplazar ese movimiento natural, espontáneo de una sociedad que tiende á hacer del arte el primer negocio de todo un pueblo y la suprema expresión de su vida nacional. Tales circunstancias no se han reunido sino dos veces en la historia; en la primera han traído á la gloria los nombres de Fidias, Policleto, Praxiteles; en la segunda han elevado sobre todas las nombradas contemporáneas los nombres de Leonardo de Vinci, del Ticiano y de Miguel Angel. Y después de Miguel Angel otra celebridad, que aunque no podía igualarle, debía perpetuar la fama de la escuela del maestro, apareció en Benvenuto Celini. Benvenuto Celini dió, en su estatua de Perseo, en esa cruz monumental elevada sobre su tumba, en la iglesia de la Nunciata, y en otras obras que embellecen el palacio de los duques de Florencia, la prueba más clásica de haber participado mucho del genio de Miguel Angel y la de que el siglo había sido el siglo de las artes.

De la rápida ojeada que acabamos de dar se deduce que un siglo en que florecieron Ariosto, el Tasso, Guarini, Camoens, Ércilla, Lope de Vega y tan-

tos otros poetas originales; que un siglo en que Sigonio, Agustín, Chacón y Budeo dirigían con espíritu filosófico sus estudios anticuarios; que un siglo que produjo á Copérnico, á Galileo, á Ticón, á Gesner é infinitos grandes hombres en todas las ciencias; el siglo en que progresaron unas ciencias se descubrieron otras y se perfeccionaron algunas; que un siglo al que se debe el establecimiento de los anfiteatros anatómicos, de los gabinetes de historia natural, de los jardines botánicos, no merece el desprecio de los filósofos ni la indiferencia de los literatos.

Considerado el siglo XVI por el aspecto de las Bellas Letras es innegable que tantos y tan célebres poetas latinos y vulgares, lo hacen brillar con luz resplandeciente. Con todo, carece de modelos en la historia y en la oratoria; en estos ramos su literatura no puede ofrecer monumento alguno comparable á los que han producido los siglos siguientes; falta que es una desgracia desde luego, pero que tiene su compensación en esos inmortales poemas de que carecen los siglos que le han seguido. Así, no hay justicia en hacer al siglo XVI, ni los reproches que le hacen algunos, ni en tributarle la adoración que le tributan otros.

Es necesario no perder de vista, por otra parte, que la Sociedad salía apenas del caos en que había estado sumergida durante tantos siglos, que el *Renacimiento* le había precedido con poco, que para formar una literatura se ha menester largo tiempo y que la del siglo XVI es quizás fruto de sus esfuerzos, y aun precoz si se considera cuán adelante había ido de lo que podía esperarse. Ya hemos visto que en la poesía épica no encontró rival en ningún siglo de los subsiguientes, y que en las ciencias preparó los prodigios que admiramos en el día.

CAPITULO XIII

Siglo XVII

Muchos han considerado el siglo XVII como un siglo de decadencia para la Literatura, sin tomar en cuenta los progresos que en él hicieron las ciencias, la elocuencia, el teatro; sin pararse á contemplar esas figuras colosales que representan los nombres de Galileo, Verulamio, Cartesio, Newton, Leibnitz, Maillon, Wosio, Bourdaloue, Bossuet, Fenelón, Corneille, Racine, Moliere, Boileau y otros; sin fijar la vista en tantas y tan útiles invenciones y en las perfeccionadas del siglo antecedente, como los telescopios, microscopios, barómetros, termómetros, las máquinas eléctrica y neumática. Un siglo de tantos descubrimientos, físicos y matemáticos, el siglo en que se verificó una gran revolución en el modo de pensar y de escribir, lejos de vituperio es acreedor á los más altos elogios. Es preciso confesar con Voltaire, que en ese siglo adquirió la Europa más luces que cuantas había adquirido en las edades precedentes.

Cierto que la Italia había decaído después del siglo XVI, que fué su siglo de oro, cierto también que la España no reprodujo esos dulces, encantadores poetas de la escuela de Garcilazo y los Argensolas; pero la poesía, en otras formas, y en otros climas, aparecía con subido esplendor, y las ciencias hacían ostentación de sus secretos, abriendo al entendimiento humano nuevas vías para todo género de descubrimientos. Italia misma no puede creerse decaída, puesto que las ciencias tomaron en ella un atrevido vuelo, y las Bellas Letras no carecieron tampoco de nuevos ornamentos, como sucedió igualmente con España en los primeros lustros de dicho siglo. Tratándose de la Literatura en general, no ha de juzgarse la de un siglo atendiendo sólo á una ó algunas naciones, sino al conjunto de los progresos que ha hecho el espíritu humano, aunque estos progresos lleguen á perfeccionarse en éstos y los otros pueblos.

El esplendor del siglo XVII en las otras naciones, no es razón para que se considere á Italia en la oscuridad á la que los partidarios de la Literatura francesa quieren relegarla. Durante el reinado de los grandes duques Cosme II y Fernando III la Toscana brilló en este siglo como en el anterior, sosteniendo el crédito de toda la nación. Galileo y Torricelli no le dieron menos gloria que Ariosto y el Tasso. Astrónomo y profundo matemático el primero, á fuerza de observación y constante estudio descubrió las leyes del isocronismo del péndulo y presintió las de la gravedad de los cuerpos; explicó y sostuvo el sistema planetario de Copérnico caído en olvido á causa de la persecución de la autoridad eclesiástica; y renovar esta doctrina, cuando las luces del siglo anterior no habían dado á lo menos una protesta contra aquella sentencia que era un crimen de lesa civilización, era empresa que sostenía muy en alto el crédito literario del que gozó Italia en el siglo anterior. La persecución de que Galileo fué víctima por esta causa no fué bastante poderosa para arrancarle el conocimiento que en los instantes mismos en los que se le forzaba á una retractación le hicieron exclamar: *Y sin embargo se mueve*. De su escuela salían raudales de luz que se esparcían sobre todos los ramos de las matemáticas, especialmente sobre la astronomía que entonces llegó á ser la ciencia de los espíritus fuertes afectos al conocimiento de verdades creídas fuera del alcance de los hombres. El construyó un telescopio perfeccionado que aumentaba mil veces el tamaño de los objetos; descubrió en la superficie de la luna las montañas y valles tenidos sólo como manchas resultantes de la irradiación de la luz; descubrió las innumerables estrellas de que se compone la vía láctea y las nebulosas, observó los satélites de Júpiter y Saturno y reconoció las manchas del sol. A los trabajos de Galileo debe en gran parte la astronomía el haberse presentado entonces como una ciencia cuyas verdades dejaron de ser un misterio oculto bajo el dominio de la Teología.

El conocimiento completo de la gravedad del aire y su medida se deben á Torricelli y por consiguiente el origen de la nueva física. El barómetro, el ter-

mómetro, la balanza hidrostática fueron inventadas en Toscana y principió allí la física experimental. La academia de los *Linceos* y tantos magnates italianos extendieron la aplicación de la botánica á una multitud de objetos. Dávila y Bentivoglio en la historia, Señeri en la elocuencia, Chiabrera y Tassoni en la poesía, otros muchos italianos en diversos ramos de las ciencias y de la Bella Literatura conservaron el honor de su patria tan justa y gloriosamente adquirida en el siglo anterior.

Y si todo esto nos presenta la historia de la Literatura, tratándose de Italia considerada entonces en decadencia, ¿qué progresos no debemos hallar en las otras naciones donde las Bellas Letras y las ciencias principiaban una era de esplendor admirado por cuantos se han dedicado á comparar las literaturas de los dos siglos? Atendiendo á la naturaleza y condición de los estudios modernos se puede sostener con seguridad que la actual literatura trae su origen del siglo XVII, tanto en la parte amena de las Bellas Letras, como en la de las ciencias. La vida, las costumbres, el gobierno, todo parecía modificar la sociedad, la que ganaba en cultura de día en día y llevaba el refinamiento del gusto á todas las producciones de la inteligencia.

Si echamos una ojeada á toda la Europa literaria, veremos naciendo, creciendo y floreciendo las Bellas Letras en Francia, Inglaterra, Alemania y en casi todas las naciones que en los siglos precedentes habían permanecido extrañas á los esfuerzos con que el XVI elevó sus glorias literarias. Y especialmente la Francia parecía que se levantaba avergonzada de su eterno letargo, para reivindicar el honor de su inteligencia y ofrecer una compensación digna del carácter y del espíritu francés.

Este carácter procedente de una diversidad prodigiosa de razas, como fueron los que componían la nacionalidad francesa, había sido necesariamente un obstáculo para la formación de una literatura nacional. Hubo por largo tiempo una literatura de *pobladas*, digámoslo así, no una literatura de nación, ni era posible que la hubiera cuando aún carecía de lengua; pues la que poseía no pasaba de una jergonza,

mezcla bárbara de multitud de dialectos. Sus primeros romances no eran sino *patues* rimados que paisanos, con el título de poetas, andaban recitándolos por los campos y los castillos; era una literatura ambulante. Alguna sencillez pudo tener, pero no genio, y en obras de gusto, donde falta el genio no puede haber belleza.

La desgracia de la literatura francesa, tan tardía en nacer, fué precisamente obra de esa diversidad de lenguas entre las cuales era necesario elegir una; escogió el latín, y si tal elección la hizo perder en originalidad, la hizo ganar mucho en ese carácter de universalidad que es propio sólo de la literatura francesa. Nacida tarde, como hemos dicho, largo tiempo indecisa entre la originalidad gala y la imitación clásica, se había dado á copiar servilmente á los antiguos; pero esta misma imitación le sirvió para formar una lengua literaria más regular y más lúcida, propia para todos los usos del universal talento francés y propia, por lo mismo, para darle esos caracteres que la distinguen de todas las demás—el buen sentido, el buen gusto y la universalidad. Por esto es por lo que los escritores franceses son los maestros literarios del mundo moderno; por esto, si la Francia no tiene milagros de genio, tienen sus poetas y escritores menos imperfección y vicios en el pensamiento; sino tienen gran imaginación, tienen gran discernimiento.

Así, la imitación ha venido á convertirse en un trabajo útil, enteramente beneficioso para la lengua francesa. No puede desconocerse que calcándose en la griega, en la latina, en la sanscrita, lenguas formadas y casi perfectas, la francesa ha adquirido tal vigor de construcción, tal distribución de las partes del discurso, tal propiedad de verbo, tal lógica de sentido, tal claridad de contornos que han hecho de ella uno de los instrumentos más perfectos del pensamiento que ha podido darse á un pueblo para comunicar su espíritu al Universo, propagándolo hasta la posteridad. Esas literaturas muertas tenían mucho de excelente que era preciso tomarlo de sus sepulcros para revestirlo de nuevo espíritu y obtener las dos cosas más bellas que pueden formar una literatura perfecta—las lenguas antiguas y el pensamiento moderno.

Al recorrer la historia de la literatura de este famoso siglo, se presenta, desde luego, el teatro en un punto culminante. Los últimos años del siglo anterior anunciaron ya en España que la Sociedad tocaba á su tercera época. El drama principió á desarrollarse en Lope de Rueda y á formarse en Lope de Vega; pero el drama debía tener su personificación, como la oda y la epopeya; y si la primitiva edad, los tiempos líricos estaban representados por David y los heroicos por Homero, la edad moderna debía estar representada por Shakespeare. ¿Por qué Shakespeare personifica el drama y por qué el drama pertenece á la edad Moderna?

La poesía refleja la sociedad, ó más bien la poesía es el carácter de la sociedad. La sociedad principia por cantar lo que sueña y lo que ve, después refiere lo que hace y, en fin, representa y pinta lo que piensa. Todo pasa en la naturaleza por estas tres faces de lo lírico, épico y dramático y tales son las diversas fisonomías del pensamiento en las diversas edades del hombre y de la sociedad. Que se examine cada literatura en particular ó todas las literaturas juntas, siempre llegaremos al mismo resultado—los poetas líricos antes de los épicos, los poetas épicos antes de los dramáticos. La Biblia, este monumento lírico, encierra, como hemos dicho antes, la epopeya y el drama en germen; en los poemas homéricos se siente un resto de poesía lírica y un principio de poesía dramática. De todo hay en todo, sólo que en cada cosa existe un elemento generador al que se subordinan los otros, y que impone al conjunto su carácter propio.

Por lo mismo, el drama es la poesía completa; la oda y la epopeya no lo tienen sino en germen, y el drama contiene á la una y á la otra en su desenvolvimiento. Es, pues, el drama á donde todo viene á parar en la poesía moderna. *El paraíso perdido* ha sido un drama antes de ser una epopeya. Cuando el Dante había terminado su terrible infierno, vió que su poema era una derivación del drama, y le puso el nombre de *Divina Comedia*.

Desde el día en que el Cristianismo dijo al hombre:—«Eres compuesto de dos sustancias, mate-

rial, perecedera la una, inmortal, espíritu la otra», desde este día ha sido creado el drama. ¿Y qué otra cosa es el drama sino aquel contraste de todos los días, aquella lucha de todos los instantes entre los dos principios opuestos, reunidos siempre durante la vida, disputándose al hombre desde la cuna hasta la tumba? Así, el carácter del drama es lo real, y lo real resulta de la combinación tan natural de los dos tipos, lo sublime y lo grotesco, que se cruzan en el drama, como se cruzan en la vida y en la creación.

Y he aquí porque Shakespeare personifica el drama; él ha sabido unir y combinar estos dos elementos de una manera que le es propia; he aquí por qué parecen reunidos en él, como una Trinidad, los tres grandes genios característicos de la escena moderna—Corneille, Racine, Moliere. Los imitadores de los clásicos han levantado la voz para conservar el teatro de otros tiempos en nuestra edad, sin advertir que esto sería un anacronismo tan bárbaro como el de dar á los héroes de nuestra poesía el carácter de los de la Ilíada. Lope de Vega conoció ya cuanto acabamos de decir, y fué por lo mismo el precursor de Shakespeare; el teatro español del siglo XVI vislumbraba el teatro del siglo de Luis XIV y bosquejaba la literatura de los siglos siguientes.

Hemos visto cómo la Francia llegó á poseer un idioma apto para la expresión del pensamiento en todas sus formas, y cómo la literatura francesa llegó, no sólo á predominar, más también á ser la forma, el tipo de la literatura europea en el siglo XVII. No sin razón mereció este siglo el nombre del monarca francés que reinaba entonces. Luis XIV dotado de altas facultades para la política, no lo estaba menos para dar vuelo á la literatura de su reino: era un rey letrado; dispensó su poderosa protección á los célebres poetas que produjo aquel tiempo, y con ella contribuyó á perfeccionar el teatro, escuela naciente donde se formó el gusto, se perfeccionó la lengua y de donde se difundieron las luces. A principios del siglo, medianos poetas habían dado á la escena piezas imitadas de los italianos y españoles; mas, apareció Corneille y desde sus primeros ensayos atrajo la atención pública y la admiración de los espectadores.

Sucesivamente fueron elevando el crédito de Corneille las composiciones que daba á luz; pero la que llevó hasta el último grado y dió al siglo el nombre de Luis XIV fué *El Cid*. El Cardenal de Richelieu, envidioso de todo genero de gloria, suscitó contra el poeta los celos de todos los autores y hasta los de la Academia; pero por más que la crítica de la envidia se exasperó contra las producciones de Corneille, el público se obstinó en admirarle, su nombre, repetido en toda la Francia, pasaba á las otras naciones. El poeta no respondió á Richelieu ni á la Academia sino con nuevos prodigios del genio. Después de *Los Horacios* publicó *El Cinna*, superior á todos sus dramas. *El Cinna* cuya primera representación arrancó lágrimas al gran Conde y colocó el teatro francés en el pináculo de su gloria. Las grandes obras tienen el privilegio de sostenerse contra la censura apasionada, y pasan á la posteridad con el nombre de sus autores.

Después de varias otras tragedias publicó Corneille algunas comedias, entre ellas *El Mentiroso* y *Rodoguna*. En sus últimas obras se nota ya la decadencia del genio, y con todo, conservó siempre su influencia, y el honor de ser el primero que figura en la escala ascendente de este siglo, unió el de haber trazado el camino por donde le siguieron otros tan grandes como él. No es poca honra, en efecto, tener por discípulos poetas como Racine y Moliere.

Racine tuvo la suerte de principiar su carrera literaria bajo el favor del viejo Corneille. Las primeras composiciones debieron su aceptación más bien á este favor que á su mérito real, y su celebridad justa no empezó sino con la representación de *Alejandro*. En la *Andrómaca*, *Británico* y *Berenice* ostentó Racine todo el genio trágico de los griegos. Había bebido la inspiración en los antiguos, y era la antigüedad la que supo reproducir en el teatro; era el Eurípides moderno, poniendo á la vista de la sociedad nueva los grandes personajes de los siglos que habían pasado.

Desavenencias un tanto amargas con sus maestros del Puerto Real, y la censura que se acarreó por su conducta con su protector Corneille, le obligaron á

guardar silencio por algunos años; pero un incidente casual despertó de nuevo su genio. La ocasión era propicia para que pudiera romper con lo pasado, para dejar las fuentes paganas donde había buscado la inspiración y para probar que no había abandonado las creencias de su juventud. Racine pudo desde entonces consagrar á la religión su talento; su inspiración, ya algún tiempo contenida, la reveló obras maestras; todo concurrió para elevarlo esta vez sobre sí mismo.

Quiso ilustrar la religión, porque era en la religión donde debía buscar su texto, y cerró la historia profana. Sófocles, Eurípides, Séneca fueron relegados al olvido; abrió los libros sagrados, llenos de otro cielo, de otra historia, de otro estilo; dejó el lirismo griego é iluminó su alma con la luz del tabernáculo judío y del Cristianismo. Desde este momento Racine se volvió otro hombre; de imitador que había sido hasta entonces, se convirtió en bíblico y cristiano y se hizo original. La originalidad literaria de la Europa moderna es la Biblia y el Cristianismo. La imitación había hecho de Racine hombre de estilo, la fe hizo de él hombre de genio.

La representación de *Esther* tuvo un éxito que excede á toda ponderación; su influencia como obra original, como monumento de estilo, como modelo de bellezas dramáticas penetró en el espíritu del siglo y engrandeció á la nación de donde había salido este milagro de poesía. Es cierto que *Esther*, á las claras, mostraba la adulación á una favorita real, y lisonjeaba las pasiones del Monarca: pero este defecto de la conciencia del poeta no puede borrar el mérito literario de la obra. Y ¡cosa increíble! la *Athalía*, de la que *Esther* no era más que un prelude, fué recibida con frialdad hasta cierto punto, sin embargo de su inmensa superioridad. Mas no se crea que fué desconocido su verdadero mérito; es que en ella había dado el poeta algunos consejos al Rey, los que fueron tomados como una censura al hombre, como un desacato á la majestad. Los cortesanos se conformaron con el semblante de su amo; y lo que la posteridad ha recibido como el monumento más insigne de la literatura de aquel gran siglo, fué pospuesto á concepciones, si

bien siempre inmortales, inferiores por muchos conceptos á la *Athalía*.

Con Racine y Corneille había bastante para la gloria del siglo XVII; pero la naturaleza quiso prodigarle sus favores, y entre otros le dió también á Moliere, como para que la celebridad del teatro francés fuese completa.

Cuanto de trágico y brillante tuvieron Corneille y Racine, tanto de cómico y festivo se halla en Moliere. Con él vino la restauración de la comedia antigua y la novedad de la moderna. Sus primeras piezas, á pesar de muchos defectos, fueron recibidas con entusiasmo; pero cuando aparecieron en el teatro *El amante desesperado* y *Las discretas ridículas* los aplausos fueron hasta el frenesí; *La Escuela de los maridos*, *Los importunos*, *Las mujeres sabias* y otras muchas comedias tuvieron igual éxito.

Moliere conoció á fondo el espíritu, los defectos, las costumbres de su siglo; en todo puso la mano y trató de corregir cuanto de reprehensible tenían los hombres de aquel tiempo. Las obras de este poeta pueden mirarse como la historia de las costumbres, de las modas, del gusto del siglo XVII; como el cuadro más fiel de la vida humana. Nacido con espíritu de reflexión, adecuado para penetrar la fisonomía de las pasiones de la época, tomó á los hombres como eran y, hábil pintor, descubrió los pliegues más secretos del corazón, imitando el lenguaje, el tono, el gesto, las maneras de todas las clases de la sociedad. Lo fino de las burlas con las que cada una de sus comedias ridiculizaba los más notables defectos de la gente que se suponía culta, era bastante para corregirlos. Más hizo Moliere con sus comedias para el mejoramiento de la sociedad, que Boileau con la amargura y aspereza de sus sátiras.

Moliere fué el Aristófanes francés, pero más pulido, más cómico, más festivo que el griego; su chiste, al paso que le conquistaba el aprecio de los espectadores y de los lectores, mejoraba las costumbres. Las comedias de Moliere fueron muy pronto buscadas y representadas en todos los teatros; ellas han quedado en la historia de la Literatura como un insigne testi-

monio de la importancia literaria del siglo en que salieron á luz.

El teatro español, que desde el siglo precedente, había principiado á entrar en la nueva vía con Lope de Vega, sostuvo su auge en este siglo con Moreto, Alarcón, Rojas y otros hasta el famoso Calderón. Sin destruir la forma de la comedia de enredo podía darse al drama más profundidad y filosofía, y más calor á la expresión de las pasiones; pues bien, esto es lo que hicieron, después Tirso de Molina, Moreto, Alarcón y Rojas, cuyas obras se han mirado siempre como joyas preciosas de la corona poética de España en el siglo XVII, habiendo aun servido muchas de ellas á los más célebres dramáticos franceses para la formación de las suyas.

Al cabo de tan inmenso caudal de comedias, como remate de aquella época floreciente para el teatro español, debía aparecer algún ingenio que, reuniendo en sí las cualidades sobresalientes de cada uno de los anteriores, lo elevase á su mayor altura. A Lope de Vega faltó arte para la combinación de la fábula, Tirso de Molina fué procaz y licencioso, Moreto falto de inventiva, Rojas exagerado, Alarcón poco ideal; era necesario un hombre que al artificio, al decoro, al lenguaje poético uniese las dotes de aquellos poetas; un ingenio que reuniese todos los primores del arte y las dotes de la naturaleza; y este ingenio, este hombre prodigioso fué Don Pedro Calderón de la Barca, Príncipe de los poetas dramáticos españoles. El nombre de Calderón resuena en todas las naciones y ha pasado glorioso hasta la posteridad.

No debe creerse por esto que Calderón fuese un dechado de perfección en el género que cultivó; pues atentos los defectos naturales del teatro de entonces, y de las costumbres y espíritu de la época, debía pecar en muchos puntos. Calderón tuvo que representar á su siglo, y en su persona se reunieron las cualidades y los defectos de los españoles. Calderón fué esencialmente español de aquel siglo; sus obras retrataban la España de esos tiempos; pero su pincel es el instrumento que embellece el cuadro de la Literatura, pintando con los colores del caso, esos lienzos que lo ponen en relieve.

Es cierto que la crítica se había desencadenado contra este poeta, pero fué la crítica de los apasionados á lo clásico, de los que buscan en las obras de un siglo la imagen de los siglos que no llegan aún. La revolución producida en la poesía dramática por Shakespeare ha venido á justificar á los poetas españoles de la era moderna y á dar al famoso Calderón el puesto que legítimamente le corresponde en la historia de la literatura general del mundo. El nombre de Calderón tiene, pues, una popularidad, no sólo española más aún europea, y esto da una idea más justa de la influencia de sus obras en la Literatura.

Tócanos hablar ahora del que ha personificado la época moderna, reduciendo el drama á su propia naturaleza, es decir, á lo real, como que es la expresión de la sociedad. Dijimos antes que la tercera edad del mundo era esencialmente dramática y que Shakespeare representaba esta edad, por haber mezclado y reunido los elementos que son su carácter, los tipos que hacen la naturaleza completa del hombre, y que han sido reconocidos y proclamados por el Cristianismo.

En efecto, los dramáticos anteriores á Shakespeare se habían limitado á reproducir, aunque mejorándolo, el teatro clásico de los griegos. Los franceses aceptaban ya la reforma tímidamente anunciada por los españoles; Shakespeare se penetró del espíritu de la época y con paso atrevido dió al drama su verdadero carácter. Tuvo que luchar con las preocupaciones, con las resistencias á la innovación, con el fanático respeto de los literatos á la antigüedad; pero la Sociedad comprendió que estaba representada como ella era, como debía representársela, y acogió al poeta ahogando en el entusiasmo á sus censores.

Shakespeare se encuentra, por lo mismo, á la cabeza de la nueva Era, y es el principio que puede señalarse á la literatura de la tercera edad del mundo. Semejante revolución en la poesía no vino precisamente del genio del poeta, sino que estaba en el pensamiento de la sociedad; el poeta, no hizo más que enunciarla y contraerla á la forma que necesitaba. Si en el siglo de Shakespeare, y aún en el posterior, la antigua escuela se esforzó en desacreditar el nuevo drama, los grandes poetas del siglo XVIII, los emi-

nentes poetas del siglo actual han reconocido en el reformador el genio de los tiempos modernos y le tributan á porfía las alabanzas que merece. La literatura del siglo XVII presagió, pues, el carácter de la literatura de los nuevos tiempos; debía ser especial, por tanto, comprendiendo la poesía épica como la lírica, caracteres de las edades precedentes; pero comunicando al conjunto el carácter predominante que le pertenece, el dramático.

Las primeras tragedias de Shakspeare obtuvieron tal éxito, que no sólo elevaron su nombre, sino que además le produjeron lo bastante para rehacer su fortuna arruinada y formar la de sus compañeros de teatro. Había en su genio una fuerza y fecundidad prodigiosas, y en ninguna obra brilla lo sublime con más frecuencia, que en sus tragedias: retrataba á la sociedad y sacaba á la escena sus virtudes y sus vicios, lo que tenía de noble por el espíritu y lo que le acompañaba de miserable por la materia; hizo ver al hombre como es él en todas las esferas, en todas las condiciones de la vida.

Monstruos admirables llamó Voltaire á las primeras obras de Shakespeare, modelos de dramas las llamaron después. Sea de esto lo que fuere, Shakespeare como reformador, da nacimiento á una época literaria, y su influencia, al par que decisiva, con la introducción de un nuevo tipo, fué inmensa en el mundo del pensamiento; ella debía pasar, como ha pasado, á los siglos siguientes y durará mientras dure la sociedad cristiana. Shakespeare retrata á la sociedad como ella es; cada personaje tiene su fisonomía propia que lo distingue de los demás. En los dramas de Shakespeare el hombre aparecè con su corazón, sus pasiones, virtudes, flaquezas, heroísmo, delitos: todo patente, todo conforme á la naturaleza; luchando siempre los dos tipos, pero tendiendo siempre la creatura á su verdadero fin moral. En *Julieta*, *Desdémón*, *Otelo*, *Hamlet*, vemos el espíritu sobreponiéndose siempre á la materia, la humanidad representada al vivo. He ahí la causa por la que Shakespeare no es el dramático inglés, sino de todo el mundo, he ahí porque su fama es imperecedera. Los personajes tomados de todas las clases de la sociedad,

obrando cada uno en su esfera y conforme á su condición dando la idea de la vida real interesan tanto más cuanto que el espectador los reconoce y los compara consigo. Las creaciones fantásticas del teatro antiguo debieron ceder el puesto á las verdaderas figuras del teatro moderno; y ya era tiempo; la reforma anunciada por Calderón estaba en el genio de la nueva edad, Shakespeare fué la expresión de esa edad.

Dryden, poeta del mismo tiempo y de la misma escuela extendió la innovación aún á los otros géneros de poesía que cultivó á una con el dramático. Sus obras están llenas de descripciones naturales y brillantes á un mismo tiempo; los cuadros son animados, vigorosos, atrevidos, apasionados. La reputación de Dryden sería inmensa, aun cuando no hubiera dado á luz sino la décima parte de las composiciones que salieron de su pluma.

El Duque de Buchingan, el Marqués de Hallifax, el Conde de Clarendón, Buttles, Fillostón y otros muchos adquirieron fama en todo género de escritos, é ilustraron la literatura inglesa en el siglo XVII. Pope cultivó la lengua con esmero, y sus obras han quedado cual modelos de buen estilo; es el Boileau de Inglaterra; los franceses mismo han reconocido en él al rival de su poeta favorito. El *Ensayo sobre la Crítica* es obra sumamente celebrada y con justicia, porque es magistral en su género, así como el *Ensayo sobre el hombre* es una de las maravillosas composiciones que honran el ingenio humano.

En la poesía épica no tiene el siglo XVII otro que á Milton en Inglaterra. El *Paraíso perdido* es el único poema que, entre muchos publicados con las pretensiones de epopeyas, puede en algún modo reducirse á este género. Milton había escrito muchas obras en latín y en inglés; pero la que le ha dado toda su celebridad es *El Paraíso perdido*. Al principio no encontró este poema ni lectores, cuanto más admiradores; fué el célebre Addisón quien descubrió á los ingleses y á Europa aquel tesoro oculto de bellezas. La obra es un bello monstruo por sus prendas y sus defectos; los ingleses se creyeron, desde entonces poseedores de un Homero; se multiplicaron las ediciones, se tradujo al francés y á otros idiomas, y

fué inmensa la boga que se adquirió, tanto por su mérito real, como por la exageración de la censura que, á una con la celebridad, se levantó por todas partes.

La Biblia suministró á Milton el argumento para su poema, y del Génesis particularmente tomó la acción que se propuso desenvolver en él. La creación del mundo ofrecía materia vasta á la poesía para que pudiera ostentar todas sus galas; pero cualquiera que fuese el poema era imposible que no quedara á infinita distancia del libro de Moisés, el poema por excelencia. La caída del hombre por su pecado, su expulsión del Paraíso, su peregrinación en la tierra y la promesa de la redención asunto era para sublimar la palabra humana hasta un grado desconocido después de la Biblia; pero reducida la acción del poema á estrechos límites, dióle el poeta suficiente extensión con sus cuadros episódicos en los cuales, si ha desplegado su genio, ha empequeñecido, por otra parte, los sublimes atributos de la Divinidad, naturalizándola en cierto modo y presentándola semejante á los dioses de la Ilíada.

La pintura del infierno y del suplicio de los ángeles rebeldes en los primeros cantos; la continuación de su rebeldía proponiéndose reconquistar el cielo ú oponerse á las miras del Altísimo en el objeto de la creación del hombre; la salida de Zatán del infierno, su vuelo atrevido através del espacio, la descripción del caos no pueden ser cuadros más valientes ni más propios del asunto. El diálogo entre Dios Padre y su Hijo Unigénito, decretando el primero el castigo de Adán y su descendencia y tomando el segundo sobre sí la expiación para redimir al género humano, dan la idea más alta de la justicia y á un mismo tiempo del amor divinos respecto de la creatura. Ese inimitable himno á la luz, al principio del tercer canto y el que dedica al amor conyugal, en la descripción del Paraíso y de la vida de nuestros primeros padres, igualan á lo más bello que se ha escrito en todas las lenguas. La luz que sale del caos, las aguas que se retiran, la tierra que surge y se reviste de cuanto la embellece y sirve á la conservación del hombre; el cielo que aparece cubierto de esos astros brillantes y majestuosos y poblado de inu-

BIBLIOTECA

NACIONAL

merables estrellas, todo esto es un sublime para el cual no basta ningún encarecimiento. El horroroso cuadro de la guerra entre los hombres, consecuencia de la discordia nacida de las pasiones, que el arcángel hace ver á Adán desde una cima del Paraíso, y aquel con el cual termina la visión sobre el estado al que llegará el Cristianismo por la corrupción de sus ministros, la alteración de sus purísimas doctrinas y la perversión de los fieles están trazadas con un pincel homérico y no lo está menos el de la hipocresía en esa imagen de los falsos cristianos que, decorados con signos exteriores y materiales, tratan de introducirse al cielo.

Pero en medio de tantas bellezas hay en *El Paraíso perdido* defectos imperdonables censurados con justicia por críticos ilustres, á pesar de la apasionada defensa de Addison, Richardson, Blaire y otros ingleses. Ya apuntamos que la repugnante mezcla de lo material con lo espiritual era el notable defecto de *El Paraíso perdido*: aquella lucha entre los ángeles fieles y los rebeldes, quienes combaten como los mortales, manifestando las pasiones feroces de los héroes de la *Ilíada*; aquel diálogo entre el arcángel Gabriel y Zatanás amenazándose, como pueden amenazarse los guerreros incultos y valentones; el papel que representan los espíritus tomando formas materiales y descendiendo á las miserias humanas; el que hace Dios mismo, manifestando temores sobre el plan de los ángeles rebelados y sobre el éxito de la rebelión; la pintura de la vida celeste sujetas á todas las necesidades mundanas y á los goces materiales de la tierra son manchas que no se pueden borrar con los ejemplos de la *Ilíada*. Los dioses y semidioses de Homero eran para todo eso, porque así lo reputaba la teogonía genética; en la teología cristiana, lo materializa lo inmaterializable, pervertir la idea de una religión puramente espiritual es pecado que no sufre la razón ni la poesía.

En cuanto al estilo se notan en el poema de Milton epítetos inadecuados muchas veces, profusión de símiles en lo general y aglomeración de ellos respecto de un mismo objeto. Las alusiones á las personas, lugares y parajes mitológicos, prodigados con

fastidiosa repetición, no se conforman siempre con los á los cuales se refieren; ni es tolerable que lo perfecto se quiera hacer sensible con las imperfecciones inherentes á la fábula y á la humanidad corpórea y decaída. Tocante á la lengua uno que otro lunarciello no pueden despojar á *El Paraíso perdido* del mérito que generalmente se le reconoce.

Milton, ardiente partidario de la libertad, sostuvo con elocuentes escritos la de su patria. En la lucha en que se encontraba con la tiranía de los reyes, demostró el derecho de los pueblos para juzgar y deponeer á sus tiranos, y ganó para su causa, con la *Defensa del pueblo inglés*, tanto para la Literatura con *El Paraíso perdido*.

Otro escritor que adquirió gran celebridad y realzó la literatura inglesa en este siglo, fué Addison. Muy temprano se desarrolló su genio para la poesía; era estudiante apenas cuando publicó su *Musa anglicana*, producción que un poeta de edad no se habría desdeñado de aceptarla como suya. Salió á luz en seguida su bello poema en honor de Guillermo III; y las otras piezas que compuso para cantar las victorias de su patria, le valieron el amor del pueblo y la estimación de los grandes. Su *Catón* es la primera tragedia inglesa escrita con elegancia y nobleza sostenidas; pero el poema á la batalla de Hochstet se distingue entre sus demás obras poéticas. En sus escritos mostró toda la polífrica de un cortesano; mereció el nombre de sabio, por haber procurado inclinar el genio inglés al orden, á las reglas y á las conveniencias.

Inglaterra emuló en este siglo la gloria de la Francia por su fecundidad en escritores famosos. Después de Italia, ninguna nación cuenta poetas más antiguos y respetados en la posteridad. Gouver y Chaucet dieron ya en tiempo del Petrarca alguna dulzura á la lengua y algún renombre á la poesía nacional; en seguida, á lo menos en la elocuencia vulgar, Inglaterra es la que, después de España, tiene escritores buscados y aplaudidos hasta el presente.

El reinado de Carlos II trajo para Inglaterra una revolución en el gusto y en la forma de los escritos; se dejaban las tradiciones nacionales y se adoptaba la regularidad de la literatura francesa; pero la prosa

ganó más en esta revolución que la poesía. Tillotsón depuró la lengua del púlpito; la filosofía tuvo á Loeke; la literatura propiamente dicha á Hamilton; el nombre de Clarendón es célebre entre los historiadores; Algernón Sidney creaba la lengua política.

No es, por tanto aventurado decir que la poesía inglesa fué invadida por el gusto francés desde que Dryden se presentó en la escena. Toda lengua que se da á la imitación dejando su originalidad se gasta, aún cuando por otra parte se perfeccione. La poesía inglesa llegó á adquirir marcada corrección con Dryden; es el fundador de la crítica entre sus compatriotas; largo tiempo trabajó para el teatro y dejó una buena serie de poetas dramáticos que han ido sucediéndose de unos á otros hasta nuestro siglo. Waller, Rochester y otros poetas satíricos y licenciosos no fueron los primeros escritores de su época; pero dieron á la Literatura en boga el tono que tuvo durante el reinado de Carlos II. Después de una revolución política que había llevado á un rey al cadalso, la revolución literaria debía cambiar el aspecto de la Literatura abriendo el camino á reformas que se extendía por todo el mundo ilustrado bajo la influencia del gusto y la fecundidad de los escritores franceses. La caída de la república trajo de nuevo la política del antiguo gobierno con el sucesor del desgraciado Carlos I; pero la Literatura siguió el impulso recibido.

Y volviendo á la Francia, de la que nos hemos separado un tanto, por seguir á las otras naciones en el género de que estábamos hablando, encontramos á La Fontaine y á Boileau; á La Fontaine que fué en su tiempo la preocupación de Francia. Sus fábulas y sus cuentos formaron un nuevo género de poesía en su patria; como obras de imaginación y de fantasía debieron ser aceptadas por un pueblo que nacía para las Letras; pero imitador, plagiarlo más bien, carece de originalidad, y la licencia llevada hasta el último punto, hace de sus escritos obras enteramente subalternas en Literatura. Algo dejó para la lengua, casi nada para el gusto del siglo que fué el siglo del buen sentido y del decoro.

Boileau es él solo todo un proceso literario: mediocre para unos, Tarquino de la literatura francesa

para otros, era la pasión, la parcialidad las que hablaban entonces. Boileau no fué ciertamente un hombre de genio ni tuvo ese exceso de cualidades que componen la naturaleza de los grandes poetas; Boileau fué la sátira, la encarnación del epigrama, pero un satírico de estilo superior al de la sátira, un censor del mal gusto de su siglo, de los defectos de estilo de su tiempo. No miró la vida sino los libros, se atrajo á buen tiempo el odio de los malos escritores y la amistad de los ilustres. Como escritor, su principal mérito estuvo en haber sido el hombre necesario en el momento en que aparecía la literatura francesa. Esa literatura corría á su pérdida por la servil imitación á los poetas italianos y españoles, era preciso un vigoroso golpe de férula en las manos que manejaban la pluma de Ronsard.

Ronsard era sin duda mucho más poeta que Boileau; en él había algo de Tasso, algo del Petrarca, algo de Ariosto, casi algo de Píndaro; había también cierta gracia juvenil, cierta gala que encantaba el alma, pero que impulsaba á la lengua á su decadencia y amenazaba con una degeneración al espíritu francés.

Contra esta escuela Boileau osó abrir una campaña de crítica dura, pero valerosa, que no carecía de peligro ni de gloria para un joven sin otro apoyo que el de su pasión por lo verdadero. Las cualidades verdaderamente antiguas del estilo de Boileau, cualidades nuevas á fuerza de ser antiguas, aparecieron desde sus primeros versos; se creaba un lenguaje propio, un estilo propio que habían de servir para los grandes monumentos literarios franceses.

Boileau no fué un gran poeta en la extensión de la palabra; pero es un admirable artista del estilo. Hombre de buen sentido, hombre de espíritu recto, hombre de talento, hombre de gusto, el primero de los críticos en acción. Como crítico tuvo dos influencias, la una muy dañosa, la otra muy saludable para el genio especial de su país; por la primera retardó el nacimiento de esa literatura elevada, apasionada, que apareció casi un siglo después; por la segunda regularizó y dirigió ese espíritu excelente que debía dominar en la literatura francesa: Boileau fué para ella un institutor que alentó con una mano y contuvo

con la otra aquella sabia naciente, superabundante de genio que podía corromperla por la exageración.

Tales servicios á la lengua, al buen sentido, al buen gusto hechos en bellísimos versos por un buen ingenio no podían ser desconocidos sin injusticia, ni olvidados sin ingratitud por la nación del buen sentido y del buen gusto, como es la Francia.

Boileau, ensayando ser didáctico, no ha temido ser severo; ha hecho todo un poema en cuatro cantos. Su poética tiene el orden y la simetría de un tratado en forma; después de los consejos más sabios y de la historia de la poesía francesa describe y estudia todos los géneros principiando por el idilio, la égloga, la elegía, la oda, el soneto, el epigrama, el madrigal, la sátira; se eleva en seguida á objetos más altos y trata de la tragedia, del poema épico, de la comedia, para concluir con nuevos consejos. Le han reprochado juicios que no son dictados por la justicia y el buen gusto; ha desconocido al Tasso y á Quinault y olvidado á La Fontaine con la fábula; se puede reprocharle también algunos versos poco castigados y tal cual expresión vulgar; pero esta crítica de detalle nada quita á una obra que ha merecido con razón el nombre de verdadera poética.

La Francia no tenía entonces como la Italia un Dante gigantesco aunque tenebroso, un Tasso épico aunque enervado, un Maquiavelo robusto aunque depravado, un Ariosto que hubiera sido perfecto, si no hubiera sido fútil; no tenía como Portugal un Camoens grandioso aunque demasiado latino; no tenía como Inglaterra un Milton bíblico aunque monótono, ni como España un Ercilla enérgico aunque desaliñado. La Francia tenía, con su inexperiencia, esa universal aptitud que iba á darle, de hombre en hombre, según la hora y según la necesidad, no el imperio sino la dirección del espíritu á la Europa. Mas esta dirección que Francia iba á dar en las Letras, en la filosofía, en las ciencias, en la política, en las artes, en el gusto á la Europa y á la América la recibió primero de Boileau después de la vida de Luis XIV. Hombre de regla en las Letras conoció la necesidad de un gobierno en las Letras, y fundó el gobierno del buen gusto, esa monarquía que, gracias á la unidad del es-

píritu humano ha ido extendiéndose de día en día y se ha vuelto universal.

Después de Boileau merecen particular mención, como grandes figuras de la literatura francesa en aquel tiempo, Madama Sevigne, Montaigne y Pascal: todos tres hicieron mucho por la lengua y el estilo. Madama Sevigne fué incontestablemente uno de los escritores originales que dieron lengua propia á la Francia; fué original, porque el corazón lo es eternamente aun cuando el espíritu sea plagiarlo. Madama Sevigne es un escritor de corazón, un genio del hogar; creó la lengua de la conversación, de la correspondencia epistolar. Una mujer perfeccionaba la lengua de Bossuet y preparaba la de Voltaire. Sus cartas son monumentos de estilo, monumentos de esa literatura tan rica ya, y que inmortalizó el siglo de Luis XIV.

Montaigne, aunque incorrecto, tuvo tanto espíritu y buen sentido, que se le perdonaba su excesiva libertad. Como filósofo fué un tipo de bello carácter y de tolerancia. Sus *Ensayos* son una obra buscada y leída con placer hasta en el presente siglo; el Cardinal Du Perrón la llamaba el *Breviario* de la gente honrada.

Pascal genio vasto y variado, que cultivó muchos ramos de la Bella Literatura, así como de las ciencias exactas, fué uno de los más notables ornamentos del siglo XVII. Su gracia y elocuencia para la polémica se dejaron conocer desde que, retirado al convento de Puerto Real, abrazó la defensa de los solitarios de este convento contra los jesuítas. Sus *Cartas provinciales* hicieron en esta lucha más que cuanto habían hecho y pudieron hacer los escritores de esos ilustres solitarios: las comedias de Moliere no tienen más sal, las sátiras de Horacio no las exceden en chiste. A juicio de Despreaux las *Cartas provinciales* tienen mérito superior á los antiguos escritores y el autor de *El Siglo de Luis XIV* refiere al tiempo de la publicación de estas cartas la fijación de la lengua francesa. Lo ridículo con que ellas cubrieron á los adversarios de Puerto Real, fué tanto que en la impotencia de defenderse apelaron al poder eclesiástico y al temporal para proscribir las; pero la prohibición misma realzó el mérito de Pascal, y sus *Cartas* fueron

desde entonces buscadas con mayor avidez y leídas con mayor entusiasmo.

Como escritor sagrado, Pascal se coloca al borde de un abismo, porque mira el fondo de los misterios cristianos con ojo vacilante; su lenguaje en este punto es una lógica desesperada; no razona, se abdica. Como algebrista que es, compendia su pensamiento y su lengua para convertirlos en fórmulas. La lengua le debía en precisión cuanto le hacía perder en derechos y buen sentido á la razón humana. *Los Pensamientos* de Pascal son el suicidio del espíritu absorto en la metafísica; sus dichos en la conversación han quedado como proverbios, su nombre como la gloria del pensamiento.

No termina aquí la serie de esos grandes hombres que florecieron en el siglo XVII en Francia y las otras naciones. Todo había concurrido, durante ciento cincuenta años, en la religión, en la política, en las armas, en la educación pública, en la dirección de las Letras y de las artes á elevar la Francia á una de esas épocas de civilización, de gloria, de paz, de lujo de espíritu en que las naciones hacen alto un instante, como el sol en su cenit, para concentrar todos sus rayos en un foco de esplendor activo; y para mostrar al mundo lo que puede ser un pueblo llegado á su perfección de conocimientos, de unidad y de genio.

La religión y la monarquía, estos dos principios de autoridad absoluta, el uno sobre las almas, el otro sobre los espíritus, se habían estrechado con indisoluble lazo; habían dado á Francia cuanto puede dar el despotismo—la concentración y la regla de todas sus fuerzas intelectuales y materiales en un esfuerzo universal de las inteligencias disciplinadas bajo el poder de la Iglesia y del Rey. Todo había concurrido para elevar el siglo dirigido por los sucesores de los galos. Grandes hombres recordaban las glorias del siglo XVI; milagrosos descubrimientos habían elevado las ciencias; las Letras habían dejado monumentos inmortales; pues bien, el siglo XVII se aprovechaba de esos ejemplos é iba á dar otros que se sobrepondrían á su memoria; los habían dado ya en la poesía dramática, en el estilo, en la lengua, en el discernimiento y buen sentido; no podía quedar atrás en los.

otros ramos, En efecto, si hemos visto ya esas figuras gigantescas en la poesía, vamos á ver ahora las que rivalizaban con ellas en grandeza, ostentándose en la tribuna sagrada, en las ciencias, en los escritos de todo género.

CAPITULO XIV

Siglo XVII—Continuación

Según Mr. de Lamartine, el carácter distintivo de la literatura de este siglo, y que contribuye á darle originalidad, es el carácter religioso y por decirlo así, sacerdotal. Es la Iglesia la que inspira, es el Sacerdote el que se levanta como pontífice de las Letras. Muchos de los fundadores de estilo son escritores ú oradores salidos del santuario, ó afiliados en la secta eclesiástica y ascética de Puerto Real. Este carácter de la alta literatura debía fundar un género de estilo completamente propio para el Cristianismo, como modo original y sin ejemplo en ninguna de las literaturas antiguas.

Queremos hablar de la literatura eclesiástica que abraza el sermón, la homilia, la oración fúnebre. Era, sobre todo, en la oración fúnebre en la que se percibía por primera vez la unión de la elocuencia sagrada y la profana, del púlpito y la academia, del pontífice y el hombre de Letras. El sacerdote, por su privilegio de hablar en el templo y sobre las tumbas, debía ser el inventor de este nuevo género de elocuencia, elocuencia entre el cielo y la tierra, por decirlo así. Esta doble situación del sacerdote orador era una novedad, y en esta situación era Bossuet el personaje culminante.

Bossuet se había formado para el sacerdocio, para el pontificado, para el altar, para el púlpito; ningún otro puesto, ninguna otra función convenía á tal naturaleza. Este hombre no era un hombre, era un oráculo.

No queremos lisonjear ni denigrar al sacerdocio; no queremos hablar del sacerdote sino en su aspecto de literato; pero dejando á un lado la teología y con-

siderando sólo la profesión sacerdotal en sus relaciones con el mundo, debemos reconocer las superioridades morales y los privilegios inherentes á esa profesión de los hombres de genio y de virtud que se consagran á ella.

Una preocupación de piedad, de ciencia y de virtud rodea, desde luego, al sacerdote; él lleva por delante el respeto al santuario, y no es una preocupación imaginaria. Conocemos las debilidades, los vicios, las ambiciones, los orgullos, las hipocresías del estado envueltos en el brocado y en el lino: el Evangelio mismo levanta la piedra que cubre los sepulcros blanqueados para desacreditar á los virtuosos en apariencia. El traje no transforma las deformidades del cuerpo, y si hay vicios en el sacerdocio, estos vicios son más abominables en él que en las otras condiciones del hombre, porque el sacerdote vicioso protesta contra la santidad de Dios y contra la pureza de la moral.

El carácter sacerdotal da al hombre una autoridad de prestigio sobre los demás hombres reunidos para oírle. El sólo tiene la palabra en la tribuna de las almas, el púlpito es su trono; para un sacerdote de genio la tribuna sagrada es el lugar más elevado á donde un mortal puede subir en la tierra: y si este hombre es un Bossuet, es decir, si reúne en su persona la convicción que asegura la actitud, la pureza de vida que preconiza el *Verbo*, el celo que entusiasma, la autoridad que impone, la nombradía que predispone en su favor, el genio que es la divinidad de la palabra; si este hombre sale lentamente de su recogimiento; si se eleva poco á poco por la inspiración, toma su vuelo y no siente el púlpito bajo sus pies; si respira á pleno airé el espíritu divino; si derrama inagotablemente, desde esa altura desmesurada, la palabra de Dios sobre su auditorio, este hombre no es un hombre, es una voz. ¡Y qué voz! voz que no es contradicha ni detenida; voz que se escucha en silencio, de rodillas, con lágrimas en los ojos, con mudos aplausos en el alma; voz que habla á la creatura en nombre de Dios, no de los intereses fugitivos de la tierra, sino de los intereses eternos, de las delicias de la bienaventuranza.

He aquí la tribuna del sacerdote en la cual no debe verse sino á Bossuet, cuya historia es la historia de la elocuencia; él nació, vivió y murió en el templo; su existencia no fué sino un discurso continuado. Fué el primero que elevó la oración fúnebre á la altura de los profetas; su lengua llegó desde entonces á la elegancia y soltura de la de Cicerón.

La muerte del príncipe de Condé suministró á Bossuet el más sublime de sus textos; fué la última de sus inmortales oraciones fúnebres. La lengua francesa tomó, en boca de Bossuet, un acento que no encontró después de él; pero quedó cierto eco en la voz de los grandes oradores sagrados que le sucedieron sin igualarle. No en vano se levanta el diapasón de la elocuencia de un pueblo; la voz se extingue, el orador pasa, pero queda el diapasón; el instrumento sobrevive al soberano artista que lo ha tocado.

El discurso de Bossuet acerca de la historia universal es un gran monumento de elocuencia que dejó para honor de la Literatura. Su dialéctica tenía tanta fuerza como sus oraciones; escribió mucho; pero como sacerdote orador hizo época y dejó su nombre para ejemplo de los que se consagran al altar, y para estímulo de los que hablan al Pueblo desde la tribuna del templo santo.

Extinguida la voz de este grande orador quedó á lo menos un eco en Bourdaloue y en Massillón. El siglo que prodigó á Bossuet no debía obrar un milagro aislado y sin consecuencias. La tribuna sagrada se había convertido en asunto de la nueva literatura y la tribuna sagrada continuó sosteniendo el carácter literario del siglo de Luis XIV. El arte de Bourdaloue consiste en desenvolver é ilustrar cada una de sus ideas, y cada una de sus pruebas con ideas y pruebas nuevas, tan luminosas las unas como las otras. Popular y elevado, nada quitó la profundidad del razonamiento á la claridad de su estilo. Su solidez no es como la de Nicole, es una solidez elocuente y animada; se había alimentado el orador con la lectura de los santos Padres; pero no tomó de ellos más que la doctrina; su oración era como lo pedía la época. París y las principales ciudades de las provincias fueron,

durante algunos años los lugares de sus triunfos oratorios.

Massillón, más dulce, de una simplicidad más brillante, de una elocuencia tierna y caritativa, hizo con su palabra más conquistas, porque sabía hablar al corazón. Fué enteramente original; creó un género de oratoria propio suyo, y adquirió una celebridad cuya influencia se extendió prodigiosamente tras de la de Bossuet y Bourdaloue. Lleno de virtudes, modesto á la par que animado, aumentó su popularidad con el ejemplo de su vida, tanto como con su palabra. Prefiriendo el sentimiento á todo, llenaba el alma de su auditorio de esa emoción viva y saludable que hace amar la virtud por lo que ella es, antes que por el temor que inspira los resultados del vicio. Su estilo puro, claro, es el adecuado para la inteligencia de la multitud, como para la de la gente de ingenio.

Massillón y Bourdaloue no imitaron á nadie, son originales en la forma y en el fondo. La antigüedad no tenía esa elocuencia serena é imperiosa que habla á la conciencia en nombre del Cielo. Esos profetas razonadores de la Iglesia, vuelta literaria, han dado á la lengua, con el período de Cicerón, la gravedad, la majestad, la autoridad de acento de que carecía. La Iglesia literaria está representada en estos tres gigantes, y la literatura moderna les debe tanto, como á Racine y Boileau, la originalidad y la nobleza.

Entre los nombres de tantos escritores de aquel siglo, el de Fenelón es uno de los que más simpatías ha dejado para la posteridad. En ningún siglo moderno había tomado más auge la autoridad absoluta de los reyes; Luis XIV fué la encarnación del despotismo; los derechos del hombre estaban desconocidos, los pueblos envilecidos, á fuerza de ser *despotizados*; los ejemplos de la antigüedad en olvido, y nadie se atrevía á dar un consejo á los monarcas reputados infalibles. Fenelón fué el primero que, en su precioso libro *Las Aventuras de Telémaco*, osó trazar á los reyes el camino que debían seguir en el gobierno de las naciones; presentó á los vasallos como hombres, hizo de la autoridad legítima un retrato conforme á la dignidad de los ciudadanos, la ofreció como la ima-

gen de un padre amoroso, resumió, en fin, en ese libro inmortal los deberes de los que mandan y los derechos de los que obedecen.

Como filósofo y político apareció gigante; como escritor emuló la gloria de los que le precedieron. Fijó la forma de ese género de escritos en que tanto se desviaban los romanceros y novelistas, y añadió mucho á la excelencia del estilo francés, ya reconocida y en boga desde Boileau y Madama de Sevigne.

Vimos antes cuánto contribuyó España á las glorias de este siglo con sus poetas y otros escritores, y no sería justo dejar sin mención á otros que hicieron gran figura en aquel tiempo, y que poderosamente influyeron en el progreso de la literatura moderna: Los nombres de Quevedo y Cervantes han pasado hasta nosotros y pasarán á las siguientes generaciones; el del uno por su fecundidad prodigiosa, el del otro por la inimitable obra con que logró dar un golpe de muerte á las preocupaciones más arraigadas entonces en casi todas las naciones europeas.

Juzgando á Quevedo sólo por sus obras festivas, muy fácil es formar una opinión equivocada. Los escritos jocosos de Quevedo no son sino desahogos de ocupaciones graves, y apenas forma una pequeñísima parte de las obras que salieron de su fecunda pluma. Como poeta recorrió todos los géneros, desde el más elevado hasta el más bajo; como prosista hizo igualmente ostentación de su genio, tocando cuantas materias eran cultivadas por nacionales y extranjeros. Tan prodigiosa era la facilidad con que improvisaba sobre cualquier asunto, que su época le perdonó todos sus defectos por no considerar en él sino los milagros del talento. Su popularidad excedió á la de Lope de Vega; fué el poeta del pueblo de la corte, de las emociones grandes, de los movimientos tiernos; escribió para todos y censuró á los grandes y pequeños con aquella sátira que en la risa envolvía la más amarga hiel. Tuvo vicios enormes como escritor é hizo por lo mismo, mucho mal á la literatura de su patria; pero contribuyó con sus cualidades á elevarla en varios sentidos.

Una de las grandes reputaciones españolas del

siglo XVII, reputación, no sólo española, sino europea, fué Cervantes. La novela había tomado el camino más extravagante entre las preocupaciones de aquel tiempo; representada por los libros de *caballería*, su carácter era la exageración, y una exageración llevada hasta la repugnancia. La novela influía en las costumbres, y tanto como tenía de caballeresco, iba llevando lo ridículo hasta las virtudes.

Para combatir esta popularidad era necesario otra popularidad. Cervantes conoció su genio y acometió una empresa harto difícil, debiendo lidiar con escritores que se encontraban ya con una celebridad merecida. *El Quijote* fué, pues, la producción inmortal que salió á combatir las preocupaciones en boga, á luchar con toda una Literatura. La fama de este libro, lejos de disminuirse, ha crecido con el tiempo y ha llegado á ser inmensa en todas partes. No ha quedado nación que no haya buscado la honra de poseerlo en su idioma, las ediciones se han multiplicado á lo infinito, y la gloria del autor se ha igualado á la de los primeros que conservan su trono en la literatura universal.

Nada falta al Quijote de cuanto puede apetecerse para la perfección de una obra de este género; filosofía, moral, política, costumbres; invención, descripciones, crítica, chiste. Cervantes no obedeció sólo á su inspiración, imitó á la naturaleza y fué el más original de todos los escritores. Dotado de tacto esquisito, conoció su siglo, conoció el corazón humano y puso al lado de la exageración caballeresca la exageración de los bajos afectos; manejó el arma que era necesaria para triunfar de la sociedad y obtuvo el triunfo más espléndido que ha podido desear escritor alguno.

El Quijote es el libro del género humano, el ídolo de todas las clases; por el lenguaje, por el estilo, por la pureza de la lengua ha venido á ser la regla, el código de la dicción castellana, y él sólo ha producido en el mundo literario una verdadera revolución, así como la produjo en las costumbres de aquel tiempo.

Cervantes publicó otras muchas obras, si bien importantes por su mérito y por su objeto, infinitamente inferiores al Quijote. Como Homero fué y

será siempre el orgullo y el lujo de la Grecia y de la edad heroica, Cervantes lo será de España y de la edad moderna.

Las novelas de otro género no tenían los mismos defectos que las de *caballería*. La célebre Madama Scudery elevando la pasión amorosa de los pastores á personajes de más alta esfera, dió á la novela una nueva forma en la *Clelia* y en *Ciro*. La condesa de Lefayete fué la primera que describió las aventuras de sus personajes con gracia y naturalidad, y Richardsson supo dar interés á este género de escritos con la variedad de caracteres y la importancia de los acontecimientos que le sirvieron de materia.

En cuanto á la historia, la Francia que, como ya va dicho, tenía la dirección de la inteligencia, no era bastante independiente, ni tenía bastante profundidad, ni bastante política; Saint Simón, su Tácito inculto, muy apasionado para ser imitador, le dió al punto la originalidad de su carácter. Ni Grecia ni Roma han tenido tal monumento de lenguaje histórico. No es la relación, es el drama; no es el retrato, es el hombre con todos sus rasgos vivos, calcado sobre las bellezas, como sobre las deformidades de su naturaleza. La historia de Saint Simón es la fotografía del siglo: un rey, una corte, aduladores, cortesanos, ambiciosos hipócritas, hombres de bien, malvados; mujeres, pontífices, una nación entera tomada al paso y reproducida no solamente por el arte, sino por la pasión.

Tales Saint Simón, historiador por casualidad, moralista por explosión, filósofo por cólera, satírico por humor, virtuoso por disgusto. Tácito y Juvenal en una misma página. Saint Simón ha inventado una lengua con el vigor de sus aversiones y sus amores. Su estilo rompe á brochadas, en mil partes el período ó lo precipita en un torrente innagotable de frases que arrastran el alma de los lectores con el desborde de sus inspiraciones. Saint Simón dejó formada la lengua de la historia y con ella la norma para dar á los siglos venideros el retrato de los siglos que han pasado.

Al siglo XVII debe referirse también el origen del derecho internacional; pues aun cuando los repetidos pactos celebrados entre los soberanos habían re-

conocido los preceptos naturales, obligatorios á los pueblos como á los individuos, esos pactos no se observaban y esos preceptos eran quebrantados sin otro miramiento que el del interés propio. Carlos V y Richelieu habían hollado el antiguo derecho público hasta el punto de no aceptar obligación alguna; la guerra no conocía reglas, la crueldad y los desórdenes eran las consecuencias naturales de la ferocidad con que se acometían los ejércitos.

Hugo Grocio, impresionado con tantas calamidades como affigían á los pueblos, pensó en restaurar el derecho natural, y la obra de Alberico Gentile, le sugirió quizás la forma de la suya que intituló *El Derecho de la guerra*. Hugo superó á todos sus antecesores en el acierto con que se desempeñó en materia tan delicada y espinosa para aquel tiempo. Esta obra fué de gran influencia y adquirió una inmensa boga; fué el código á que desde entonces se atuvieron los soberanos en sus contiendas y la fuente de donde se han derivado las reglas que, compiladas en distintas formas, han servido para metodizar el estudio del derecho internacional y propagarlo á las naciones.

Las ciencias habían seguido hasta entonces el camino allanado ya por los griegos y los árabes; los sabios del siglo anterior, sin apartarse de los antiguos principios hicieron notabilísimos progresos; pero la invención de algunas ciencias, el nuevo aspecto que tomaron las ya conocidas, y la aparición de una naturaleza enteramente distinta fueron sucesos reservados á la fortuna del siglo XVII. Más novedades se encuentran y más verdades se descubrieron en este siglo que en todos los anteriores. Verulamio, Kepler y otros penetraban secretos ocultos á la investigación; Cartecio, Casini, Bayle, Newton, Leibnitz observaban los movimientos de la naturaleza y la presentaban en su verdadero aspecto. Estos insignes varones han dejado á la posteridad sus nombres cubiertos de gloria, y la posteridad los recuerda con gratitud al verse poseedora de conocimientos de que carecieron los antiguos.

Kepler es reconocido como uno de los fundadores de la astronomía moderna; ha escrito mucho sobre esta ciencia iluminando el campo que tan gloriosa-

mente había de ser cultivado por los astrónomos posteriores. Su obra principal *Astronómica nova seu phísica celestis*, bastante ella sola para inmortalizarle, le grangeó el glorioso título de *Legislador del cielo*. Tuvo que luchar con las preocupaciones reinantes todavía en aquel tiempo; pero consiguió destruir muchas con las demostraciones á las que no pudieron resistir la seguedad y la pasión. Las verdades puestas en claro posteriormente han sido en cierto modo la consecuencia de las que él había llegado á descubrir; la célebre ley de la atracción universal fijada por Newton no tiene otra base que las tres leyes astronómicas descubiertas por Kepler y conocidas con su nombre. Los cálculos de Picard sobre el meridiano terrestre indujeron á Newton al conocimiento de esas leyes de la atracción universal reunidas en la famosa fórmula *La fuerza de atracción de un cuerpo es igual á la masa dividida por el cuadrado de la distancia*. Desde entonces se desarrolló el orden de los admirables fenómenos del universo y facilitó á los sabios de los siglos siguientes la explicación del movimiento de los planetas. El tratado de óptica es otro título para la fama de Newton y la Aritmética universal, publicada poco después sin conocimiento del autor, afirmó esa fama que no ha decaído hasta nuestros días. Sus portentosos descubrimientos elevaron la ciencia á una altura incomensurable y dejaron á la literatura del siglo otro título de eterna celebridad. Y para que en este punto nada quedara que desdijese de la gloria de aquellos tiempos, apareció también Leibnitz, quien á sus conocimientos y escritos sobre diferentes materias agregó los que explicaban la ley de la continuidad, la teoría del movimiento abstracto y del concreto y las bases del cálculo diferencial; y en la Protogea, las de la geología moderna. Su gran talento no se contrajo á las matemáticas solamente, escribió tratados notables de derecho, de psicología y de moral, contribuyendo así por su parte con un brillante contingente de luces á la nombradía del siglo XVII.

Las matemáticas recibieron tal mejora, que los problemas antes insolubles llegaron á ser familiares. Neper, con la invención de los logaritmos, facilitaba el cálculo; Cartecio aplicaba el álgebra á la geo-

metría; Newton inventaba el cálculo diferencial y fijaba las bases de aquella ciencia; Kepler fundaba, en cierto modo, la astronomía moderna; y Galileo, célebre ya en el siglo anterior, nivelaba su gloria con la de todos estos colosos de las ciencias.

Para utilizar más y más tan grandes talentos se perfeccionaban en todas partes los instrumentos conocidos, y se inventaban otros nuevos; el sistema planetario se hacía visible á los ojos de todos; los más recónditos misterios de la naturaleza se mostraban á la luz, admirando á la ciencia misma.

A Torriceli debemos las primeras nociones acerca de la gravedad del aire y de su medida. El barómetro, el termómetro, la balanza hidrostática, inventados en Toscana, dieron principio á la física experimental que tantos progresos recibió en Alemania. La historia natural fué elevada á la categoría de verdadera ciencia con el auxilio de las otras y de los microscopios. La botánica contaba entre sus secueces á príncipes y soberanos, y la anatomía y más ramos de la medicina, participaban naturalmente del adelantamiento general. La academia de *Los Linceos* en Roma, el príncipe Federico Ceci, Fabio Colona, Bauchin, Bay, Teurnefort, Bechert, Reaumur, Sydenam, Hoffán y muchos otros engrandecieron, cada cual en distinto ramo, el crédito de este siglo de luces.

Clerc y Du-Pin redujeron á sistema los principios de la crítica y formaron el arte. Moreri y Bayle facilitaron el estudio con sus diccionarios, y recogieron cuidadosamente las nociones que en toda ciencia debían ponerse al alcance hasta del vulgo.

Se pretende que toda la filosofía de los tiempos anteriores fué una pura metafísica; pero aquella jerga de cuestiones incompresibles y de palabras sin sentido á que estaba reducida la *Escolástica*, no puede llamarse metafísica. Cartecio, Malebranche, Locke, Leibnitz son, puede decirse, entre los modernos los primeros que conocieron la verdadera metafísica; ellos señalaron el camino que debían llenar el entendimiento humano con seguridad al conocimiento de lo verdadero.

Locke, filósofo y publicista de los más célebres

del siglo, publicó el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, obra de ideología en la cual combate la doctrina de las ideas innatas con estilo claro aunque difuso. Su pensamiento dominante es el libre examen; su método, la experiencia. Este libro preparó desde luego el idealismo escéptico de Berkeley, pero difundió luces que aclararon las cuestiones en boga sobre el origen de las ideas. Locke hizo vigorosa oposición á los enemigos de la tolerancia; en el *Ensayo sobre el gobierno civil* dió contra los partidarios del derecho divino del realismo una brillante disertación sobre la soberanía popular, demostrando que cuanto salía, en punto á elección de gobierno, de otra fuente que la del pueblo era una usurpación. Las obras de este filósofo son un adorno de la literatura inglesa del siglo XVII, pero el *Ensayo sobre el entendimiento humano* es un monumento de la literatura universal.

Las obras de Grocio, Hobbes y Puffendorf abrieron nuevos campos al estudio de la política y de la moral. Petavio fué célebre por sus conocimientos en las ciencias eclesiásticas, y Natal Alejandro obtuvo el nombre de Campeón de la fe por la fuerza, erudición y elocuencia con que defendió la religión de los ataques de Spinoza y sus sectarios. La historia eclesiástica tuvo en Sirmondo, un crítico ilustrador de muchos puntos de la erudición sagrada. El filósofo y eruditísimo Fleuri ilustró la historia con sus discursos, y señaló la forma que convenía á la de la Iglesia. En fin las bibliotecas de los Padres, las colecciones de monumentos y de escritos relativos á los asuntos eclesiásticos deben su origen á este siglo y pueden formar época en la Literatura.

Tantos progresos en las ciencias sagradas, en las ciencias exactas y en las naturales elevan por sí solos la gloria de este siglo; pero en cuanto á la perfección del gusto, á la formación del buen sentido en todos los ramos que puede cultivar la inteligencia humana, el siglo XVII es el que se colocó en el término de la vía que habían recorrido los antecedentes. El teatro moderno nació, creció y se perfeccionó; desapareció la Escolástica, azote del entendimiento, la verdad se presentó purificada, la realidad se buscó en todo.

El carácter religioso del siglo hizo nacer la nueva literatura, apoyada en los grandes, en los divinos fundamentos del Cristianismo. El hombre había dejado de ser esclavo; el principio de la paternidad humana reemplazó á la impía doctrina de superioridad de castas; nacía el derecho constitucional; se predicaba ya contra la autoridad divina de los reyes, los derechos del hombre en cualquiera de sus condiciones empezaban á ser reconocidos, y hasta el furor de la guerra se mitigaba ante el espectáculo de tantas luces acumuladas en un solo siglo.

CAPITULO XV

Siglo XVIII

No podía ser más noble y liosgero para la Literatura el advenimiento del siglo XVIII. El gran Newton ilustraba á Inglaterra junto con Flamsteed, Halley y otros sabios de primer orden. Cassini era en Francia el alma de la academia de las ciencias, y con el auxilio de Moraldi, de La Hiri y muchos otros, daba movimiento y calor á cuantas empresas se promovían en favor de los progresos científicos. Hospital y Virignón hacían participar á su patria de los tesoros del nuevo cálculo, y Tournefort le abría los senos de la naturaleza. Alemania estaba ufana con los laureles que recogían en toda Europa Leibnitz, los Bernoullis, Sthall y Hossam. Noufs, Blanchini, Manfredi, Gravina y otros ingeniosos comunicaban en Italia nuevas luces á los estudios sagrados, al de las antigüedades, á las matemáticas, la química, la historia natural. En Dinamarca continuaba Herrebow cultivando la astronomía, ciencia en la que tantos frutos habían dado los trabajos de Ficón y Roemero, Ruysch desde un rincón de la Holanda, recibía los aplausos de todas las naciones por su pericia anatómica. En España el Cardenal de Aguirre, el marqués de Mondéjar, Ferreras, Miñana sacaban á luz la antigüedad é ilustraban la historia eclesiástica y civil de su patria. La Europa entera daba honrosa acogida á la

crítica, al nuevo método, á la moderna filosofía; por todas partes se presentaban hombres célebres é ingenios felices que daban nuevo lustre y esplendor á todos los ramos del saber humano.

No era menos lisonjero el estado de las Bellas Letras; el buen gusto, el recto sentido de los escritores franceses del siglo anterior habían hecho grandes conquistas, y ofrecido al mundo obras depuradas de todos esos defectos contraídos por la manía de la imitación. La Francia veía aún á Bossuet, Fenelón, Flechir y otros héroes de su siglo de oro. Inglaterra ilustrada desde el reinado de Carlos II y de Jacobo I, aumentaba su cultura acumulando monumentos para que el tiempo de la reina Ana llegase á ser el de sus glorias literarias. Alemania se enorgullecía con la pretensión de rivalizar en este concurso del genio y del talento con los demás pueblos. La Italia, arrepentida de los desvíos en que incurrieron muchos de sus escritores, volvía al recto camino, y aprovechaba de los ejemplos que se le ofrecían en el campo de las Letras. Todas las naciones refinaban y perfeccionaban el gusto comunicado por el siglo que acaba de pasar. La literatura moderna, con su carácter original, franqueaba los términos de un siglo y pasaba los umbrales de otro, llena de vida, de vigor, de gracias, de solidez. Había principiado una era en el mundo; después de los tiempos heroicos, esto es de la epopeya, habían llegado los tiempos de la realidad, es decir, del drama, y las bellezas en las producciones del entendimiento y en las formas del arte debían aparecer impregnadas del estilo característico de la época.

Las grandezas literarias de los últimos lustros del siglo XVII iluminaron los primeros del siglo XVIII, al modo como una brillante aurora anuncia un sol brillante. Recorramos, pues, este siglo para conocer los astros que giraron al rededor de aquel sol y juzgar del mérito de su literatura propia en la literatura general, que es la fisonomía del género humano.

El amor á la religión y el espíritu de libertinaje habían contribuído á crear dos partidos que se disputaban ciegamente el verdadero mérito de la literatura del siglo. Arrastrados los unos por los escri-

tos antireligiosos suponen que sólo en el siglo que los produjo debe encontrarse ilustración; adheridos los otros al sistema de que nada hay bello, aun en lo profano, fuera de la fe, y dominados por el espíritu de intolerancia no han visto en la literatura de aquel siglo sino corrupción del gusto, superficialidad é impiedad. Pero si la erudición, el genio, el talento pueden ostentarse independientemente de la religión ó unidos á la piedad, como en efecto sucede; no se comprende por qué no se daba apreciar el fino gusto de un escritor como Voltaire, la elocuencia de un filósofo como Rousseau, la erudicción de un sabio como Freret. Podemos hablar de la ligereza é ignorancia de algunos supuestos sabios de dicho siglo, sin cargarnos la nota de fanáticos y no tememos ofender á la religión apreciando el mérito literario de tantas bellísimas producciones de entonces. La historia tiene que sostener su carácter de imparcialidad en todas las cosas, y juzgando sólo los escritos y á los escritores por su lado literario, no se aventura á fallar respecto de puntos que están fuera de su competencia.

Quien quiera juzgar de la literatura del siglo XVIII por el fárrago de novelas, poemas, disertaciones y tantas pequeñas obras en prosa y verso que se publicaban por todas partes, no podría faltar muy ventajosamente respecto de las luces de aquella edad. Pero así como de la importancia de la arquitectura en un tiempo no puede juzgarse por los pequeños edificios que por todas partes se levantan, sino por esos grandes monumentos del arte que llevan á los siglos siguientes el genio y valer de los que los levantaron, así en la literatura de un siglo no se ven las producciones cortas ni las que están destituidas de méritos sino esas obras que revelan los grandes talentos, y cuyo brillo encubre las manchas que en todos los tiempos y en todos los pueblos aparecen para desacreditar al espíritu é inteligencia del hombre. El anhelo de escribir ha dominado casi siempre al ser que fué dotado del don de la palabra, y la posteridad juzga de su desempeño; relega al polvo del olvido las obras efímeras y eterniza las que han hecho la gloria de su siglo.

Quizá el siglo XVIII no es tan abundante en ingenios de primer orden como el anterior; no aparecieron en efecto á menudo esas grandes obras de elocuencia y poesía, esos libros clásicos y magistrales que elevaron la Literatura, ni sorprendieron aquellos descubrimientos que enriquecieron á las ciencias; pero hasta entonces no había sido tan general el cultivo de las Letras ni se habían propagado tanto los conocimientos humanos. Las sutilezas del Peripatetismo se proscribieron de todas las escuelas, el buen gusto reinaba aun en los pueblos más apartados del centro de la civilización europea; se buscaba el cultivo del espíritu, no como adorno sino como necesidad; las ciencias penetraban en el hogar de las clases inferiores, la industria se sometía á sistemas científicos, y se regularizaban y aseguraban con la ciencia las ganancias en el comercio.

La Rusia, á despecho de su antigua barbarie y superstición obstinada, fundaba en su seno una academia é ilustraba las artes y las ciencias. Lomanosoff, Keraskof y Platón supieron ennoblecer su desconocida lengua con poemas elegantes; Soumaracof componía tragedias, el príncipe Gallitzin hacía doctos experimentos acerca de la electricidad, y otros muchos rusos de todas las clases y condiciones se entregaban afanosamente á las Letras.

En la Historia natural Linneo, Valerio y más naturalistas de Suecia han sido reconocidos como maestros de esta ciencia. Polonia tenía un obispo y otros nobles personajes dedicados á la poesía dramática, mientras el conde Borch ilustraba por su parte la historia natural. En España Feijoo, Juan, Ulloa, Ortega, matemáticos y naturalistas; Luzán, Montiano, Mayans, ilustradores de la lengua, de la retórica, de la poesía y del teatro; Martí, Flores, Finestres, Peres, los Moedanos, anticuarios y eruditos, todos prueban con cuanto ardor se daba la nación á los buenos estudios. Alemania unía al adorno de las Bellas Letras los conocimientos científicos: Heinecio, Wolfio, Eulero, Bernoulli, Fissot, Haller, Gésner, Klopstok, Winkelmán concurrían á un tiempo á la gloria de la literatura nacional.

Holanda, rica de grandes hombres en el siglo

XVII, era proclamada en el XVIII maestra de la Europa en la física y en la medicina, por sus inmortales Gravesande y Boerhave. Inglaterra podía gloriarse de su importancia por el buen gusto y adelantamiento en las Letras. Pope, Gibbon, Reinal, Lord Brongham, Fox, Berke, Roberston, Addisson, Hume, Richardson han llegado á ser buscados por los literatos como la lectura más importante y agradable. Italia había desechado el mal gusto del vulgo de sus escritores; por medio de Gravina, Apóstol Zeno, Muratori; Maffei, sacaba ventajas de sus errores pasados y adquiría un estilo enérgico, preciso, elegante como en los felices tiempos de su literatura. Esta nación, la primera en los siglos pasados, después de una larga somnolencia, volvía al mundo literario y ofrecía en todos los ramos nombres ilustres que debe conservar la historia: Algaroti, Zaccarías, filósofos y anticuarios; los médicos Lancici y Morgagni; los matemáticos La Grange y Fontana; el físico Volta; los publicistas Montesquieu y Filangieri manifiestan que la Italia antigua renacía en este siglo. La Francia misma, que al faltarle los grandes hombres del tiempo de Luis XIV, tenía la decadencia de su literatura, no dejó su puesto y continuaba con la dirección de la inteligencia y del buen gusto. París se había convertido en una Atenas; pues era el centro de las luces, y su influencia literaria debía extenderse y dominar en el mundo desde entonces.

La abundancia de libros de todas clases que diariamente salían á luz y que algunos rígidos censores pretenden señalar como un defecto de este siglo, fué cabalmente lo que hizo más general la cultura y pulidez, dispensando aun á las mujeres y hasta á la ínfima plebe las luces que sólo habían sido patrimonio de personas determinadas. Fontenelle, Maupertuis, Nollet, D' Alembert, Buffón, Bailly, La Condamine y muchos otros, no menos doctos que amenos, esparcían tantas flores en las materias más espinosas, que consiguieron inspirar gusto por el estudio aun á las personas de ánimo apocado.

El ardor por el cultivo de las Bellas Letras y las ciencias salvó las distancias y se extendió hasta las extremidades del Asia y de América. Las acade-

mias de Batavia y Filadelfia, los nombres de Franklin, Dávila, Clavijero y Molina ocupan un puesto distinguido en la historia de la Literatura. Las ciencias, aunque no dieron esos saltos gigantescos, caminaron con paso seguro á su perfección. Después que Varignon llegó á romper la impenetrable barrera que en la Academia de las ciencias cerraba el paso al nuevo cálculo, no cesaron Clairant y D' Alembert de impulsar sus progresos. Las meditaciones de Fontaine, Berout, Cousin, Euler y otros célebres matemáticos han esparcido raudales de luz en la teoría de las ecuaciones; los conocimientos acerca de las curvas que deben mucho á Bernoulli y Euler, y nunca fueron mayores los progresos de las matemáticas, extendiéndose á todos sus ramos y á todas las ciencias que necesitaban de su auxilio.

Además de los famosos descubrimientos de Brandley la astronomía cambiaba de aspecto con la medida de los grados, con la determinación de la figura de la tierra, con los nuevos métodos é instrumentos para las observaciones, con la exactitud de las teorías acerca de las refracciones astronómicas y el conocimiento más exacto de los astros y las leyes que rigen su curso. La náutica había carecido de principios fijos hasta Pardiez, Bernoulli, Euler y Juan que la redujeron á una verdadera ciencia. La estática de las plantas y los animales fué creada por Haller, y toda la física experimental, aunque nacida en el siglo anterior, sólo reconoce por maestros á Desaguliers, Gravesande, Nollet, Volta, Lavoisier y otros modernos.

Pero ninguna ciencia se elevó más en el siglo XVIII que la historia natural. El conde Marsigli se sumergía en el mar para arrancarle los secretos que tenía ocultos; Vallisnieri recorría las montañas y los valles para examinar la naturaleza agreste, Reamur encontraba un mundo desconocido en los insectos, Fremly en los pólipos, Lionet en las mariposas. Daubenton, Marquer, Duamel, Fussieu y otros, tanto franceses como rusos, dinamarqueses, polacos y españoles dedicaron su estudio y trabajos al conocimiento de los minerales, de los vegetales y de todas las producciones de los tres reinos de la naturaleza.

Observando las obras que acerca de la antigüedad ha producido este siglo, no podemos menos que reconocer su justa celebridad en este punto. Museos, gabinetes, abundantes colecciones, ilustraciones de medallas é inscripciones atestiguan el interés con que se buscaban los conocimientos de las edades remotas. Las antigüedades etruscas campo apenas descubierto en el siglo anterior, fué cultivado en el XVIII con ardoroso empeño por Maffei, Gori, la Academia de Cortona y Passeri. Las antigüedades egipcias no excitaron en otros tiempos la curiosidad como en éstos. Las regiones asiáticas fueron objeto de un estudio particular; se hizo hablar á las lenguas desconocidas é ignoradas y se sacaron á luz grandes monumentos literarios. El alemán Scholtz y el inglés Woide han dejado un diccionario y una gramática completos de la lengua egipcia. Bayer ha llevado su curiosidad hasta la Scitia, á los Venedos y á los pueblos setentrionales. La idea de una historia universal concebida por Bianchini es bastante para reconocer el estudio de las antigüedades en este siglo. Pero ese estudio no se limitaba á los tiempos remotos, sino que los monumentos de la edad media y de los siglos bajos se buscaron y examinaron por todas partes, y se hizo revivir esa edad poniéndola delante de los ojos de cuantos se interesan en su conocimiento. Los nombres de Freret, Cailus y Winkelmán han pasado hasta nosotros con la celebridad que sus investigaciones anticuarias les dieron desde su tiempo.

El pensamiento de escribir la historia universal empenó á ingenios de nombradía en este importante y utilísimo trabajo. Rollín, Anquetil, Boulanger dieron rapidez al estilo de la historia, y popularizaron los trabajos arqueológicos usando hasta de las expresiones de los antiguos cronistas. Mably hizo de la historia una novela; pero su obra fué popular, porque censuraba las costumbres de su siglo, y aplicaba la filosofía á los hechos.

Las obras de los tres primeros han contribuído á la celebridad de este siglo de una manera especial; no tuvieron las dotes de Saint Simón para la historia, pero dieron á la Literatura en este ramo obras de las

cuales se aprovecharon otros para completar las noticias que debían pasar á la posteridad respecto del mundo antiguo y del moderno en los catálogos del tiempo á los que las generaciones que van sucediéndose deben y deberán sus conocimientos sobre los hombres, los hechos, las costumbres, las leyes, las religiones, las ciencias, las artes de las épocas pasadas. Y si la Francia adornaba los fastos del siglo con sus escritores de este importante ramo de las Letras, Inglaterra producía por su parte celebridades que no la dejaban atrás en ese concurso de talentos destinados á sostener la de aquellos tiempos. Gibbon mereció, con su *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* los aplausos, no sólo de sus compatriotas, más también los de todos los literatos europeos. Grande fué el éxito de esta célebre obra que ha quedado como uno de los mejores modelos del arte histórico del siglo XVIII.

Roberston, no menos célebre que el anterior, á la exactitud, imparcialidad y crítica en la narración de los acontecimientos y los retratos de los personajes une un estilo elegante, florido, claro, cual conviene á los asuntos históricos. La *Historia de Escocia*, la del *Reinado de Carlos V*, la *Historia de América* son obras que han pasado y pasarán á la posteridad con los nombres de sus autores.

En Italia se hacían conocer á principios del siglo, las historias de Muratori, salidas á luz en los últimos años del anterior; Bianchini emprendió el vasto y fructuosísimo trabajo de la *Historia universal*, otros muchos, así en esta nación como en las demás se dedicaron al cultivo de la historia y publicaron obras no escasas de mérito, las cuales por su objeto y por la instrucción que contiene acerca de los tiempos pasados son tenidas en alto aprecio por todos los hombres amantes de las Letras. La historia de la Literatura, de la bibliografía y de los demás ramos que sirven para el fomento de las Bellas Letras es un género que pertenece á este siglo más que á ningún otro. La *Historia literaria de Francia* debida á los doctos Rivet, Clemencet y Clemente; la *Historia literaria de España* de los Moedanos; la *Historia literaria de Italia* obra del famoso Firaboschi, atestiguan el anhelo con

que en todas partes se dedicaban á dar á conocer la marcha, el progreso, el último estado de la literatura de sus respectivas naciones. Y ese anhelo no se contraía sólo á la literatura general, sino además á cada uno de sus ramos particulares: historia de la poesía, de las ciencias, de la elocuencia, de las artes, de las lenguas suministraban materiales para la de cada uno de los pueblos y para la historia universal.

Empero uno de los que merece particular mención en la historia de la Literatura es el célebre abate Juan Andrés; su historia publicada en el último siglo con el título de *Origen, Progresos, y Estado actual de toda la Literatura*, es una obra gigantesca de erudición, crítica y recto sentido. Con ímprobo trabajo ha estudiado la cultura de todos los pueblos, desde la más remota antigüedad ha desenterrado documentos ocultos á toda investigación anterior, ha comparado las literaturas de todos los países, ha hecho un análisis imparcial de las grandes obras producidas hasta entonces por el talento y el genio, ha dado á cada siglo y á cada nación lo que les pertenece en glorias literarias y á cada autor la parte que le corresponde en esas glorias, ha seguido paso á paso la marcha de las Letras en todos sus ramos y ha presentado al mundo un repertorio completo de cuanto en materias literarias le interesa saber respecto de los tiempos pasados. En sus juicios críticos de los grandes monumentos de la Literatura se coloca al nivel de las celebridades del presente siglo; busca y admira la belleza en cualquier obra, sin que le arrastre el espíritu nacional ni las preocupaciones de religión ni de partido. Apasionado de la literatura clásica, no por eso coloca en grado inferior las producciones de la edad moderna y da á cada una lo suyo, prefiriendo á las veces los libros de esta última á los mejores reputados de los antiguos; reconoce los daños que las preocupaciones religiosas y la intolerancia han causado en los siglos medios al adelantamiento de las Letras y las condena con franqueza; el abate Juan Andrés en una palabra es quien se ha atrevido á emprender y llevar á cabo la obra colosal de una historia literaria que abraza todos los ramos del saber humano desde antes de los tiempos conocidos. La Italia, patria de tantos

y tan esclarecidos ingenios, merece congratulaciones por tantos monumentos de su gloria no menos que por el que le ha dado este hombre á quien debe reputar como uno de sus hijos predilectos.

Después del siglo de Luis XVI hubo en Francia un momento de intermitencia y de reposo del genio francés que hizo temer por la Literatura; pero muy luego ese carácter de buen sentido, de buen gusto y de universalidad de la literatura francesa se reproduce concentra y manifiesta en un solo hombre, en Voltaire. Voltaire, filósofo, historiador, crítico, erudito, comentarador, poeta épico, poeta dramático, poeta satírico y burlesco, poeta trivial y escandaloso; Voltaire, correspondiéndose con el universo y esparciendo en sus cartas familiares, obras maestras de setenta años de vida, mayor naturalidad, mayor atisismo, soltura, gracia, solidez y brillo de estilo es bastante para ilustrar una literatura cualquiera. No falta sino una cualidad á tanta grandeza, lo serio.

Voltaire es más que un escritor, es más que un poeta, es una fecha, es el fin de la edad media de Francia encarnada, con todas sus miserias, con todas sus imperfecciones, sus cualidades de espíritu en este hombre prodigioso. Proteo moderno, resumen vivo, espiritual, múltiple de toda una nación que extendía su influencia á todo el mundo letrado, que daba su carácter de unidad á la literatura del siglo.

Voltaire no dió una obra maestra literaria á la lengua, excepto en el género burlesco; pero le dió la libertad de estilo, y con la libertad, el instrumento de la polémica; no de la polémica pesada, escolástica, pedante, doctoral que había hasta allí esclavizado la discusión entre las sectas y los partidos, sino de la polémica ligera, jocosidad del buen sentido. Voltaire trasportó la conversación á las cartas y á la historia y desterró el fastidio, este azote de los libros. Hay que mirar á este hombre como un gran creador en materia de estilo, aun cuando no fuera sino por haber desterrado el fastidio de la polémica. Inventó la lengua improvisada, rápida, concisa del diarismo y con la lengua del diarismo esa potencia moderna de multiplicación del pensamiento de uno solo en el espíritu de todos; dió origen al diálogo uni-

versal, incesante el espíritu humano. Sin la lengua de Voltaire no habría nacido el periodismo y el mundo habría continuado sordo.

Cuan grande haya sido la influencia del talento de este hombre en la Literatura puede juzgarse por este servicio hecho al género humano. Las obras formales y ni aun las pequeñas mismas pueden propagarse sino lentamente y nunca se ponen al alcance de todo el mundo. El periodismo es el medio de comunicación que ha civilizado á la edad moderna. Principios de ciencia, nociones de artes, de política, de historia; exhortaciones morales, cuanto el hombre puede necesitar, según su estado y condición, cuanto los pueblos pueden apetecer para la ilustración de su espíritu, para los progresos de la industria, para la mejora material, todo pone el periodismo al alcance de todos. He ahí por qué el gusto literario, por qué la forma de la literatura presente han llegado á ser de carácter universal.

Las obras de Voltaire contendrán un jugo venenoso en materias religiosas, y esta es una desgracia; pero como escritor, como creador de estilo, como maestro de lenguaje, como pensador en toda otra materia es el hombre del siglo XVIII. La universalidad de su talento lo abarcó todo — filosofía, poesía, historia, ciencias exactas; escribió él solo cuanto pudieron escribir los sabios de su tiempo. Encontró preparado el campo por los prohombres literarios del siglo anterior, y supo cultivar y aprovecharse de las dotes con que le había favorecido la naturaleza. Desgracia y muy grande fué que se haya desviado del buen camino en punto á religión; pero dijimos ya que si sus creencias son manchas para tanta celebridad; su mérito literario y su influencia no pueden ser desconocidos.

Voltaire fué escritor original por estudio y Juan Jacobo Rousseau por naturaleza. Es verdaderamente por éste por quien principia la completa originalidad de la literatura moderna. ¿Ni cómo hubiera sido imitador? No conocía modelos; había nacido de sí mismo; hijo de sus obras, escritor de sentimiento, sacaba todo de su propio corazón,

Así la literatura francesa tomaba al punto bajo su pluma un carácter de independencia salvaje, de en-

tusiasmo germánico, de melancolía septentrional y de naturaleza alpestre. Las obras de Rousseau recuerdan al genovés, al republicano, al proletario, al filósofo disgustado de la mediocridad inicuca de la suerte; recuerdan sobre todo al colorista hélvecio nacido en las montañas, transportando á la literatura artificial de París las imágenes, las armonías, los colores de esas soledades.

La Francia sentía, después de Voltaire, la necesidad de una savia extranjera más joven, más europea para desenvolver nuevas ideas y sentimientos. Juan Jacobo Rousseau la rejuvenece desde su primera palabra, y la Francia corre á su encuentro con delirio, le adopta, acoge cuanto él produce, hasta sus demencias, y le hace su favorito, su filósofo, su legislador, su Diógenes, su Sócrates. Este hijo predilecto de la Francia la inunda durante treinta años con afectos verdaderos, con ideas falsas, con romances sistemáticos y sistemas políticos más romancescos que sus romances; pero la inebria al mismo tiempo con el más hermoso estilo que ninguna lengua había usado jamás desde los diálogos de Platón. La prosa francesa, muelle en Fenelón, brusca en Bossuet, muy pomposa en Buffón, muy ligera en Voltaire, toma un vigor, una gravedad viril, una majestad digna pero siempre natural que da autoridad al pensamiento, sonoridad al oído, emoción á la conciencia; es el estilo elocuente en la acepción más lata de la palabra. Rousseau, en la polémica en el *Vicario Saboyano*, en las *Confesiones*, es el orador platónico ó ciceroneano.

Entre los de la escuela de Rousseau, Bernardino de Saint Pierre fué el que heredó el impulso filosófico dado al pensamiento; lleno de fe opuso su sola razón al siglo; pero se extravió en seguida cayendo en un optimismo que negaba hasta la presencia del mal. Sus obras conservaron desde luego el sello del cristiano y por ésto su influencia no dejó de prevalecer en aquel tiempo de negación filosófica ocupando un puesto en la literatura de aquel bullicioso siglo.

Montesquieu fué anunciado como escritor de primer orden desde la publicación de sus *Cartas perciánas*. Filósofo apenas salido de la infancia, preparaba los materiales para *El Espíritu de las leyes*, obra

insigne, producción de un espíritu libre, de un corazón lleno de benevolencia para la humanidad. Nadie ha reflexionado más bien que él acerca de la naturaleza de las costumbres, de los principios, de los códigos de todas las naciones; acerca de los efectos buenos y malos de las leyes, de la eficacia y equidad de las penas aplicadas á los delitos. *El Espíritu de las leyes*, se ha reputado como el código de los pueblos y es, en su género, el monumento más gigantesco que el talento y el trabajo de un hombre han podido legar á los demás hombres.

No ha producido este siglo, en el género didascálico obras superiores al *Espíritu de las leyes*; lo más interesante de la historia de todos los tiempos y lugares se halla diseminado ingeniosamente para aclarar los principios é ilustrar á los legisladores; los hechos mismos se convierten allí en principios luminosos. Su estilo es lleno de nervio, imágenes brillantes, agudezas, sucesos poco conocidos y curiosos, todo concurre á hacer agradable su lectura. Esta obra puede llamarse el código del derecho de las naciones y su autor el legislador del género humano: nadie ha reflexionado más que él sobre la naturaleza, las costumbres, el clima, la extensión del poder y el carácter particular de los estados; sobre sus leyes buenas ó malas, sobre los efectos del castigo y la recompensa, sobre la religión, la educación, el comercio. Algunos de sus capítulos contienen en pocas páginas, más reglas de política que todos los libros de Graciano; el artículo sobre la libertad de los esclavos abunda en reflexiones, tanto más admirables, cuanto que están veladas con una fina y picante ironía. La influencia de *El Espíritu de las leyes* ha sido prodigiosa; ni podía por menos habiendo salido á combatir preocupaciones inveteradas, pretenciones apoyadas en la autoridad de los siglos y de la fuerza militar, en la sanción de la Iglesia misma y en el poder de instituciones que proclamaban un origen divino. El nombre de Montesquieu es querido como el de un bienhechor y respetado como el de un libertador.

Escritor del mismo género es el italiano Filanquieri. *La Ciencia de la legislación* se coloca al lado de *El Espíritu de las leyes* por su objeto, por el

desempeño, por la profundidad con que están tratadas y resueltas todas las cuestiones legales en materia criminal; con justicia ha merecido ser el texto de estudio en las naciones más adelantadas. Después de los tiempos en que los delitos se calificaban conforme al interés de los gobiernos, la demostración de que ellos no podían salir de la esfera de las acciones culpables por su naturaleza, cuando las penas no eran la aplicación de la justicia distributiva sino de la importancia facticia dada con relación á lo que podía ganar la *sagrada inmunidad* de los reyes, la demostración de que el castigo era una verdadera tiranía, al faltarle la necesaria conexión con el acto punible, era una obra de tan elevado pensamiento, de tan alta justicia que debía merecer, como mereció, el aplauso universal, la gratitud de todas las generaciones. La literatura del siglo XVIII se enriquecía con estos monumentos que debían servir á la posteridad tanto en beneficio de sus libertades como de su gusto literario.

Beccaría, de la misma escuela, dió para la legislación las reglas más conformes con el derecho de los soberanos para castigar los delitos. En tiempo en que los procedimientos secretos, la delación, el tormento, los juicios inquisitoriales comprometían la inocencia de los acusados sin asegurar los medios de dar con el verdadero delincuente, en un tiempo en que lo arbitrario de las penas era regalía de los monarcas, en que los solios de justicia era la forma del despotismo, en que las penas demostraban el carácter de dureza, de rigor inherentes al poder absoluto; el libro de los *Delitos y las penas* de Beccaría fué recibido con entusiasmo popular, aceptado aun por los mismos reyes, y consultado en todos los casos en que era necesaria la aplicación de sus doctrinas.

El derecho público de los ciudadanos ganaba con cada publicación de éstas y las garantías iban adquiriendo consistencias, y pasando de los libros á las leyes y á los tribunales. Beccaría como los dos anteriores, ha merecido bien de los pueblos; todos tres conquistaron con el talento lo que se había negado á las doctrinas del Evangelio.

Buffón, escritor contemporáneo de Rousseau, llenaba por su parte otra misión en servicio de la Li-

teratura, la de acomodar la lengua literaria á la ciencia. La ciencia y la industria se convertían en ramos de Literatura. Para esta literatura fría no era necesario el calor que viene del corazón, bastaba la claridad que viene del espíritu; pero Buffón añadía el colorido que nace de la imaginación y que sirve para pintar lo que la naturaleza sin color se limita. La Francia debe á este gran colorista su lengua literaria puesta al servicio de la ciencia de la naturaleza, y las demás naciones, la afición al estudio, por haber desterrado de ella el inconveniente de la aridez.

Con todo, Buffón fué excedido después en verdad descriptiva, en lo pintoresco y en el sentimiento en la lengua de la ciencia, por Herschell en astronomía y por Audubón en historia natural. Parece que éstos han escrito y medido con el dedo de Dios los astros, la naturaleza, los animales, las almas esparcidas en los seres de la creación, llena para ellos de evidencia, de inteligencia animal, de amor universal.

Por otra parte, la Academia francesa contribuía poderosamente á elevar esa literatura que debía conmovier en todas las fibras el espíritu de las edades modernas. Esta institución se había constituido en un cuerpo representativo del pensamiento; de escritores aislados en su flaca individualidad, había hecho un parlamento de la inteligencia, y contra la intención de Richeleu su fundador, había asegurado la libertad del pensamiento.

Se ve, pues, que no impunemente Voltaire, Rousseau, Buffón y los eminentes discípulos de estos grandes hombres esparcían en Europa y transmitían á las otras partes del mundo el conocimiento, el gusto y la pasión de la idea moderna que no tiene carácter nacional, y que es simplemente la razón humana desenvuelta por el tiempo, por el estudio, por el examen, por la ciencia, por la reflexión, por la libertad de pensar, la razón discutida sustituyéndose en todas las cosas á la idea impuesta, no pidiendo su sanción sino á la evidencia en vez de esperarla de la autoridad.

La *Enciclopedia*, este catecismo universal de los conocimientos humanos, este libro progresista por excelencia fué la grande y bella idea de la Academia francesa, para renovar la faz del mundo intelectual

corrigiendo muchas falsas nociones en todas las materias y universalizando los conocimientos adquiridos hasta entonces. Desgraciadamente Diderot, Helvecio y algunos de sus amigos infectaron de ateísmo el libro que debía tener la soberanía de la inteligencia; pero á pesar de ésto contribuyó con su popularidad en Europa, á esparcir con la literatura francesa la aspiración á las doctrinas y á las instituciones de la razón y de la libertad.

La *Enciclopedia* obra portentosa del siglo XVIII tuvo por autores á muchos hombres de los más letrados de aquel tiempo. Voltaire, Montesquieu, Buffón, Condillac, Mabli, Duclos, Turgot, Helvecio, Marmontel, Nelker y otros trabajaron en este monumento de la literatura de aquel siglo. Colección de conocimientos sobre creencias, artes y oficios es un libro crítico filosófico, político, innovador que preparó la revolución disponiendo los espíritus á la innovación, llamándolos á la libertad. La *Enciclopedia* forma el balance de los conocimientos humanos y reivindica los fueros de la razón; ella abrió la sima en la que debían caer el régimen antiguo y la antigua sociedad, á los cuales debían sustituirse otros, con el código deducido del derecho de la naturaleza, demostrado y sostenido por la ciencia y reclamado por la humanidad. Veinte años emplearon Diderot y D' Alembert en la coordinación de este famoso libro de tan general y trascendental influencia; por desgracia, las doctrinas antireligiosas que contiene y la exageración en la pintura de los males atribuidos al despotismo de los monarcas trajo los horrores del terror con que se inició y se sostuvo esa revolución proclamada en nombre de la libertad, pero que ha servido al bien del género humano.

Entre tanto un gran acontecimiento mayor aun que cuantos otros habían influído en la civilización de los nuevos pueblos, iba preparándose para romper, con terrible explosión, definitivamente con lo pasado, y completar y cimentar todas las conquistas que con timidez y á medias había venido haciendo la razón humana en su lucha incesante con el despotismo y los privilegios. Este acontecimiento fué la revolución francesa, revolución del pensamiento más bien que

de intereses materiales; había crecido de escritor en escritor; de libro en libro en la Literatura hasta en la misma antecámara de Luis XIV, el más antirevolucionario de los reyes; iba á obrar sobre el pensamiento humano más que sobre las instituciones civiles de la Francia. Su objeto era el hombre, su influencia debió ser, por lo mismo, universal. Las celebridades inglesas, como Fox, Burke, el mismo Pitt; las notabilidades alemanas, como Klopstok, Schiller, Goethe; las de Italia, como Alfieri, Monti la saludaron en sus discursos, en sus poemas, en sus himnos mirándola como la aurora de un día universal que iba á disipar las tinieblas del mundo.

Esta revolución se encontró al punto en la Asamblea constituyente, asamblea más literaria que haya existido nunca, verdadero concilio ecuménico de la razón humana que debía dar á los pueblos la noción de sus derechos, á la par que á la Literatura el resplandor de las nuevas luces y el mérito del nuevo gusto. La Literatura se convirtió para ella en filosofía, legislación, política; la Europea guardó silencio para escucharla, Mirabeau fué su vocero el mundo su auditorio. La lengua francesa, vuelta ya monumental, se convirtió en el vehículo de la elocuencia, de la legislación y de la filosofía de los pueblos; se elevó en los discursos de la Asamblea constituyente con una solemnidad, una autoridad, un acento que excede á cuanto se conocía entonces aun en las discusiones antiguas de Atenas y de Roma. Demóstenes y Cicerón no hablaron sino de sus negocios ó de los de sus naciones, la Asamblea francesa habló por la humanidad entera; su causa fué la del espíritu humano.

Mirabeau fué la gran figura de esa gran Asamblea. Su organización, su vida borrascosa, sus estudios, su persecución, todo había concurrido para hacer de él un poderoso dominador de la tribuna: no fué sólo orador, estadista, hacendista, publicista, dialéctico, abogado; fué todo, y se dejó ver en todo. Al abrirse los Estados generales, Mirabeau se presentó en la lucha blandiendo sus armas; de sus labios salieron rayos, y todo cayó, todo se anonadó ante este prodigio de elocuencia. Representaba y acaudillaba.

su época, como dice Mr. de Cormenin, y la posteridad personifica en él todo lo grande, todo lo generoso, todo lo sublime de aquel tiempo memorable.

La Declaración de los derechos del hombre es el prolegómeno de esa Constitución que, la primera, reconoció la soberanía del Pueblo y en los monarcas unos meros representantes ó delegados suyos. Los discursos en que apoyó su obra, así como los que pronunció respecto de cuantos puntos fueron sometidos á la Asamblea, son monumentos que no tienen igual en la antigüedad y que no serán imitados jamás: el lenguaje, el estilo, el nervio, la majestad, la fuerza, todo es de Mirabeau exclusivamente. Atónita la posteridad retrocede ante las obras gigantescas llevadas á cabo por este hombre excepcional. Le bastaba querer para que una cuestión quedase resuelta definitivamente; pues no había oposición, observación posibles donde el acento del orador por excelencia demostraba la necesidad de una medida, donde su voz arrastraba al auditorio elevándolo hasta él en su pasión.

Una nueva era política engendraba una nueva era literaria. Los días más tempestuosos de la antigüedad son una sombra de los que vió el siglo XVIII en sus dos últimos lustros. Y esos acentos, esa literatura de rebato, de tambor batiente, repercutían su eco en todos los ángulos de Europa, y luego iban á resonar hasta en las alturas de las montañas americanas.

Lo que dió á Mirabeau la supremacía, no sólo en la Asamblea sino en la Francia y en la Europa, fué la profundidad y extensión de sus pensamientos, la solidez de su dialéctica, la vehemencia de sus improvisaciones, la extraordinaria facilidad de sus réplicas. «Su alma era un foco inagotable de sensibilidad, del cual brotan los súbitos destellos de su elocuencia; vivo, arrojado, natural, jovial, humano, sumamente generoso, expansivo hasta la familiaridad, y familiar hasta la indiscreción; dotado de una inteligencia rápida y llena de oportunidad, chispeante de sal y de agudeza, provisto de una memoria asombrosa, gusto finísimo, riqueza intelectual y facilidad prodigiosa ¿qué organización más completa vieron los siglos?»

Por el mismo tiempo se levantaba en el horizonte de Irlanda un astro que iba á iluminar hasta más allá de los estrechos campos de esa desgraciada región. O' Connell, el inmortal O' Connell aparecía en el suelo de Irlanda con el campo por tribuna y todo un pueblo por auditorio. Ningún hombre tuvo jamás tanta influencia en su nación como este orador; ya se ve, era este el orador del Pueblo, amaba tiernamente á su Irlanda, quería su bienestar sin interés, sin ambición de gloria, nada más que por amor.

De genio excepcional era hombre para todo; para el foro, para las leyes, para una inmensa correspondencia, para la oratoria sobre todo. «Es atrevido, más sólo hasta los límites de su derecho. Adelanta, pero se retira; cubierto con el broquel de los ardidés, disputa en ese terreno brazo á brazo, á fuerza de interpretaciones capciosas y de astucias con las cuales envuelve á sus adversarios que no pueden desasirse de ellas. Escolástico, quisquilloso, astuto y procurador ladino consigue con el ardid lo que no puede arrancar por fuerza» Es poeta hasta la Epopeya ó familiar hasta la frivolidad; atrae á sí á su auditorio y lo trasporta.

«Se conoce que ese orador gigantesco se encuentra estrecho y como ahogado bajo la cúpula del palacio del Parlamento. Para que sus pulmones se hinchen, su estatura crezca, y su voz truene son necesarios el aire, el sol y la tierra de Irlanda. Sólo allí, en presencia de su pueblo, es donde su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia se levanta, se despliega y brilla como las inmensas mangas de cohetes de un fuego artificial; sólo allí vierte y derrama las hirvientes oleadas de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos. En su impetuosidad algo tenía O' Connell de los oradores de la asamblea francesa; pero él hablaba á su pueblo; su estilo, su lengua eran estilo y lengua que le arrancaban lágrimas á ese pueblo, le enfurecían, le dividían el corazón en mil pedazos, lo empujaban, lo detenían, lo hacían maldecir, lo preparaban á la venganza y lo sujetaban en seguida clamando *miser cordia!*»

O' Connell es el modelo perfecto del orador po-

pular; cuanto nos ha dejado, hasta sus dichos, son monumentos literarios que honran la literatura inglesa y que deshonran la tiranía de sus gobiernos.

Insinuamos ya que uno de los elementos que venían preparando, más bien dicho, obrando la revolución política y literaria con que terminó el siglo XVIII fué la prensa. La prensa, verdadero poder de los pueblos, revelaba al hombre sus derechos, le ponía á la altura de su dignidad, le mostraba el abismo en que la tiranía, las preocupaciones, los privilegios de casta lo habían conservado sumido hasta entonces, y le predisponían á la lucha comunicándole fuerza, y señalándole la conquista de su puesto, en la sociedad humana.

La prensa reducida á libros no era bastante comunicativa; el periodismo suplió esa falta; á donde los libros no alcanzaban los periódicos llevaban la luz. Pero los periódicos mismos no pasaban más allá de sus abonados, era necesario una forma de escritos más adaptable á las necesidades de la época: nació el folleto, y con él apareció y se puso en acción el verdadero poder de la prensa.

El folleto es una forma de literatura propia de la Francia; su fundador fué el célebre abate Sieyès. El folleto resume todas las formas literarias, porque abraza todos los ramos de la Literatura; elocuencia, didascálica, sátira, polémica, historia política sobre todo; poesía, ciencias; todo lo toca, todo lo discute, de todo habla. Elocuente, festivo, grave, melancólico, atrevido, razonador, tiene todos los estilos, habla todos los idiomas, es el instrumento del Pueblo, es el género literario universal. Es esencialmente popular, porque cumple una misión—la de ensalzar la virtud, atacar el vicio, tronar contra los abusos, guiar á los que mandan por el verdadero camino, denunciar los crímenes de los empleados, exponer á la burla y á la ridiculez á los cortesanos, arrancar la máscara á los hipócritas, dar lecciones de moral y de civismo al pueblo.

Tácito fué folletista cuando pintaba á los tiranos de Roma con los colores de su crueldad; Horacio, Juvenal, Boileau fueron folletistas cuando, con las flechas de sus versos, herían á los malvados y á los

malos escritores; los grandes predicadores del siglo XVII fueron folletistas cuando desde la tribuna sagrada reprendían las liviandades de Luis XIV; Demóstenes y Cicerón fueron folletistas en las más de sus arengas, sólo que el abate Sieyes encontró la forma del folleto, lo redujo á sus proporciones, lo personificó dándole sus dimensiones y poniéndole al alcance de todo el mundo.

El abate Sieyes como folletista fué una especialidad, una potencia en las cuestiones sociales, y un inventor en Literatura; enriqueció á ésta con un género, con una forma desconocidos y le hizo un servicio tan grande, facilitando al vulgo la ilustración, como Voltaire fijando la expresión de la polémica.

Bajo semejantes auspicios, con el terror por medio, el Pueblo por instrumento y la libertad por fin, se abría la Convención francesa después de proclamada la revolución. Esa elocuencia de la Asamblea constituyente anagadora, pero limpia de sangre, debía pasar á los convencionales, ebrios de entusiasmo revolucionario y resueltos á obtener sin rodeos el fin que se propusieron. Dantón, Robespierre, Saint Just fueron los oradores de la muerte. La elocuencia tomó un carácter especial; la literatura de esos días nefastos fué la literatura del odio, de las venganzas, de la miseria en este punto de vista; pero propia del aire que se respiraba, adecuada á la situación: fuerza más que varonil, audacia, previsión, figuras colosales, estilo de pompa, truenos, rayos, golpes de gigante había en esas arengas, y esas arengas arrancaban instantaneamente un decreto de proscripción, una orden de victoria á los generales republicanos.

Esta revolución tuvo hombres de genio admirable, ilustres ya unos, otros que estaban para serlo: en las ciencias, La Place, Lagrange, Carnot, Monge, Cuvier, Cabanis; en las bellas artes David, Girodet, Gros; en las letras Lebrun, Fontanes, Saint Pierre; en la política Sieyes, Tallerand; en la administración Portalis, Regnier y tantos otros. Al través de los horrores, pléyade tan abundante y tan preciosa de hombres debía dejar para la Literatura mucho con que templar

esa prevención que los terroristas dejaron contra su memoria.

Las tribunas populares de Atenas y de Roma no tuvieron hombres como Vergniaud, Gaudet, Louvet, Lanjuinais, Mercier, Camilo Desmoulins, Dantón y Robespierre.

En tiempo de sobresalto, de acción, de furor revolucionario la literatura se reduce á la elocuencia, á la administración, á la legislación; las Musas callan y cuando más sueltan su voz belicosa como en *La Marsellesa*, ó en un gemido de agonía como en la despedida de Andrés Chenier, como en las lamentaciones de madama Roland. Concluía el siglo con una tempestad y los truenos de esa tempestad eran las voces de los republicanos proscritores y proscritos á su vez, que subían á mayor altura que lo que había subido voz alguna.

La nueva forma que Crevillón y Voltaire dieron á la tragedia, elevando las pasiones trágicas, y la noble dulzura y tierna majestad que Apóstol Zeno y Metastasio comunicaron á la ópera, son progresos del siglo XVIII. La tragedia lastimosa es un género con que se enriqueció el teatro desde entonces; y la poesía lírica francesa llegó á competir con la italiana bajo la pluma amabilísima de Juan Bautista Rousseau.

Alemania no quedó atrás en los buenos estudios y en el cultivo de las Bellas Letras, según hemos visto ya. Lamberti, Hamán, Novalis y otros muchos salieron al encuentro de los innovadores filósofos con diferentes obras, cada una de mérito particular. Entre todos se distinguió Klopstok con su *Mesíada* que no apareció como un poema de escuela, sino como una refutación de los ataques contra el Evangelio, deducida de la narración poética en que aparece el Hombre Dios reformando con su ejemplo las leyes y las costumbres del mundo. Milton, al cantar la caída del hombre en *El Paraíso perdido*, había cantado el poder de Dios en la creación; Klopstok, al cantar la muerte del hijo de Dios, cantó la misericordia en la redención. A los libros heterodoxos de los lustros que precedieron á la revolución francesa opuso *La Mesíada*; renovó en ella, mejor dicho,

verificó el Evangelio exhornándolo con un himno continuado de adoración al Omnipotente y de alabanzas y agradecimiento al Redentor. *La Mesíada*, como obra teológica, es un monumento para el Cristianismo, como obra literaria, como poema es inferior á cuantos han merecido, con más ó menos títulos, este nombre. Klopstok puede colocarse entre los poetas líricos antes que entre los épicos. *La Mesíada* es una paráfrasis poética del Evangelio, de los cantos de David y de otros profetas; bellezas debe de tener y las tiene en efecto de primer orden; pero hay en ella defectos que han frustrado la intención del poeta en cuanto al carácter que se propuso dar á su libro.

La pintura de las congojas del Mesías en la oración del Huerto, al acercarse el momento de llevar á cabo la obra divina de la redención del género humano; las angustias del discípulo Tomás, luchando entre el deseo y la duda de la resurrección de Jesús; las de Porcia, entre el anhelo de salvar al Justo y la debilidad de Pilatos que le arrastra á condenarle; el arrepentimiento de Simón Pedro por haber llegado á negar cobardemente á su Divino Maestro, contienen lo patético llevado al último término á que puede tocar la palabra humana. El cuadro del último juicio en el cual aparece la justicia de Dios con su terrible majestad, al mismo tiempo que su misericordia, efecto del inmenso amor á los pecadores extraviados, rebosa de sublimidad y belleza. El castigo de los seudocatólicos que sacrificaron á sus hermanos, llevando en una mano la cruz insignia de la redención, y en la otra el hacha para encender la pira que debía consumir sus quebrantados cuerpos, está contrapuesto al de la glorificación de los suplicados que reciben del justiciero Dios el premio de su inmerecido martirio. El suplicio de los tiranos que esclavizan á los pueblos, que envilecen al hombre hasta borrar de él la imagen del Creador; la sentencia contra los hipócritas y fariseos que, haciendo de la religión un conjunto de prácticas exteriores, desdeñan los preceptos del Evangelio; la fervorosa súplica de Abbadona (ángel caído), la desgarradora manifestación de su arrepentimiento, el himno de gracia al Ser Supremo por su perdón inesperado, son bellezas, si no superiores, iguales á

las que se admiran en los poemas de la antigüedad y en los tiempos modernos.

Por lo demás *La Mesíada* es un relato que sigue paso á paso al Evangelio, y carece por lo mismo de invención. Aquella enumeración prolija é inadecuada de todos los justos que han fallecido desde Adán hasta el niño Benoni y que hablan todos sobre el mismo tema, reproduciendo, con cambios de palabras, las mismas alabanzas; esos coloquios y diálogos de innumerables personajes repetidos en varios cantos llegan á cansar al lector debilitando el entusiasmo que produce la poesía de los cantos anteriores. Se da frecuentemente con pasajes fríos que nada interesan y con largos párrafos que rebajan la energía de las figuras é imágenes de los otros. Por riqueza de imaginación ha caído muchas veces el poeta en lo difuso, llegando aun á una metafísica inextricable. Tales defectos han obligado, sin duda, á la mayor parte de los críticos y literatos á no colocar *La Mesíada* en el rango de los célebres poemas aunque sin desconocer que es una obra notable en la literatura alemana y digna, por lo mismo, de la del siglo XVIII.

Célebre ya la Alemania por los ingenios que ilustraban las matemáticas, la astronomía, la medicina; por sus filósofos é historiadores, aumentaba su crédito de día en día con las obras literarias que de entre otras plumas salían de Schiller y de Goethe. Schiller el más insigne de los dramáticos alemanes, siguió al principio el espíritu del siglo, pintando la seducción del vicio que no ha llegado aun á la perversidad. después corrigió el efecto de sus composiciones, haciendo triunfar la parte moral del hombre sobre la parte material y elevando el sentimiento de Dios sobre las aspiraciones mundanas.

Schiller transportó á su patria la escena de Shakespeare. Dotado de poderoso genio, conociendo á fondo el corazón humano, persuadido de que el drama no era otra cosa que la representación de la vida real, que los grandes acontecimientos pueden tener grandes ó pequeñas causas, que el heroísmo puede ser virtud de grandes y pequeños, que el crimen es capaz de abrigarse en cualquier corazón buscó los personajes para sus dramas en todas las clases de la sociedad,

en los palacios y en las cabañas, entre la gente ilustrada y la que carecía de luces; retrata al hombre como él es, mueve los afectos, se apodera del ánimo de los espectadores, los hace temblar ó serenarse, llorar ó sonreír. En *Wallenstein* se ve al hombre que conociendo, amando quizás el bien, huye de él como inspirado por la fatalidad; en *Guillermo Tell*, al campesino que abraja una alma no nacida para la esclavitud, y que no contento con castigar al tirano por un agravio personal, va hasta obtener la libertad de su patria. En *La conspiración de Fieschi* pone de manifiesto el castigo con que la Providencia desbarata el plan más largo y astutamente combinado, con la trágica muerte del jefe conspirador, en el momento mismo de tocar el objeto de su constante anhelo. De estilo enérgico y sublime, como Esquilo; de talento trágico como Racine, se apoderó de las dotes de Shakespeare y sostuvo el teatro á la altura elevada por su maestro.

Los Bandidos fué para Schiller lo que *Werther* había sido para Goethe, un desarreglo de imaginación tomado en serio por la sencillez del pueblo alemán. Había en esta obra informe mucha pasión y poco sentido; era un pájina de Juan Jacobo Rousseau ó de Proudhon contra el orden social, un sueño de libertad absoluta dándose á sí misma su propia legislación por la energía del ánimo y por la fuerza del brazo. El delirio por la poesía produjo en el jefe de sus *Bandidos* un monstruo que no ha existido en el mundo; el mismo Schiller decía después: «Mi sola escusa está en que he querido pintar á los hombres dos años antes de conocerlos.» Hombre de buena fe reconoció pronto su error.* Pero este drama, exaltado como *Werther* por los aplausos frenéticos de la juventud, se representaba ya en todos los teatros; escándalo para unos, augurio de genio para otros, ruido inmenso para todos.

Durante su larga y fecunda intimidad con Goethe escribió entre otros su drama histórico *Wallenstein*, su verdadera obra maestra, pero obra que es en historia lo que el *Táscito* en filosofía poética, muy vasta y desproporcionada para la escena; es una epopeya de la edad media dialogada con genio por un

poeta moderno. El gusto de Goethe traspiraba en las obras de Schiller, y aunque no le haya igualado en muchas le excedió en un poema lírico, sin igual casi en la poesía de todas las lenguas modernas, intitulada *La Campana*. Este ditirambo reflexivo y cantado á la vez en el instrumento aéreo que toca á un tiempo las oraciones, los dolores, las agonías fúnebres el nacimiento, los terrores del hombre es digno de quedar en la memoria de la posteridad. No lo compuso como se compone una oda mediante una rápida é involuntaria explosión del alma; lo concibió en un día de inspiración pero lo escribió en tres años de constante estudio. El solo defecto de semejante poema es el de ser pensado, escrito y cantado á un mismo tiempo; el verdadero entusiasmo no piensa ni describe, canta. Pero una vez admitido este género mixto el poema es digno de sonar eternamente en el oído de los hombres. Esta fué una de sus últimas obras; joven todavía murió antes de su maestro, dejando su nombre como un monumento de la literatura alemana.

La muerte de Schiller, de Goethe, del gran Federico, Klopstok, Herder, Wirland, Kant, Humbolt, Schegel y otros dejó á la Alemania literaria y filosófica vacía, fría é inanimada, como tierra agotada que ha perdido su vigor y necesita renovar su savia antes de producir nuevos frutos. El genio tiene sus estaciones como la naturaleza. Este fenómeno de una esterilidad relativa después de una época de maravillosa fecundidad no es especial para Alemania con la clausura del siglo XVIII, él se manifiesta en toda la Europa. Ved á Inglaterra; desaparecidos Chatham, el segundo Pitt, Gibbon, Fox, Channing, Byron, Walter Scott, su literatura, á excepción del romance, la historia y la elocuencia languidece visiblemente; su tribuna misma, esta literatura de la libertad, decae. Inglaterra ha perdido su poderosa palabra, Italia ha perdido su gran poesía, España su alegría cómica; la Francia misma siente una especie de decadencia orgullosa, á pesar de las jactancias de su juventud literaria. Empero no es definitivo este vacío; la Europa vuelve á otro período de esplendor, la fecundidad del siglo XIX lo comprueba; la historia de la

literatura de este siglo exuberante de luces subirá, sin duda, en la graduación histórica de la literatura del mundo.

Después quedó como representante de la literatura alemana Goethe crítico, poeta dramático, poeta lírico, novelista escritor universal á semejanza de Voltaire. En su primeros ensayos personificó á todas las clases de su nación. En *El Fausto* abrazó el universo entero; la lucha entre el vicio y la virtud le lleva hasta la duda, hasta la blasfemia como á Job; pero mientras que éste busca y encuentra el consuelo en la Providencia, Fausto no halla más que la perfidia y va á la desesperación. *El Fausto* tuvo tal influencia en Alemania y las demás naciones, que la juventud se precipitaba en la incredulidad. Colorista consumado de inspiración atrevida, variado como la naturaleza, Goethe arrastró y sedujo hasta á los hombres de juicio; y si dió mucho á la Literatura con su estilo y su genio, hizo mucho mal á las costumbres y á la piedad religiosa.

La revolución francesa había turbado el espíritu de Goethe al principio; el desenfreno de las pasiones políticas nos ofrecía á su vista más que los cuadros horrorosos de los que era teatro de Francia y que amenazaba reproducirse en toda la Europa; pero habiendo asistido á la campaña de Valmy y, testigo de la rapidez con que se propagaban los principios proclamados en tantas obras filosóficas, comprendió que había llegado una era nueva para el mundo y principió á introducir en sus escritos las doctrinas que reconocen la libertad del pensamiento y consagrar los derechos de los pueblos. Las obras científicas de Goethe sobre historia natural y varios ramos de física han servido mucho á los sabios de su tiempo y de los posteriores para preparar y llevar á cabo esos milagrosos descubrimientos que admiran en el presente siglo. En poesía el drama fué la materia predilecta de su fecunda pluma, sin que haya dejado de tocar, con el mismo éxito, los más de sus géneros. La *Metamorfosis de las plantas*, las *Afinidades electivas*, la *Teoría de los colores* son las obras principales del sabio; *El Fausto* Los *Lieds*, *Egmont*, *Hermanu*, las *Elegías romanas*, *El Arte de la antigüedad* y mu-

chas otras hacen la gloria del poeta y la honra de la Alemania literaria.

Empero la fama universal de Goethe le viene de *El Fausto*, de esta obra mitad drama, mitad poema, sueño siempre; pero sueño del genio el más vasto, el más alto, el más universal de sus obras maestras. Doce años empleó en componerla; en ella resumió, como en un poema secular, toda la pasión, toda la fe, todo el escepticismo, toda la belleza moral y toda la fealdad satánica de la humanidad. Es poema de un maniqueo, el cielo y el infierno en un mismo cuadro; es el drama del bueno y del mal principio, de los que la naturaleza lleva á pesar suyo el sello en todas sus faces.

El Fausto es la tragedia del corazón humano en Margarita, la tragedia del espíritu humano en Fausto, la tragedia de Dios y de Zatanás, el bien y el mal en Mephistófeles. Margarita es el bien ó el amor; Fausto es el hombre ó la duda, la indecisión, la fluctuación, el crimen, la caída, el arrepentimiento tardío; Mephistófeles es la propaganda perversa del mal por el genio del mal, para corromper y arruinar la obra de Dios, el hombre y la mujer. El papel del mal, oculto bajo la forma de Mephistófeles, se vuelve verdadero como el mundo real y pintoresco como la encarnación de toda perversidad. Goethe aunque joven cuando componía *El Fausto* se manifiesta observador consumado de la malicia humana y de la seducción por las pasiones. Jamás la fuerza lírica y la fuerza impasible y analítica de la observación estuvieron más estrechamente unidas en un solo hombre.

Entrando en el horroroso patético del drama se ve cómo el poeta que ha jugado antes con la risueña y sencilla imaginación viene á torturar con la misma mano las fibras más sensibles del corazón: Teócrito se vuelve Sófocles; pero ni Teócrito tiene semejantes purezas originales al principio ni Sófocles melancolías semejantes al fin. Goethe es Goethe, no se le debe rebajar comparándolo. La Alemania le debe el no tener que envidiar nada á la Grecia ni á Roma. *El Fausto* es más que un hombre, es á un tiempo la epopeya, el drama, la razón y lo sobrenatural del espíritu y del corazón humanos.

Las ciencias sociales se elevaron en esta época á un grado desconocido: salidas á la luz, puede decirse con Grocio, Puffendorf, Leibnitz, Barbeyrac aparecieron sistematizadas con los publicistas del siglo XVIII. *El Derecho político y de gentes* y los *Principios de Derecho natural* del ginebrino Burlamaqui son una recopilación de las doctrinas de sus predecesores. Wattel dedujo el derecho de gentes y las obligaciones de los soberanos del derecho natural. Sujetó triunfalmente el derecho patrimonial de las familias á la soberanía de los pueblos, demostrando que su único origen está en la costumbre y la tolerancia, y elevó al hombre al conocimiento de su dignidad. Gaspar de San Real resumió las doctrinas de los publicistas clásicos, tratándolas de un modo más práctico que Wattel y Burlamaqui. Binkershok hizo una exposición crítica del derecho de gentes marítimo; Bentham proclamó como la única medida de las acciones, la utilidad, y fundó en ella su proyecto de paz perpetua; proyecto que, como un sueño, fué desvanecido en seguida por la conflagración general que violaba escandalosamente los pactos más sagrados. Federico II, Vallín, el español Abrén y otros ilustraron más ó menos el derecho público que llegó á ser el objeto de la atención de hombres eminentes. Entre éstos, Benjamín Constant, escéptico en unos puntos, demasiado libre en otros, quería someter la Restauración á una disciplina constitucional, difícil por el momento, y publicaba su *Curso de derecho constitucional* como una regla para las constituciones, y un freno para los gobiernos. La arbitrariedad sublevaba ya todas las conciencias y retrocedía ante ese concurso de los grandes talentos que se levantaban á someterla á los preceptos divinos de que no debían estar libres las cabezas coronadas como jefes de los pueblos.

Schegel, crítico notable contribuyó á elevar la literatura de su patria con escritos en los cuales emulaba la fama de los anteriores. Tomó parte en la renovación del gusto literario, principiando por la publicación de opúsculos de reconocido mérito que sonaron en toda Europa y anunciaron el *Athenaeum* cuya influencia fué portentosa en Alemania en un tiempo

de crisis política, como la que atravesaba entonces. Schegel es contado entre los jefes del romanticismo alemán; escribió gran número de composiciones poéticas de varios géneros y tratados de crítica aplicados á las obras dramáticas más notables de los maestros griegos. Su *Curso de literatura dramática* publicado después le grangeó la gloria de ser considerado como uno de los primeros en el mundo literario, habiendo sido traducido á todos los idiomas y tomado como un código de buen gusto para las obras de este género. Muchas de sus obras salieron á luz concluido el siglo y son el adorno de la literatura alemana del presente.

Las ciencias sociales vinieron á ser en esta época el ramo principal de la Literatura. Los publicistas del segundo tercio del siglo le habían dado la vida en cierto modo y habían abierto el camino á las reformas que tan esforzadamente acometió y llevó á cabo la Asamblea constituyente de Francia, y los del tercio siguiente las redujeron á reglas, á códigos que debían ser en seguida la norma de los gobiernos en el régimen y dirección de las naciones. Obras de mérito superior en todos los ramos del derecho público salían á luz: los códigos constitucionales de los pueblos, las leyes administrativas, las municipales, las que metodizaban los gastos públicos; la organización de los ejércitos, los códigos marítimos, las relaciones comerciales interiores y exteriores, la instrucción pública, todo cuanto hasta entonces se hallaba á la voluntad y capricho de los monarcas, todo cuanto interesa á la sociedad en general y á las naciones en particular vino á ser la competencia de los escritores, todo lo contenían esas magníficas obras en las cuales el mérito literario iba á una con el fondo y extendían su benéfica influencia al gobierno, á la legislación, á las costumbres y á la literatura del siglo.

El parlamento inglés, campo donde se debatían, desde la adopción de la *Carta magna*, los intereses de la Corona y los de los súbditos, era un palenque abierto á la elocuencia que salía en raudales de boca de sus afamados oradores. La elocuencia política puede considerarse como parte principal de la literatura británica de este siglo. En los últimos años los Pitts,

Fox, Seridán, Wilberforce y otros elevaron su patria al pináculo de la gloria. Burhe y Fox conmovían á la Cámara con sus discursos, y sus acentos resonaban hasta fuera de su recinto; la prensa se apoderaba de sus discursos y los lanzaba á los últimos rincones del reino y el reino vivía pendiente de la voz de sus grandes oradores. Pitt unía al poder que sostuvo largo tiempo, como jefe del ministerio, una elocuencia arrebatadora; con ella dominaba á la asamblea, la que á su vez gobernaba á la nación. Fox hombre de Estado también, á la cabeza de la oposición, dejó su nombre en la historia de la elocuencia parlamentaria, y en sus arengas, modelos que quizás no han sido imitados por los oradores ingleses posteriores. Inglaterra, en otros respectos, creía en esta época en celebridad contribuyendo por su parte abundantemente á la del siglo.

La política, asunto de gabinete hasta entonces, vino á ser toda la literatura de la Francia y esta literatura comunicaba su carácter, su pasión, su *cosmopolitismo* á todas partes, salvaba los términos nacionales, atravesaba los Alpes y los Pirineos y volando sobre el Atlántico iba á resonar hasta en las regiones americanas. Era una reacción del espíritu oprimido aspirando ávidamente la libertad y procurando asegurarla para lo futuro en las instituciones, en los escritos, en las formas de gobierno, en todas las manifestaciones del pensamiento. De los libros pasaban las doctrinas de los grandes publicistas á los periódicos; los periódicos las tomaban, las comentaban, las convertían en catecismos populares y las llevaban á todas las clases de la sociedad: poesía, oratoria, didáctica, todo lo resumió la política, y la política fué el gran asunto del pueblo francés durante esa época que preparaba la reforma de las instituciones las cuales, desde entonces, debían de reinar en el mundo ilustrado.

Los *viajes* formaron en esta época otro género de literatura debido especialmente á los ingleses. Desde Shaw, Hudson, Baffine y otros viajeros se habían publicado relaciones con el título de *Viajes*; pero éstas no tenían otro interés que el de la curiosidad por las regiones desconocidas. Desde Kook, Van Couver, los hermanos Lander los *viajes* no son ya iti-

nerarios secos y sin atractivo, son historias interesantísimas por los acontecimientos, los lances inesperados, las pinturas llenas de colorido, las descripciones, las costumbres, el estado de civilización y de barbarie de esos pueblos desconocidos; noticias científicas que han ilustrado la geografía, la geología, la historia natural; cuadros poéticos que representan de modo de sorprender la imaginación, regiones inhabitables, comarcas en camino de civilización. Los marinos y los sabios de las otras naciones, estimulados por tan seductores ejemplos, han enriquecido, por su parte, este ramo histórico de la Literatura dando á la historia literaria de sus patrias respectivas un adorno del que habían carecido las de los siglos anteriores.

El nombre de Lacondamine figura en la lista de esos ilustres viajeros, no sólo por el interés real de sus descubrimientos, sino además por el mérito literario de sus relaciones. Y al lado de ese nombre aparecen así mismo los de sus compañeros Godin y Bouguer. Abierto el campo á la curiosidad de otros muchos europeos y norteamericanos y enriquecida la Literatura con este nuevo género de escritos debió elevarse muy alto, á fines del siglo con los viajes y las obras del inmortal Humboldt, obras que debían de ser una de las mayores glorias del presente. Viajero infatigable, consagrado durante largos años al estudio de la naturaleza, recogía cuanto el mundo físico puede contener en los tres reinos para dar á los hombres, en una obra monumental, la explicación de sus misterios, la descripción de todos los seres, el conocimiento de las leyes del Universo. Ufana la Alemania con tan grande hombre atraía las miradas de todo el mundo por lo que esperaba de él, y esa esperanza debía realizarse, al principiar el siglo XIX, con la aparición de *El Cosmos*. Pero el nombre de este sabio, así como el de su compañero Bompland, llenaba ya los últimos años del anterior, y escritos en los que rebozaban las cualidades del más noble estilo daban á su literatura, en la parte científica, tanta celebridad como la de que gozaba en los otros géneros.

Entre tanto la situación rentística de Europa provocaba el examen de las causas de su decadencia, nacía la economía política, nueva ciencia reducida al

principio á sistemas parciales incompletos y por lo mismo defectuosos. Quesnay fué el primero que analizó el origen y distribución de la riqueza, y dió con los verdaderos fundamentos de la ciencia. Turgot y Morellet extendieron sus principios á la comodidad de todas las clases de la sociedad. Pero el verdadero padre de la economía política es el célebre Shmith; modificó la base de Quesnay, señalando el trabajo como la fuente, como el verdadero origen de la riqueza. Santificando el trabajo, hizo de él una virtud y consiguió reformar las costumbres al mismo tiempo que daba á las naciones los medios seguros de su prosperidad material. Los escritos económicos se multiplicaban, y enriquecían el catálogo de las obras que habían de conservar la memoria del siglo. Por el aspecto literario ofrecen esas obras toda la precisión, nervio y elegancia que por este tiempo habían adquirido ya todas las lenguas.

Después de los escritos que habiendo honrado la literatura española en el último tercio del siglo XVII, la sostuvieron en los primeros años del XVIII, España no produjo ningún ingenio de nota, y cayó en una somnolencia que la tuvo en la oscuridad hasta la aparición de Don Nicolás de Moratín, primer poeta nacido en aquel siglo, y de Cadalso que, si no ocupa un lugar distinguido entre los poetas, mereció un recuerdo en la historia, por el esfuerzo con que contribuyó á levantar el decaído Parnaso español. García de la Huerta se convirtió en campeón de la antigua escuela, y promovió una lucha encarnizada con los innovadores. El principal antagonista de Huerta fué Iriarte que, aunque tachado de escaso ingenio, dejó en sus *Fábulas* un monumento de literatura patria. Pero Samaniego supo aventajar á su predecesor: la colección de sus fábulas hizo popular su nombre en España. Samaniego no es un Lafontaine, mas sus cualidades le han hecho conservar intacta su reputación cuando los nombres de muchos de sus contemporáneos han caído en el olvido.

El poeta español de más fama del siglo XVIII, y que restituyó la poesía española á su antiguo esplendor purificándola de sus vicios, fué don Juan Meléndez Valdez. Digno es de alabanza Valdez, no

sólo por haber restablecido el lenguaje poético, sino también por la importancia de sus obras que merecidamente ocupan un lugar al lado de las más célebres de los tiempos. Valdez debió en mucho su elevación á los consejos del gran Jovellanos que figura entre los mejores prosistas. Jovellanos hizo con la lengua española lo que madama de Sevigne con la francesa; fijó su carácter, le dió presición y dejó en sus escritos modelos que se buscan y se imitan aun en nuestros días.

Los últimos años del siglo no fueron ya funestos á la literatura española como habían sido los primeros; antes al contrario, las Musas se mostraban risueñas y los escritos en prosa anunciaban una era de nombradía. Los poetas que tocaban á la vejez eran reemplazados por otros: el festivo Iglesias, don Leandro Fernández Moratín, príncipe de los dramáticos de entonces, Quintana, Nicacio Gallego, Alberto Lista y otros aseguraban la gloria literaria de España, especialmente Moratín con sus comedias que han quedado para honra del teatro español.

Con genio sobresaliente para la comedia pintó Moratín las ridiculeces de la sociedad de su tiempo con los colores más adecuados; sostuvo valerosamente la reforma del teatro español iniciada por su padre, transportando á la escena los caracteres verdaderos y obteniendo por este medio la reforma de las costumbres. *El Café*, *La Mogigata*, *El sí de las niñas* son obras que se hallan á la altura del adelantamiento obtenido en las Letras á fines del siglo. En chiste, en pureza de la lengua, en retratos, en habilidad para el enredo nada le pide Moratín al afamado Moliere. Esta y otras obras dramáticas figuran, por su indisputable mérito entre las primeras del teatro español.

Don Manuel José Quintana, abogado distinguido, unió el culto de la poesía á las ocupaciones del foro. Publicó á fines del siglo una colección de composiciones de diferentes géneros, llamando desde entonces la atención de los hombres de letras, especialmente con sus obras dramáticas, las cuales á su mérito literario unían el de la originalidad, por ser todas compuestas sobre argumentos ó hechos nacionales. Miembro de la Real Academia, ilustró los trabajos

de esta corporación con los suyos propios contraídos á la cultura del idioma y de la literatura de su patria. El nombre de Quintana, altamente respetado ya en aquel siglo, ha pasado al actual con tanto brillo, que ha merecido la corona poética, y que es un ornamento del parnaso español.

Después de Cervantes la prosa había perdido más que la poesía; pero al principiar el segundo tercio del siglo apareció Feijoo combatiendo con su *Teatro crítico* y sus *Cartas eruditas* las preocupaciones de su época. El padre Isla publicó en seguida el *Fray Gerundio de Campazas*, obra que fué para los malos sermones lo que el *Don Quijote* para los libros de caballería. Cadalso, en *Los eruditos á la violeta* ofrece un dechado de gracia y de buena crítica. Tornos ostenta profunda erudición en sus escritos; el P. Flores principia su importante obra de *La España sagrada*; Campomanes ilustra al Pueblo, brillando por la claridad y sencillez de su estilo; en fin Jovellanos, el escritor más elocuente entre todos los mencionados, ilustró todos los géneros, pues su talento se prestaba para todo: artista, historiador, poeta, jurisconsulto, economista, hombre de Letras consumado dió á los talentos de su patria dirección en el gusto, en la solidez, en el espíritu de las leyes; el siglo terminaba con el hombre que había de ser, como Cervantes, la gloria de España y á quien todos los hombres de Letras habían de tributar tanto respeto como amor y veneración le tributó el pueblo español.

No fué menos gloriosa para las Letras en otros puntos la conclusión del siglo que hemos recorrido. Al par de los grandes acontecimientos que preparaban una era nueva para nuestros tiempos, las grandes figuras literarias dejaban su nombre al siglo de la revolución francesa é insignes monumentos á la Literatura.

Madama Stael alimentada del espíritu republicano que dominaba en Francia antes de la revolución, contribuyó á ella poderosamente con la influencia que su despejado talento ejercía sobre sus numerosos amigos y con el ascendiente de sus escritos que revelaban desde entonces un famoso escritor. Desengañada en

sus esperanzas, arrepentida quizá de la parte que había tomado en un acontecimiento cuyos horrores estaba lejos de sospechar, publicó sus *Reflexiones sobre la revolución francesa* y, sin desertar de la causa liberal, que fué su pasión, trató de armonizar los principios de orden con la libertad. Sus obras posteriores muestran al filósofo empapado en los principios que debían aplicarse á una nueva sociedad divorciada de los tiempos antiguos y que llevaba en sus aspiraciones el impulso de las nuevas ideas.

En literatura madama Stael representa igualmente el divorcio del gusto nuevo con las reglas que encadenaban todavía el genio al espíritu de lo pasado. Fué la primera que pronunció la palabra *romántico* haciendo notar la diferencia de las dos escuelas. Desde Calderón, desde Shakespeare, desde el Dante puede decirse, se había emprendido la emancipación del Genio; los escritores que siguieron manifestaban timidez en sus mismos arranques, hasta que al fin quedó aceptada la reforma; pero madama Stael la proclamó al adoptar, aunque sin intención, el nombre que debía oponerse á los imitadores, á los adoradores de las reglas.

En *La literatura entre los antiguos y los modernos* prefiere Shakespeare á Racine; en *La Corina*, poema, novela, tratado de filosofía á un tiempo supo pintar el corazón y la sociedad. En todos sus escritos rebosaba aquella independencia que es el elemento del Genio; sus teorías sobre el gusto son lecciones de dignidad y valor y como la mayor parte de los escritores de entonces, buscó la originalidad en todo y aceptó el tipo de la nueva escuela como una fuente de bellezas literarias. Por este aspecto, por la gracia del estilo, por el poder de insinuación que desplegó en sus obras madama Stael ocupa un puesto eminente en la Historia de la Literatura; es un modelo que se consulta con respeto, una autoridad simpática. Lloró los extravíos de la revolución sin desesperar del porvenir, y dejó un nombre inmaculado en la época borrascosa en que los más quedaron con alguna mancha.

Chateaubriand, quien como los últimos escritores del siglo XVIII, ha figurado en el presente, combatió los extravíos del pensamiento en materias religiosas con *El Genio del Cristianismo*. Escritor elegante,

poeta dulce excesivamente melancólico se inclinaba á las teorías republicanas; pero abrazó después la causa de la Restauración y la defendió con el entusiasmo, con la exageración de poeta. *El Genio del Cristianismo* hizo época, no sólo por su objeto, sino también por su mérito literario. Las obras que publicó Chateaubriand antes de nuestro siglo, le dieron ya toda la celebridad que reconoce el nuestro y el nombre de gran poeta.

Lord Byron, genio del carácter de Goethe, es quizá como poeta, el primer escritor inglés. Sus obras, á pesar del escepticismo que ostentan, de la inmortalidad que encierran con la apología de los vicios, son una de las mejores galas del Parnaso inglés. Poderosísima fué la influencia que el *Don Juan* ejerció en la sociedad entonces cansada ya de soldados y de sucesos guerreros; influencia corruptora desde luego, porque era de disolución y sensualidad, pero que prueba el poder del talento y la seducción del estilo. Si por el primer aspecto es de lamentar el extravío del genio, por el segundo es necesario confesar la superioridad de Lord Byron sobre los poetas de su tiempo. Las obras de estos dos grandes genios merecen examen particular y comentarios extensos; pero ellas pertenecen al siglo XIX y el honor de este trabajo corresponderá á quien escriba la historia literaria de este siglo.

Otro talento distinguido y de influencia más duradera fué el de Walter Scott. La vida interior del hombre prestó materia á Lord Byron para su principal obra, la exterior fué el objeto de las de Walter Scott. Como novelista fué proclamado el primero; como pintor, su celebridad ha pasado hasta nosotros; inimitable en la descripción, exacto en el diálogo, hace que en sus obras abunden las bellezas literarias. Dió á la novela un nuevo carácter, la convirtió en forma literaria de moda, y abrió el campo para este género de escritos que se acomoda á todos los objetos, que sirve á la virtud y al vicio y que ha dado ocupación á millares de escritores.

Walter Scott es el creador puede decirse de la novela histórica. Reducida ésta á invenciones más ó menos fantásticas, á romances sin verosimilitud en

los caracteres y los acontecimientos era invención destinada al entretenimiento, y á la cual no se daba otra importancia que la del mérito literario y la viveza del escritor. Ficciones acomodadas á la índole de la sociedad de entonces y que exageraban los afectos y las pasiones hasta un grado inaceptable, llevaban siempre contra sí la incredulidad de los lectores, sin dejar por otra parte ninguna instrucción ni otro interés que el del pasatiempo. Walter Scott contrajo la novela á hechos y personajes históricos y le dió verdadera utilidad y recreación á un mismo tiempo. Con arte inimitable presentó los acontecimientos y personajes de otros tiempos en escenas dramáticas cuyo fondo es la verdad, pero que aumentan el interés con incidentes que, sin tener nada de inverosímil, adornan la narración y conservan viva la curiosidad del lector. La naturalidad y viveza del diálogo, los caracteres sostenidos en todas las situaciones, la tendencia á desenlaces morales y ligados á la justicia, todo hace de Walter Scott un novelista útil, y de sus obras, lecciones como las que nos suministra la historia. La Literatura le debe en esta parte un género que con más ó menos éxito y propiedad, han llegado á cultivar los franceses y españoles aunque sin igualdad en la naturalidad y verosimilitud que deben ser las cualidades principales de esta clase de escritos.

Ana Radekiffi, Monti, Manzoni, Bubuer, Lady, Morgan y muchos otros siguieron el camino trazado por Walter Scott. Unos tomaron la vía adoptada por Richardson, otros, poniendo cada cual algo de su carácter propio, diversificaron á lo menos en los caracteres lo que servía de regla común á todos.

La América del Norte empezaba ya á dar á fines del siglo, frutos precoces en esa literatura que debía ir ganando con sus triunfos y rápidos progresos. Cooper y Washington Irving como pintores de costumbres, nada tienen que pedir á los escritores europeos. Felipe Frencau, Juan Frumbuli son poetas por el estilo de Hudibras; la señora Sabas Smith, Barlow y otros se señalaron en el género heroico y en el lírico; y en cuanto á ciencias, hemos citado ya á varios que debían ser los precursores de ingenios tan eminentes como los que en nuestros días son el honor

del mundo literario. Pueblos que salían apenas á la vida, con esa naturaleza virgen, con ese vigor de facultades, ofrecían desde entonces riquezas para la Literatura, como ofrecían pesar en la balanza política compitiendo con las naciones europeas de primer orden.

La Literatura apareció desde luego en esos pueblos bajo la influencia de la educación que recibieron de la metrópoli; pero daba desde entonces muestras de la originalidad que ha ido adquiriendo, á lo menos en ciertos géneros. Nuestro siglo tiene ya para la Historia de la Literatura muchos hombres de reputación americana que formarán en primera línea, el catálogo de los escritores ilustres, y esto no sólo en la América del Norte, sino en la del Centro y en la Meridional, á donde, según la predicción de los genios europeos y según el orden natural de las cosas, va pasando la civilización del viejo mundo.

CAPITULO XVI

EPILOGO

Cuando la literatura griega había tocado á su último grado de perfección y cuando los griegos se creían absolutamente originales y los primeros en el cultivo de las Letras, hemos visto que principiaron á aparecer indicios de una literatura antiquísima en los pueblos del Asia y del Egipto. Posteriores descubrimientos vinieron á convencer de la existencia de esa literatura desconocida, y á demostrar su adelantamiento elevado á un punto no imaginado siquiera hasta entonces.

Obras maestras de poesía lírica, épica y dramática, producciones del genio de los indios, atestiguaron cuánta era la elevación á que la poesía había llegado en regiones apenas conocidas por los europeos. La Grecia misma se sorprendió cuando llegó á conocer que otros pueblos del globo, antes que ella y en tiempos de muy remota memoria, habían poseído tesoros de literatura en los que nada podía echar de menos la crítica más severa y descontentadiza de los modernos literatos. Había muerto esa civilización, siglos habían corrido sin que los hombres traslucieran la existencia de tantas riquezas sepultadas por el tiempo y las distancias; la ignorancia de las generaciones subsiguientes sostuvo también la preocupación de que nada había antes del siglo de Homero y de los líricos griegos; pero disipadas las tinieblas quedó claro el hecho de que la civilización había pasado de unas regiones á otras.

El nombre de la India primitiva ha llegado á ser famoso en los fastos de la Literatura. La China, célebre por otros respectos, quedó con la gloria de su legislación y filosofía, superiores á las de los otros pueblos antiguos. Esa nación en medio de su aislamiento, encerró monumentos imperecederos en sus libros religiosos, en las obras del inmortal Confucio;

monumentos que, aunque tarde, tenían que salir á luz para concitar el respeto y la admiración de la posteridad.

En seguida encontramos á los hebreos ostentando un lujo literario característico de su pueblo, y comprobando que el Genio emigra, nace, crece, y busca otras regiones. Los hebreos tienen en un solo libro el resumen de la poesía en los géneros más elevados, de la legislación, de la moral: poesía lírica, poesía épica, poesía dramática, elegíaca; leyes, preceptos morales, reglas económicas; todo abraza la Biblia, ese compendio de la literatura hebraica, ese testimonio irrecusable de la civilización de aquellos tiempos que se creía haber sido de tinieblas.

Fué menester que trascurrieran siglos para que las Letras empezasen á renacer en regiones más desconocidas. La Grecia fué donde florecieron primero dando sazonados y abundantes frutos en todos los ramos. Las ciencias, las Bellas Letras, las artes, todo fué cultivado con esmero, todo llegó casi á la perfección; en todo se hicieron admirar esos maestros de las nuevas generaciones. La literatura griega fué sólo en aquella edad, ya que sin rival dominaba el campo; y la Grecia obtuvo la gloria de comunicar sus tesoros á los demás pueblos y á todas las generaciones que le han seguido.

La literatura griega hizo nacer la romana, griega en su origen, griega en su índole, en su gusto; pero reducida únicamente á las Bellas Letras, no se extendió tanto como su madre. Decaída la literatura griega, sobre sus ruinas se elevó la romana, no habiendo sido original sino en la sátira y no habiendo podido imitar á la que le dió nacimiento en la poesía dramática de la cual no presentó sino mezquinas muestras. Los romanos sobresalieron desde luego en la elocuencia del foro, llegando en los últimos tiempos á reducirse sólo á ella toda su literatura, cuando el gobierno imperial sofocó el genio con las cadenas de la servidumbre política.

A la decadencia de la literatura griega y de la romana la propagación del Cristianismo hizo nacer la eclesiástica, contraída en su principio á la defensa de los cristianos en las homilias, en las apologías, en las

epístolas y extendida después á los otros géneros hasta la poesía en todas sus formas. Pero esta literatura, rica de esperanzas, decayó también á poco, quedando extinguida en el Occidente y reapareciendo después importada de los pueblos de Oriente, donde había podido conservar, gracias al celo de los Santos á la exaltación de las iglesias griegas y á los esfuerzos de algunas escuelas, especialmente de la de Alejandría.

Los árabes, con sus laboriosas traducciones, con sus estudios y esfuerzos conservaron en parte y en parte aumentaron las ciencias de los griegos; introdujeron en Europa las ciencias naturales desconocidas hasta entonces; sacaron á luz los misterios de la naturaleza; hicieron de la medicina una ciencia popular y abrieron á la industria nuevos caminos con sus conocimientos en las artes y en las matemáticas. Cultivando las Bellas Letras en todos sus géneros, hicieron nacer en los demás pueblos una nueva poesía con el estudio de las lenguas vulgares.

Por este medio, la Literatura conservada entre los árabes como un patrimonio nacional, se propagó en Europa lentamente al principio, con rapidez en seguida, cuando cada pueblo procuraba adquirir un puesto honroso en ese campo que seducía á los talentos y llamaba á todos á la gloria.

Después de centenares de años de una increíble intermitencia del Genio, en el siglo XIV volvió á tomar su vuelo especialmente en Italia donde una savia más fecundante parecía reanimar los ingenios y despertar el gusto. El estudio de los griegos, la dedicación á la lengua latina, el cultivo de los idiomas nacionales contribuyeron á la formación de esa robusta literatura que principió en el siglo XVI con señalados síntomas de originalidad. Hasta entonces todo había sido en efecto imitación; el estudio de las ciencias había estado reducido á entender los escritos griegos y romanos; el gusto en la poesía no pasaba de copiar á los antiguos; los preceptos se limitaban á buscar el estilo, los argumentos y hasta el lenguaje de los poetas de los tiempos anteriores. La verdadera originalidad no nació si no en el siglo XVII, cuando reconocieron que las fuentes de lo bello eran comunes á todos los

países y que las Musas eran cosmopolitas, libres de todo egoísmo y podían derramar sus encantos por doquiera que hubiese quienes quisieran recogerlos.

El siglo XVII recogió lo que había fructificado el anterior y dió de sí más de lo que hubiera podido tomar de una literatura formada. Los grandes genios hicieron la celebridad de la Francia; Francia reunió cuanto de más espléndido tuvo el siglo en materias literarias, y al paso que decaía Italia, se ponía á la cabeza del movimiento literario y tomaba la dirección del espíritu y del talento, formando el estilo, la lengua y el gusto que habían de ser universales desde entonces.

Las regiones más oscuras de Europa entraban en este campo abierto á la competencia de los genios y los talentos. Las ciencias se enriquecieron con descubrimientos sorprendentes; la naturaleza, que había ocultado sus secretos, se prestaba generosa á toda investigación; el firmamento mostraba un nuevo aspecto, todo concurría en este siglo á hacerlo grande y á preparar las vías de la perfección que en materia de ciencias estaba reservada al siglo que seguía.

El siglo XVIII fué en verdad el siglo iluminado; las ciencias y los descubrimientos útiles subieron á un grado desconocido antes; la filosofía se encontró en su terreno por decirlo así, y esparció sus luces hasta en las regiones más oscuras. La influencia de las obras filosóficas penetró en el espíritu de las turbas, levantó los ánimos abatidos y cambió la situación política de los pueblos. La gran revolución de noventa y tres fué una revolución universal en sus resultados; cambió, terminada la edad media, los privilegios señoriales en derechos populares, conquistó la libertad para el pensamiento y dió á las masas lo que nunca habían tenido—una posición en la sociedad y una literatura.

La imprenta, ese poder más grande que todos los poderes, hizo conquistas que no habían alcanzado siglos de trabajos y de esfuerzos de los filántropos pensadores. Los diarios llevaban la luz fuera del recinto de los lectores ilustrados; á donde no alcanzaron los diarios penetró el folleto; el pueblo se hizo letrado, comprendió á los apóstoles del tiempo y fun-

dó por sí el derecho constitucional, allí donde la ley había sido la voluntad de los monarcas. La conquista fué desde luego una conquista de reacción, sangrienta como todas las reacciones; se manchó, fué inicua en los medios; pero del fondo de un océano de sangre sacó el código de los derechos del hombre, que había de ser un código universal.

La Literatura no fué ya objeto de gusto, ni puro deleite de la inteligencia, fué filantropía, fué caridad; tocando con el Pueblo, lo exaltó, lo puso al nivel de las clases privilegiadas; como á hombre, le presentó tomando ya su parte en la cosa pública, y le hizo héroe después de haber sido mártir.

Pasada la edad épica había venido la de la realidad, la dramática. La Literatura estaba personificada en el drama, la sociedad misma era un drama inmenso en el que grandes y pequeños representaban su papel. El Cristianismo había introducido un nuevo tipo, más fecundo, más variado, más dramático, y la Literatura ganó con la forma una fuente inagotable de bellezas, porque esa fuente era la naturaleza.

Las ciencias, las artes, la historia, la poesía, el comercio, la industria en todos sus ramos preparaban el advenimiento del siglo XIX que debe ser, y es el gran siglo: no tendrá una Biblia, carecerá de un Homero, no verá talvez Racine; pero será el apogeo de la civilización.

Llega el siglo XIX, «el genio de la guerra aparece de nuevo, lanza su caballo á galope al través de la Europa, abre con su espada paso á la revolución, rompe el cuadro inflexible del pasado, deshace la Geografía á cañonazos, arrasa los pueblos, hiere, inmola, amasa naciones con naciones y celebra sobre la inmensa hecatombe del campo de batalla la pascua de una nueva humanidad.....

«Por un admirable sineronismo de la historia el hombre tiene siempre escrita con anticipación una necesidad en cada continente. La civilización suscribe cada día, por una aspiración nueva, un nuevo pacto de unión con cada parte del globo. Y para unir á su centro de acción este inmenso dominio flotante en la humanidad, sobre la que vierte á manos llenas la

riqueza, encuentra el secreto de reducir las distancias, inventa el vapor. El *riél* se une al *riél* por encima de las fronteras como un signo de alianza. La caldera, jadeante, arrastra silvando, con la velocidad del viento, el pueblo extranjero al pueblo inmediato; la Europa, convertida en las proporciones de un reino, es para cada nación una misma patria: cada familia lleva á la obra común una nueva facultad. La ciencia descubierta aquí, llevada allá, vuelve fortificada con la ciencia de todos».

«El camino de hierro precipita la circulación del pensamiento; la prensa, esta voz de la humanidad, habla al espacio como la Sibila, y la palabra dispersada al momento hiere en un momento, todas las inteligencias. Cada hombre toma y da á cada hombre lo que tiene de mejor, y completa por medio de este cambio el déficit del pensamiento. La filosofía habla al pueblo preparado para comprender la promesa de nueva alianza; proclama la doctrina del progreso, la revelación continua de la historia, la inspiración divina de la razón, la religión permanente de la humanidad.

«El arte, obligado á dar testimonio de la grandeza del siglo, sacude la pueril disciplina de la antigua escuela. Cada civilización tiene un tipo preferido, un sistema de líneas aplicado á su genio. El siglo XIX admite igualmente en su simpática admiración todos los ejemplares de la belleza; comprende todo, saca de todas partes; llama á su intimidad, como á una fiesta de familia, á toda la flora del mundo entero. La ópera abre un mundo desconocido de encantos; el Orfeón entona el coro inmenso de la Democracia cantado por todo un pueblo.

«La Literatura, forma suprema del arte, entra con orgullo en el porvenir. El alma humana, en fermentación del Dios nuevo, rebosa de poesía. La Musa del siglo XIX es austera, meditabunda, patética, soñadora. El poeta responde al poeta, la poesía va de Francia á Alemania, de Alemania á Inglaterra, de Polonia á Italia, de Italia á España, á la América, de un extremo al otro del globo, porque es la lengua universal del corazón humano. Crea la forma esencialmente moderna de la novela, múltiple como la so-

ciudad; coloca su acción en el tiempo ó en el espacio y escoge sus héroes á capricho, bajo la púrpura ó bajo la librea del trabajo.

«El siglo XIX es el mayor de los siglos que han pasado; posée el progreso de la historia, es un siglo profeta, encargado de hacer una revelación. Lleva en sí una nueva efusión de la Divinidad y brilla magníficamente en el aspecto. Recoge con respetuoso cuidado la herencia completa de la tradición, quiere utilizar para lo porvenir cada forma del pasado; pero presiente ya el día en que abandonará la piedra, demasiado macisa y pesada, para su infatigable ambición de movimiento y de espacio».

Hay naciones sin duda que están fuera de la curva luminosa del siglo; pero su oscuridad es momentánea, pasajera; el poder de la demagogia, la mano de un tirano, el esfuerzo del fanatismo religioso pesan sobre ellas y contienen el aliento que respiran; es poder efímero que desaparecerá y volverán á participar de los frutos de la civilización universal. Libres una vez entonarán el himno de gracias al siglo, y hablará su prensa muda por ahora en algunos pueblos, y cantarán sus poetas. La historia sacará á los verdugos á la vergüenza pública y su literatura ocupará los páginas que el siglo lo reserva en el gran libro de la literatura universal.

FIN

INDICE



| | <i>Pág.</i> |
|--|-------------|
| Advertencia..... | 3 |
| Origen de la Literatura..... | 10 |
| Literatura indiana..... | 12 |
| Literatura asiática.—Egipcios y Caldeos... | 17 |
| Literatura hebrea..... | 24 |
| Literatura griega..... | 34 |
| Literatura romana..... | 67 |
| Decadencia de la Literatura griega y romana..... | 85 |
| Literatura eclesiástica..... | 93 |
| Literatura arábica..... | 100 |
| Estudio de la literatura en los siglos de la Edad Media..... | 112 |
| El Renacimiento de las Letras..... | 120 |
| Siglo XVI..... | 135 |
| Siglo XVII..... | 160 |
| Siglo XVII.—Continuación..... | 181 |
| Siglo XVIII..... | 192 |
| Epilogo..... | 231 |

